



QUÉ GRANDE ERES, PEQUEÑA

MARTA MARÍN

Qué grande eres, pequeña

Marta Marín

ÍNDICE

Prólogo.....

1

1. Las palabras adecuadas (Diego)
.....5
2. Los personajes no salen de los libros (Déborah)
.....10
3. Eres muy niña para mí (Sergio)
.....29
4. Bésame (Déborah)
.....50
5. *Wake up* (Nora)
.....6
6. El sol no regresa (Déborah)
.....69
7. No puede ser él (Nora)
.....86
8. Me di cuenta de que podía (Sergio)
.....104
9. *Sex on the beach* (Sergio)
.....123
10. Basura rosa (Nora)

.....	140
11. Tú eres mía (Sergio)155
12. Otra clase de cuento (Déborah)176
13. Te quiero (Nora)188
14. No lo sé, dímelo tú (Déborah)204
15. Esto es una recaída (Nora)225
16. Intento de kamikaze (Sergio)266
17. Ganas de probarte (Déborah)275
18. Cómplice (John)286
19. Nunca me podré olvidar de ti (Nora)312
Epílogo (Sergio)320
Punto y final (Déborah)338
Agradecimientos.....	

PRÓLOGO

Supongo que, tras haber hecho un prólogo sobre la mujer para el primer libro de esta serie, ahora me toca escribir sobre el hombre, es lo justo. De modo que he buscado la definición en el diccionario tal y como hice la otra vez y me he encontrado con una tercera acepción bastante peculiar: persona de sexo masculino que tiene la apariencia, el comportamiento o las cualidades que se consideran propias del ser masculino y adulto como la fuerza, el valor o la sensatez. Cuanta presión, ¿no? Es decir... se da por hecho que un hombre tiene que ser fuerte, valiente, independiente, resolutivo, que debe tener iniciativa... que no llora. Aún recuerdo cuando de niña escuché por primera vez ese absurdo tópico y me quedé un tanto descolocada. “Pero, mamá, ¿cómo que los chicos no lloran igual que nosotras?”. El listón está muy alto en cuanto a las expectativas que depositamos en el hombre y no creo que sea fácil asumir todo lo que se espera de ellos. Realmente no se entiende por qué estamos predispuestos a que él cargue con el mayor peso metafórica y literalmente, a que sea él quien reaccione ante un imprevisto, por qué a poco que un chico no se haga valer al máximo o no demuestre tanta hombría ya es un blando, un “marica” o un “nenaza”. Ojo, sin malentendidos, yo misma también me dejo llevar por este aspecto de la sociedad, pero admito que es injusto.

¿Qué hay del sexo entonces? ¿Tiene él que dar el primer paso? Los

chicos se complican siempre mucho menos que nosotras, sobre todo en este aspecto. Practicar sexo es algo bueno y agradable, ¿no? Entonces, ¿por qué darle tantas vueltas? Supongo que lo que ocurre aquí es que para la mujer conlleva muchas más connotaciones que únicamente el propio acto, pero aun así, creo que en este caso en mi opinión es punto para los hombres y las mujeres más liberales. ¿Por qué se lo ponemos tan difícil? ¿Por qué les mareamos de esa manera? ¿Por qué esperamos que sobreentiendan algo que no les hemos dicho? Chicas, dejémonos de tonterías, a veces no comprenden lo que queremos, si es que lo sabemos nosotras mismas... Sin embargo, en este sentido los chicos tienen un código secreto de lo más sofisticado, sutil y respetuoso entre ellos, no sé, ciertos gestos, frases, formas de demostrar “posesión” o de marcar territorio o, a la inversa, de dejar el camino libre. Dicho así puede sonar mal pero al menos ellos no se dedican a ser hipócritas e insultar a las espaldas de los demás ni se acaban tirando de los pelos.

Ya metidos en faena, abordemos también el tema del llamado “micromachismo”. Ya sabéis, eso que antes se consideraba ser caballeroso y ahora parece ser machismo, como sujetarle la puerta a una mujer, decirle un piropo o invitarla a cenar en una primera cita... Ojo, sin malentendidos, personalmente odio por encima de todas las cosas a los chicos caballerosos en exceso, pero porque me aburren, no porque me parezcan machistas.

Es cierto que lamentablemente seguimos viviendo en una sociedad en que los roles de género continúan estereotipados, cosa que se debería moderar, pero me niego en rotundo a tener que decir dos veces cada palabra que salga de mi boca para citar el masculino y el femenino. Quizá no debería incluir esto pero lo voy a hacer, ya se sabe que yo no soy muy de callarme: incluso prefiero el machismo al feminismo ya que este último hasta está bien visto. Claro que existen hombres despreciables, machistas de verdad, asquerosos, posesivos, manipuladores, hombres capaces de hacer mucho

daño adrede o sin querer tanto física como psicológicamente, y por suerte cada vez más de estos tipos se pudren en la cárcel. Aunque, como siempre digo, el único problema de gente así es que haya quien consienta aguantarlos. Pero también hay mujeres malas que se aprovechan de las ventajas que les aporta el hecho de que la sociedad las considere el sexo débil para menospreciar a los hombres, tratarlos mal sin tapujos o fastidiarles la vida en un abrir y cerrar de ojos, porque pueden. La justicia no es justa con los hombres, ni en los casos de divorcio, ni en cuanto a la custodia de los hijos, ni en la llamada “violencia de género”... Sí, también hay hombres que sufren violencia de género, así como una infinidad de denuncias falsas. Tampoco puedo llegar a comprender por qué razón no hay niña a la que no se le haya dicho: “no te fíes de los hombres, son todos iguales, son todos unos capullos”. Ojo, sin malentendidos, debo confesar que yo misma también he llegado a pronunciar esas palabras en algún momento de... debilidad o cabreo.

Aun así yo preferiría sin pensarlo ser un chico, es todo mucho más fácil. Imagínate poder olvidarte de esa ropa, zapatos o complementos incómodos, de todas esas horas en el cuarto de baño poniéndote guapa, de la regla, de esas cosas que se da por hecho que tenemos que hacer las mujeres. La de maravillas que podría que hacer yo con todo ese tiempo... Y no olvidemos tampoco que ellos pueden cargar más peso que nosotras (aunque solo sea a base de horas de pesas, abdominales y otros métodos de tonificación en el gimnasio, lo cual también cuenta como punto a favor para ligar), sus espaldas son más anchas, sus brazos son más fuertes y casi siempre son más altos aunque alguna se empeñe en ponerse tacones para superarlos. Además a los hombres se les toma más en serio, quizá inconscientemente se les da más credibilidad; sobre todo mucha más de la que se le da a una personita que, además de ser mujer, es bajita y con aspecto infantil y todo el mundo toma

por el pito del sereno, ahí lo dejo...

Para terminar solo quiero añadir que, hombre o mujer, esto no es una competición, cada uno somos el género que nos ha tocado en la lotería de la genética y lo que cuenta son nuestros principios, valores, nuestra humildad y ser buenas personas. Por tanto, nunca se debe generalizar, solo saber lo que se puede esperar de cada uno.

CAPÍTULO I

(Diego)

Las palabras adecuadas

Nada cambiará mi amor por ti,
siempre sentirás que yo te amo.

No quiero que te vayas,
te quiero así cada mañana

Nada cambiará mi amor por ti, David Bisbal

Llamo a la puerta pero nadie me contesta, así que entro sin más. Tengo una reunión de trabajo con Marc pero él no está aquí. ¿Es que llego pronto? Consulto mi reloj. No, él llega tarde. Qué raro, siempre es muy puntual. Voy hacia una de las sillas de la sala pero, antes de sentarme, me llama la atención una guitarra en aquel rincón. Quizá pueda entretenerme tocando un rato.

Llego hasta la guitarra, la saco de su funda y me acomodo con ella en la silla más cercana. Primero compruebo que esté bien afinada; sí, lo está. Empiezo a tocar las notas de esa melodía, la canción que le estoy componiendo a Nora en secreto desde que me dijo que le encanta verme tocar

la guitarra, pero en cuya letra aún estoy trabajando. Las notas de la melodía me salieron solas, pero me está costando mucho terminar la letra, me resulta especialmente difícil encontrar las palabras adecuadas para decirle a Nora. Aunque en mi defensa diré que, poco a poco, está quedando muy bien. Creo que será la mejor de mis composiciones, o al menos una de las mejores.

—Eso suena muy bien, Diego. —Paro de tocar y me giro hacia Marc, que acaba de entrar por la puerta.

—Sí, bueno, no es el *reggaetón* que está ahora tan de moda y que seguramente vienes a ofrecerme —le digo mirando el taco de papeles que trae en las manos y él parpadea dos veces; creo que no me equivoco con lo del *reggaetón*—. ¿Qué?

—Diego, sigue tocando —deja a un lado los documentos y yo frunzo el entrecejo preguntándome qué se le pasa por la cabeza—. No está terminada, la estoy componiendo para Nora.

Vuelvo a tocar la canción, cantando y tarareando las partes sin letra. De vez en cuando levanto la vista hacia Marc, que me mira interesado. Toco el último acorde con una sonrisa, pensando todavía en ella, y termino la canción.

—¿Has compuesto algo más alguna vez? —inquire Marc sacándome de mi ensimismamiento.

—Claro, tengo algunas cancioncillas que hice cuando...

—Quiero que me las traigas para el próximo día —me pide enseguida.

—Pero, Marc, ¿en qué estás pensando?

—Diego, creo que esto le encantará a la gente, verán otra faceta tuya. —Sí, Nora también me lo dijo pero, no sé, supongo que me falta valor para arriesgarme con algo nuevo—. Un cambio como éste ahora vende, ¿sabes? Se lo propondré a la discográfica.

—Vale, de acuerdo; si tú lo dices, recuperaré esas canciones —acabo

por conceder.

Marc me sonríe y viene a tomar asiento a mi lado.

—Hazme caso, chico, estoy viendo que este nuevo disco puede quedar genial —me da una palmada en la espalda—. Entonces,  todo bien con Nora?

—Si no fuera por su carrera y por todo el tiempo que yo tengo que pasar fuera nos veríamos mucho m as, pero sí, estamos bastante bien.

Menos de una hora despu es estoy en casa. Meto la llave en la cerradura y abro. No veo a Mario ni a Desirée y no tengo ni idea de dónde pueden estar; sin embargo, sí que s  exactamente dónde va a estar Nora.

Me dirijo hacia la puerta de atrás y en mi trayecto me topo con Garfield, al que le hago una caricia amistosa. Mi bola de pelo y grasa. Abro la puerta acristalada y salgo al área trasera del jardín: ahí está Nora. Está sentada a la mesa de mármol blanco, de espaldas a mí, y s  que est  estudiando para todos los exámenes que le esperan en unos días. La carrera de Veterinaria es dura, si pudiera ayudarla... Con los rayos de sol haciendo que su pelo, ahora rubio, brille de esa forma, y entre las florecillas de colores que ella misma ha plantado en alguna que otra maceta, me parece aún más preciosa. Me acerco por su espalda sin hacer ruido y entonces me inclino para sorprenderla con un beso en la mejilla.

—Hola —me sonríe y abandona un momento los apuntes—.  C mo ha ido la reunión?

—Muy bien —le digo orgulloso.

— Muy bien? —finge incredulidad con una ligera sonrisa y yo me siento a su lado dispuesto a contárselo todo.

—Marc me ha dicho que para este próximo trabajo podría componer mis propias canciones y tocar la guitarra.

— Eso es genial, Diego! —exclama ella.

—Sí, en principio; veremos cómo sale —me río.

—Saldrá bien —me asegura—. Tus canciones le van a encantar a todo el mundo, es fantástico verte tocar la guitarra, y con algo así tú vas a disfrutar como un niño —aplaude. Me hace gracia, parece más emocionada que yo.

Río asintiendo con la cabeza y ella viene a sentarse sobre mis piernas. Luego me mira de esa manera y, con toda su dulzura, me abraza muy fuerte dejando su cabeza en mi pecho.

—Nora, no te vuelvas loca —bromeo y alzo su barbilla para darle un ligero beso.

—Vale, vale, pero cántame otra vez la canción de Bisbal —sin darme opción a negarme se levanta de mis rodillas, alcanza mi guitarra que se encuentra apoyada en la pared y me la tiende.

—¿Otra vez? —me coloco el instrumento en el regazo.

—Sí, por favor —me pide encarecidamente.

—Está bien —suspiro antes de empezar a tocar.

Lo tenga o no, de David Bisbal. Nora tiene razón, es preciosa; una canción para que todas esas personas que aún no han encontrado el amor sepan que antes o después va a llegar. Es bastante difícil cantarla sin emocionarse, incluso al propio David le ocurrió cuando la interpretó por primera vez.

*Dame una señal,
dame la alegría de ser
con la que siempre soñé,
la que sabrá disfrutar
de lo que puedo ofrecer.
Dime al menos que esta vez
no me equivoqué.*

Termino la canción y Nora me mira con ese brillo en los ojos y una sonrisa. Apenas me ha dado tiempo a dejar a un lado mi guitarra cuando se abalanza sobre mí y sobre mis labios. Mientras la beso pienso en la canción que estoy componiendo para ella pero me recuerdo que debo mantenerlo en secreto todavía. En cualquier caso, intento empaparme de todo esto, de lo que siento cuando estoy con ella, para después poder plasmarlo adecuadamente en la canción. Nora es tierna, risueña, bonita, alguien en quien refugiarme de cualquier problema... y sobre todo la única que sin hacer nada es capaz de despertar tan rápido mis instintos más salvajes; lo que me hace sentirme muy orgulloso de haber conseguido derretir su coraza de hielo para poder dar rienda suelta a esos instintos.

CAPÍTULO II

(Déborah)

Los personajes no salen de los libros

Loca por que me llame
y me diga que me quiere a mí.
Que venga a donde estoy
que vaya a donde voy
y me envidien.

Toc-toc, María Isabel

A primera vista el ascensor me ha parecido demasiado pequeño, pero al final hemos conseguido entrar mi maleta grande, mi maleta pequeña, mi mochila, mi ordenador portátil, mi bolso, mi enorme oso de peluche, mi precioso *rottweiler* de cincuenta kilos llamado Danger y yo. No me preguntéis cómo puedo con todo, porque yo tampoco lo sé.

Al fin se abren las puertas metálicas en el cuarto piso y Danger sale disparado. Está eufórico por encontrarse en un lugar nuevo. Yo tardo aún un poco en agarrar todas mis cosas y salir del ascensor más cargada de lo que

puedo soportar. Vale, lo admito, me he sobreestimado.

—Gracias por tu ayuda, Danger —le reprendo al perro mientras bajo a trompicones el tramo de escalera hasta el rellano.

—Hola, colega. ¿Quién eres tú? —escucho una voz masculina con el tono propio de quien le habla a un perro y los jadeos agitados de Danger.

—Se llama Danger —contesto yo por él, ya que los perros no hablan. Está comprobado, no hablan, y los bebés tampoco, por mucho que les preguntes; es algo que la gente debería entender. Así que asomo la cabeza por detrás del oso de peluche para mirar a mi interlocutor: unos veinte años, ropa ancha, buen físico, piel tostada, pelo color chocolate, ojazos marrones y es más bien bajito. *Uff*, ¿hace calor aquí o soy yo?—. ¿No te da miedo acariciar a un *rottweiler* que no conoces? —inquiero, pero él tarda un instante en contestarme.

—Se me ha acercado él —dice al fin—. ¿Quieres que te ayude? —se ofrece viniendo hasta mí. Yo llego frente a mi puerta y dejo las maletas en el suelo—. Sí. Sujétame esto, por favor —le paso el oso de peluche. Entonces puedo iniciar la búsqueda de las llaves dentro de mi bolso.

—Así que, ¿tú eres la nueva vecina?

—Sí, eso parece —al fin encuentro las llaves y levanto la vista hacia él para sonreírle—. Soy Déborah, la del A —le tiendo la mano.

—Yo soy John, el del B —ignora mi mano y se lanza a darme dos besos. Sí, definitivamente es muy mono.

—¿Tenemos nueva vecinita? —escucho en la puerta B y dirijo mis ojos hacia allí.

Oh... Dios... mío. ¿Sabéis esa sensación en la tripa cuando montas en la lanzadera? Pues la acabo de tener. ¿Cómo lo explico? Este chico es... el orgasmo personificado. Pelo castaño oscuro, mirada intimidante, cuerpo de escándalo y, sobre todo, esa actitud de “sé que te gusto, pero aquí elijo yo”.

De hecho, ahora mismo me está examinando de la cabeza a los pies. Venga ya, no creo que con el aspecto que debo tener ahora mismo le haya llamado mucho la atención. Intento sacarme el máximo partido, pero soy bastante normal: tengo el pelo moreno y liso no muy largo y hace poco me hice un desfilado hacia la derecha. Soy de constitución delgada además de tener cara de niña y poco pecho.

—Sergio, ésta es Déborah —me presenta John y mi amor platónico se acerca—. Déborah, Sergio.

—Encantada —le sonrío y también a él le doy dos besos.

—Lo mismo digo, Déborah. —Vaya, mi nombre suena genial de su boca—. Nosotros ahora tenemos que irnos y parece que tú también tienes algo que hacer —señala todo mi equipaje—. Pero nos vemos luego, ¿no?

—Sí, claro —acabo de parecer demasiado entusiasmada e intento arreglarlo girándome y empezando a probar con las distintas llaves para averiguar cuál es la del cerrojo.

—Muy bien, hasta luego, entonces —se despide Sergio.

—*Ciao* —coincido, abriendo al fin la puerta de mi nueva casa.

—Adiós, Déborah —me dice también John, que se despide de Danger haciéndole una caricia en la cabeza y se da media vuelta para seguir a Sergio.

—John —le detengo—. El oso —le recuerdo que aún sujeta a mi peluche. Ni siquiera se había dado cuenta, ya se iba con él.

—*Ah*, perdona —retrocede sobre sus pasos—. Toma —me lo devuelve.

—Gracias —me río.

—Visítanos esta tarde, ¿vale?

—¡Claro! —es la única respuesta que se me ocurre.

John me sonrío y también capto su casi imperceptible guiño de ojo justo antes de que se gire para desaparecer escaleras abajo. Me quedo un momento anonadada. Ya casi no quedan chicos con la suficiente labia como para

guiñarle el ojo con esa sutileza a una chica sin apenas conocerla; tengo como vecino a un ejemplar de una especie en peligro de extinción. Por no hablar de Sergio, pero a él le veo demasiado perfecto, serio, cerrado, casi inalcanzable. Sin embargo, si algo me caracteriza, es que me encantan los retos.

—Vamos, Danger —le digo mientras empiezo a meter todas mis cosas en mi nueva casa.

El piso es del tamaño estándar aquí en Madrid: tiene una amplia cocina, una pequeña terraza cubierta, un salón que hace las veces de comedor y de sala de estar, y dos habitaciones, cada una con su cuarto de baño. La disposición de mi cuarto es la que yo misma diseñé hace apenas un mes en una hoja de papel que luego le di a mi padre: a la derecha quedan el armario y la estantería grande, a la izquierda el panel de corcho, el cuadro de la ciudad de Nueva York y, debajo de la ventana, el escritorio con su silla de ruedas. Y al fondo, mi cama, una cama nido por si algún día quiero traer a dormir a alguna amiga.

Exhalo un prolongado suspiro y me decido a ponerme ya manos a la obra. Sintonizo en la radio mi emisora preferida y empiezo a deshacer el equipaje. Pongo mi ropa en los cajones, las sábanas en mi cama, mis enseres de aseo en el baño, mis libros en la estantería... Y mientras hago todo esto no me quito de la cabeza a mis vecinos. Cuando se lo cuente a mis amigas no se van a creer que comparto rellano con dos buenorros de película; seguramente, las envidiosas dirán que son... *gays*. ¡Santo cielo! ¿Y si son *gays*? Al fin y al cabo, son dos tíos viviendo juntos. No puede ser. Pero, ¿qué tonterías estoy diciendo? Solo son compañeros de piso. No, John no tenía ninguna pinta de ser homosexual, y Sergio... Sergio antes parece homófobo hasta la médula. No, he tenido esta suerte, tengo que asumirlo.

Cuando juzgo que ya he dejado todo medio organizado, me dirijo a la cocina. Junto a la vitrocerámica, en la encimera, están la *Thermomix* y su

libro de recetas, aportación de mi madre; me dijo que esta máquina será una buena manera de que empiece a cocinar. Hago una mueca mientras voy hasta el frigorífico y abro la puerta: nada.

—Danger, hay que ir a la compra.

Mis padres se han asegurado de que yo tenga un supermercado a dos calles de mi casa. Intento acordarme de todo lo básico, incluida la comida del perro, y también cojo alguna cosa más que se me ocurre, pero presiento que tendré que volver pronto.

De vuelta en casa, ya es la hora de comer, así que meto al microondas una bandeja de comida preparada y como mientras veo mi serie preferida. ¿Sabéis esa sensación que se tiene cuando tus padres te dejan sola en casa, nadie te condiciona y puedes hacer lo que te dé la gana? Pues imaginaos vivir así. Aunque, la verdad, esto no va a durar mucho, en poco tiempo vendrá mi compañero de piso.

A media tarde me encuentro examinando el manual de la *Thermomix* — las recetas de las tartas, concretamente— cuando oigo ruido en el rellano. ¡Ay, son ellos, son ellos, están de vuelta! Me llevo las manos a la cara y me aprieto la nariz; es algo que hago cuando me pongo nerviosa, no puedo evitarlo. Luego devuelvo la vista al cuadernillo que tengo en las manos. ¿Y si yo...? Al fin y al cabo, John me ha dicho que les visitara.

Menos de una hora después pulso el timbre de su casa con el corazón a mil por hora. En cuestión de segundos me abre la puerta Sergio. Ay, es que se tiene que haber escapado de alguna novela erótica. Yo me quedo en el sitio deleitándome con las vistas pero Danger no espera para colarse en la casa. ¿Cómo hay que decirle a este perro que no se tome esas confianzas? Me dispongo a disculparme por él, pero Sergio no le da importancia.

—*Eh*, hola, morenita —parece que se alegra de verme.

—Hola —digo yo también—. Esto... Mi madre me ha comprado la

Thermomix y he hecho una tarta, pero luego me he dado cuenta de que no me la puedo comer yo sola, así que...

—Tiene muy buena pinta —admite Sergio y creo que no se refiere precisamente a la tarta a juzgar por la mirada que me dedica—. Pasa —me ofrece, y cuando entro cierra la puerta tras de mí—. John, mira lo que ha traído Déborah.

John, que está sentado en el sofá acariciando al *rottweiler*, se vuelve y clava la mirada en la tarta que tengo en las manos.

—*Mmmm...* chocolate —se relame John y Sergio suelta una carcajada.

—Es adicto al chocolate —me explica Sergio—. Pero no un adicto cualquiera, dejó de fumar porque no tenía dinero para los dos vicios.

—Cierra la boca —le regaña John—. No fue por eso, dejé de fumar por mi *ex*.

Sergio vuelve a reír y se va a la cocina mientras yo dejo la tarta sobre la mesa de café de cristal y me siento en el sofá al lado de John. Enseguida él reaparece con platitos, cucharillas de postre y un cuchillo para partir la tarta. En cuanto la prueban, todo son halagos, y tengo que reconocer que esa máquina cocina la mar de bien.

Mientras me como mi trozo de tarta llego definitivamente a la conclusión de que no son *gays*, ni mucho menos; tanto su actitud como el estilo de su casa no pueden ser más heterosexuales.

—Bueno, Débora, háganos de ti —pide John sin más reparos.

—Está bien, pero luego tendréis que contarme vosotros también vuestras respectivas historias —pongo como condición.

—Trato hecho —acepta John.

—Veamos, ¿por dónde empiezo? —me acomodo en el sofá—. Mis padres se separaron hace dos años. Mi madre siempre había querido volver a su pueblo, con mis abuelos, y es lo que hizo. Yo me quedé con mi padre aquí

en Madrid para no cambiar de vida ni de instituto. Con el tiempo, mi padre ha conocido a otra mujer: se llama Cloe, es casi veinte años más joven que él, tiene un hijo al que todavía no conozco, a veces viste como una zorra y, aunque parece ser maja, a Danger no le cae bien, así que yo tampoco me fío de ella. Es más que probable que solo sea una cazafortunas. —me limito a dejar entrever que mi padre tiene dinero, tengo comprobado que la gente no tiene muy buena opinión de los banqueros—. El caso es que, ahora que empieza el verano, han decidido vivir juntos, y querían llevarme con ellos, pero yo desde el principio me negué en rotundo. Como acabo de cumplir los dieciocho y con la excusa de que el curso que viene empiezo la universidad, les propuse independizarme y venirme a vivir aquí a Moncloa, cerca de la facultad, y ellos aceptaron sin poner muchas pegas.

—¿Estás de alquiler? —pregunta John.

—Sí —contesto—, pero no voy a ser solo yo, de hecho, el otro día me llamó la casera para avisarme de que el lunes vendrá un chico a ver el piso. Así compartiremos los gastos, porque... ya sabéis, lo que cuesta la matrícula de la universidad es un verdadero despropósito.

—¿Qué vas a estudiar? —se interesa John. Sergio está muy callado.

—Literatura —afirmo con una sonrisa. Estoy impaciente por empezar la carrera—. Siempre me ha gustado la literatura; además, yo escribo.

—¿Qué escribes? —esta vez sí es Sergio quien pregunta sorprendido, y yo, por alguna razón, me estoy sonrojando.

—He escrito muchas cosas, pero acabé hace poco mi primera novela, o al menos la primera de la que me siento tan orgullosa, la que me ha ayudado a encontrar mi propio estilo. Se llama *Escoria*. Estoy intentando conseguir que me la publiquen.

—Pásanosla para que la leamos —exige Sergio.

—¿Algo más que contarnos, Déborah? —interviene John—. ¿Algo que

debamos saber? ¿Planes para este verano?

—Bueno... estoy pensando en apuntarme a la autoescuela. Me haría mucha ilusión comprarme una moto pequeñita para ir a la facultad, una *Vespa*. Aunque, claro... primero tengo que convencer a mi padre, porque parece que no le hace ninguna gracia la idea.

—No me extraña —se burla Sergio.

—Vale, vale, ya basta de meteros conmigo —le sigo el juego levantando las manos—. Ahora os toca a vosotros. Primero... John, por ejemplo. —No quiero que Sergio me note demasiado interesada en él.

—Yo no tengo mucho que contar —dice John—. Estoy estudiando física, me queda un año de carrera y luego me gustaría dedicarme a la astronomía. Y en mi tiempo libre... tengo un grupo de *break dance*, a veces nos presentamos a competiciones y campeonatos. —De acuerdo, me corrijo: no es que sea un ejemplar de una especie en extinción, es que es directamente único.

—Puede que tengas pinta de bailar *break*, pero para nada de estudiar física —le suelto y él hace un gesto dándome a entender que no es la primera vez que se lo dicen—. Y, ¿tienes novia? —me atrevo a preguntar también.

—No —niega con la cabeza—. La última chica con la que estuve me puso los cuernos —confiesa sin pensárselo demasiado. Pobrecillo.

—Ahora se ha vuelto un blando, pero en el instituto tenía fama de rompecorazones —añade Sergio.

—No sé por qué tenía esa fama, pero conseguí librarme de ella, no me gustaba nada —aclara John.

—¿Qué hay de ti, Sergio? —imploro.

—Yo acabo de terminar la carrera de INEF, el miércoles es mi graduación. —Eso quiere decir que me saca unos cuatro años, quizá cinco.

—¡No me digas! ¡Eso es estupendo! —Y tanto, debe estar viviendo el

mejor momento de su vida—. Me invitarás a la fiesta, ¿no? —le hago reír.

—Sí, claro, estás invitada, si quieres. —Vaya, eso no me lo esperaba.

—¿En serio? —quiero asegurarme.

—Por supuesto —contesta—. Lo pasaremos bien; cuantos más seamos, mejor.

—Yo voy a ir, puedes venir conmigo —interviene John.

—Te tomo la palabra —le digo y él me sonrío. Genial, ya tengo plan para el miércoles. Luego me vuelvo de nuevo hacia Sergio—. Y, ¿cómo es el último curso de la universidad?

—Una locura, la verdad, porque este año he estado estudiando, haciendo las prácticas y además trabajando de monitor en un gimnasio para sacar algo de dinero. No he parado.

—¿Dónde has hecho las prácticas? —pregunto y entonces siento que me estoy entrometiendo demasiado.

—En un colegio con niños pequeños. Era un centro privado, así que todo el mundo era un poco estirado, pero me he divertido mucho.

—Ah, te gustan los niños —interesante faceta—. Así que para el futuro quieres una mujer y muchos hijos —digo y John suelta una estrepitosa carcajada. ¿Qué ocurre?

—Puede, pero de momento... no surge —me explica Sergio—. No suelo comprometerme demasiado con ninguna chica. —Vale, entiendo.

—Y, ¿ahora mismo...?

—Ahora mismo tengo un rollo con una chica de mi clase, pero parece que a ella se le está empezando a olvidar que no es más que eso, así que... seguramente para el día de la graduación ya la habré dejado.

—Vaya, qué radical.

Menos de una hora después salgo de su casa con dos números nuevos guardados en la agenda de mi móvil, el correo electrónico de John y la

obligación de enviarles mi libro *Escoria* en *PDF*. Ahora mismo tengo que contarles todo esto a mis amigas.

El fin de semana lo paso estupendamente con las chicas estrenando la casa como es debido aprovechando que aún no tengo compañero de piso, y además las dejo a todas boquiabiertas al presentarles a Sergio y a John, de los que tanto les he hablado.

El lunes me levanto pronto, desayuno, hago la cama y me preparo rápidamente para salir. Despierto a Danger y nos vamos de tiendas a buscar un vestido bonito para la graduación de Sergio. No tengo mucho tiempo, a la una he quedado con un tal Erick que juzgará el piso y a mí como posible compañera.

A la una en punto he encontrado al fin el vestido perfecto y estoy pagándolo en la caja antes de que Danger y yo corramos hacia casa, conscientes de que Erick ya nos estará esperando y de que esto no es precisamente empezar con buen pie.

De repente, la veo y me detengo en seco, quedándome embobada. Ahí está, es ésa, es la *Harley Davidson* gris. Es exactamente como me la imaginaba. Sin salir de mi asombro, saco el móvil y pongo el modo cámara dispuesta a sacar una foto que sin duda hará historia. Me coloco en el ángulo adecuado y pongo mucho cuidado en enfocar correctamente, tiene que salir perfecta.

—Fíjate, una morenita amante de las motos —oigo la voz de un chico a mi espalda y me giro inmediatamente.

Pelo moreno que le cae sobre la frente, ojos negros inescrutables, un cuerpo nada desdeñable y vestimenta despreocupada, pero no preocupadamente despreocupada, sino despreocupada de verdad. Tendrá

entre veinte y veinticinco años. Da una última calada a su cigarro, lo tira al suelo y lo pisa mientras suelta el humo con una sonrisa de medio lado. No puede ser; hasta donde yo sé, los personajes no salen de los libros.

—¿Es tu moto? —pregunto como una estúpida cuando recupero la voz. Con un gesto él me da a entender que sí—. *Ah*, bueno, yo... es que necesito hacerle una foto, porque... Verás, yo he escrito una novela en la que sale una moto como ésta y, la verdad, cuando la he visto, he visualizado una portada estupenda y... —no se me ocurre cómo justificarme mejor.

—Eso sí que es una buena táctica de *marketing*.

—No es ninguna táctica, ni siquiera tengo editorial todavía —le reprendo y él suelta una carcajada.

—Solo era una broma —me da una palmada en el hombro—. Déjame, yo hago buenas fotos —extiende su mano con la palma hacia arriba.

Vacilo un poco antes de decidirme a entregarle mi móvil a un desconocido, pero no tiene pinta de ir a salir corriendo. En efecto, no lo hace. Miro la pantalla de mi teléfono mientras él toma una fotografía bastante buena; mejor que la que habría sacado yo, en cualquier caso. Hace una segunda foto y me devuelve el *Smartphone*.

—Tendré que comprarte el libro si va a salir mi moto en la portada —me mira y yo sonrío—. ¿Cómo se llama?

—*Escoria* —contesto de una vez.

—¿*Escoria*? ¿No suena un poco...?

—Sí, lo sé, a mi madre tampoco le gusta, pero es que es el título perfecto.

—Y, ¿qué hay de la autora?

—Yo... soy Déborah.

Voy a preguntarle su nombre también, pero me interrumpe.

—¿Déborah? ¿No serás, por casualidad, la Déborah que había quedado

aquí con su posible compañero de piso hace más de diez minutos? —¿Qué? Tierra, trágame.

—*Eeemmm...* Puede. —Él se ríe de la cara de boba que debo tener ahora mismo.

—Soy Erick —y me da dos besos en las mejillas.

—Lo siento, tenía que...

—No pasa nada, he hecho tiempo tomando algo en la cafetería de la esquina —le resta importancia a mi tardanza—. ¿Y quién es éste? —se inclina hacia el *rottweiler*.

—Es mi perro, se llama Danger.

Cuando Erick va a acariciarle, Danger le gruñe y le ladra haciendo gala de su esporádico mal carácter. ¿Qué bicho le ha picado?

—Joder, parece que el nombre es muy apropiado.

—Perdona, no suele portarse así. Seguramente es porque aún no te conoce —me disculpo por él y le lanzo una mirada asesina—. Por lo general no es agresivo, pero... digamos que nadie podría secuestrarme si estoy con él.

—Bueno es saberlo —me mira de una forma un tanto extraña—. Pero, ¿te ha dejado la casera meter un perro en casa?

—No ensucia, no suelta pelos, no se sube al sofá, no molesta y no tienes que ocuparte tú de él —le callo la boca—. Por cierto, ¿te deja la casera fumar en casa? —contraataco y él esboza una sonrisa irónica.

—Fumaré asomado a la ventana.

—Mejor —admito—. ¿Subimos, entonces?

A Erick parece gustarle bastante el piso y creo que los dos nos podríamos llevar bien. Sí, sería un aceptable compañero, incluso me propone hacer turnos para limpiar y cocinar. Charlamos un rato más sobre otros temas que hay que tratar entre compañeros de piso, como la posibilidad de traer

gente o de organizar fiestas y la verdad es que estamos de acuerdo en la mayoría de las cosas. No entiendo por qué a Danger no le cae bien, pero ya se le pasará, estoy segura de que solo se trata de cosas de perros y sus paranoias territoriales.

—Supongo que te atreverías a dar una vuelta en la moto —me propone cuando ya se va mientras le acompaño escaleras abajo hasta la calle. Vaya, sí que es directo.

—Claro que sí —respondo intentando parecer lo más atrevida posible.

—¿Qué te parece si vamos a tomar una pizza esta noche? Así seguimos hablando y nos conocemos mejor. —dice cuando llegamos hasta su moto mientras desbloquea el manillar. Consciente de que me estoy empezando a sonrojar, carraspeo intentando mantener la compostura.

—*Eeehhh...* bueno, creo que... podemos, sí —levanto la vista hacia él—. ¿De cuatro quesos?

—Como quieras —ríe Erick colocándose sobre la moto y poniéndose el casco—. ¿Quedamos aquí a las nueve y media?

—Vale —es lo único que consigo pronunciar.

—Muy bien, nos vemos luego entonces —se despide y me parece detectar una sonrisa en el interior del casco mientras arranca. Dicho esto, se despide con la mano, da gas a la moto y desaparece de aquí.

—Hasta luego —digo de todas formas, consciente de que me ha dejado con la palabra en la boca.

A las nueve y diez estoy todavía en el cuarto de baño cepillándome este pelo rebelde. Estoy contenta, creo que ya puedo decir que tengo compañero de piso, y tiene un toque que... me gusta. Sí, intuyo que será fácil vivir con él. Cuando estoy lista me coloco frente al espejo de cuerpo entero. He elegido un vestido negro, ajustado a la cintura mediante una cinta roja, de tela fina y

falda por encima de las rodillas. Para darle un toque informal, me he puesto unas manoletinias negras sencillas.

—¿Cómo se te ocurre ponerte falda, niña? Que vamos en moto —me reprocha Erick en cuanto me ve. Es cierto, no sé por qué no lo había pensado.

—Quería estrenarlo, ¿vale? —me defiende.

—Las mujeres y sus modelitos —murmura él yendo hasta la *Harley*.

—¿Qué? —le doy la oportunidad de rectificar pero no parece funcionar con él.

—Toma —me tiende uno de los dos cascos que ha traído.

Erick se coloca sobre la moto mientras termina de abrocharse el suyo y, cuando me subo detrás de él, se sienta entre mis piernas sobre mi falda de manera que ésta no pueda salir volando. A lo mejor me muero de frío, pero nadie me verá las bragas.

—Agárrate fuerte. —Erick arranca y el motor ruge como una pantera tensándome todos los músculos del cuerpo.

Segundos después circulamos por las carreteras de Madrid y mi pelo se balancea de un lado a otro. Me encanta cuando alguna que otra persona se gira a admirar la estupenda *Harley Davidson* gris. Me asusto cuando Erick acelera de golpe y automáticamente cierro los ojos y le abrazo fuerte. Incluso me dan ganas de apoyar la cabeza en su espalda, pero supongo que no viene al caso.

Pronto llegamos a nuestro destino y la moto se detiene. Me bajo intentando no ofrecerle a Erick una perfecta imagen de mis bragas en el espejo retrovisor, pero no sé si lo he conseguido. Ambos nos quitamos nuestros respectivos cascos y, mientras él bloquea el manillar, yo me giro hacia el sitio al que me ha traído: un restaurante italiano. *Uaauu*, yo me había imaginado una franquicia de pizzas baratas, pero esto se parece más a aquel

lugar de *La dama y el vagabundo*, con manteles de cuadros rojos y blancos incluidos.

—Vamos —Erick me pone una mano en la espalda empujándome suavemente.

Un amable camarero nos recibe y nos dice enseguida a qué mesa nos podemos sentar —en un lugar bastante agradable, por cierto— y, como ya me he encargado yo antes de dejar claro cuál es mi pizza favorita, no tarda en tomarnos nota.

Mientras esperamos a que nos traigan la cena acabo hablándole a mi acompañante del divorcio de mis padres y contándole que me he independizado para no tener que vivir con mi padre y la guarrilla cazafortunas. También de alguna forma sale el tema de la autoescuela y le cuento mi intención de sacarme el carné de conducir y comprarme una práctica moto para moverme por Madrid. En ese momento el camarero se acerca de nuevo y nos deja en el centro de la mesa nuestra enorme pizza de cuatro quesos.

—Entonces, ¿qué vas a estudiar en la universidad?— me pregunta.

—Literatura —consigo pronunciar con la boca llena de pizza.

—Vaya, ¿por qué no me sorprende oír eso de la autora revelación de una nueva generación de jóvenes escritores? —Yo sonrío orgullosa—. ¿Qué es lo último que has escrito?

—Un relato corto sobre mi perro. Lo mandé a un concurso literario y aún estoy esperando noticias —le cuento—. Es que necesito ganar algún premio para llegar a tener una buena carta de presentación para alguna editorial y así poder publicar *Escoria*.

—La clave está en tener paciencia.

—Sí, lo sé, y no creas que voy a rendirme fácilmente —le aseguro mientras me inclino hacia delante para coger un nuevo trozo de pizza—. Pero

háblame de ti. ¿Tú por qué te mudas?

—Porque lo he dejado con mi novia —me explica sin más.

—Lo siento —creo que es eso lo que debo decir.

—Son cosas que pasan —se encoje de hombros—. Llevábamos saliendo dos años pero, cuando nos fuimos a vivir juntos... ya sabes: las tareas de la casa, el dinero, los horarios... Ya habrás oído más de una vez que la convivencia estropea las parejas.

—Sí; por lo visto, pasa mucho —intento salir del apuro. Luego me propongo cambiar de tema, porque esto me está resultando algo incómodo y porque, en realidad, tampoco queda nada más que decir—. Y, ¿qué haces con tu vida?

—Soy fotógrafo.

—¿Fotógrafo? —¡Qué fuerte!—. ¿De qué?

—De todo. Suelo hacer bodas, bautizos, comuniones, algún que otro paisaje... Pero lo que de verdad me gusta son las chicas.

—¿Cómo? —estoy a punto de atragantarme con la pizza y necesito que alguien me aclare esto.

—Sí, algunas chicas se hacen fotos eróticas y después, si quieren, las subimos a una página *web* en la que la gente paga por verlas y así ganan bastante dinero.

—Estarás de broma —no me lo creo.

—Qué va, es en serio. Es más, cuando quieras te hago a ti una sesión de fotos. —Ostras, sí que está lanzado—. ¿Tienes algún tatuaje o *piercing*? Quedan mucho más bonitas si...

—La verdad es que tengo todo un rosal tatuado a lo largo del muslo derecho, pero no...

—Tienes que atreverte a hacerlo, te va a encantar cómo salen. Y luego puedes quedártelas y enseñárselas solo a quien tú quieras.

Me mira mientras yo permanezco pensando cómo responderle. Esto es oficialmente una propuesta indecente aunque no parezca ir con mala intención. En cualquier caso, no tengo razón alguna para dejar que un chico al que apenas conozco me fotografíe semidesnuda, así que me limitaré a rechazarle muy sutilmente.

—¿Para eso quieres vivir conmigo? ¿Para hacerme fotos picantes? —le suelto muy seria y él tarda unos segundos en captar que es una broma.

—Bueno... no, pero nos beneficiaríamos los dos si formáramos un equipo.

—No me junto con proxenetas —intento seguir seria.

—¡Venga ya, Déborah! —dice, pero yo niego una vez más con la cabeza —. Te acabaré convenciendo, ya lo verás. —Yo cruzo los brazos y enarco una ceja.

—Suerte, porque suelo ser bastante firme en mis decisiones.

Después de cenar, Erick pide la cuenta y me invita, ya que no me deja de ninguna manera pagar mi parte. Supongo que ahora le debo una. Subimos de nuevo a la moto para hacer el trayecto de vuelta que, por alguna razón, ahora se me hace más corto que cuando hemos venido.

Erick detiene la *Harley* enfrente de mi bloque de pisos y, cuando me bajo, él se quita el casco a la vez que yo y me mira en silencio pero con una clara expresión de querer que le invite a subir a casa no sé exactamente a qué. Opto rápidamente por hacerme la tonta, es algo muy socorrido.

—¿No me invitas a subir a tomar algo? —manifiesta entonces en voz alta. Mi táctica no ha funcionado.

—¿Para qué? Total, a partir de mañana va a ser también tu casa, así que...

CAPÍTULO III

(Sergio)

Eres muy niña para mí

Ya veré si vuelvo a verte o no,
tú podrás creer que voy de duro y no.
Ya no hay nada que me sirva en tu interior
y es que yo por ti no doy ni un duro, amor.

Insoportable, El canto del loco

El miércoles me despierto con la luz y el ruido que entran por la ventana, por no hablar de los malditos pájaros de los vecinos. Me revuelvo en la cama y abro los ojos lentamente. Me quedo observando dormir a Paula, que me da la espalda tumbada sobre su costado izquierdo. Lleva su pijama rosa, que hace poco decidió dejar aquí para las noches que se queda a dormir. No le sienta nada mal, aunque tengo que admitir que prefiero que la chica con la que me despierte esté... desnuda. El problema es que aquí anoche no se dio el momento de quitarle la ropa. Paula vino ayer a vernos a John y a mí, pusimos una peli, se acurrucó a mi lado, se quedó dormida y luego me tocó

traerla en brazos a la cama, así que aún me debe algo que pienso cobrarme ahora mismo.

Alargo el brazo para apartarle el pelo rubio hacia atrás y me inclino sobre ella empezando a besarla en el cuello. Mi mano derecha se desliza hasta su cintura y, cuando hundo mis dedos en su piel, ella inspira profundamente al despertarse.

—Sergio... —pronuncia mi nombre con voz somnolienta. Yo continúo besando su hombro mientras acaricio su tripa y su ombligo—. Sergio, ahora no.

Ya me lo esperaba pero me limito a ignorarla y mi mano asciende por su cuerpo hasta su pecho. Enseguida ella agarra mi muñeca para retirarla de ahí de mala manera. Esto no me está gustando, no me está gustando nada, pero antes de cabrearme definitivamente voy a darle la última oportunidad. Agarro su brazo y tiro de él hacia mí con la intención de colocarla bocarriba pero ella se resiste una vez más.

—Ya vale, te he dicho que pares.

—Como quieras —le hago caso: me aparto de ella y me dejo caer sobre la cama mirando al techo—. Paula, sal ahora mismo de mi cama y de mi casa. Se acabó.

Entonces sí se gira hacia mí con una expresión preocupada en la cara.

—¿Qué? —consigue articular con un hilo de voz.

—Lo que oyes: te dejo.

—¿Me dejas por no querer sexo cada vez que lo quieres tú?

—Sí, por eso y por lo pesada que te pones cada vez que salgo con mis amigos, por los bombardeos a mensajes, por no dejarme ver un solo partido de fútbol a gusto, por tus putos celos, por querer controlarme... ¿Quieres que siga? —Hago una pausa pero era una pregunta retórica—. Esto es precisamente lo que te expliqué que no quiero. Joder, Paula, yo no me he

comprometido a nada contigo, no te debo nada ni tienes ningún derecho sobre mí —intento hacerme entender y ella se queda callada, como decepcionada.

—¿Ni por un momento... he llegado a significar nada para ti? —un nudo en su garganta se le refleja en la voz.

—Claro que no —le contesto sin más. Ella asiente con la cabeza aún intentando contener las lágrimas.

—Entonces... supongo que... lo siento. Creía que había llegado un punto en que podía sentirme y comportarme como... tu novia. Pero ya veo que en realidad no hemos avanzado nada, tú no te has enamorado de mí, no quieres nada serio conmigo ni lo querrás. —Muy bien, Paulita, lo has captado —. De acuerdo, no volveré a ser más que... la chica con la que te diviertes.

—No, Paula, ya no.

—¿Qué? —me mira a los ojos—. ¿Por qué no?

—Porque lo que quiero ahora es que te vistas, recojas tus cosas y te vayas, ¿entiendes? —me levanto de la cama con actitud impasible.

—No, Sergio, por favor...

—¿Por favor qué? —me giro hacia ella. Está empezando a exasperarme. Ella vacila un momento sin saber qué decirme pero al fin encuentra las palabras.

—No lo entiendo. Soy... prácticamente perfecta. Soy rubia, alta, delgada, guapa, femenina... Gasto un montón de tiempo y dinero en arreglarme, cuidarme el pelo, maquillarme, echarme no sé cuántas cremas, depilarme... y todo eso lo hago para merecerme a un chico como tú. No tienes un solo defecto, Sergio, no puedes quedarte con cualquier pringada que no esté a la altura, tienes que estar conmigo, es lo que la sociedad quiere, es lo que la gente espera, ¿no lo ves? Tenemos que estar juntos. —De acuerdo, hasta aquí, no soy capaz de dejarla seguir hablando.

—¿Sabes qué? Ya que sacas el tema te diré que las chicas como tú cada

vez me aburrís más. Sois perfectas, sí, pero solo para una noche. No tenéis personalidad, ni siquiera sabéis pensar por vosotras mismas, a lo máximo que aspiráis en la vida es a imitar un prototipo artificial, y a mí eso no me vale.

Sí, me he quedado muy a gusto al soltar a bocajarro todo esto, sobre todo porque Paula en el fondo sabe que es verdad y se queda callada.

—Escucha —ella se pone en pie y rodea la cama viniendo hacia mí. Yo me cruzo de brazos dispuesto a dejarla hablar pero completamente cerrado a lo que me diga—. Esta noche es la graduación, te prometo que te compensaré esta noche. Solo déjame... dame una última oportunidad y yo...

—Paula —consigo que se calle y me mire a los ojos—. Se ha acabado, ¿vale? Vístete.

Sin darle tiempo a volver a abrir la boca, me giro y entro en el baño. Al rato, después de haberme dado una rápida ducha de agua fría para refrescarme y relajarme, salgo del servicio con su cepillo de dientes y otros bártulos de tía con los que un buen día invadió mi baño sin haberme pedido permiso antes. Veo que ya se ha vestido, porque sabe que soy perfectamente capaz de sacarla al rellano en pijama, y está terminando de recoger sus cosas cuando le doy lo que he traído del servicio, que añade a su bolso bandolera grande. Todavía me mira con ojillos de carnero degollado pero hago caso omiso yendo hasta la puerta de la habitación y salgo al salón esperando que ella me siga. Lo hace pero, por supuesto, tiene algo que decir, siempre tiene algo que decir.

—Por favor, Sergio, lo nuestro no puede terminar así.

—No hay nada “nuestro”, eso es lo que no te entra en la cabeza —ella suspira al darse cuenta de que la acaba de traicionar el subconsciente de nuevo.

—De acuerdo, mira... haré lo que quieras, puedo ser lo que tú quieras. Por favor, no me dejes. Dame solo esta noche.

—Llevo unos cuantos días avisándote, lanzándote indirectas que has ignorado, no te hagas la tonta ahora —llego hasta la puerta principal de casa, la abro y la mantengo así esperando a que Paula salga de aquí de una vez.

—No sé cómo lo haces —dice.

—¿El qué?

—A cualquier otro chico que me hiciera esto ya le habría gritado como una loca, insultado e incluso escupido a la cara y, sin embargo, a ti...

Me mira a la cara unos instantes y luego, sin previo aviso, se lanza sobre mí para abrazarme. Tiene razón, yo tampoco sé cómo lo consigo.

—Paula, vete a casa.

—Sí —se aparta de mí y mira al suelo—. Debería dejar de humillarme, ¿verdad?

No le contesto. Durante un momento parece estar buscando las palabras adecuadas para decirme, pero después se gira sin más, sale de casa y recorre el rellano con paso ligero. Solo entonces reparo en la presencia de Déborah junto a su puerta, a la cual no había visto antes. No sé qué está haciendo ni cuánto tiempo lleva ahí, pero va tan cargada como siempre y está acompañada por un chico que también lleva equipaje. Déborah se queda mirando a Paula mientras ésta desaparece escaleras abajo y luego vuelve la cabeza hacia mí.

—Hola —saluda con cierta expresión de desconcierto.

—Hola —respondo y luego dirijo mi vista hacia ese chico, incitando a Déborah a que me lo presente, o a que se presente él.

—Sergio, éste es Erick, mi compañero de piso desde ahora —dice al fin ella—. Erick, él es Sergio, el vecino del B.

—¿Qué hay? —le tiendo la mano.

—¿Qué tal? —da un paso adelante para estrechármela firme y mirándome a los ojos.

—Erick, puedes ir instalándote, tengo que hablar un momento con él. — Déborah acaba de abrir la puerta de su casa y devuelve las llaves a su bolso negro.

—Vale —acepta Erick y luego me mira a mí—. Voy a ver dónde puedo meter todo esto.

—Sí —asiento echando un vistazo a todo lo que trae—. Bienvenido.

—Gracias.

Mientras Erick carga todo lo que puede y empieza a meterlo por la puerta a trompicones, Déborah me empuja hacia dentro de casa y entra conmigo. Justo cuando va a cerrar la puerta un hocico se lo impide pero, una vez Danger ha entrado también, al fin puede hacerlo. El perro, con toda confianza, va hacia las habitaciones; a despertar a John, supongo, se han hecho muy amigos.

—¿Qué ha pasado con esa chica? —inquire Déborah.

—Ya te dije que para el día de la graduación seguramente ya habría roto con ella, bastante he aguantado —alzo las cejas y Déborah se queda observándome.

—Pero, ¿habéis discutido? —pregunta, y yo sonrío con ironía.

—Mira, además de estúpida, ahora se ha vuelto estrecha, y eso sí que no lo soporto —y, por alguna razón, me encuentro preguntándome si la morenita será una estrecha o más bien todo lo contrario.

—Ah, y... ahora que la has dejado, ¿hay una lista muy larga de pretendientas? —me hace soltar una risita; no ha conseguido sonar muy desinteresada, precisamente.

—No lo sé y tampoco me importa. Aquí elijo yo —me permito sonar un poco arrogante, esto tiene que ir quedándole claro.

—Sí, pues... ya me he comprado el vestido para esta noche y... en cuanto me veas, creo que vas a tener que elegirme a mí. —Vaya, qué segura

de sí misma.

—No sé tú, cariño, pero yo suelo tirar el envoltorio y quedarme con el bombón. —Joder, ¿por qué acabo de utilizar una de las frases de John? No es mi estilo y, sin embargo, ha funcionado: Déborah se ha quedado completamente desarmada y en blanco. Qué graciosa. Doy un paso adelante para quedarme más cerca de ella—. Déjame decidir a mí, ¿vale? —le hago una suave caricia en la mejilla y ella asiente levemente con la cabeza.

—Sí, yo... voy a ver qué hace Erick —da un paso atrás, hacia la puerta—. Ya... nos veremos esta noche.

—Vale, hasta esta noche.

—Adiós. —Y, sin más, sale de casa.

Sí que se ha puesto nerviosa, tanto que se ha ido dejando al perro aquí. De hecho, me estoy acordando de la primera vez que hablé con Nora a solas.

—Eres un capullo. —Me giro para ver a Danger y a un John aún somnoliento y sin camiseta aparecer por el pasillo.

—Buenos días, John. —Me dirijo a la cocina, necesito un café.

—No puedes dejar a una chica el día que os graduáis en la universidad —me reprocha entrando detrás de mí en la cocina—. ¿Cómo vas a mirarla a la cara esta noche? ¿Y durante todo el viaje de fin de carrera?

—No creo que vaya a mirarla mucho a ella.

—¿A quién entonces? ¿A Déborah? ¿Por eso la has invitado? ¿Has terminado con Paula para ir ahora detrás de Déborah? —me bombardea a preguntas con tono de desaprobación.

—No, pero tengo que decir que la vecinita está bastante bien —me sirvo café en una taza.

—¿Te la vas a tirar? —me suelta. Ante esa actitud tan radical, me vuelvo hacia él, que sigue junto a la puerta manteniendo una postura de lo más firme.

—No lo sé. ¿Tú qué crees? ¿No es muy... niña? —meto mi café en el microondas.

—Sí, es muy niña para que la pisotees —dice. Sé que quiere hacerme sentir culpable pero no voy a consentirlo, así que no le contesto—. Sergio, estoy seguro de que Nora era para ti la mejor chica del mundo y que la querías mucho, pero eso no significa que no puedas encontrar a otra que te guste lo suficiente como para volver a tener una relación bonita, seria y larga. —Ya, como si fuera tan fácil. Saco mi taza del microondas y le añado azúcar.

—John, llevo tres años buscando a una chica que pueda sustituirla o al menos cubrir de mala manera su puesto, pero no puedo evitar compararlas a todas con ella y ninguna da la talla.

—¿Y hasta cuándo piensas seguir así? —Fíjate, es la misma pregunta que me he hecho a mí mismo mil veces, y he llegado a la conclusión de que en el fondo aún tengo la esperanza de que vuelva. Claro que lo hará; de hecho, ya me parece demasiado el tiempo que lleva con ese payaso de circo teniéndome a mí—. No va a volver, Sergio —dice John, como si me hubiera leído el pensamiento.

Entonces empiezo a notar esa sensación que aún no he aprendido a describir; solo puedo decir que es rabia, es frustración, es sentir que me falta una parte de mí. No puedo seguir hablando de ella, necesito cambiar de tema, distraerme, así que doy un trago a mi café e intento volver a parecer despreocupado.

—Espera, ya sé lo que está pasando aquí: me estás dando esta charla porque a ti te gusta la morenita. —John mira al suelo algo cohibido, me parece que he dado en el clavo—. ¿Te gusta? Te gusta. Joder, te gusta mucho. —me río viendo cómo se empieza a ruborizar—. Tienes que lanzarte esta noche, tío. ¿Sabes? Me ha insinuado que su vestidito va a ser muy pero que muy sexy.

—Sí, lo he oído todo, pero te lo ha dicho a ti.

—¡Venga ya! Eres tú el que camela a cualquier chica con esa labia.

—Puede, pero me gusta hacer las cosas bien —me dice con actitud misteriosa.

—¿De qué hablas? —imploro. Él suspira y se resigna a explicarme.

—Mira, a ella ahora mismo le interesas tú. Así que yo, como no quiero ser segundo plato de nadie ni quiero que esté conmigo mientras se pregunta cómo sería estar contigo, simplemente voy a dejar que las cosas ocurran. Y lo que va a ocurrir es que va a empezar a provocarte y tú no vas a rechazarla, precisamente.

—A lo mejor no eres tan bueno prediciendo el futuro como crees —le replico.

—Ya te digo yo que sí —me asegura—. Por eso prefiero esperar al día en que me la encuentre llorando desconsolada sintiéndose como una zorra barata por haber dejado que la utilizaras. Así podré estar con ella sin preocuparme de ti, y además me será más fácil ganármela. Ya está, fin del plan.

—Vaya, lo tienes todo pensado —dejo mi taza vacía en el fregadero. Lo que más me fastidia es tener que reconocer lo listo que es este tío.

—Sí, deberías probar tú también alguna vez a pensar las cosas.

—Yo prefiero improvisar sobre la marcha —le doy una palmada en la espalda al pasar a su lado para salir de la cocina.

—Es otra opción —admite.

—Por cierto, ¿lo de hacerte tan amigo del perro también forma parte de tu estrategia infalible? —miro a Danger, que está sentado en una esquina, y él inclina la cabeza hacia la derecha.

—Cállate. —John coge una taza para hacerse su café—. Los perros siempre me han gustado.

*

*

*

Sabía que la graduación de la universidad iba a ser muy solemne y emotiva, pero no hasta qué punto. Ésta ha superado con creces la del instituto, significa mucho más, y por supuesto no es lo mismo un salón de actos cualquiera que el Paraninfo de la Complutense. El único problema es que, justo hoy, en pleno mes de junio, llueve a cántaros; esto sin duda da qué pensar sobre la manera en que nos estamos cargando el planeta. Primero hemos hecho un breve ensayo para asegurarnos de que todo sale bien, luego hemos pasado un rato haciéndonos fotos mientras comentábamos lo mucho que cambiamos al arreglarnos hasta que por fin han llegado los padres. Hemos entrado por el pasillo entre las sillas hacia nuestros respectivos asientos haciendo una comitiva que ha emocionado a todo el mundo. Una vez nos hemos sentado todos, casi me emociono con los discursos que han leído algunas personas. Por último, hemos lanzado los birretes al aire, ha habido muchos besos y abrazos, nos hemos hecho más fotos con los profesores, los amigos y la familia... Ha sido genial.

Luego hemos cenado todos en el restaurante que habíamos reservado solo para nosotros y ha salido todo perfecto; la comida estaba buenísima, nos hemos reído, hemos recordado anécdotas de estos últimos cuatro años...

Ahora ya estamos en el local en el que vamos a continuar la fiesta hasta después del amanecer. Asier, David y yo al fin hemos conseguido algo de beber y nos lo tomamos junto a la barra mientras comentamos sobre las

chicas y juzgamos sus modelitos.

—Sigo prefiriendo a Eva —repite David.

—Como quieras, pero es una frígida —le reprocha Asier.

—Lo será contigo —suelta David y nosotros nos quedamos mirándole intentando comprender lo que ha querido decir, aunque lo intuyo—. ¿De qué os extrañáis? Estamos saliendo.

—A eso me refiero, has tenido que decirle que estáis saliendo para conseguir llevártela a la cama —le reprocha Asier—. Dile algo, Sergio —me pide buscando apoyo. Me encojo de hombros mientras pienso qué puedo añadir yo.

—Cuidado con las chicas que solo quieren un principito azul porque llegan a ser agobiantes —le aconsejo a David, porque le conozco, y él parece atenderme atentamente, espero que me haga caso—. No dejes que te cambie ni que te diga lo que tienes que hacer.

—Eso es —coincide Asier—. Además, ¿la chica a la que has saludado antes en el Paraninfo es su hermana pequeña?

—Sí, la conocí el otro día.

—Está mucho más buena que ella.

—Asier, eres un puto pederasta, tiene quince años —le amonesta David.

—Al menos no tiene cara de monja seca y amargada. La pequeña es mejor.

—La mayor —contraataca David.

—La pequeña —repite Asier.

—La mayor.

—La pequeña.

—La mayor.

—Tú sí que eres un melón —zanja Asier la discusión.

Suspiro y me llevo la copa a los labios para dar otro trago. Mis amigos

pueden ser muy infantiles a veces. Justo en ese momento algo me hace volver la cabeza hacia la puerta principal del local y la chica que está entrando por la puerta es... espera, ¿ésa es Déborah? No me corto en escanearla enterita. Lleva zapatos rojos de tacón no demasiado alto pero que podrá soportar toda la noche. Sus piernas ascienden hasta un vestidito del mismo color muy corto cuya parte inferior se le ajusta a las caderas de una forma muy provocativa. Sin embargo, le sentaría mejor si tuviera un poco más de culo, como... como Nora. Ya lo estoy haciendo otra vez, pero sé que no debo pensar en ella, así que vuelvo a centrarme en lo que tengo delante. Mis ojos recorren su cintura hasta un tentador escote. Estoy seguro al noventa y nueve por ciento de que su sujetador tiene relleno pero lo comprobaré de todas formas. Lleva su pelo negro suelto y su gracioso flequillo hacia la derecha y en sus labios pintados de rojo intenso se ha dibujado una divertida sonrisa al haberme pillado mirándola como acabo de hacerlo. Yo le sonrío también antes de dar otro sorbo a mi bebida. Déborah se inclina hacia John y le dice algo mientras me señala a mí.

—Chicos, venid, os voy a presentar a una amiga —les digo a David y Asier.

Segundos después Asier, David y yo nos hemos acercado a ellos. Mis amigos saludan a John, le conocen de las veces que se ha apuntado a algún que otro plan nuestro.

—Si llegáis más tarde os perdéis la fiesta —le reprocho a John.

—Culpa suya, ha tardado media vida en arreglarse —John acusa a Déborah.

—Asier, David, ésta es Déborah.

Les presento a la morenita y no se me pasa por alto cómo la mira Asier. Luego yo también le doy dos besos.

—¿Qué te parece? —desliza las manos por su cadera refiriéndose a su

look.

—Me parece que estás poniendo a prueba mi autocontrol —le advierto.

—Tú tampoco estás mal con traje —alarga el brazo para deslizar los dedos sobre mi corbata.

Me río de su respuesta y, ahora más cerca de ella, me fijo en el rosal que lleva tatuado a lo largo del muslo derecho. Vaya, una chica atrevida.

—Bonito tatuaje —le digo enarcando mi ceja izquierda.

—¿Te gusta? Supongo que eso es un punto a mi favor —me dedica una mirada desafiante a la que yo me dispongo a responder cuando me interrumpen.

—¡John! ¡Cuánto tiempo sin verte! —Blanca aparece de la nada y se lanza a abrazar a John.

—Hola, Blanca —responde él—. Qué guapa estás.

Con Blanca, por supuesto, también vienen Lorena, Sara y... Paula. Quizá John tenga razón, no debería haberla dejado justo hoy, esto es incómodo. En cualquier caso, me mantengo callado mientras ellas hablan con John hasta que Lorena se gira hacia Déborah.

—¿No nos presentas a tu amiga, Sergio?

—Me llamo Déborah —se apresura a decir ella—. Soy... su nueva vecina —aclara.

—Ah, encantada de conocerte —se inclina para darle dos besos—. Yo soy Lorena.

—Y yo soy Blanca —añade ella también, nunca pierde la oportunidad de hacer una nueva amiga.

—¡Chicas, me encanta esta canción! —exclama Lorena cuando empieza a sonar la canción *Princesas* de Pereza.

—Ven, Déborah, vamos a bailar —Blanca la agarra de la muñeca y tira de ella hacia la pista.

Déborah se deja arrastrar, aún atónita; ya se irá dando cuenta de lo efusiva que puede llegar a ser Blanca. Lorena y Sara corren tras ellas, pero Paula se queda atrás para poder dedicarme una mirada gélida, la cual no me cuesta mucho ignorar.

Nosotros volvemos junto a la barra para que el recién llegado se pida algo de beber. David le pregunta a John cómo le va todo y él le empieza a contar cosas, pero yo apenas sigo la conversación, se me va la vista hacia Déborah. Me distraigo viéndola bailar en la pista una canción tras otra: *Sufre, mamón* de Hombres G, *Zapatillas* de El canto del loco, *Pan y mantequilla* de Efecto pasillo e incluso *Single ladies* de Beyoncé o *Lady Marmalade* de Christina Aguilera.

Está muy *sexy* y baila bien, pero no tanto como... Nora. Bebo otro trago de mi copa y al pestañear dejo los ojos cerrados más tiempo del necesario. Cuando vuelvo a abrirlos veo a lo que se está dedicando Paula en la pista: está bailando como si le fuera la vida en ello con un chico al que yo no había visto nunca antes. ¿Cree que va a ponerme celoso? No se quiere enterar de que para mí no ha sido más que un entretenimiento, que no siento nada por ella y que me importa una mierda lo que haga; solo me da un poco de pena ese pobre chaval, que se está ilusionando creyendo que conseguirá algo.

—Me pregunto en qué estarás pensando —escucho a Déborah detrás de mí y me giro hacia ella.

—¿Ya te has cansado de bailar?

—Sí, me he rendido; no estoy a la altura —bromea.

—Lo estabas haciendo muy bien —le aseguro.

—John me supera con creces —hace un gesto con la cabeza hacia su izquierda.

Mi amigo baila como él sabe y con esa cara de satisfacción que se le pone al estar haciendo lo que le gusta mientras algunas personas a su

alrededor intentan imitarle. Entonces, Asier me da unos golpecitos en el hombro.

—Tío, salimos a fumar. ¿Vienes? —inquire. Yo asiento con la cabeza, me vendrá bien tomar un poco el aire.

—¿Tú fumas? —me pregunta Déborah extrañada.

—Hoy sí. —Durante unos segundos, puedo notar en sus ojos la desaprobación, pero se apresura a enmascararla.

—Voy con vosotros —afirma.

Enarco la ceja izquierda con una leve sonrisa y luego me doy media vuelta para seguir a Asier.

Una vez fuera del local, le doy la primera calada al cigarro que me ha dado Asier; joder, esto sabe a mierda.

—Déborah, ¿quieres? —le ofrece Asier a ella también.

—*Aaamm*... no. Bueno, no... lo he probado nunca.

—Toma, Pruébalo —mi amigo se acerca a ella tendiéndole la cajetilla de tabaco.

—Asier, déjala en paz —le aviso empezando a alterarme.

—No —interviene Déborah—. Está bien, dame uno.

—No seas tonta, Déborah —le advierto. Ella me mira como dispuesta a contestarme pero ya tiene un cigarro en la boca, el cual Asier se apresura a encender.

—Da una calada y trágate el humo —le explica.

Vale, ya he tenido suficiente. Déborah no parecía ser una de esas niñas estúpidas sin criterio propio, pero me equivocaba. Doy la última calada a mi cigarro y lo tiro al suelo antes de pisarlo y girarme para volver dentro del local. Justo antes de entrar por la puerta escucho a Déborah toser angustiada. Ella se lo ha buscado.

Camino entre la gente hacia donde está el resto del grupo pero entonces

alguien me agarra del brazo, es Déborah. Vaya, ha rectificado, y parece... preocupada porque yo me haya enfadado.

—Lo siento, yo solo... creía que tú...

—Así que al final has sabido decir que no. —Ella me mira a los ojos y asiente con la cabeza—. Mejor —le aseguro—. Ven.

La cojo por su antebrazo y la guío hasta el fondo de la estancia, donde hay algunos sillones para sentarse. Como solo encontramos un sitio en el extremo de un sofá, me siento yo y sujeto a Déborah por la cintura para colocarla encima de mí.

—Entonces, ¿te lo estás pasando bien? —imploro.

—Claro.

—¿Te han caído bien las chicas?

—Sí, hemos estado hablando de ti.

—No me digas —por alguna razón, no me sorprende. Ella asiente con la cabeza.

—Me he enterado de que no solo has estado con Paula, con Sara...

—Sara lo estropeó todo antes de empezar.

—*Ah* —hace una pausa—. Y, ¿tú y Lorena...?

—Entre Lorena y yo no hay nada —le explico—. No puede haber nada porque nos conocemos desde que tengo memoria. Somos buenos amigos y queremos que siga siendo así, ya lo hemos hablado.

—Te ha defendido; ya sabes, cuando Sara y Paula han empezado a despotricar sobre ti —me cuenta. Me lo imagino, teniendo en cuenta que con las dos he terminado mal—. Me han advertido que no me acerque a ti, que eres el único chico que ha conseguido que se arrastren como no lo harían por ningún otro —Déborah se queda mirándome, esperando a que yo diga algo en mi defensa, pero no tengo nada que decir—. Ya he oído sus versiones, ahora quiero escuchar la tuya —termina por pedírmelo sin tapujos.

—¿Mi versión? —Asiente con la cabeza—. Mira, yo siempre voy con la verdad por delante y, antes de ir a más con una chica, le explico que no quiero ninguna clase de compromiso, para que ella juzgue si le interesa. No engaño ni ilusiono a nadie, pero de repente me encuentro con que, por alguna razón, chicas como Paula y Sara se creen que son algo para mí.

—Vale, eso puedo entenderlo, pero... ¿Por qué no sientes, o no quieres sentir, nada? —pregunta ella—. ¿Te da miedo empezar algo serio? ¿No encuentras a la adecuada? ¿No crees en el amor? ¿Tienes una doble vida? ¿Eres un vampiro? Dime, ¿tienes alguna razón? —Suelto una risita, me hace gracia cuando empieza a hablar tan rápido.

—Sí, la tengo —le contesto—. Pero no quiero hablar de eso ahora, ¿vale?

—Ah... vale —asiente con la cabeza y mira al suelo—. Bueno... no creo que seas un vampiro, así que no...

—Lees demasiado.

—Sí, eso parece —me sigue el juego, pero luego vuelve a ponerse seria—. Y... ¿conmigo querrías eso mismo? ¿Solo... pasarlo bien sin compromiso?

—Tú eres muy niña para concebir eso. Eres muy niña para mí.

—Puedo hacerlo.

—No, no puedes.

—Puedo hacerlo mejor que ellas —me asegura señalando hacia donde Sara y Paula están charlando en un rincón—. Ponme a prueba —me reta. Lo dicho: es una chica muy atrevida.

—¿Estarías dispuesta? —imploro y Déborah asiente con la cabeza sin dudar—. Sin ningún tipo de compromiso, no se me reprocha nada, no se me piden explicaciones de nada, no se me controla y no se llora por mí porque no debes esperar nada de mí.

—¿Qué libertad tengo yo? —quiere aclarar.

—Toda la del mundo, pero eso es un arma de doble filo teniendo en cuenta que eres fácilmente prescindible y sustituible. —Ya la he dejado perpleja, ahora es cuando se echa atrás.

—Muy bien, te diré dos cosas: la primera, que Sara y Paula mienten cuando dicen que consigues que una chica se arrastre sin darse cuenta, porque yo me estoy dando perfecta cuenta, y la segunda es que... puedo hacerlo y quiero hacerlo.

—No quieres —le aseguro.

Deja caer la cabeza sobre mi clavícula y yo la rodeo con mis brazos. Acaricio con las yemas de mis dedos el tatuaje de su muslo despacio y con suavidad.

—Y tú también quieres —murmura en mi cuello.

—No he dicho lo contrario —deslizo mi mano hasta dejarla sobre su trasero y entonces me acuerdo de algo que tengo pendiente—. Déjame comprobar una cosa —mis dedos ascienden por su cintura hasta su pecho y palpo sin reparos su sujetador: lo sabía, tiene relleno—. ¿A quién querías engañar?

—A nadie —se queja enfurruñada porque la haya descubierto—. Solo es que con este sujetador me queda mejor el vestido —pero ve en mi cara que no me ha convencido—. Y no me repitas lo del envoltorio y el bombón; el envoltorio adorna, te entra por los ojos. —Ya lo está haciendo otra vez, intentar explicarse hablando muy deprisa, y me hace reír—. No te rías. Nunca me tomas en serio.

—Eres demasiado cómica para tomarte en serio —le digo y ella me mira frunciendo el ceño.

Justo en ese momento, la canción que estaba sonando termina para dar paso a *Blurred Lines*, de Robin Thicke, y Déborah se levanta de repente.

—Ven.

—¿A dónde?

—Ven —me repite.

Le lanzo una mirada de desconfianza pero luego me levanto yo también del sofá. La sigo hasta la pista y entonces se detiene para girarse hacia mí.

—Baila conmigo —me pide.

—No. ¿No has visto cómo se baila esto? No necesitas que yo baile —le tiro una indirecta muy directa.

—Cuidado con lo que deseas —me advierte.

—Lo digo en serio, baila —insisto y me mira a la cara con los ojos entornados sintiéndose desafiada.

—Muy bien —acepta el reto.

Con una mano en mi pecho, empieza a hacer ondas con el cuerpo. Luego sube la rodilla por encima de mi ombligo. Sigue motivándose y arquea la espalda dejándose caer hacia atrás para enseguida volver a incorporarse. Alza las manos encima de su cabeza y balancea su cinturita hacia los lados. Después camina con paso firme dando la vuelta a mi alrededor y cuando vuelve a estar frente a mí se agacha dejando los brazos arriba antes de ponerse en pie de nuevo. Da una vuelta haciendo giros con la cintura hasta que se queda de espaldas a mí. Se apoya en mí y vuelve el cuello para mirarme. Coge mi mano para llevarla a su pecho y desde ahí la desplaza en una caricia hasta su cintura y es cuando se deja caer hacia delante manteniendo las piernas abiertas y vuelve a subir despacio sacando el pecho hacia fuera. Se gira de nuevo con su actitud más provocativa. Luego se pasa la mano por el pelo cerrando los ojos sin dejar de mover el cuerpo. Da un paso hacia delante quedándome muy cerca de mí y su mano desde mi cuello desciende por mi pecho y mi abdomen.

A las nueve de la mañana, después de una larga noche de fiesta y de haber desayunado churros con chocolate en una cafetería, me quito el traje y al fin puedo dejarme caer sobre mi cama con la intención de dormir unas cuantas horas.

CAPÍTULO IV

(Déborah)

Bésame

Ponme en tus planes que yo soy toda oídos,
tú di por dónde que yo voy junto a ti.
Rompe los moldes y los desafíos.
Tus fantasías las quiero vivir.

Tu mundo, María Isabel

Un olor agradable y conocido llega hasta mi nariz despertándome. Abrazo más fuerte la almohada y aún sin abrir los ojos intento identificarlo. Es un olor a comida, a una comida que me gusta, es como... ¡Escalope a la milanesa! Se me dibuja una sonrisa en la boca y abro los ojos mientras ruedo sobre el colchón para alcanzar mi teléfono móvil y mirar la hora: las tres de la tarde. Salgo de la cama pesadamente y mientras me atuso el pelo abro la puerta de mi habitación. Voy directamente al baño y al pasar ante el espejo me encuentro con mi melena hecha una maraña.

Después me topo con Danger en el pasillo. El perro está agitado y

mueve la cola saludándome.

—Hola, amiguete —le acaricio el lomo.

Cuando llego a la cocina Erick está ante la sartén en la que fríe los filetes y se vuelve hacia mí.

—Buenos días, dormilona.

—Hola —bostezo.

—¿Mucha resaca? —inquire.

—No, yo... bebo con moderación. —¿He dicho yo eso? He sonado medio boba. Intento distraerle cuanto antes—. ¿Son filetes empanados?

—Sí —asiente—. ¿Quieres comer?

—Por favor —le pido. Estoy muerta de hambre.

Al rato estamos comiendo en el salón y yo no puedo evitar empezar a recordar todo lo ocurrido ayer con Sergio: cuando me dijo que estaba poniendo a prueba su autocontrol, cuando se enfadó porque yo di una calada a un cigarro, cuando apoyé la cabeza en su hombro, cuando me confesó que él quiere lo mismo que yo, cuando su mano recorrió todo mi cuerpo en una caricia... y cuando me dijo que soy muy niña para él. No sé qué más hacer para demostrarle que no es así, ya me lancé a bailar decidida a ponerle a cien, solo me faltaría hacerme para él una sesión de fotos eroti... Espera un segundo...

—¿Por qué me miras así? —inquire Erick.

—Porque... he estado reconsiderando tu propuesta de hacerme esas fotos —y automáticamente se le ilumina la cara—. Por supuesto, sin colgarlas en *Internet*, solo para mí —le dejo claro.

—Y, ¿qué te ha convencido para aceptar mi descarada propuesta?

—¡Nadie! O sea.... yo... lo he consultado con la almohada.

—Ya...

—¿Ya?

—Digo que... cuando quieras.

—*Aaamm*... ¿Ahora? —le propongo y él levanta la vista hacia mí con una leve sonrisa en la boca.

—Perfecto.

Erick ha extendido una sábana blanca sobre mi cama y ha colocado un deslumbrante foco en medio de mi cuarto. Me ha dejado un momento sola y yo he elegido ponerme mi conjunto rojo preferido de ropa interior, pero aún me estoy preguntando si esto será tan buena idea cuando Erick vuelve a la habitación. Al instante me cohíbo e inconscientemente me tapo el pecho con un brazo mientras disimulo jugueteando con un mechón de mi pelo. Al menos, agradezco que se contenga y no me radiografíe con la mirada de arriba abajo... No, qué va, acaba de hacerlo.

—Te noto tensa —se ríe.

—Para nada —ironizo—. Acabemos con esto. ¿Qué tengo que hacer?

Erick me dirige y me hago las fotos en mi cama, tumbada de costado, de rodillas, sacando todo el partido a mi tatuaje en cada foto, sentada al estilo sirena, con el pelo cayéndome hacia un lado...

—¿No te vas a quitar el sujetador? —me pregunta de repente y yo vacilo calibrando cómo contestar.

—No tenía pensado hacerlo —me limito a decir—. ¿Por qué?

—Porque cuando te lo quitas es cuando empieza lo divertido —me mira fijamente intimidándome y bajo esa presión se me ocurre una idea.

—Te diré lo que podemos hacer —le explico—. Mi abuela siempre me dice que hay que insinuar pero no enseñar, así que... me lo quitaré, pero las fotos solo serán insinuantes, no se verá nada.

—Muy bien —aunque su tono es de desaprobación.

Me quedo mirándole, pero no tiene pinta de ir a darse la vuelta ni nada

de eso para que me quite el sujetador, así que me armo de valor y lo hago delante de él intentando ocultar mi reparo, aunque no creo haberlo conseguido.

Erick me hace una foto de espaldas mirando por encima de mi hombro, otra tumbada sobre mi tripa y otra sentada con las rodillas contra mi pecho y las piernas cruzadas a la altura de los tobillos.

Por la noche, cuando Erick ha terminado de darles unos retoques a las fotos con un programa de su ordenador, le doy mi *tablet* para que me las pase. Vuelvo a verlas todas en mi habitación, alucinando con el talento de Erick para la fotografía y con la capacidad del *photoshop* de hacerme parecer una auténtica modelo, y siento unas irresistibles ganas de enseñárselas a Sergio ahora mismo. No quiero esperar ni un segundo más, así que me levanto y, sin preocuparme de que apenas llevo los pantalones cortos de mi pijama de búhos y una camiseta de tirantes, salgo al rellano.

Llamo al timbre de la puerta B y abrazo mi *tablet* contra mi pecho mientras cruzo los dedos por que me abra él. Se hace de rogar un poco pero me recibe con una sonrisa al verme.

—Hola, Déborah. ¿Nos traes otra tarta?

—Mejor —le aseguro—. ¿Podemos... ir a tu habitación? —propongo. No sabría interpretar la expresión de su rostro pero no es de confusión exactamente.

—Sí, pasa —responde al fin.

Entro y le sigo. Echo un vistazo al salón en busca de John pero, al no verle, supongo que habrá salido o estará en su habitación.

—¿A qué viene tanto misterio? —me pregunta Sergio una vez en su cuarto.

—Siéntate —le pido antes de nada. Él hace lo que le digo y yo me dejo

caer a su lado en la cama—. Verás, resulta que Erick sabe de fotografía y, bueno... me ha hecho unas fotos a mí. ¿Quieres verlas?

—¡Vaya! Sí, claro, cómo no —parece realmente sorprendido e interesado.

—Pero tengo que decirte que son...

—¿Te has hecho fotos desnuda? —Fíjate, ésa es la misma cara que me puso cuando le pedí a su amigo un cigarro.

—*Eeehhh*... No, para nada; solo salgo un poco ligera de...

—Déjame ver —extiende su mano con la palma hacia arriba pidiéndome la *tablet* y yo se la doy aún nerviosa por lo que pensará al verlas.

Sergio las mira una a una en silencio. Tal y como ya me ha ocurrido más de una vez, me encuentro intentando averiguar qué pasará por su cabeza.

—Muy bonitas —levanta la cabeza hacia mí cuando termina de verlas y una sonrisa cómplice aparece en mi boca—. ¿Para qué te las has hecho? —añade pillándome por sorpresa.

—Para enseñártelas solo a ti —respondo al fin y la mirada de Sergio se suaviza.

Él deja mi *tablet* a un lado y coge aire para volver a dirigirse a mí.

—Yo... te prefiero al natural. Ya sabes, con tus pantaloncitos de búhos y sin maquillar como una puerta —consigue dejarme cortada. Me rodeo la tripa con los brazos y no soy capaz de mirarle mientras pienso qué puedo responder a eso, pero al final me ahorra el mal trago siendo él quien habla—. ¿Te has dado cuenta de que Erick tiene estas fotos tuyas y puede hacer con ellas lo que quiera? ¿Te has dado cuenta de que te ha visto medio desnuda? —me reprocha dejándome perpleja.

—No soy la primera chica a la que fotografía —trato de defenderme.

—No puedes dejar que un chico al que acabas de conocer tenga este tipo de fotos tuyas.

—¿Me estás diciendo esto para disimular que estás celoso? —intento no achantarme. Él suelta una risita irónica.

—No exactamente, pero no me gusta compartir.

—¿Compartir? Dijiste que soy demasiado niña para ti.

—Y esas fotos me dan la razón. —Vale; Sergio uno, Déborah cero. Es cierto, ha sido una estupidez y tengo que admitirlo.

—No lo he hecho aposta, yo solo quería... —Sergio se inclina hacia mí y me coloca con suavidad un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Ya lo sé, pero no puedes hacer estas locuras.

Le miro a los ojos, y él a mí, pero mis ojos descienden a sus apetecibles labios y me quedo embobada.

—Bésame —un susurro sale de mi garganta sin avisar ni pedir permiso.

Sergio parece sorprendido y yo trago saliva al percatarme de que lo acabo de decir en voz alta. Me he lanzado sin ni siquiera darme cuenta.

Él vacila un momento, pero luego me alza la barbilla y trae sus labios a los míos. Me besa y mis ojos se cierran, enreda sus dedos en mi pelo, su lengua empieza a jugar con la mía, su mano se desplaza hasta mi cuello. Pierdo todo amarre con la realidad y me parece haberme trasladado a una nube. Su mano está en mi cintura, agarrándome, pero pronto se desliza en la más placentera de las caricias hasta mi trasero y hunde los dedos en mi piel. El cosquilleo en mi tripa es cada vez más intenso y también está empezando a descender, y la respiración se me corta un segundo haciéndome después jadear. De pronto, mi mano está en su pecho; no me contengo y aprieto en un puño su camiseta.

—No te aceleres, cielo —me aparta de su cuerpo con una mano sobre mi tripa.

—¿Por qué? —murmuro.

—Porque esto no va así, ya lo sabes.

—Dijiste que querías lo mismo que yo —le recuerdo confundida.

—No es el momento.

Bien, hay dos opciones: que de verdad le parezca que no es el momento o que solo quiera ponerme a prueba para ver cuánto más puedo aguantar, y me decanto por la segunda. Le mantengo un momento la mirada pero pronto me rindo y se la aparto.

—Vale —asiento con la cabeza. Muy bien, a esto podemos jugar los dos—. Entonces... me voy a casa.

Me pongo en pie y enseguida se refleja en su rostro que no era esto lo que quería conseguir, pero me mantendré firme si no me detiene para demostrarle que quiere que me quede. Sin embargo, lejos de apearse de su estúpido orgullo, se levanta también para acompañarme a la salida.

—Déborah —me llama cuando abro la puerta principal y me giro como un resorte—. No estás sola en casa, ¿verdad? —inquire. Como empiece a especular sobre a qué viene esta pregunta me volveré loca.

—No, está Erick. ¿Por qué?

—Por saberlo —y se encoje de hombros quitándole importancia al asunto. Yo respiro hondo tratando de no perder la compostura—. Hasta mañana, entonces.

—Hasta mañana.

Ceno con Erick y luego nos ponemos una película. Apenas me concentro en la televisión, sigo pensando en Sergio. Pero es todavía peor cuando, una vez en la cama, aún no me lo quito de la cabeza. Cómo me ha mirado, cómo me ha tocado, cómo me ha besado, cómo me ha llamado “cielo”. Quiero estar con él, necesito estar con él. Él, su peso sobre mí, sus besos en mi cuello, sus manos deleitándose con todo mi cuerpo... Me estoy muriendo de calor. Aparto la sábana de mí a patadas de impotencia y me

incorporo en la cama.

Giro la cabeza hacia mi mesita de noche y veo ahí mi móvil. Tengo que llamarle, necesito oír su voz y decirle que si no es con él hoy no duermo, que no habrá ni treinta pasos de su cama a la mía. Me inclino a coger el teléfono y busco decidida su nombre en mi agenda. Pero de pronto, justo cuando voy a pulsar el botón de llamada, escucho su voz en mi cabeza: “sin ningún tipo de compromiso, no se me reprocha nada, no se me piden explicaciones de nada, no se me controla y no se llora por mí porque no debes esperar nada de mí”. No, no puedo llamarle, aunque me muera de ganas, porque me diría que una chica que le llame a estas horas es precisamente lo que me explicó que no quiere. Con todo mi pesar, me obligo a dejar el móvil donde estaba y, con un nudo en la garganta, vuelvo a tumbarme intentando relajarme. Pero estoy completamente frustrada y acalorada, con una sensación en mi interior cercana a la rabia pero que no llega a serlo. Abrazo la almohada, se me arruga la cara y empiezan a escocerme los ojos en los que se me están acumulando las lágrimas, que no tardan en rodar por mi mejilla a la vez que un primer sollozo acaba saliendo de mi garganta cuando llego a mi punto de inflexión.

Entonces escucho unos ruidos en la puerta de mi habitación, como... Danger arañándola pidiendo que le abra. Me sereno, trago saliva y me seco la cara con el dorso de la mano. Me levanto, voy hasta la puerta y dejo entrar a mi perro para después volver a la cama y tumbarme otra vez. El *rottweiler* viene a mi lado, se sienta y apoya su hocico en el colchón mirándome con compasión. Me hace sonreír y le acaricio la cabeza. Es increíble cómo un animal, aunque no pueda solucionar los problemas, sabe que solo con acompañarme me hace sentir mejor o, al menos, me distrae de lo malo.

A la mañana siguiente me despierto encogida en postura fetal y cuando estiro las piernas mis pies chocan con algo. Abro los ojos y alargo el cuello

para ver a Danger acurrucado a los pies de mi cama plácidamente dormido.

De pronto, me asalta la duda de si lo ocurrido ayer con Sergio fue real o lo he soñado. No, aquello fue muy real, y su manera de dejarme claro que es él quien decide también fue de lo más auténtica.

Me levanto de la cama con un suspiro. Danger se despierta cuando subo la persiana y abro la ventana para ventilar y me saluda viniendo hasta mí y lamiéndome la pierna.

Paso por el baño para darme una ducha rápida y cuando salgo al salón veo que Erick aún no se ha levantado. Me preparo un café y unas tostadas con mantequilla y azúcar y desayuno mientras Danger y yo vemos la serie *friends* en la televisión.

Cuando Erick aparece yo estoy metiendo mis cacharros en el lavavajillas. Luego voy a mi habitación, hago la cama, ordeno un par de cosas y finalmente enciendo mi portátil para mirar mi correo electrónico.

Casi me caigo para atrás de la silla al ver que tengo un mensaje del Ayuntamiento de Córdoba, a cuyo concurso literario hace dos meses presenté mi relato corto sobre Danger.

Estimada Señorita Déborah Manzano:

¡Enhorabuena! Nos enorgullece comunicarle que hoy, viernes 4 de julio de 2014, se ha publicado el fallo del jurado respecto a nuestro concurso literario de relatos cortos de temática libre, y su escrito “Este perro es un peligro” ha sido oficialmente seleccionado como el ganador del concurso. Le recordamos que el premio correspondiente al primer puesto es un cheque de 800 € además de la estancia pagada para dos personas en el magnífico Hotel Córdoba Center de Córdoba los días 12 y 13 de julio, fin de semana en que se celebrará en dicho hotel el acto de entrega de premios para los tres finalistas. En cualquier caso, le rogaríamos que nos lo hiciera saber si no le

fuese posible asistir.

Esperamos que le haya complacido la noticia.

Un saludo

Ayuntamiento de Córdoba, Delegación de cultura.

Con la boca abierta y todavía sin poder creérmelo vuelvo a pasear la vista sobre las palabras. ¡He ganado! ¡He ganado un concurso literario! Vale, cálmate, Déborah. Lo primero que tengo que hacer es llamar a Nerea; le dije que, si ganaba, iríamos juntas a Córdoba.

Justo entonces, Danger emite un ladrido atronador detrás de mí y se agita nervioso cuando me giro hacia él. Claro, es su hora de salir a la calle.

—Está bien, Danger, ya voy.

Me visto enseguida y bajo al perro a la calle sin correa. Sí, sin correa; me parece absurdo ponérsela cuando pesa más que yo y tiene mucha más fuerza. Sin alejarme demasiado del portal, procedo a llamar a mi amiga y darle la buena noticia. Al rato, después de una conversación más bien larga, cuelgo el teléfono decepcionada: Nerea ha empezado a trabajar este verano en un restaurante para ganar algo de dinero, también los fines de semana, y no puede venir.

Me guardo el móvil en el bolsillo y, cuando me giro, me topo ni más ni menos que con Sergio saliendo del portal. Primero me da un vuelco el corazón y me quedo bloqueada pero, cuando me ve y me saluda con una ligera sonrisa, de repente se me ocurre una idea más que estupenda.

—Hola —le saludo yendo hasta él.

—Eres una dueña un tanto irresponsable, ¿no te parece? —bromea señalando con la cabeza a Danger, que olfatea de un lado a otro a sus anchas sin correa.

—No lo creas, es mucho más espabilado que yo —le aseguro y le hago

reír—. Escucha, quiero proponerte una cosa —alza las cejas para que siga hablando—. Verás, hace dos meses presenté un relato a un concurso literario del ayuntamiento de Córdoba y hoy me han mandado un *e-mail* porque resulta que... he ganado.

—¿En serio? ¡Enhorabuena, Déborah! —me felicita.

—Gracias —correspondo—. Lo que iba a decirte es que el acto de entrega de premios va a ser el día doce en un hotel de Córdoba y me pagan la estancia allí ese fin de semana, para dos personas, y mi mejor amiga al final no puede venir así que... bueno... tú tienes coche, ¿no?

—¿Me estás pidiendo que vaya yo contigo?

—*Ehhh...* eso parece.

—Un fin de semana, en Córdoba, solos, en un hotel —dice como queriendo evidenciar a lo que nos lleva esto. Yo asiento con la cabeza pero mi voz se niega a salir. Sergio da un paso adelante quedándose muy cerca de mí—. Tú nunca te rindes, ¿verdad?

—No —respondo inmediatamente.

—¡*Ey*, Déborah! —me saluda John, que acaba de salir del portal también, y los dos nos giramos hacia él.

—Hola, John.

—¿Sabes? Me estoy leyendo tu libro y está muy interesante.

—Me alegro de que te guste —me arranca una sonrisa.

—Tienes que publicarlo como sea.

—No es tan fácil, pero voy por buen camino: le estaba diciendo a Sergio que esta mañana me ha llegado un correo informándome de que he ganado uno de los concursos de relato corto a los que me presenté.

—¡No me digas, Déborah, tú sí que vales! ¡Choca esos cinco! —me dice extendiendo la mano en el aire, y es lo que hago—. ¿Cuándo recoges el premio?

—El sábado que viene, en Córdoba.

—*Ah*, entonces... para cuando vuelvas ya me habré acabado *Escoria* y te daré mi opinión.

—Por favor —le digo y John me sonrío.

—Bueno, nos vemos luego.

—Hasta luego —me despido y miro a Sergio dándole a entender que espero su respuesta, pero su rostro no me asegura nada.

Los dos chicos se vuelven y se alejan de mí hacia el otro extremo de la calle.

—¿Qué pasa? No me mires así —escucho que le reprocha Sergio a John.

—No, nada, nada...

Enarco una ceja extrañada ante esta escena. Luego miro a Danger, que escarba en el arriate de un árbol.

—¡Danger! —le llamo y él levanta la cabeza hacia mí—. Venga, vamos al parque.

En un par de segundos el perro está a mi lado y emprendemos juntos el camino. Entonces, mi móvil vibra en mi bolsillo. Lo saco y veo que tengo un mensaje... de Sergio: "*De acuerdo, nos vamos a Córdoba*".

CAPÍTULO V

(Nora)

Wake up

Ya dime lo que sabes,
lo que odias tanto en mí,
por dónde quieres empezar.
Dime lo que hice mal.

Lo que vivimos, David Bisbal

Me parece un sueño, me parece increíble. Hace poco más de un año en mi vida de persona vulgar y corriente nada de esto parecía tener cabida. Sin embargo, aquí estoy, hemos subido a Madrid con motivo de la *première* de la primera película protagonizada por Diego y me encuentro en una elegante, amplísima e impoluta limusina blanca mientras sujeto en mi mano una burbujeante copa de *Bollinger*. Llevo un sofisticado vestido largo de color rosa palo con purpurina y mi pelo, ahora teñido de rubio, recogido en un moño despeinado ideal.

—¡Callaos, callaos! —les pide Diego de repente a Mario y Desirée

como si le fuera la vida en ello. Luego pulsa el botón del intercomunicador y se inclina hacia él para hablarle al conductor—. Santi, rápido, sube el volumen de la radio, están hablando de mí.

“Así es, Lara, continuamos aquí en los Cines Callao del centro de Madrid dispuestos a contaros absolutamente todo lo que ocurra en este estreno de la película Wake up. Como bien has dicho, se trata de una coproducción española y americana, la nueva película de baile del director Connor Jefferson, quien esta vez se ha atrevido con las tres dimensiones. Se nos ha prometido street dance, diversión y pasión con un toque de romanticismo y el tráiler nos ha dejado con muchas ganas de más, así que estamos deseando entrar ya a disfrutar del largometraje. Una película protagonizada por Hannah Smith y el cantante malagueño Diego Arias, para el cual ésta es su primera vez como actor, pero estamos seguras de que estará a la altura con la espontaneidad de su actuación y su envidiable forma de bailar y de que a partir de hoy le saldrán otros muchos proyectos de cine. Ni él ni Hannah han llegado aún pero os doy mi palabra de que les entrevistaremos tan pronto como pongan un pie en esta alfombra roja...”

—Joder, siempre llego tarde —se queja Diego dejándose caer hacia atrás en el asiento.

—Un famoso tiene que hacerse de rogar, Diego —interviene su hermano.

—Ya me lo dirás el día que se cansen de esperarme.

Mario sonrío y se inclina para revolverle el pelo a Diego, un gesto muy fraternal y típico en él.

Cruzo una mirada con Derirée, está muy guapa con sus voluminosos rizos negros encuadrándole la cara y, por si fuera poco, se ha atrevido con un

provocativo vestido rojo que le sienta fenomenal, a ella que tiene curvas, no como yo. Es una gran amiga y creo que ahora la valoro incluso más después de haber estado a punto de perderla el año pasado. La atropelló un coche pero, afortunadamente, la única secuela que le quedó fue una amnesia postraumática retrógrada de la que se recuperó. Lo pasó bastante mal luchando por no quedarse atrás con los estudios, algo nada fácil teniendo en cuenta que hablamos de la carrera de Veterinaria, pero todos la ayudamos cuanto pudimos y salió adelante.

Tampoco se puede quejar de mal de amores, lleva un año saliendo con Mario. El hermano de Diego es el prototipo de chico perfecto y, en cuanto al físico, tiene el pelo castaño oscuro, ojos marrones y grandes, además de ser alto y contar con un perfecto cuerpo de tenista; de hecho, está cada vez más cerca de jugar el *Roland Garros*. Él le donó su sangre a Desirée el año pasado y, supongo que, por así decirlo, para cuando ella se acordó de que el que le gustaba era Diego, de quien sigue siendo *fan* número uno, ya se había enamorado de Mario al enterarse de su bonito gesto.

Soy yo quien está saliendo con Diego; me encanta su pelo rubio al estilo surfero, la expresión pícaro de su cara, su espontaneidad, su sencillez y su humildad. Estoy realmente feliz siendo su novia y su bailarina principal, un chico como él es justo lo que yo necesitaba después de... Sergio, mi exnovio controlador, posesivo, celoso y, sobre todo, mi horrible adicción. Le dejé en Madrid hace tres años y me mudé a Málaga sin decirle a dónde iba. Conseguí librarme de él pero el verano pasado se presentó en el camerino de Diego durante un concierto. Realmente quise irme con él, aun sabiendo que me hace daño, sigo teniendo verdadera dependencia de él. Hay algo en él que me atrae como un imán y precisamente eso es lo que me da miedo: sé que va a volver antes o después y cuando lo haga no sé si tendré la voluntad de rechazarle.

Entonces la limusina frena. A través del cristal tintado de la ventanilla observo la alfombra roja, los periodistas, las cámaras, los carteles y, por supuesto, toda esa gente demostrando su cariño.

Diego salta enseguida fuera de la limusina. Se detiene a hacerse fotos, firmar autógrafos y contestar a algunas preguntas. Desirée, Mario y yo no nos entretenemos, recorremos la alfombra roja a paso ligero hasta una amplia estancia atestada de gente, la mayoría personas con buena presencia y vestimentas estupendas a la par que carísimas, todos esperando a poder entrar en la sala de cine y ver por fin la película. Mario saluda a algunos hombres mientras Desirée y yo comentamos sobre el *glamour* de la situación.

Todo el mundo se vuelve completamente loco cuando aparece la limusina de Hannah Smith. La despampanante rubia se contonea sobre la alfombra roja sin perder su resplandeciente sonrisa. *Oh*, me hace sentir tan... poca cosa, tan anodina. Sin perder más tiempo ella y mi novio pasan por un obligado *photocall* para hacerse unas fotos juntos que son verdadero oro para los periodistas. Entre el rodaje de la película, la promoción y todos los viajes que han tenido que hacer juntos, Diego pasa más tiempo con ella que conmigo últimamente. A un programa de televisión le acompaña ella, a una rueda de prensa le acompaña ella, a tomar un café en el *Starbucks* le acompaña ella. Incluso llegué a hablar del tema con Marc, el *manager* de Diego, pero me dijo que “así es el *marketing*”.

Poco después ya estamos en el cine, a oscuras, en nuestras respectivas butacas y con nuestras gafas de tres dimensiones puestas. Por supuesto, Diego no está con nosotros, está con Hannah en primera fila. Me cruzo de brazos enfurruñada y devuelvo mi atención a la pantalla gigante, en la que los dos bailan, y cómo bailan... Siempre me han encantado este tipo de películas, aunque todas sean iguales, final incluido; adoro el *Street dance*.

Pero ninguna excéntrica y *glamourosa première* está completa sin su

correspondiente fiesta por todo lo alto después de la película. Yo también creía que lo de los camareros que van de aquí para allá ofreciendo *cocktails* y canapés y lo de la fuente de chocolate solo pasaba en las películas americanas, pero por lo visto es real.

Lo único que echo en falta en esta fiesta es... a Diego, que parece demasiado ocupado con gente más importante que yo como para acercarse por aquí siquiera. Me quedo mirándole fijamente apoyada en la pared mientras sujeto en mi mano un *cocktail* que no sé qué lleva pero que es de color rojo. Acabo consiguiendo que se gire hacia mí y sin ni siquiera planteármelo le lanzo una mirada asesina. No tarda en excusarse de la gente con la que está y viene hacia mí.

—¿Qué te pasa, mi niña? —*Oh*, los hombres no aprenden que a la pregunta “¿qué te pasa?” una mujer jamás les va a dar una respuesta directa.

—¿Tú qué crees?

—Que estoy haciendo más caso a otra gente que a ti —enarco una ceja; claro que es eso lo que me ocurre, es evidente—. Vale, perdona. Por cierto, ¿te he dicho ya que estás preciosa? —me mira de la cabeza a los pies.

—No, no me lo habías dicho, estabas demasiado preocupado por lo que pensaría la gente de la película.

—Te lo digo ahora —es lo único que consigue contestar.

—Hannah también está muy guapa

—Nora, ya hemos hablado de eso...

—Sí, y no parece que haya servido para nada —replico y él suspira.

—No voy a discutir ahora por eso —Diego vuelve la cabeza seguramente para mirar a otras personas con quienes preferiría estar ahora—. ¿Vienes conmigo? Te quiero presentar a alguien. —Fíjate, no me equivocaba; lo que no me esperaba era que se dignara a llevarme con él.

Me quedo mirándole dudando si debería negarme solo por orgullo. Al

final, pongo los ojos en blanco.

—Está bien —concedo incorporándome.

CAPÍTULO VI

(Déborah)

El sol no regresa

Hoy te intento contar
que todo va bien aunque no te lo creas,
aunque estas alturas
un último esfuerzo no valga la pena.
Hoy los buenos recuerdos
se caen por las escaleras
y tras varios tequilas
las nubes se van pero el sol no regresa.

El sol no regresa, La quinta estación

El sábado por la mañana, ya a medio camino hacia Córdoba, en el asiento del copiloto del coche de Sergio canto a voz en grito la canción de *La quinta estación* descargando esa adrenalina que tengo por las nubes.

Tanto a mi madre como a mi padre les he dicho que he venido con Nerea y ella me ha asegurado que me cubrirá ante cualquier problema. En

cuanto a Danger, se ha quedado con John, él mismo se ofreció a cuidar del perro en cuanto supo que nos íbamos.

—¡Qué buena! ¡Qué buena! ¡Qué temazo! —aplauo cuando acaba la canción, aún acelerada, y Sergio se ríe mientras echa un vistazo por el retrovisor.

Como es mi *MP3* el que suena, la siguiente canción que empieza es *Muñequita* de Diego Arias.

—¡Diego Arias! ¿Sabes que es mi cantante preferido? —le digo a Sergio. Él aparta la vista de la carretera un segundo para mirarme como si acabara de matar a un hada.

—Dime que te estás quedando conmigo.

—No, soy *fan* —corroboro confundida y él aprieta la mandíbula como si realmente le hubiera sentado mal—. ¿Qué pasa? —inquiero.

—Que no le soporto —me explica—. ¿No te parece un poco... estúpido?

—No, para nada; es un chico muy sencillo y...

—¿Sabes lo que creo? Que esa bailarina con la que está saliendo se merece algo mucho mejor que él.

—Vaya, sí que te afecta —de hecho, ni que le tocara de cerca, pero no me contesta.

—Vamos a parar a por un café —zanja la discusión y toma la salida de un área de servicio.

A las tres de la tarde hemos llegado al hotel. Dejamos todas nuestras cosas en una estupenda habitación amplia, agradable, con todas esas comodidades típicas de un hotel de cuatro estrellas y, sobre todo, con una sola cama para dos.

Con un hambre canina bajamos al comedor y empezamos a examinar la

carta.

—¡Costillas de cerdo! —exclamo al verlas en el menú—. Es mi plato favorito.

—¿Sí? —Sergio levanta la vista hacia mí y yo asiento con la cabeza con una sonrisa glotona—. Vale, costillas.

Un rato después estoy disfrutando de la grasienta carne y me he pringado toda la cara y los dedos de salsa barbacoa. Cojo la servilleta para limpiarme antes de que Sergio se dé cuenta pero, cuando él suelta una risa irónica, supongo que es demasiado tarde.

—A lo mejor por esto las señoritas se piden una ensaladita —se atreve a soltar. Le fulmino entornando los ojos y dejo mi servilleta a un lado.

—¿Es que quieres una señorita? —inquiero aún empeñada en demostrarle lo mucho que me prefiere a mí. Él me sostiene una mirada intensa sin perder la sonrisa.

—Me aburren cada día más —termina por confesar.

—Vaya, otro punto a mi favor —le guiño un ojo.

Cuando terminamos de comer decidimos subir al último piso a visitar la impresionante piscina panorámica del hotel de la que todo el mundo habla, siempre con los bañadores puestos, las toallas al hombro y una bolsa playera para el resto de los trastos, ya que también tenemos intención de darnos un buen baño. Una vez hemos comentado cómo se ve casi toda Córdoba desde aquí arriba y fotografiado las magníficas vistas, vamos hasta una tumbona. Me alegra darme cuenta de que apenas hay unas pocas personas en el otro extremo del lugar y no molestaremos demasiado, porque no pienso cortarme en correr ni gritar por mucho que estemos en un hotel de cuatro estrellas.

En cuanto nos instalamos me deshago de camiseta, *shorts* y chanclas. Sergio también se quita la ropa y se me corta un momento la respiración ante

la debilidad de toda mujer, la tableta de chocolate, pero hago un esfuerzo por no quedarme embobada.

—¡Vamos! El último en tirarse al agua es un huevo podrido —proclamo y salgo corriendo hacia la piscina.

— ¡Déborah! —me llama Sergio y me detengo para volverme hacia él—. Se tarda por lo menos hora y media en hacer la digestión.

—¡Venga ya! ¿A estas alturas me vas a venir con eso? —Sergio solo enarca la ceja izquierda y me mira con ojos impasibles. Profe de educación física tenía que ser. Yo suspiro, rindiéndome, y camino cabizbaja de vuelta hacia allí—. Muy bien, me echaré una siesta entonces.

Me tumbo sobre la hamaca cruzando los brazos sobre mi pecho y cierro los ojos, pero la tranquilidad dura poco. Suelto un grito ahogado cuando Sergio se inclina sobre mí, me agarra por la cintura y en un segundo es él quien está tumbado y yo a horcajadas sobre su cuerpo.

Antes de que yo pueda decir nada, su mano detrás de mi cabeza me guía a sus labios y me besa, como aquel día, igualmente haciéndome cerrar los ojos, y desliza su mano hasta mi nuca también de la misma manera. Luego sus besos empiezan a desviarse por mi mandíbula, mi cuello, mi clavícula y hasta mi hombro mientras me acaricia la espalda. Todavía no entiendo cómo puede hacer que me derrita de esta manera. Pero parece que aún le queda lo mejor, porque sus dedos en mi hombro izquierdo retiran el tirante de mi biquini. Siento el aire de su respiración en mi escote, su mano envolviendo mi pecho y no puedo más. Pero él continúa, me agarra por la cintura y sus besos siguen el contorno de mi sujetador, su mano en mi trasero me atrae más contra él y no soy capaz de contener el gemido que escapa de mi garganta. Con dos dedos bajo mi barbilla me alza la cabeza y espera hasta que abro los ojos para mirarle, o al menos lo intento.

—Estamos en un sitio público, cariño.

Sin más, mi cabeza cae sobre el hueco de su hombro y me quedo automáticamente dormida.

Sergio me despierta deslizando sus dedos por mi cintura. Abro los ojos despacio y me los froto para desperezarme. Vale, no se puede decir que su pecho tenga nada que envidiarle a mi almohada.

—Ya te puedes bañar, dormilona.

Unos minutos después estamos dentro de la piscina. Decidimos ir hacia el extremo donde no cubre y yo buceo lo más profundo posible, incluso alcanzo a tocar el fondo, tal y como a mí me gusta. Una vez llegamos, nos sentamos de espaldas al bordillo mientras unos chorros de agua a presión nos masajean la espalda.

—No sabía que fueras una sirenita —Sergio me aparta el pelo mojado de la cara.

—¿Qué puedo decir? —me encojo de hombros—. Me encanta el agua.

Sergio me abraza con una mano en mi cintura. Apoyo la cabeza en su hombro y me encuentro admirando su cuerpo bajo el agua, sus abdominales marcados. Cuando quiero darme cuenta, mi mano está en su tripa, tocando, acariciando y sintiendo esa deliciosa tableta de chocolate. Él pone su mano sobre la mía y me da un beso en la sien mientras yo continúo deslizando las yemas de mis dedos por su abdomen.

Pasamos aún otro rato en la piscina y luego volvemos a la habitación, ya que yo tengo que empezar ya a prepararme para el acto de entrega de premios. Primero me ducho, me seco el pelo y me lo recojo en un elegante moño alto. Luego me enfundo mi vestido negro con lunares blancos, de tirantes y un palmo por encima de la rodilla, y lo acompaño con un cinturón rojo ancho. Vuelvo al baño a maquillarme muy sutilmente y termino de arreglarme poniéndome mi pulsera y mi colgante preferidos. Mientras me

calzo mis tacones rojos, Sergio no puede apartar los ojos de mí.

—Estás muy guapa —acaba por reconocer en voz alta.

—Gracias —le sonrío y le examino yo también a él: lleva vaqueros oscuros, una camisa azul marino por fuera de los pantalones y una americana —. Lo mismo digo.

—Vamos, *Betty Boop* —dice abriendo la puerta.

—¿Cómo me has llamado? Lo que me faltaba por oír —le hago reír.

Bajamos al salón de eventos con el que cuenta el hotel. No somos mucha gente; el finalista número tres también ha traído solo un acompañante, la número dos se ha traído a su novio y a sus padres y, por lo demás, hay personas de la delegación de cultura del ayuntamiento de Córdoba, empleados del hotel y algunos curiosos, residentes aquí o no.

El acto comienza por el tercer premio. Un hombre que parece saber muy bien lo que dice aunque no me he enterado de quién es habla brevemente sobre el relato y su autor. A continuación, el chico sube a la tarima, nos honra también con unas palabras y procede a leer su escrito para acabar recogiendo su trofeo y su cheque de cuatrocientos euros y volviendo a su sitio entre aplausos. Con la segunda finalista se siguen los mismos pasos y ahora me toca a mí. Ese hombre comenta que soy la más joven de los finalistas y lo mucho que le ha gustado cómo escribo y me llama para ocupar su lugar. Estoy muy nerviosa pero he preparado un discurso y lo suelto de la forma más espontánea posible. Acto seguido leo mi relato sobre *Danger* intentando no hablar demasiado deprisa, tal y como me aconsejó mi madre. Me entregan mi prometido cheque de ochocientos euros y mi trofeo, me hacen unas cuantas fotos, me aplauden y al fin puedo volver junto a Sergio y respirar más tranquila.

Después ponen música de ambiente y nos invitan a una copa y unos canapés y los finalistas aprovechamos para socializar entre nosotros. Me

felicitan y yo les felicito a ellos, hablamos sobre de dónde somos, lo que hacemos con nuestras vidas, las aficiones que tenemos aparte de la escritura y ese tipo de cosas.

Cuando Sergio y yo nos apartamos un poco del resto, un hombre de unos treinta y cinco años, bien vestido y oliendo desde lejos a colonia, se nos acerca.

—Eres Déborah, ¿verdad? —me pregunta.

—Sí —asiento. ¿Qué clase de pregunta es ésa? Claro que soy Déborah, la ganadora del concurso.

—Soy Ángel —me tiende la mano para que se la estreche y con Sergio hace lo mismo—. Veréis, soy el administrador principal de la editorial *Lápiz&Papel* y quería hablar contigo para proponerte algo. —Espera, el director de una editorial quiere proponerme algo: ata cabos. Me voy a caer muerta aquí mismo—. Un amigo tuyo nos envió tu novela *Escoria* el otro día. —Sergio y yo nos miramos un segundo sabiendo perfectamente que ese amigo es John pero todavía expectantes por que Ángel continúe hablando—. La verdad es que está muy bien escrita y es bastante buena. Creo que se vendería bien, es el tipo de lectura que se demanda ahora, amena, entretenida y de amor, así que estaríamos encantados de publicarla si tú quisieras.

—Un momento, ¿estás... hablando en serio?

—¡Claro! —sonríe—. Entonces, ¿te gustaría publicar tu libro? —Ostras, es un editor, un editor de verdad

—¡Sí, por supuesto, faltaría más! —No saltes, Déborah, no saltes—. Quiero decir... muchas gracias por darme una oportunidad como ésta.

—No, gracias a ti —responde él—. Sé que solo vas a estar aquí este fin de semana así que, ¿qué te parece si te dejo este contrato, te lo lees despacio y mañana nos volvemos a ver para que me digas si te interesa?

—Me parece genial —contesto enseguida cogiendo el contrato que me

tiende.

—¿Aquí mismo? ¿A las ocho de la tarde?

—Perfecto.

—Bien —coincide—. Te voy a dar mi tarjeta con el teléfono de la editorial y mi correo electrónico —la saca de una cartera para dármela.

—Muchas gracias —digo aún examinando la tarjeta blanca.

—Creo que no se me olvida nada más que debas saber, cualquier duda que tengas me la preguntas mañana —concluye—. Encantado de conoceros.

—Igualmente —añado.

Él se inclina para darme dos besos en las mejillas y luego a Sergio le da la mano.

—Hasta mañana, entonces.

—Sí, nos vemos mañana.

—Adiós.

Le miro alejarse y espero a que doble la primera esquina para ponerme a botar.

—¡*Ahh!* ¡No me lo puedo creer, van a publicarme el libro! —grito sin poder contenerme y me lanzo al cuello de Sergio. Él me abraza también mientras se ríe alegre por mí.

—¡Has triunfado, escritora!

—¡Qué fuerte, qué fuerte! —me llevo las manos a la cara y me aprieto la nariz.

—¿Por qué haces tanto eso? —implora Sergio.

—¿El qué? —pregunto y él me imita cubriéndose la cara con las manos—. *Ah*, es un... *tic* que tengo cuando me pongo nerviosa —le explico y él vuelve a reírse de mí.

—Venga, vamos a celebrar tu éxito. Te invito a un helado.

Paseamos por las bonitas calles iluminadas en la noche de Córdoba y nos tomamos unos deliciosos helados. Debería llamar a mis padres y a mis amigas para contarles lo que me acaba de ocurrir pero ahora mismo no sé por qué no me apetece nada. Sergio y yo hablamos desinhibidamente, en nuestra conversación acaba surgiendo John y sus ocurrencias y la verdad es que con él sí quiero hablar.

—¿Qué tal, Déborah? —contesta él al teléfono.

—John, ¿cómo se te ocurre mandar de contrabando mi novela a una editorial?

—Si te has enterado de que lo he hecho es porque ha funcionado, ¿no?

—¡Sí! —digo aún con la voz repleta de emoción—. Se ha presentado aquí un editor para hablar conmigo, quiere publicarme el libro. Me ha dado un contrato y hemos quedado en vernos mañana otra vez para firmarlo.

—¿Lo ves? Te lo dije. ¡Enhorabuena, Déborah! —se ríe.

—John, tengo que darte las gracias. Yo no me atrevía a hacerlo, pensaba que cuando mi libro llegara a una editorial solo sería uno más y lo dejarían de lado.

—Hay que atreverse a arriesgar; ya sabes, siempre hay un “sí” entre muchos “no”, es cuestión de probabilidades.

—Supongo que sí —coincido.

—De todas formas creo que, si han aceptado tu libro, ha sido por la carta de presentación que me curré, conseguí que quedara muy original.

—Estoy deseando leerla —le aseguro. En ese momento escucho ladrar a mi perro al otro lado del teléfono—. ¿Danger está dando mucho la lata?

—No, qué va, estamos pasando un estupendo fin de semana de amigos.

—Ya me lo imagino y... miedo me dais.

—No te preocupes, cuando volváis estará todo como lo dejasteis —dice y, como siempre, no sé si está hablando en broma o en serio—. Ahora vamos

a salir a la calle.

—Vale, te dejo entonces.

—Hasta mañana, Déborah. Ya me contarás qué has hablado con el editor.

—Sí, adiós.

—Espera, una cosa.

—¿Qué? —inquiero.

—Dile a Sergio que ya me he dado cuenta de que me falta lo que me ha quitado.

—¿Qué te ha quitado?

—Tú díselo.

—Vale, se lo diré —accedo—. *Ciao*, John.

—Hasta mañana.

Cuelgo el móvil aún extrañada y miro a Sergio.

—¿Qué le has quitado? —imploro y veo una sonrisa pícara en su boca.

—Nada importante, no le hagas caso.

Cuando volvemos por fin al hotel estoy más que agotada de un día tan intenso, no quiero más que dormir ahora mismo. Cierro la puerta de nuestra habitación detrás de mí y suspiro.

—Voy a lavarme los dientes, a ponerme el pijama y a caer rendida en cuanto me acueste.

—No, yo tengo otros planes para ti.

Sergio me atrapa por mi antebrazo y tira de mí hasta apoyarme contra la pared. Solo percibo una sonrisa en sus labios antes de que estén sobre los míos. Sí, esto me ha pillado desprevenida, y su mano acunando mi pecho no me ayuda precisamente a poder reaccionar. Únicamente siento sus dedos descendiendo por mi cintura hasta meterse bajo mi vestido, acariciando la cara posterior de mi muslo, recreándose en mi trasero. Mientras me besa en el

cuello agarra mi falda en un puño y aún recoge un poco más de tela para entonces poder empezar a deslizar el vestido hacia mi cabeza hasta quitármelo. Su mano en mi tripa me sostiene contra la pared, me besa una vez más y me suelta el pelo para tirar de él, alzarme la cabeza, y así tener también libre acceso a mi mandíbula.

—Joder —murmura—. Ven aquí.

Me guía hasta la cama y me hace caer sobre ella. Cuando me mira de arriba a abajo no me siento insegura, porque llevo un conjunto de ropa interior negro que me queda bastante bien, pero sí estoy muy, muy nerviosa, y eso él lo nota.

—¿Qué pasa? —se sienta frente a mí en la cama—. ¿No has hecho esto antes?

—Sí —contesto inmediatamente—. O sea... lo hice, una vez, pero no... sentí nada, ni siquiera me enteré de...

—Vale —me interrumpe Sergio riéndose—. Conmigo eso no pasa — otra vez, otra vez acaba de cortarme la respiración y me ha dejado sin palabras.

Aún completamente vestido se inclina sobre mí de nuevo y es cuando, en un momento de lucidez, pongo una mano en su pecho y le detengo.

—Se te olvida algo —le advierto.

Nos miramos a los ojos y él enarca la ceja izquierda cuando capta a qué me refiero. En un ágil movimiento alcanza su mochila del suelo y saca de ella una de esas cajas de doce preservativos, repito: doce.

—Se los he cogido prestados a John —la deja sobre la mesita de noche. Así que esto es de lo que hablaban—. Relájate, ¿vale?

Se lanza a besarme haciéndome apoyar la cabeza en la pared del fondo y luego me coge por la cintura para deslizarme hasta que quedo tumbada a lo largo de la cama. No sé cómo lo ha hecho pero está entre mis piernas. Lo que

siento es nuevo y me supera un poco. Por favor, que se quite ya la ropa. Cierro los ojos y solo puedo concentrarme en sus manos y su boca recorriendo todo mi cuerpo a la vez que empieza a consumirme una sensación de verdadera paz mental, la cual, una vez él se ha librado de mi ropa interior, da paso a un cosquilleo en mi tripa, una urgente necesidad de gemir que no reprimo y una extrema necesidad de algo que no sé qué es. Consigo abrir los ojos para comprobar que al fin se ha desnudado y por segunda vez hoy la imagen de sus perfectamente definidos abdominales creo que acaba de subirme la temperatura unos tres o cuatro grados. Quiero tocarle pero amarra mis muñecas encima de mi cabeza inmovilizándome.

—Sergio...

—Tranquila, cielo.

Mi mejilla izquierda cae contra la almohada, se me abre la boca y empiezo a jadear. Es dolor, es placer, es estar al borde de perder el sentido. Me suelta las manos y puedo abrazarle para atraerle más contra mi cuerpo y de nuevo gimo alto ante una oleada de calor que asciende desde mi vientre. Algo extraño me obliga a alzar el cuerpo para alcanzar su cuello y morderle, pero él me hace volver a desplomarme sobre el colchón y le escucho susurrar alguna obscenidad que ahora mismo no estoy en condiciones de procesar. Llevo las rodillas hacia mi pecho levantando mis pies del colchón mientras los dedos se me encojen, mis caderas se mueven solas y mis muslos presionan a ambos lados de su cintura. Me agarro a su brazo cuando empiezo a notar una abrumadora sensación de que voy a estallar en pedazos. Me asusto e intento pedirle que pare, pero no soy capaz. Es entonces cuando me estremezco, se me arquea la espalda y dejo escapar un prolongado gemido echando la cabeza hacia atrás, convencida de que esto es lo que tanto les gusta a los adultos.

Después de un momento de inconsciencia poco a poco vuelvo a la

realidad y escucho a Sergio hablarme.

—Creo que hoy sí has sentido algo —dice aún jadeante mientras me acaricia la mejilla.

Yo no consigo hablar pero una sonrisa cómplice aparece en mi boca. Él se ríe también y se tumba a mi lado abrazándome.

A la mañana siguiente Sergio me despierta jugueteando con mi flequillo. Solo entonces me doy cuenta de que estoy horriblemente dolorida, arrugo la frente y aprieto por inercia los muslos.

—Me duele todo el cuerpo —murmuro girándome para apoyar la cabeza en su hombro.

—Eras tú la que me arañaba la espalda mientras ronroneabas, gatita. — me acurruco más contra su cuerpo y él me acaricia el pelo. Creo que esto es lo mejor del mundo pero pasado un rato él le pone fin—. Voy a ducharme, ¿vale?

—No —le abrazo más fuerte para que no se vaya.

—Sí, tú ve levantándote —se me escapa y sale de la cama.

Lejos de espabíllarme prácticamente me vuelvo a dormir y, cuando sale de la ducha, Sergio me despierta por segunda vez.

—Vamos, Déborah, tenemos que ir a ver la Mezquita.

La Mezquita, preciosa, me dan ganas de ponerme a bailar danza oriental aquí mismo. Es un lugar inmenso. Qué bóvedas, qué colores rojos, dorados y azules, qué filigranas en paredes y techos. Vemos ese auténtico bosque de columnas y arcos, el *mihrab*, el lucernario y su imponente cúpula... pero, sin duda, lo que más me ha gustado ha sido el Patio de los Naranjos, con sus naranjos, palmeras, fuentes y arcos de herradura.

Por la tarde en la habitación del hotel Sergio y yo leemos detenidamente

el contrato de la editorial. Hay un par de puntos que ni él ni yo entendemos bien pero parece que no hay ninguna trampa oculta ni nada parecido. Luego cojo el móvil y me dispongo a llamar a todo el mundo para darles la noticia de la publicación de mi primera novela. Llamo a mis amigas, que alucinan con cómo algo que parecía un mero entretenimiento va a ser editado, a mi madre, que se echa a llorar de emoción, y por último a mi padre, que quiere que hablemos por *skype* para leer el contrato. Así que enciendo mi portátil, envío la *videollamada* y de pronto aparece en pantalla completa en mi ordenador la sonriente cara de la ratita presumida con su pelo rubio recién planchado y un exceso de maquillaje.

—Hola, Cloe —saludo.

—¡Déborah, enhorabuena! —celebra—. Me acaba de contar tu padre que te van a publicar el libro.

—Gracias —respondo.

—Hola, mi escritora favorita —aparece mi padre ante la cámara. Siempre ha sido un hombre muy atractivo con sus ojos negros y su favorecedora media melena azabache y que se conserva bastante bien.

—Hola —agito la mano derecha.

—¿Dónde está Nerea? Dile que salude.

—¡No! O sea... se está duchando —dirijo una mirada hacia Sergio, que se encuentra también en la cama, justo detrás de la pantalla de mi portátil, y él se ríe en silencio.

—Bueno, dale recuerdos de nuestra parte.

—Claro —aseguro—. Pero deberíamos leer el contrato, he quedado con el editor dentro de una hora.

Le leo a mi padre en voz alta el contrato entero y me explica algunas cosas. A él también le parece un buen acuerdo así que, definitivamente, lo firmaré. Me pongo guapa y salgo de la habitación con la certera sensación de

tener entre manos algo grande.

Una vez en la cafetería del hotel con Ángel, leemos el contrato de nuevo mientras tomamos una *Coca-cola*. Me dice que la tirada de libros puede estar lista con corrección, maquetación, diseño de las pastas y todo el trabajo de la imprenta para dentro de un par de meses, cuando llevaremos a cabo una fiesta de presentación a la que estoy dispuesta a invitar a absolutamente todo el mundo. Me pregunta si tengo alguna duda sobre las cláusulas, pero la verdad es que ya no, así que empieza a hablarme sobre la editorial, me pregunta algunas cosas sobre mí y por último ambos firmamos las dos copias del contrato, la mía y la suya. Nos despedimos con dos besos y yo vuelvo muy contenta a la habitación del hotel, donde se ha quedado esperándome Sergio.

—¡Lo he firmado! ¡Ya lo he firmado! —me lanzo sobre la cama en la que está él.

Se lo cuento todo con pelos y señales mientras boto sobre el colchón y gesticulo con las manos más de lo normal.

—Y eso ha sido todo —concluyo dejándome caer tumbada sobre la cama.

Cierro los ojos, así que no lo veo venir cuando Sergio se inclina sobre mí, me aparta el pelo y empieza a llenarme el cuello de besos.

A la mañana siguiente en el coche de Sergio de vuelta a Madrid me he quitado los zapatos, he subido los pies al asiento haciéndome un ovillo y me he quedado dormida con la cabeza apoyada en la ventanilla.

CAPÍTULO VII

(Nora)

No puede ser él

Y la verdad es que te quiero en el olvido
pero tu amor es como un vicio que ya no quiero dejar.

Y aunque sé que cada día me lastimas
y cada beso es una espina que se clava más y más.

Miénteme, David Bisbal y Elena Gadel

Esta noche estamos de inauguración: la madre de Desirée ha decidido lavarle la cara a su restaurante, ha tirado la casa por la ventana y no ha parado hasta convertir este lugar en una auténtica selva, la temática en la que se empeñó desde el principio; no en vano, el restaurante se llama *Jungle*. Desirée está ayudando hoy como camarera, porque ha venido mucha gente, y yo estoy sentada a una mesa con Nico, Vanesa y Óscar, mis compañeros de clase, y también con Diego y Mario. Sin embargo, después de cenar, solo los estudiantes de veterinaria, que hoy hemos hecho nuestro último examen del segundo curso, nos iremos a celebrarlo a alguna discoteca.

Cierro la carta sobre la mesa y me dejo caer sobre el respaldo de mi silla.

Mi mirada revolotea por el divertido restaurante hasta que vuelvo a sumergirme en el dibujo de la pared del fondo: un impresionante sol anaranjado que resalta en negro las figuras de los animales de la selva que pasan por delante; me recuerda una barbaridad a *El rey león*.

—¿Qué vais a querer? —inquire Desirée, que se ha acercado a nuestra mesa a tomarnos nota, y me mira a mí.

—Yo... una ensalada *Jungle* —pido, aunque en realidad es lo que toda la vida se ha llamado ensalada César.

Los demás también piden su comida y, cuando enseguida nos traen nuestros platos, son todos muy originales: el *sándwich lion* de Diego parece realmente un león y la *hot snake* de Vanesa es un perrito caliente con complejo de serpiente. Mientras cenamo, algunas chicas se acercan a pedirle un autógrafo o una foto a Diego y él se los concede lo más rápido posible para poder seguir cenando.

Cuando ya hemos terminado vienen otras dos chicas y una de ellas, morena, más o menos de mi altura y delgaducha, se anima a ser la primera en hablar. Dice llamarse Déborah y ser “*súper fan*”. Le pasa a Diego una libreta para que firme los autógrafos que juraría que es la que llevaba Desirée hace solo un momento.

—Hazte un *selfie* con nosotras, Diego —le pide la otra chica colocándose junto a él y alarga el brazo sujetando su *Smartphone*. Los tres sonrían a la cámara interna y en un par de segundos la fotografía está hecha.

—Ahora mismo se lo cuento a mis amigas de Madrid —asegura Déborah—. Muchas gracias, Diego, no te molestamos más —dice y mi novio se echa hacia atrás en su asiento y le da una palmada en la espalda.

—De nada, Deborilla, encantado de conoceros.

—Hasta luego —añade la que parece ser más tímida.

Las chicas se van y vuelven a sus sitios. Las veo sentarse a una mesa

con el resto de su grupo de amigos. Parecen contentos, se les ve animados, tendrán aproximadamente nuestra misma edad, como la mayoría de la gente que hay aquí, y ríen desinteresadamente. *Oh*, ése sería un buen partido y... De repente, mi mundo se detiene en seco y prácticamente comienzo a temblar. No es real, está solo en mi cabeza. No puede ser él. Sergio. Sí, Sergio, está ahí. Me mira con esos ojazos y esa sonrisa que hace arder mis entrañas. ¿Qué hace aquí, en Málaga, y en el restaurante de la madre de mi mejor amiga? ¿Qué quiere? Me fijo un instante en el resto del grupo: Lorena, esa chica de su clase de la facultad de la que llegué a hacerme muy amiga en su momento, y Asier, otro de sus compañeros. No puede, no puede venir a abrir mi herida de nuevo, a avivar mi adicción por él ahora. *Oh*, ya estaba consiguiendo volver a estar bien. No sé qué se le pasará por la cabeza, si en cualquier momento aparecerá por mi espalda y me llevará a algún sitio donde no haya nadie más. No, no pienso quedarme sola ni un solo segundo para no darle esa oportunidad. Entretanto, sigue con sus ojos clavados en los míos, de esa forma tan intensa que me atrae como un imán; sin embargo, le aparto la mirada y consigo volver a coger aire. Resiste, Nora, solo quiere hacerte daño.

—Nora —escucho la voz distante de Diego y me obligo a alzar la vista hacia él—. ¿Te pasa algo? Estás pálida.

—No, estoy bien —le aseguro negando con la cabeza. Diego no puede saberlo, sería aún peor. Recuerdo cuando empezaron a pelearse en el camerino aquella noche, fue horrible para mí y no se va a repetir.

Me obligo a no volver a levantar la cabeza bajo ningún concepto, pero es como si algo me dijera que vaya allí y me lance a sus brazos. Puedo aferrarme a mi fuerza de voluntad, sé que tengo mucha, pero lo único que espero es que sea suficiente con no quedarme sola para que no sea él quien venga a mí. Incluso llego a pedirle a Vanesa que me acompañe al baño y ella se queda perpleja, porque jamás he sido de las chicas que no pueden ir al

servicio solas, pero se encoje de hombros y viene conmigo.

Cuando ya queda menos gente en el restaurante y Desirée ya no tiene mucho más que hacer, ella va a cambiarse y vuelve enseguida con un vestido verde botella diciéndonos que podemos irnos. Nos retiramos del restaurante y nosotros cinco nos metemos en el coche de Óscar mientras que Diego y Mario se van a casa en el *Mercedes*. Me sorprende no sentirme mejor, no sentir alivio al alejarme del lugar en que se encuentra Sergio, sino todo lo contrario, más bien de alguna manera me siento desprotegida y vulnerable y, por alguna razón, no precisamente porque Diego no venga con nosotros, pero esto es algo que ya debería haber asumido y tengo que ser fuerte y mirar hacia delante.

La discoteca a la que vamos me gusta desde el principio; al menos, la música es buena. Lo primero que hacemos es pedir algo de beber y salir a la pista a bailar como locos. Perfecto, porque lo que necesito ahora mismo es desconectar. Además, pronto conocemos a dos chicos: Martín y Jaime. Son muy majos, me caen bien, y parece que a Desirée también, porque ha empezado a flirtear más que descaradamente con Jaime. *Oh*, pero, ¿qué está haciendo? Esto no puede acabar bien de ninguna manera.

Así las cosas, llega un punto en que Jaime y Desirée se han separado del grupo sutilmente, Vanesa y Óscar, por su parte, han hecho lo mismo, y creo que Martín ha ido al baño. Nos quedamos Nico y yo solos. Él, al ver que no estoy bebiendo nada, insiste en ir a pedirme otra copa. *Oh*, ¿por qué nunca puedo pagar yo mi propia bebida? Me siento en un saliente de la pared y me cruzo de brazos mientras le espero. Escudriño a la multitud hasta que me acabo topando con... Desirée poniéndole los cuernos a Mario, dicho en pocas palabras. ¿Cómo...? ¿Se ha vuelto gilipollas?

—*Eh*, Nora, ¿qué haces aquí sola? —Martín se acerca a mí y acaba

sentándose a mi lado—. ¿No bailas? ¿No bebes nada?

—Nico ha ido a pedirme otra copa. La mía me estaba durando mucho y Desirée ha juzgado que me la estaba bebiendo a disgusto, así que me la ha quitado para acabársela ella de un trago. Y después... bueno... —señalo con la barbilla hacia donde Desirée y Jaime se están dando un morreo de cine. Martín suelta una risita.

—Sí, es lo que tiene el alcohol... y ventajas de estar soltero. —Vuelve la cabeza hacia mí mirándome directamente a los ojos.

—Claro —digo tratando de disimular. *Oh*, si supiera que Desirée no está soltera, si supiera que está saliendo con Mario Arias.

—¿Tú tienes novio? —Genial, la preguntita.

—Sí —contesto enseguida para que no crea que es una excusa—. Se llama Diego. —No puedo identificar bien su expresión bajo las luces parpadeantes.

—¿No ha venido?

—No, hoy era una noche de amigos —me limito a decir—. ¿Y qué hay de ti? —supongo que tengo que preguntar.

—Aún me estoy recuperando de la última chica.

—Entonces, ¿el único que ha venido a ligar es tu amigo? —inquiero y él suelta una risita irónica.

—No —niega con la cabeza—. Precisamente porque me estoy recuperando es por lo que he venido.

—*Ah*, claro —comprendo y prefiero desviar la vista al suelo.

—Pero... —se inclina hacia delante tratando de verme la cara—. Si no surge nada, no voy a forzar las cosas —sutilmente su mano se desliza hasta mi muslo. Trago saliva preguntándome si se tomará muy mal mis calabazas.

En ese momento Nico está de vuelta con mi copa y otra para él mismo. *Oh*, Nico, gracias al cielo.

—Nora, toma —me tiende mi vaso de tubo—. Y no la sueltes, así los moscardones no tendrán una excusa tan fácil para acercarse a ti —suelta por su boca y además lo dice mirando a Martín. Dios mío, no sobreviviré a esta noche.

—Sí, claro —coincide Martín poniéndose en pie—. Ya sabes lo pesados que se ponen, no te dejan en paz en toda la noche. —*Oh*, ¿qué tengo que hacer para que lo dejen ya? — Salgo a fumar, Nora —y se da media vuelta para marcharse.

Suspiro y levanto la vista hacia Nico, que aún mira en la dirección en la que se ha ido Martín con el ceño fruncido.

—Nico, ¿qué estás haciendo? —le acabo preguntando cuando mi autocontrol me abandona definitivamente.

—¿A qué te refieres? —inquieta como si no tuviera la menor idea de a lo que me refiero.

—No lo sé, dímelo tú —me cruzo de brazos—. ¿Por qué llevas toda la noche pegado a mí como una lapa? ¿Por qué acabas de espantar al tercer chico que se me acerca?

—¿Qué? —espeta incrédulo—. Nora, estaba a punto de sobrepasarse contigo. ¿Es que no lo has visto?

—No, no me ha dado esa impresión en absoluto —le aseguro, sé que no me equivoco—. Y aunque así fuera, Nico, yo sé defenderme sola.

Él baja la mirada al suelo y se lleva la mano a la nuca mientras coge aire.

—Nora, en cualquier caso... no me ha gustado verle contigo —intenta explicarme.

—Es un chico muy majo, no me estaba diciendo nada malo.

—No me has entendido —me dice y me he perdido. ¿Entonces qué? Nico fija la vista en mis ojos—. Nora, me gustas... mucho. Me gustas desde

la primera vez que te vi el año pasado.

Oh, qué situación. A decir verdad, lo había notado alguna que otra vez, pero lo he podido ignorar... hasta ahora. ¿Qué digo ahora?

—Nico, yo... te valoro mucho... como amigo —me muestra su mejor cara de decepción—. Lo siento, no...

—Lo sé —me interrumpe—. Ya lo sé, solo tenía que decírtelo.

—Estoy con Diego —me apresuro a recordarle también.

—Sí, y me parece genial, Nora, tranquila, no me hagas mucho caso.

Pero sigue decepcionado y no sé muy bien qué puedo hacer. Al final me lanzo sin pensarlo a abrazarle fuerte. Enseguida él también pliega sus brazos a mi alrededor.

—¿Quieres que vayamos a bailar? —le propongo.

—Sí, claro, ¿por qué no? —se encoje de hombros.

Yo le sonrío, él me devuelve una sonrisa demasiado melancólica y le cojo de la mano para llevarle a la pista de baile.

Bailo con Nico dos o tres canciones hasta que se unen a nosotros Óscar, Vanesa y Martín y, poco después, también Desirée y Jaime. Parece que ya se han saciado el uno del otro o al menos han decidido tomarse un descanso. Definitivamente, me va a costar callarme esto delante de Mario.

Al principio todo son risas eufóricas y pasos de baile divertidos y demasiado extravagantes pero, ya se sabe, en cuanto pasan veinte minutos sin que suene ninguna canción de las más populares, el ánimo decae.

—Yo creo que ya va siendo hora de irse, ¿no? —interviene Óscar cuando acaba la última canción que ha consentido aguantar. Topicazo: el que no bebe porque conduce siempre es el primero en proponer volver a casa.

—Óscar, no, aguanta un poco más —se apresura a pedirle Desirée.

—Yo también estoy que me caigo de sueño, Desirée —coincide Vanesa y Desirée hace un mohín aferrando la mano de Jaime.

—Puedes quedarte con nosotros —le dice Jaime—. En el coche hay sitio, podemos acercarte a casa —a Desirée se le ilumina automáticamente el rostro. Qué poca gracia me está haciendo todo esto, Mario no se lo merece.

—¿Y Nora puede venir también en el coche? —pregunta entonces.

—¿Qué? —abro los ojos de par en par—. No. No, Desirée, yo me voy a casa a dormir.

—Nora, por favor —pone su mejor carita de pena—. Por favor, quédate, solo un rato. Luego ellos nos dejan en la puerta de casa —y se gira hacia Jaime—. ¿Verdad?

—Sí —asiente él con la cabeza.

—No.

—Nora... —vuelve a pedirme.

En realidad, no puedo dejarla sola, con lo que ha bebido ni siquiera sé si lograría abrir la puerta de casa. Miro a Martín, que tiene en la boca una sonrisa pícaro, y pongo los ojos en blanco.

—*Oh*, está bien, solo un rato más —acabo por consentir.

Desirée se abalanza sobre mí sonriendo de oreja a oreja y me envuelve en un fuerte abrazo. De buena soy tonta; tendría que haberla obligado a volver a casa conmigo y así además habría acabado con lo que está haciendo a espaldas de Mario.

Cuando Nico, Óscar y Vanesa se marchan, nosotros cuatro nos pedimos una “última” copa y seguimos bailando. A las cinco y media de la mañana yo apenas me balanceo de un lado a otro, estoy reventada.

—Ya no puedes más —ríe Martín a mi lado. Se pone frente a mí y me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja para luego deslizar su mano suavemente por mi brazo, lo que me demuestra que sigue intentando ligar conmigo.

No mucho después, llega la oportunidad que llevo esperando toda la

noche: Jaime se va a pedir otra copa. Me aparto de Martín para pillar a Desirée por banda, tengo cuatro cosas que decirle. La agarro del codo, la aparto y la hago girarse hacia mí.

—Desirée, ¿qué es lo que estás haciendo?

—Desmelenarme un poco, Nora. Hacerlo de vez en cuando no viene mal, deberías probarlo tú también. —*Oh*, está demasiado bebida como para mantener una conversación seria.

—¿Te parece bonito hacerle esto a Mario?

—No, Nora —ríe—. No te equivoques, no es nada personal. Solo necesito... divertirme una noche. Llevo semanas metida en casa estudiando para los exámenes.

—¿Y cómo vas a ocultarle esto? ¿Cómo pretendes que se lo oculte yo? ¡No voy a poder ni mirarle a la cara! —solo entonces su semblante se torna serio. Quizá acabe de ver la gravedad de la situación.

—No vas a decirle ni una sola palabra, ¿verdad? —se queda mirándome—. ¿Verdad? —repite pero sigo sin saber qué decir—. Compréndelo, Nora, no es que haya dejado de quererle, solo me apetecía emborracharme y hacer una pequeña locura esta noche —me suelta.

—Pero, ¿tú te estás oyendo? ¿Crees que esto es normal? —la amonesto pero ella está mirando por encima de mi hombro.

—¿Dónde está Martín?

—Desirée... —voy a reprocharle que no me escuche pero... espera, ¿dónde ha ido Martín?

Me pongo de puntillas buscándole a él o a Jaime pero solo consigo marearme con el parpadeo de todas estas luces. *Oh*, ¿nos habrá oído y habrá ido a contárselo a Jaime? No puede ser. Frunzo el ceño y me llevo una mano a la frente a modo de visera. Entonces les veo: Martín tira de Jaime como tratando de salir del local enseguida. ¿Qué demonios pasa? Se supone que

nos iban a llevar en su coche de vuelta a casa.

Cojo a Desirée de la mano y me apresuro a intentar alcanzarles. Cuando les pierdo de vista tengo que apartar a una de esas rubias despampanantes que se cruza en mi camino.

—Perdona —me disculpo.

—Nora, ¿qué haces? —inquieta Desirée intentando zafarse de mí.

—Jaime y Martín se están yendo.

—¿Qué?

Es entonces cuando los dos chicos salen por la puerta. Me pongo de perfil para colarme mejor entre la gente y tiro con fuerza de Desirée para que no se quede atrás. Al fin llegamos hasta la puerta nosotras también y suelto un suspiro de alivio. Cuando salimos de la discoteca miro a mi alrededor hasta que doy con ellos en la calle de enfrente, ya subiéndose al coche.

—¡Martín! —grito a pleno pulmón.

Él se vuelve como acto reflejo al escuchar su nombre pero apenas me mira y se mete en el vehículo. Vuelvo a agarrar el brazo de Desirée y corremos hacia allí mientras escuchamos el rugido del motor al arrancar, pero el coche se desplaza ligeramente marcha atrás para salir de su aparcamiento y... se va. Nos acaban de dejar aquí tiradas. Desirée y yo nos detenemos jadeantes en medio de la calle.

—¿Qué coño acaba de pasar? —se pregunta Desirée mientras yo no puedo dejar de mirar en la dirección en la que se han ido—. Nora, Martín lo ha oído todo. ¡Muchas gracias!

—No —murmuro.

—¡Sí, listilla! Tú tienes la culpa.

—No.

Esa prisa que tenía Martín por salir de la discoteca, la forma en que me ha mirado antes de subir al coche... no es que estuviera enfadado, estaba...

asustado. De repente me viene a la cabeza el momento en que Martín ha posado la mano en mi muslo y cuando me ha acariciado el pelo y el brazo. Sergio. Sergio está aquí. No es una paranoia mía, es que realmente puedo sentirle acercándose. Justo en ese momento veo a un taxi aproximarse y no dudo ni un segundo.

—¡Taxi! —alzo la mano haciendo que se detenga de golpe.

Agarro una vez más a Desirée, la llevo hasta el coche y hago que suba sin rechistar. Enseguida le digo al taxista nuestra dirección y solo cuando el coche se pone en marcha me dejo caer sobre el respaldo del asiento intentando tranquilizarme. Sergio está aquí, me está persiguiendo, estoy segura de ello. No sé si haber cogido un taxi será suficiente para despistarle, no sé si estaré a salvo aunque el taxista nos deje en la misma puerta de casa, pero sé perfectamente que en cuanto tenga la mínima oportunidad... volveré a ser suya de nuevo, si es que en algún momento he dejado de serlo. Trago saliva y me abrazo fuerte el cuerpo con los brazos.

Levanto la vista hacia el taxímetro, que ya marca nueve euros. *Oh*, eso me recuerda...

—Desirée, ¿cuánto dinero te queda? —le pregunto mientras abro mi bolso para mirar también cuánto tengo yo.

—Con suerte me queda alguna moneda suelta; me lo he fundido todo, las copas estaban carísimas.

—¡Compruébalo! —le grito crispada y me gano una fulminante mirada del taxista a través del espejo retrovisor.

Ambas sacamos nuestras respectivas carteras: Desirée tiene tres euros y setenta céntimos y yo exhalo un suspiro de alivio al constatar que mi billete de diez euros sigue ahí. Aun así...

—Oiga —me inclino hacia delante para hablarle al taxista—. Verá, hay un problema. No tenemos... entre las dos solo tenemos poco más de trece

euros.

—Muy bien —me responde y por un segundo llego a pensar que no le importa—. Cuando el taxímetro marque trece euros paro y os bajáis.

¡¿Qué?! ¿Se puede ser más rastrero y egoísta?

—*Oh*, por favor, mire, solo...

—Yo no trabajo por amor al arte, niña —me dice con la mayor aspereza posible. No puede ser cierto.

—¿Va a dejarnos en la calle? ¿Va dejar en plena calle a las seis de la mañana a dos chicas de las cuales una va tan borracha que apenas podrá andar en línea recta? —Y a la otra puede que la esté persiguiendo el psicópata de su exnovio, me recuerdo a mí misma.

—Sí —se atreve a responder.

—No, escuche...

Justo en ese instante el coche se detiene de golpe. Miro el taxímetro: trece euros justos. El número de la mala suerte tenía que ser.

—Págame y bajaos del coche.

—¿En serio? —aún no me lo creo. Sin embargo, el señor no hace ni un solo movimiento—. Pues muchísimas gracias, hombre, es usted muy amable —cojo los dichosos trece euros y se los arrojo de mala manera—. Métselos por donde le quepan. Vamos, Desirée.

—Venga ya, no seas capullo —suelta ella.

—¡Que salgáis del taxi! —repite él cada vez más cabreado.

Yo me rindo, salgo y doy un fuerte portazo al cerrar la puerta y, en cuanto a Desirée, da también su respectivo golpe. El taxi se aleja acelerando; fíjate, justo en la dirección en la que nosotras tendremos que caminar.

—Valiente hijo de puta... —despotrica Desirée.

En el momento en que el coche sale de nuestra vista, noto frío, me siento desprotegida y vulnerable de nuevo. Miro en todas direcciones en busca de

alguna señal que pueda indicar que Sergio está cerca. Si está aquí, es el momento de que aparezca; no creo que Desirée sea un impedimento para él. Aunque quizá hemos conseguido despistarle; sí, eso parece, eso quiero pensar.

—Quítate los tacones, Desirée, o no llegaremos nunca —le digo haciendo caso a mi propio consejo—. Creo que estamos por lo menos a media hora de casa.

A los veinte minutos, todavía nos queda más de la mitad del camino. Había hecho mal mis estimaciones. Desirée se apoya en mí y se está riendo a carcajadas, pero no sé de qué porque, como no vocaliza, soy incapaz de entenderla. Justo en ese momento escuchamos otro coche acercarse por nuestras espaldas. *Oh*, ¿qué pensará la gente de nosotras? Sin embargo, este coche no pasa de largo como todos los anteriores, sino que se detiene a nuestro lado. La ventanilla del asiento del conductor empieza a descender y tras ella aparece un chico rubio, con esa pinta de niño pijo pero peor que cualquier macarra.

—Hola, preciosidad, ¿cuánto cobras? —supongo que me lo dice a mí, a Desirée se le nota a la legua que va hasta arriba de alcohol, así que me limito a mostrarle mi dedo corazón sin ni siquiera dignarme a mirarle y aligero el paso aferrando el brazo de Desirée. Cuando dejamos atrás el coche, el niño pijo avanza lentamente hasta volver a alcanzarnos para a partir de entonces seguir nuestro ritmo—. Vale, lo siento, era broma —dice—. Ahora en serio: ¿os llevamos a algún sitio?

—Al séptimo cielo y más allá la llevaría yo —escucho dentro del coche. *Oh*, así que lleva pasajeros. Genial, esto empieza a darme miedo—. Y a la morena tres cuartos de lo mismo.

—No deberíais andar por aquí solas —sigue diciendo el conductor y ya no soy capaz de seguir callada.

—¿Por qué? ¿Por si a algún gilipollas que pase con el coche le apetece insultarnos para chulearse delante de sus amigos? —replico pero lo único que escucho en respuesta es una risita.

—Cariño, a uno se le traban las palabras cuando habla a un pivonazo como tú.

—¿Eso era un piropo? —espeto.

—¡Joder, qué seca eres! A lo mejor cambio de opinión y me tiro a tu amiga, tiene más curvas que tú.

En ese mismo momento, Desirée, que estaba sorprendentemente callada, alza la mano en la que sostiene uno de sus tacones negros y lo lanza con toda su fuerza contra el chico, con lo que consigue dejar una abolladura en la puerta del coche.

—¡Desirée! —me alarmo.

—¡A mí nadie me llama gorda!

Entretanto, el chico rubio ha salido del coche malhumorado y está examinando la carrocería.

—¡La madre que te...!

Abro los ojos como platos y casi empiezo a temblar cuando se gira hacia nosotras; hacia Desirée, concretamente. ¡Dios mío!

—¡No! No, espera —me coloco en posición defensiva delante de Desirée—. Oye, ha bebido un poco, demasiado. Lo siento... lo siente. O sea... por favor, no... No queremos problemas, solo... Está borracha y...

Cuando todavía me tiembla la voz y sigo sin dar con algo que pueda decirle para que se tranquilice, de pronto le oigo reír. Dejo de balbucear y levanto la vista hacia él para poder creerlo. En efecto, en su boca hay una sonrisa, y da un paso adelante para quedarse demasiado cerca de mí.

—¿Sabes? No tienes ni idea de lo que haría contigo —dice y se me seca la boca—. Y ahora mismo no me lo impediría nadie. —Trato de dar un paso

hacia atrás pero él me agarra del brazo y tira hacia sí. Vale, quizá ahora sí necesitaría que Sergio estuviera aquí, pero no es así, no le habría consentido a este chico ni siquiera acercarse a mí. Lleva su mano a mi mejilla, en una caricia llega hasta mi oreja para enredar sus dedos en mi pelo y yo no sé qué hacer—. Pero no soy capaz.

En ese momento él mira hacia atrás y solo entonces me doy cuenta de que sus dos colegas también han bajado del coche. Tras dedicarle una mirada envenenada a Desirée, se aparta de mí y da media vuelta. Suelto el aire contenido y mis músculos se relajan.

—Venga, vámonos —anuncia él.

—¿Qué? ¿Tan rápido? —se queja el que iba de copiloto.

—¡Al coche, ya!

—Joder, tío, no sabes divertirte.

—¡Cállate!

Y así, los tres vuelven a meterse en el vehículo. El conductor me mira de una forma extraña antes de acelerar y continuar su camino.

—Qué subidón, ¿no? —escucho a Desirée cuando el coche ha desaparecido.

—Recoge ese zapato, Desirée, tenemos que llegar a casa. Va a empezar a amanecer dentro de nada.

Cuando ya se ve en el cielo una línea de azul más claro en el horizonte, estoy abriendo la puerta de casa. Acuesto a Desirée en el sofá, no puedo consentir que suba a la habitación, prefiero que ni Mario ni Diego se enteren de la hora a la que hemos llegado.

—Yo no quiero dormir aquí —se queja de nuevo.

—Desirée, no pienso dejar que subas y despiertes a Mario —la regaño.

Me inclino para coger la manta roja que está doblada en el brazo del sofá. La extiendo sobre ella y, para cuando acabo de taparla, me parece que

ya se ha quedado dormida, y aunque no sea así no creo que aguante mucho más después de todo lo que ha bebido. En cualquier caso, se ha callado, así que puedo subir a mi habitación de una vez por todas.

Cuando llego al piso de arriba abro la puerta de la habitación despacio y, sin hacer ruido, entro y la vuelvo a cerrar. En la oscuridad empiezo a quitarme la ropa. Dormiré solo en braguitas, ni siquiera me apetece ir a buscar el pijama.

—Nora —oigo la voz ronca de Diego a mi espalda revolviéndose en la cama—. ¿Llegáis ahora? Pero si ya está amaneciendo.

—Lo sé —dejo mi collar y mis pendientes sobre el mueble y voy enseguida a meterme con él en la cama—. Es que... ya sabes, hemos tomado tres o cuatro últimas copas. A Desirée ahora mismo debe correrle ron por las venas.

—Ya... —veo a Diego pasarse la mano por el pelo ahora que mis pupilas se han adaptado a la oscuridad—. ¿Tú estás bien? —quiere saber.

—Sí. Sí, claro. —Un poco mareada, la verdad.

—¿Qué habéis hecho?

—Nada —niego con la cabeza—. Fuimos a bailar a una discoteca, pero nada más, no hemos llegado a cometer ningún delito —le sonrío para quitarle hierro al asunto y me siento aliviada cuando consigo que él me corresponda.

—¿Estás segura?

—Bueno, no... no del todo —bromeo—. Pero ahora estoy aquí contigo.

Sin querer hablar más, Diego se gira hacia mí y me abraza dejando su mano bajo mi pecho. Respiro hondo y cierro los ojos; intentaré dormir un poco, aunque sean solo unas horas.

CAPÍTULO VIII
(Sergio)
Me di cuenta de que podía

A veces regreso al pasado y me veo amándote;
y siempre mirabas así tan sensual, llenabas mi alma de felicidad.

No sé por qué nuestro amor se murió en un instante,
yo te invito a aparcar este orgullo y volver a empezar.

Sueños rotos, David Bisbal

El viaje de fin de carrera, una experiencia de esas que no te puedes perder. La gente de mi clase decidió que querían irse de crucero y se pusieron manos a la obra para organizarlo. Sin embargo, yo y mi principal grupo de amigos pensamos que era demasiado caro y que tampoco queríamos hacer un viaje que estuviera controlado hasta el último segundo; de hecho, llegamos a la conclusión de que, después de tanto estudiar, no queremos tener que mirar el reloj ni una sola vez en todo el verano. Así entonces propuso que lo mejor que podíamos hacer era alquilar un par de apartamentos en la playa y quedarnos ahí el mes de agosto entero o prácticamente, y a todos nos pareció una gran idea. Cuando Blanca dejó caer que Málaga podría ser un buen sitio,

yo, sabiendo que es allí donde está Nora, me aferré a esa opción enseguida, y los demás aceptaron, así que allá vamos. Vale, es un plan poco original, pero estoy seguro de que vamos a descansar y nos lo vamos a pasar muchísimo mejor que los del crucero. De todas formas, para garantizarlo, he invitado a Déborah y, bueno... y al perro. Parece que, a pesar de su repentino e ingente interés por sacarse el carné de conducir, al final después de todo no va a cumplir su propósito de este verano para poder comprarse esa *Vespa* que quiere aunque a su padre —y a mí, no voy a negarlo— le asuste pensar en ella llevando un vehículo. Supongo que en Septiembre ya habrá tiempo para eso, pero aún falta mucho.

Así las cosas, voy conduciendo en mi coche, John está a mi lado comiendo palitos de *Mikado* de chocolate y Déborah y Danger van atrás viendo la versión española de la película *Tres metros sobre el cielo* en su *tablet*. Cuando Mario Casas suelta una de sus empalagosas frases, el *rottweiler* gimotea.

—Lo sé, Danger, lo sé. A mí también me dan ganas de vomitar arcoíris —coincide Déborah.

—¿No eres una chica de cursiladas, Déborah? —inquire John divertido.

—No —niega ella—. No, para nada.

—Por fin una chica sincera —dice John—. Punto a tu favor.

—¿Has oído eso, Sergio? —Déborah se inclina entre los dos asientos delanteros para hablarme—. Acabo de ganar otro punto. ¿Cómo va el tanteo? Yo cinco, y tú... no sé, uno o dos. Aplícate el cuento.

—Estoy seguro de que tengo algún punto más —a menos que lo ocurre en la cama no cuenta.

Llegamos a los apartamentos adosados que hemos alquilado y empezamos a explorarlo todo; lo que más me gusta es que los dos comparten

la misma terraza. Nos instalamos cada uno en nuestro lugar: Blanca, Lorena, Paula y Sara en uno y Asier, David, John y yo en el otro. Déborah, como no tiene cama, iba a dormir conmigo, pero Blanca insiste en que se quede en el apartamento de las chicas en un estupendamente oportuno colchón inflable que ha traído. Nosotros al final decidimos que John y David dormirán en una de las habitaciones y Asier y yo en la otra.

Una vez se ha pasado el jaleo de maletas y la euforia de la llegada y hemos pasado por un supermercado a comprar lo imprescindible, no tardo en encontrarme curioseando el *Twitter* de Dieguito: ahora que he venido a Málaga, quiero saber exactamente dónde va a estar Nora. En ese momento me topo con el cartel promocional de la inauguración de un restaurante temático llamado *Jungle*, y resulta ser hoy a partir de las ocho.

—¿Qué haces? —John aparece por mi espalda y ve la pantalla de mi móvil—. Dime que no estás mirando el *Twitter* de Diego Arias para saber dónde va a estar Nora.

Suelo una risita irónica; John sí que comprende muy bien lo que me ocurre con Nora e incluso mis reacciones en cuanto a este tema, al contrario que Asier que, a pesar de haberla conocido cuando aún estábamos saliendo en el primer curso de la carrera, nunca ha llegado a tomarse en serio lo que Nora significa para mí.

—Eso es exactamente lo que estoy haciendo —admito—, y mira lo que me he encontrado —le paso mi teléfono y él lee el anuncio.

—Aquí no pone que él vaya a estar ahí.

—Es una estrellita; si lo pusiera, se saturaría el aforo —enarco la ceja izquierda.

—Y, ¿por qué supones que también va a ir Nora? —contraataca.

—Tengo un presentimiento.

—Sergio, no...

—Chicos, venga, nos vamos a la playa —Déborah irrumpe en la habitación.

—Déborah, tú eres *fan* de Diego Arias, ¿verdad? —le digo y ella asiente con la cabeza—. Porque creo que sé cuál es su plan de esta noche —le muestro mi móvil.

—Déjame ver eso —me quita el teléfono de las manos y observa la imagen durante un rato—. ¿Un restaurante temático?

—Y el tema es la selva —corroboro.

—¿De verdad crees que Diego irá? —inquire.

—Por algo lo habrá publicado en su *Twitter*.

—Pero tú odias a Diego Arias.

—Pero a ti y a las chicas os encanta.

—Entonces, ¿vamos a ir? ¡Ay, me caigo muerta! ¡Voy a conocer a Diego Arias! —da un par de saltitos y sale corriendo de la habitación en busca de su nueva amiga—. ¡Blanca! ¡Blanca! ¡No te lo vas a creer!

Devuelvo la atención a John, que me fulmina con la mirada mientras se muerde el labio inferior y con los brazos cruzados.

—No me mires así —le pido y él entorna los ojos—. Venga, sé que a ti también te gusta Dieguito. Nos lo vamos a pasar muy bien esta noche.

* * *

Entramos en el restaurante y realmente parece una verdadera selva. Absolutamente todo es de madera, hay plantas y árboles falsos e imponentes

esculturas de animales salvajes repartidas por todo el lugar y me fijo también en una simulación de una hoguera junto a la que hay unos bongos de verdad. Es un sitio bastante chulo, sí. Hay ambiente joven y está abarrotado de gente; suele pasar cuando es la noche de la inauguración y está todo a mitad de precio.

Cuando pedimos una mesa nos dicen que tendremos que esperar al menos media hora, así que para matar el tiempo nos tomamos unas cervezas. Apenas podemos hablar entre nosotros porque la música africana está a un volumen demasiado alto y, precisamente por eso, también la gente grita más, pero brindamos por nuestra graduación y no dejamos que se nos estropee la oportunidad de pasar un buen rato entre risas. Las chicas empiezan a hacerse fotos con todos los adornos del local, John y David se ponen a hablar de sus cosas y Asier no le quita la vista de encima a una camarera de curvas voluptuosas, pelo moreno y rizado y que lleva puesto un vestido con un estampado muy tropical al que se ha fijado mediante un imperdible un cartelito en el que pone “*Desirée*”.

—Está bien buena, ¿verdad? —inquire Asier. Yo miro a la chica, cuya expresión ante la mirada lasciva de mi amigo es concretamente de “no te conviene cabrearme, gilipollas”.

—Asier, córtate un poco, no le está gustando tu juego.

Él se ríe ante mi advertencia y yo a la camarera la sigo viendo capaz de acercarse y propinarle una bofetada, así que esta noche puede que se ponga interesante.

Yo, por mi parte, estoy empezando a ponerme nervioso, porque quiero ver aparecer a Nora por esa puerta ahora mismo. Cuando nos llaman para sentarnos a la mesa aún no ha llegado y, aunque sigo teniendo el presentimiento de que está a punto de entrar, pasa el tiempo y eso no ocurre.

—¡Dios mío! —exclama Blanca de repente haciéndonos a todos levantar

la cabeza de nuestros platos—. Es... es... ¡Diego Arias!

—¿Qué?! —inquieren todas las chicas a coro volviéndose de golpe para buscarle con la mirada.

Yo miro hacia allí también y la veo. Su expresión risueña y su mirada tímida. Su pelo ahora es rubio pero es el de siempre, largo, liso, suave y con olor a hierbabuena. Lleva un vestido azul con la espalda descubierta que le queda estupendamente a conjunto con unas sandalias de tacón alto y, aunque está más delgada, me sigue pareciendo un pecado llevar tres años sin poder deleitarme con todo su cuerpo, tan perfecto para mí, tan hecho a mi medida. No puedo salir de aquí esta noche sin haberla tocado, sin haberla besado, sin haberla hablado al menos.

Cuando vuelvo a la tierra me topo de lleno con la penetrante mirada de Lorena. Ella y Asier conocen a Nora de cuando aún estábamos juntos en primero de carrera. Supongo que, al contrario que mi amigo, ella sí que está al tanto de que Nora ahora trabaja y sale con Diego, lo que sigue significando para mí y sabía de antemano a lo que hemos venido aquí. Le respondo sin palabras con una mirada inexpresiva y ella baja la cabeza.

—Tiene que firmarme un autógrafo y hacerse una foto conmigo — asegura Déborah dispuesta a saltar de la silla ahora mismo.

—No te precipites —la detiene Blanca al ver que Diego, Nora, el mismísimo Mario Arias y otras tres personas que no conozco se sientan a una mesa del fondo—. Espera a que terminen de cenar, así nos prestará más atención.

A ellos les traen su comida enseguida y me fijo en que Nora ha pedido una ensalada. Efectivamente, cuando algunas chicas no se cortan en acercarse a Diego sin importarles que esté comiendo, él no es borde, pero las despacha enseguida.

—¿Os apetece algún postre? —la camarera que tanto le ha gustado a

Asier antes aparece sacándome de mis pensamientos.

—Sí, claro —se apresura a decir John—. Algo de chocolate.

Le pedimos los postres y ella se dispone a dar media vuelta para irse.

—Perdona —interviene Déborah antes de que se vaya—, ¿nos dejarías un momento tu libreta y tu boli? Luego te los devolvemos —le pide y todos sabemos que es para ir a por los autógrafos.

—Sí, vale —acepta ella encogiéndose de hombros antes de tenderle la libreta y el *Bic* azul. De todas formas, tampoco es que los estuviera usando mucho, parece tener buena memoria.

—Gracias —añade Déborah.

Las chicas han decidido que, para no agobiar al cantante, primero irán Déborah y Blanca y después Sara y Paula. Entiendo que Lorena no quiera acercarse por allí, y en cierto modo se lo agradezco, ya que Nora la reconocería y yo prefiero marcar mi propio ritmo para hacer las cosas a mi manera. En cuanto Diego se mete en la boca el último bocado de su *sándwich*, el primer turno se levanta para ir hacia su mesa. Veo a Déborah ser la primera en hablar a Diego, emocionadísima y sin ninguna vergüenza. Mientras las dos chicas siguen llenándole de halagos y le piden autógrafos y fotos, Nora solo las observa en silencio con una ligera sonrisa educada y de nuevo me encuentro pensando en lo bonita que es. Luego Diego se echa hacia atrás en su asiento y sonrío a Déborah dándole una palmada en la espalda a modo de despedida y mis dos amigas se giran para volver aquí.

Es entonces cuando vuelvo a mirar a Nora y, de pronto, nuestros ojos se encuentran. Ella se queda un par de segundos paralizada y después separa los labios para coger aire y frunce el ceño a medida que comprueba que soy yo. Acto seguido, hace algo que yo ya la he visto hacer muchas veces: baja la cabeza y se rodea el cuerpo con los brazos. Ni siquiera sé cómo me puede gustar tanto, me encanta de una forma que casi duele. Me ha visto y en el

momento en que se quede sola voy a ir corriendo a hablar con ella.

Sin embargo, permanece todo el tiempo acompañada. No dejo de observarla mientras mis amigos hablan de las típicas tonterías de sobremesa, pero solo se levanta una vez para ir al baño y lleva a una amiga consigo. No, joder, no, Nora, ¿por qué haces esto? Me has visto, estoy aquí. Necesito estar con ella, tenerla cerca, y mis niveles de impotencia y de rabia se están elevando peligrosamente.

Entonces, Desirée, la camarera, que ahora lleva un vestido de fiesta verde, se acerca a su mesa y puedo leerle perfectamente los labios: “¿nos vamos?”. Vaya, parece que es también de su grupo; ahora puedo entender mejor que Dieguito se haya dignado a venir aquí. Así que todos empiezan a removerse en sus asientos, a recoger sus cosas y a levantarse. Se van, y está claro que se van a alguna discoteca. No puede ser, no puede irse todavía. Cuando Nora está a punto de salir por la puerta, mi cuerpo se mueve solo y me levanto de mi asiento. Me doy cuenta de que mis amigos me miran, supongo que solo Lorena entiende lo que hago, pero prefiero no dar explicaciones, así pensarán que solo voy al baño o algo así, y para mañana ya me habré inventado una excusa.

Salgo a la calle y veo a Diego y a Mario despedirse del resto para luego meterse ambos en un *Mercedes* plateado de cristales tintados mientras Nora y las otras cuatro personas suben a un *Audi*. Supongo que los hermanos Arias se van a casa. Hay que ser gilipollas, dejar que una chica como Nora salga de fiesta sola, dejarla irse sin nadie que la proteja. Yo me dirijo hacia mi coche y entro en él dispuesto a ir también a donde vaya Nora. Justo cuando estoy arrancando el motor, la puerta del copiloto se abre. Déborah se sienta en el asiento de mi derecha con su actitud más firme y cierra de un portazo.

—¿Qué te pasa con ella? —me increpa.

—¿Qué? —es lo único que puedo decir.

—Nora, la bailarina, la novia de Diego. ¿Quién es ella para ti? ¿Por qué no has dejado de mirarla? ¿Por qué vas a seguirla?

—Déborah... no ibas a entenderlo.

—No pienso bajarme del coche.

Yo suspiro, pero entonces el *Audi* en el que va Nora da marcha atrás para salir de su aparcamiento antes de empezar a alejarse por la carretera. Me apresuro a ir detrás de ellos pero lo suficientemente lejos para no llamar la atención, esta vez pienso utilizar el factor sorpresa. En la primera rotonda me fijo en que Mario y Diego se desvían por otra salida; la que les llevará a su casa, diría yo, sabiendo dónde viven.

Poco después, el *Audi* aminora la velocidad y se mete por una calle a su derecha. Yo giro también y les veo aparcar en batería en el primer sitio que han encontrado. No me queda otra opción y tengo que pasar por detrás de su coche pero no hay muchas posibilidades de que Nora me haya visto. Voy hasta el otro extremo de la calle para aparcar y por el espejo retrovisor puedo ver al grupo de amigos caminar hacia un garito del que procede una música atronadora y en torno a cuya puerta se agrupan algunas personas fumando. Cuando entran ahí, yo quito la llave del coche de su contacto.

—¿No vas a contármelo? —insiste Déborah.

Me vuelvo hacia ella y la miro a los ojos valorando si debería contarle algo tan íntimo que solo saben unas pocas de mis personas más cercanas. Me da igual, se lo contaré y así podrá entenderme un poco mejor. De hecho, si las cosas no me salen mal, Nora estará de vuelta conmigo esta misma noche y Déborah se merece una explicación.

—Hace tres años ella era mi novia —me arranco a hablar—. Estoy convencido de que está hecha para mí, pero me dejó. Estuve dos años enteros sin saber absolutamente nada de ella hasta que el verano pasado la vi en uno de los *videoclips* de Diego y me enteré de que era una de sus bailarinas —

hago una pausa acordándome de la cantidad de sentimientos negativos que experimenté en ese momento—. Necesitaba volver a estar con ella, convencerla de que su lugar está conmigo, así que fui a uno de los conciertos y me colé entre bastidores. Estuvimos hablando en un camerino pero Diego llegó y lo estropeó todo; ahora Nora está saliendo con él.

—¿Por eso lo primero que has hecho nada más llegar ha sido mirar el *Twitter* de Diego?

—No estoy dispuesto a volver a perderle la pista, me entero de absolutamente todo lo que hace. No es difícil teniendo en cuenta que aparece en las revistas cada vez que sale a la calle con él —me acomodo en mi asiento y Déborah me observa atónita.

—*Aamm*... ¿Sabes? Me... Me estás dando miedo —confiesa y yo suelto una risita irónica.

—Sí, a mí también me da miedo lo que llego a hacer por ella.

Déborah se inclina hacia mí dándose cuenta de que le estoy hablando de algo muy importante para mí.

—¿Por qué te dejó? —inquire. Yo suspiro pensando cómo contestar.

—Porque ella es tan perfecta para mí, es tan exactamente todo lo que a mí me gusta, lo que yo quiero, lo que necesito... que pienso que está en este mundo para estar conmigo y llego a sentirla y a tratarla como... una propiedad.

—¿Se marchó porque fuiste muy controlador?

—Sí —reconozco—. Pero te sorprendería la facilidad con que puedo hacer que vuelva. Consiguió dejarme pero soy su peor debilidad.

—No hace falta que lo jures —murmura. Yo no digo nada porque noto que quiere añadir algo más—. Entonces... ¿Vas a intentar recuperarla?

—Y a conseguirlo —aseguro—. No aguanto más sin ella, han pasado tres años.

Déborah cierra los ojos de golpe y baja la cabeza. Al ver su reacción me siento horriblemente mal, creo que si le hubiera dado un puñetazo en el estómago no le habría hecho más daño.

—Déborah... sabías que algo como esto podía pasar.

—Sí —dice con un hilo de voz.

—Dijiste que podías y que querías hacerlo.

—Sí —repite, levanta la vista hacia mí y consigue parecer serena—. Tranquilo, no voy a... volverme loca como Paula —me asegura y debo admitir que finge bastante bien. En cualquier caso, me parece que lo mejor será distraerla.

—¿Te apetece tomar una copa?

Ella asiente con la cabeza, así que salimos del coche, lo cierro y vamos hasta el local en el que han entrado Nora y los demás.

—Buenas noches —le digo al vigilante de la puerta.

—Hola —añade Déborah entrando detrás de mí pero a ella la coge del brazo para detenerla.

—¿Me dejas ver tu DNI, guapa? —le pide.

—¿Qué? —inquire Déborah—. Esto es indignante. ¡Indignante, he dicho! Hace más de un mes que tengo dieciocho —al fin encuentra la cartera dentro de su bolso y saca el carné para tenderlo al hombre. Él lo examina, luego la mira a la cara, y se lo devuelve haciéndole una seña para que entre.

—Ni una palabra —me dice cuando pasamos.

—En realidad, ha sido un alivio; creía que te iban a dejar fuera por el tatuaje —intento no reírme.

—No te metas... con mi tatuaje.

—No, jamás, es muy *sexy*.

Mientras vamos hacia la barra escudriño a la multitud buscando a Nora hasta que al fin la localizo al fondo con su grupo de amigos, y cuando ya me

encuentro frente a la barra esperando a que el camarero me atienda aún no puedo apartar la vista de ella.

—Qué aburrimiento de noche me espera si no vas a quitarle la vista de encima—se queja Déborah mientras se encarama a un taburete y yo me giro hacia ella dispuesto a recordarle que nadie la obligó a subir al coche pero se me adelanta—. Tengo una idea, vamos a jugar a algo: yo me encargo de avisarte si se queda sola pero, cada vez que la mires tú, chupito.

—No, no quiero ser el responsable de que sufras un coma etílico —rio ante su propuesta e inconscientemente mi vista vuelve a dirigirse hacia Nora.

—¡Has mirado! —me acusa Déborah—. ¡Camarero! ¡Chupito aquí! —grita a voz en cuello y da unos rítmicos golpes sobre la barra. El chico la mira y se ríe de su espontaneidad. Bueno, al menos ha conseguido captar su atención.

—Que sean dos —añado apropiándome también de una banqueta. De perdidos al río.

—¿Tequila? —pregunta el camarero acercándose.

—Por ejemplo —acepta Déborah.

Cuando nos sirve, nos bebemos nuestros respectivos tequilas con sal y limón de un trago. Déborah cierra los ojos y arruga la nariz mientras su cuerpo se sacude con un escalofrío.

—¡Ay, qué horror! Mi garganta te agradecerá que no vuelvas a mirarla —dice y yo me carcajeo—. Bueno, cuéntame más sobre lo que pasó —me pide y yo levanto la cabeza hacia ella—. Ya sabes, soy escritora, a lo mejor... me das ideas. —Muy bien, si tanto interés tiene, se lo contaré.

—Empecé controlando la ropa que se ponía, luego poco a poco impidiéndole verse con ningún otro chico y al final también empezó a molestarme que quedara con sus amigas; la quería solo para mí y lo acabé consiguiendo. Me di cuenta de que podía controlar todo lo que ella hacía y de

que no me costaba apenas nada que en cualquier momento y para cualquier cosa estuviera disponible para mí. Me encantaba saber que estaba tan enganchada a mí que podía exigirle o prohibirle cualquier cosa y no iba a ser capaz de irse.

—Pero... —interviene Déborah.

—Pero una noche me presenté en su casa y me encontré con que sus padres se habían ido todo el fin de semana y ni siquiera me lo había dicho... y se estaba arreglando para salir. Estaba preciosa y se iba a ir, otros tíos iban a poder mirarla y... eso se me hacía insoportable. Le dije que no iba a ir a ninguna parte y ella se enfadó, se resistió y... acabé pegándole una bofetada. Te juro que me dolió a mí más que a ella y es de lo que más me arrepiento en la vida. —Déborah no abre la boca pero me ahorro contarle que la dejé encerrada en casa y me fui con mis amigos, porque sé que eso sí me lo echaría en cara y con mucha razón—. Al día siguiente estaba más fría conmigo de lo que la había visto nunca y yo... sentí la necesidad de demostrarle que, por las buenas o por las malas, se iba a seguir haciendo lo que yo quisiera. Te puedes imaginar cuál me pareció la mejor manera de recordarle que me pertenecía a mí —miro a Déborah a los ojos, la veo desorientada pero acaba captando lo que he querido decir.

—¡Sergio! —me acusa—. ¿La...? ¿Lo hiciste?

—¡No! No pude, ella estaba... llorando.

—Vale, vale —arruga la frente mientras busca las palabras adecuadas—.

Pero, Sergio... eso se llama obsesión. ¿Solo te pasa con ella? —implora.

—Sí —respondo.

—Pues... si la recuperas, trátala bien, no seas tan duro con ella —me aconseja.

—Solo definiendo lo que quiero —intento explicarle.

—¿Sabes? Tengo que escribir un libro sobre ti; algún día lo haré, te lo

prometo.

—¿Sí? —esta chica es demasiado—. Será el mejor libro que hayas escrito nunca —le aseguro y ella asiente. Muy bien, creo que por mi parte ya he hablado demasiado, ahora va a contarme ella un par de cosas—. Y, ¿qué hay de ti? Cuéntame lo de ese chico que no te hizo sentir nada.

—Ah, Alex. Él era el caprichito del instituto. Me gustaba mucho e hice lo imposible para que se fijara en mí. —Sí, me hago una idea: tartas de chocolate, perreo sucio en la discoteca, fotos eróticas, fines de semana en hoteles... esas cosas que hace ella—. Al final lo conseguí. Fue mi primer novio, yo estaba más que feliz con él y todas se corroían de la envidia. Hasta que llegó ella, Rose: era francesa, pelirroja, despampanante, exótica y la novedad. Vi cómo la miraba, tuvimos un par de discusiones y yo sabía que lo mejor que podía hacer era dejarle antes de que él me dejara a mí, por una cuestión de orgullo, pero no fui capaz. A la tercera bronca que tuvimos, rompió conmigo y se fue con ella —levanta la cabeza hacia mí. Pobrecilla, pero así es la vida.

—¿No habéis vuelto a hablar? —le pregunto.

—Sí, me escribió al móvil una noche y me dijo que le gustaría que siguiéramos siendo amigos, pero yo no quiero ser su... amiga —asiento con la cabeza, me lo puedo imaginar. Entonces, Débora mira por encima de mi hombro hacia donde se encuentra Nora y le cambia la cara—. Sergio, ahora mismo está sola —me avisa y yo me giro inmediatamente hacia allí.

Justo cuando me levanto de mi taburete, un chico moreno aparece a su lado.

—¿Quién es ese gilipollas? —inquiero al ver que se sienta junto a mi chica.

—A mí no me preguntes —dice Déborah encogiéndose de hombros—. Esto no te está gustando nada, ¿verdad?

—Absolutamente nada —confirmo sin poder apartar la mirada de ellos dos hablando y también soy consciente de que estoy tensando la mandíbula y apretando los puños.

Es entonces cuando ese capullo se atreve a tocarla; a acariciar su muslo, concretamente. Le voy a partir la cara.

—Cuando le pille no va a saber por dónde le vienen las hostias.

—Sergio, no mires, ¿de acuerdo? No lo veas. —trata de calmarme Déborah.

En ese momento se acerca a ellos uno de los chicos que estaba también en el *Jungle*; intercambia unas palabras con el baboso gilipollas y consigue que se acabe yendo. Bueno, lo prefiero, al menos este otro no se pasará de la raya.

—Ponnos otros dos chupitos, por favor —le pide superada Déborah al camarero cuando pasa por nuestro lado.

A las cinco y media de la mañana ya llevamos unos cuantos tequilas en el cuerpo. Vuelvo a mirar hacia Nora; su grupo de amigos se ha ido ya, solo se han quedado Desirée y ella con el niño de antes y otro chico, y ese idiota se le está acercando otra vez. Mi paciencia se agota justo en el momento en que le acaricia el pelo y el brazo.

—Hasta aquí he llegado.

—No, Sergio, espera un segundo —Déborah intenta detenerme pero ya no es posible.

Voy hasta allí cuando Nora se distrae y en un solo segundo le agarro y le aparto.

—¿Qué haces? —sacude el brazo consiguiendo que le suelte.

—¿Te ha gustado la rubia?

—¿Qué? —inquire desconcertado.

—Está pillada, ¿entiendes?

—¿Tú eres su novio? ¿Eres Diego? —Eso lo será él, y como siga provocándome todavía acaba muy mal—. Oye, lo siento, yo...

—A ver si nos entendemos: no vas a volverte a acercarte a ella.

—Pero les hemos dicho que las vamos a llevar nosotros a casa.

—No te equivoques. Si quieres salimos a la calle a arreglarlo o vas ahora mismo a por tu amigo y desaparecéis de mi vista, ¿lo captas? Hazlo antes de que me cabree —se me queda mirando; sé que está pensando que debería plantarme cara pero no se atreve—. ¿Me has oído?

—Sí, vale, vale. No he venido buscando movidas.

Se da media vuelta y se adentra entre la gente para hacer lo que le he dicho. Perfecto, ya me he librado de él, ahora podré hablar con Nora.

Segundos después los dos chicos se dirigen a la salida del lugar. Miro a Nora: les ha visto. Coge de la mano a Desirée y se dispone a ir tras ellos, para no quedarse aquí tirada, supongo. No dudo en seguirlos hacia la salida del local, Nora no se va a ir de aquí sin haber hablado conmigo.

—¡Martín! —escucho gritar a Nora una vez en la calle.

Los dos chicos se meten en un coche, hacia el cual Nora y Desirée corren todo lo que pueden, pero se van sin ellas. Eso es. Por fin la tengo solo para mí, no puedo pedir más.

—¡Sergio! —Déborah se abalanza sobre mí deteniéndome—. ¿Qué estás haciendo? No puedes...

Justo en ese momento, Nora para un taxi y enseguida las dos chicas están dentro.

—Tenemos que seguirlos —le digo a Déborah.

—¡No! —se niega ella—. No vas a perseguir un taxi. Sergio, son las seis de la mañana, se van a su casa. Olvídalo.

—Pero, Déborah...

—No vayas —me interrumpe—. Por favor... —su tono de voz pasa en

un instante a ser de súplica o incluso de miedo.

Miro a sus ojos inseguros y después vuelvo la cabeza en la dirección en la que se ha ido el taxi. Suspiro, me siento un poco mareado.

—Vámonos a casa, he bebido demasiado.

Cuando llegamos a casa, salimos del coche y Déborah se dispone a despedirse de mí para irse a dormir al apartamento de las chicas.

—Hasta mañana, voy a...

—¿Hasta mañana? —inquiero.

—*Aaamm...* sí, yo...

—Tú te vienes conmigo —la agarro por el antebrazo.

Entramos en el apartamento y vamos a mi habitación, donde Asier está durmiendo. Por esto prefiero compartir cuarto con él antes que con John: Asier tiene un sueño muy profundo y, aunque se despertara, tampoco le importaría que Déborah se quede aquí.

En la oscuridad me quito la camiseta y los pantalones y me meto en la cama, en la que ya está Déborah. La abrazo atrayéndola hacia mí hasta que apoya su cabeza en mi hombro. Acaricio su espalda y me encuentro con que se ha quitado el vestido pero no la ropa interior. Mi mano asciende de nuevo hasta el cierre de su sujetador y lo desabrocho.

—Vas a estar mejor sin esto, ¿no te parece? —murmuro.

Ella no dice nada pero me deja deslizar el sostén por sus brazos hasta quitárselo y lo tiro al suelo. Le peino con mis dedos el pelo hacia atrás y acaricio el perfil de su pecho contra mi cuerpo. La tumbo de nuevo bocarriba y, apoyado sobre mi antebrazo, me inclino para besarla mientras mi mano se desliza por su cintura hasta sus braguitas.

CAPÍTULO IX

(Sergio)

Sex on the beach

Que no me puedas mirar
del amor que sientes ya.
Que no quieras dormir sin mí,
que no te quieras despertar.

Mi teatro, Dani Martín

A la mañana siguiente abro los ojos lentamente. Estoy tumbado sobre mi costado izquierdo y mi primera imagen del día no es nada desdeñable: Déborah duerme plácidamente bocarriba y la sábana no llega a cubrir su cuerpo por completo dejando al descubierto su pecho derecho. Miro hacia la cama de Asier: no está ahí, ya se ha levantado.

Me inclino sobre Déborah y le aparto el pelo para empezar a besarla en el cuello mientras acaricio su cuerpo. Gime cuando se despierta y yo acaricio su mejilla con la nariz a la vez que mi mano se desliza hasta su cintura. Ella se remueve debajo de mí y encoge las piernas. Mi boca desciende a su pecho,

con el que me deleito hasta que ella empieza a jadear.

—Buenos días, parejita —escucho la voz de Asier detrás de mí y todo el cuerpo de Déborah se tensa automáticamente.

—Lo serían si no acabaras de entrar —le aseguro. Suspiro dejándome caer sobre mi espalda al lado de Déborah y ella se apresura a taparse con la sábana.

—A saber dónde estuvisteis vosotros dos ayer.

—Estuvimos tomando algo y se nos hizo tarde —le doy la correspondiente respuesta ambigua.

—Claro, claro, si lo entiendo —coge un paquete de tabaco de su mesilla de noche y sale de la habitación con una risita.

Miro a Déborah, ella pone los ojos en blanco y se gira hacia mí para abrazarme. Justo en ese momento empieza a sonar mi teléfono móvil. Yo me incorporo, lo cojo y miro quién llama.

—Joder —digo.

—¿Qué? ¿Quién es? —inquire Déborah.

—Es el director del colegio donde he estado haciendo las prácticas de la carrera.

—¡Cógelo! —me insta y yo le hago caso.

—Hola, Julio —respondo—. Dime.

—Hola, Sergio. ¿Cómo va todo?

—Bien, aprovechando las vacaciones.

—Sí, te las has ganado —suelta una risita—. Oye, quería comentarte algo. Tú sabes que Eduardo, uno de nuestros profesores de Educación Física, se ha jubilado, ¿verdad?

—Había oído algo.

—Bien, verás, he estado hablando con Macarena y me ha dicho que tú te tomas muy en serio tu trabajo, que tienes unos buenos conocimientos y que

los niños te quieren mucho y... además tienes acreditado un nivel B2 de inglés, lo cual nos viene muy bien para nuestro programa bilingüe —no sé muy bien a dónde quiere llegar—. Por eso quería proponerte si te gustaría trabajar con nosotros el próximo curso. —Vale, ¿dónde está la trampa?

—¿Lo dices en serio? —inquiero sin creérmelo aún.

—Sí, claro. —Joder, me debe de haber mirado un ángel.

—Bueno... por supuesto, sí, estaré encantado.

—¡Perfecto! Siempre prefiero contratar a alguien a quien ya conozco, ¿sabes? Mira, tengo aquí tu correo electrónico, te enviaré un documento con el calendario de los claustros de inicio de curso para que sepas cuándo tendrías que venir.

—Estupendo, Julio, gracias. Cuenta conmigo —le confirmo no sin sentir que todo está siendo muy rápido pero, al fin y al cabo, ya sabe cómo trabajo.

—También te vamos a necesitar para los exámenes de septiembre; habla con Macarena sobre eso, ¿de acuerdo?

—La llamaré ahora.

—Muy bien. Cualquier problema me lo comentas, ¿vale?

—Claro, Julio —le digo—. Muchísimas gracias, de verdad, significa mucho que confíes en mí; haré que no te arrepientas.

—De nada, Sergio, ya has demostrado que eres un buen profesor.

—Gracias —no me cansaré de repetirlo, sobre todo porque es la primera vez en mi vida que alguien me llama “profesor”—. Nos vemos en septiembre, entonces.

—Sí, disfruta el resto de las vacaciones.

—Igualmente —añado—. Hasta luego.

—Adiós, Sergio.

Cuelgo el teléfono y no puedo más que quedarme inmóvil intentando asimilar este inmenso golpe de suerte. Yo iba a dedicarme este año a hacer el

máster y las oposiciones pero, teniendo trabajo en un colegio privado, quizá en otro momento.

—*Uuaau*, nadie diría que hay una tremenda crisis de empleo —interviene Déborah.

—El que vale, vale —enarco la ceja izquierda con una sonrisa pícara.

—*Oh*, no seas creído —sacude la mano hacia mí.

—¿Qué? —me inclino sobre ella—. ¿Qué has dicho? —empiezo a hacerle cosquillas sin piedad.

—*¡Ay!* —se queja entre risas y patadas—. *¡Ay*, Sergio, para!

Después de un rato me compadezco de ella y la suelto. Ella se limita a quedarse tumbada recuperando el resuello.

—Venga, a desayunar —le doy una palmada en el culo—. Y después bajamos a la playa.

Hoy el mar está un poco agitado. A la tercera vez que Déborah sufre un fuerte revolcón, ella se sale del agua indignada porque unas estúpidas olas puedan con alguien tan resistente como ella. La acompaño mientras me sigo riendo de su absurdo enfado y de que todavía está escupiendo agua salada, llena de arena y con el pelo alborotado. Cuando llegamos hasta donde está el resto del grupo cojo mi toalla para secarme un poco la cara.

—Chicas, no sé si os habréis dado cuenta, pero hoy es el día —dice Blanca tumbada sobre la esterilla en la que está tomando el sol.

—¿Qué día? —implora Lorena.

—Hoy se estrena la primera película de Diego Arias —contesta Blanca como si fuera lo más obvio del mundo. Joder, ya tiene que salir a relucir la estrellita.

—*¡Oh*, sí! —exclama Sara.

—Venga ya —interviene Asier—. No me digáis que os vais a meter en

el cine.

—Por supuesto que sí, ¿verdad, Déborah? —dice Blanca.

—*Aaamm...* a mí también me apetece verla. —*Oh*, no, Déborah también.

—¿Lo habéis oído? El plan de esta noche ya está hecho —sentencia Blanca—. En realidad, ya estaba hecho desde el día que me enteré cuándo se estrenaba la película. No hay discusión posible —se pone sus gafas de sol y vuelve a tumbarse.

—Yo paso de ir a ver eso —dice Asier y me mira a mí.

—Estoy contigo —no dudo en apoyarle, lo último que me apetece es verle la cara a Dieguito.

—Espera, se me está ocurriendo algo: si vosotras queréis hacer cosas de chicas, nosotros haremos cosas de chicos —propone con una mirada traviesa. Después de cuatro años de carrera nos conocemos lo suficiente, yo sé exactamente a qué se refiere y él sabe que me apunto.

—Qué raro, Asier pensando en ir a ver tías desnudas, para variar —interviene John.

—Técnicamente, desnudándose; me refiero a un *club de striptease* —le corrige Asier—. Sergio, es una buena forma de celebrar tu nuevo trabajo.

—Cierto —coincido divertido.

—¿Entonces, qué? David, ¿tú qué dices?

—Que es el viaje de fin de carrera; no es que queramos, es que debemos ir.

—Así se habla —coincide Asier.

—Dais asco, ¿sabéis? —dice Blanca.

—Pero, no... —miro a Déborah, que se interrumpe, tiene cara de preocupada. Da un paso hacia donde estoy yo, quedándose muy cerca de mí y de espaldas a los demás—. Sergio, no... no hagas nada que yo no haría.

—*Ah*, bueno, entonces puedo pasármelo muy bien, señorita modelo de fotos eróticas —intento hacerle una broma pero ella sigue angustiada. De todas formas, sabe desde el principio que no puede pedirme eso.

Esa noche, los cuatro nos sentamos a una mesa del local mientras una morena se contonea encima del escenario. Asier no ha podido apartar los ojos de ella desde que hemos entrado y yo también me he quedado embobado viéndola moverse de esa forma provocativa como el infierno. Ahora mismo solo lleva un tanga rojo y tiene un cuerpo de escándalo: unos pechos turgentes y de la medida perfecta, una cintura estrecha y un trasero que no tengo palabras para describir. Joder, la niña, tiene talento.

—¿Qué vais a tomar, chicos? —la voz de la camarera detrás de mí me devuelve a la realidad. Me giro hacia ella y... madre mía, la del escenario se acaba de quedar a la altura del betún. Ésta tiene el pelo castaño y largo y está buenísima, es muy guapa, sobre todo me gusta el lunar que tiene en la mejilla izquierda y sus ojos marrones y grandes. Lleva un corsé rosa, una corta falda de tablas y unas botas de *cowboy*. Le pedimos nuestras bebidas y ella termina de apuntarlas en una libreta.

—Muy bien —levanta la vista directamente hacia mí. Me sonrío y se da media vuelta para marcharse. Sí, me quedo mirándole el culo.

—Asier —le digo a mi amigo, que está a mi lado—, tendríamos que hacer planes como éste más a menudo.

Enseguida, la chica vuelve con nuestras copas y nos las deja de una en una sobre la mesa.

—Gracias —le digo cuando me da mi vaso.

—De nada, bombón —vuelve a sonreírme y me acaricia el hombro antes de irse.

Podría tomarme en serio el piropo pero supongo que eso se lo dirá a

todos; lo cual no cambia el hecho de que está “de toma pan y moja”.

Intento concentrarme en las chicas que van pasando por el escenario y en los comentarios de mis amigos; sin embargo, en cierto momento se me va la vista hacia la barra y ella está ahí, apoyada, de brazos cruzados y mirándome. No puedo evitar escanearla de la cabeza a los pies y me sorprendo a mí mismo guiñándole un ojo.

Empiezo a preguntarme si la *cowgirl* saldrá a enseñarnos cómo se mueve, y mis dudas no tardan mucho en despejarse porque, después de que hayan bailado un par de chicas más, es ella la que sube al escenario. Esto va a estar bien.

Se sienta en una silla roja y se queda muy quieta hasta que le ponen la música: *Express*, de Christina Aguilera. Empieza a moverse y puedo jurar que me está mirando fijamente, solo a mí. Hasta ahora no creía que una chica bailando con una silla pudiera llegar a subirme tanto la temperatura. Ya sin falda, se pone en pie y empieza a desatarse lenta y muy sensualmente los cordones del corsé hasta que acaba por quitárselo también. Se acerca hasta el límite del escenario y se arrodilla. De verdad, me está mirando a mí, no me lo estoy inventando. Se pasa una mano por el pelo alborotándose a la vez que continúa haciendo ondas con su cuerpo. Luego se da la vuelta para tumbarse bocarriba dejando caer su cabeza fuera del escenario. Pone los brazos en cruz y procede a hacer una bonita coreografía con sus piernas, todavía con las botas puestas. No puedo más que dar un nuevo trago a mi copa. Ella se levanta del suelo y comienza a bailar muy bien consiguiendo animar todavía más al público en todos los sentidos. Me encanta esta chica y disfruto de cada instante de su actuación. Al final, vuelve a la silla del principio, aún sin apartar la vista de mí, y adopta una perfecta pose justo en el instante en que acaba la canción.

—Tío, cómo me ha puesto —dice Asier. Yo no soy capaz de responder,

mi boca se ha quedado entreabierta.

La chica sonrío agradecida a los halagos de los hombres de la primera fila y luego baja del escenario y entra por una puerta que supongo que irá a parar a alguna especie de camerino o vestuario.

Es entonces cuando mi móvil vibra encima de la mesa. Me inclino para cogerlo y mirar quién me ha escrito. Es Déborah: “*Ya hemos salido del cine, ha sido un películón. ¿Qué tal vuestro plan de chicos?*”. Debería contestarle algo pero no se me ocurre qué. Levanto la cabeza del teléfono y me topo con la *stripper* cruzando el local de nuevo hacia la barra. Se ha cambiado, ahora lleva un *top* y unos pantalones muy cortos, pero con las mismas botas. Joder, cómo está. Necesito un trago. Agarro mi vaso y me lo llevo a los labios, pero ya no queda nada. Mierda.

—Voy a por otra —informo a Asier.

Me pongo de pie, me meto el móvil en el bolsillo trasero del pantalón y voy hasta la barra. En cuanto me ve, la chica se acerca a atenderme.

—¿Otra copa, cielo? —inquire.

—Me has dejado seco —alzo la ceja izquierda y la miro a los ojos.

—¿Te ha gustado? —su sonrisa no desaparece de su boca—. Es solo la punta del *iceberg* de lo que sé hacer, ¿sabes?

—¿Estás insinuando algo? —le sigo el juego y ella se apoya con los antebrazos sobre la barra quedándose así aún más cerca de mí, tanto que puedo oler su atrayente perfume. Cuando quiero darme cuenta le estoy mirando el escote pero enseguida levanto la vista.

—Estaría insinuando algo si te dijera que al final de esa escalera hay una segunda planta en la que tengo mi propia habitación —señala con la cabeza hacia su derecha y me fijo en los escalones.

—Me tienta tu propuesta pero me da la impresión de que no me saldría barato.

—Te prometo que serán cien euros muy bien invertidos, ochenta por ser tú. ¿Qué me dices?

Me quedo mirándola y de repente me doy cuenta de que me lo estoy planteando. Mi madre diría que “no es moralmente correcto” pero, considerando lo que tengo delante, no es eso lo que me impide aceptar ahora mismo, sino la voz de Déborah que escucho en mi cabeza con sorprendente nitidez: “*Sergio, no... no hagas nada que yo no haría*”.

—El problema es que hay una personita que se pondría muy triste —me limito a decir.

—*Ah*, claro, tienes novia. —No es mi... *oh*, da igual—. No tiene que enterarse, ¿sabes? —me dedica una mirada insinuante pero solo puedo pensar en los ojillos suplicantes de Déborah.

—No es eso, es que... no quiero hacerle esto.

—Vaya, parece que estás enamorado —dice ella y al escuchar esa última palabra siento algo extraño que me paraliza durante un par de segundos, pero me apresuro a reaccionar y zanjar el asunto.

—¿Me pones esa copa? —le recuerdo y por lo visto lo había olvidado por completo.

—Por supuesto —me sonrío una vez más—. ¿*DYC* con *Coca-cola*?

—Sí —asiento y ella procede a servírmela.

¿Enamorado? ¿Yo? ¿De una chica que no es Nora? No puede ser. Pero tampoco puedo negar que lo que tengo con Déborah es distinto y mucho más intenso que lo que tuve con Paula o con cualquier otra, que ella es diferente. Sé que me gusta, su forma de ser, su voz chillona, su tatuaje, sus carcajadas cuando le hago cosquillas... A lo mejor a esto se refiere John: no es Nora pero quizá no puedo pedir más si quiero volver a ser feliz algún día. Estoy confundido, pero tengo la filosofía de que en estos casos lo mejor es dejarse llevar, así que es lo que haré mientras me encuentre a gusto con Déborah.

—Aquí tienes —la camarera me saca de mis pensamientos empujando sobre la barra un vaso hacia mí.

—Gracias.

—Nos vemos, cariño —hace una mueca.

Cojo mi bebida y vuelvo a la mesa en la que están los demás. Saco mi móvil del bolsillo y me siento. Cuando releo el mensaje de Déborah, resulta que ahora tengo muy claro qué contestarle: “*Puedes estar tranquila, nena, te prefiero a ti*”.

* * *

Durante los días siguientes me propongo dos cosas: la primera, no pensar en Nora, y la segunda, averiguar qué siento exactamente por Déborah. De momento he seguido aumentando la lista de cosas que hacen que estar con ella sea agradable para mí: su espontaneidad, sus bromas, la intensidad con que lo vive todo, lo mimosa y tierna que es cuando quiere, su pelo enmarañado cuando se levanta por la mañana, su cuerpo y sus gestos de niña...

Nuestras vacaciones pasan tranquilas: nos bañamos en el mar, por las noches salimos a tomar algo, un día vamos a cenar *pescaito* frito y espetos a un sitio estupendo llamado *La barca de Pedro*, otro día nos animamos a ir al *Tivoli World* y descargamos adrenalina montando en las atracciones, un domingo comemos paella en un chiringuito y luego me echo una estupenda siesta en una hamaca mientras escucho el sonido de las olas y en otra ocasión

estamos a punto de ganarnos una multa por llevar a Danger a la playa.

Una tarde, Déborah insinúa que le gustaría repetir ese paseo que dimos en Córdoba mientras nos tomábamos unos helados, así que salimos a la calle con la intención de pasar un rato a solas. Me cuenta más sobre el divorcio de sus padres y se desahoga despotricando sobre Cloe y yo también le confieso más cosas sobre Nora y el odio que me tienen sus padres. Sí, ha sido un paseo bastante íntimo y reflexivo y cada vez nos conocemos mejor.

El sábado por la noche vamos al típico bar al aire libre en la playa en el que ponen música y luces de colores. Me acerco a la barra para pedirle al camarero mi copa y luego me giro hacia Déborah.

—Déborah, ¿tú qué quieres?

—Me apetece *sex on the beach* —entorna los ojos de forma traviesa—. Y de beber, un *gin-tonic*.

Alzo la ceja izquierda; si eso era un desafío, a lo mejor es que aún no se ha dado cuenta de con quién está hablando.

Una hora después, cuando Déborah está distraída bailando con John y las chicas, aparezco por su espalda y la cojo del brazo. Me mira, pero no consigue decir nada antes de que la aparte del grupo llevándola hacia donde se desarrollan los planes que tengo en mente.

—Sergio, ¿dónde vamos? —reacciona después.

—Déjame a mí —le digo para que no pregunte más y ella frunce el ceño hacia mí.

Llegamos a donde he dejado el coche y abro el maletero, ahí está la bolsa playera que llevamos todos los días con nuestros trastos. Me hago con dos de las toallas y guío a Déborah hacia la playa. Ella permanece muy callada por la incertidumbre. Encuentro un lugar en oscuridad algo aislado por una roca grande y allí extendiendo las toallas sobre la arena, una al lado de otra. Nos vamos a divertir, a estas horas ya no pasa nadie por aquí.

—Espera, ¿qué es lo que... quieres hacer? —implora sin creer mis claras intenciones.

—Corrección: tú eres la que lo quiere, o eso has dicho antes —casi no le veo la cara en la oscuridad pero me la puedo imaginar.

—Yo... ya sabes... soy de hablar primero y pensar después.

—Y yo voy a seguir aprovechándome precisamente de eso —le aseguro.

La agarro por la cintura atrayéndola hacia mí sin dejarla decir una palabra más. Mientras la beso le subo la blusa hasta que levanta los brazos y puedo acabar quitándosela, y enseguida me libero también de su sujetador. Cuando me entretengo acariciándole el pecho ella aprovecha para desabrochar el botón de mis pantalones. Le sujeto las muñecas para detenerla pero a cambio me saco mi camiseta por la cabeza y la dejo caer junto al resto de prendas sobre la arena. Mis manos extendidas recorren su trasero a la vez que le quito los *shorts* y las bragas de una vez. Ella, sintiéndose expuesta, tira de mi pantalón hacia abajo y yo me agacho para deshacerme de mi *bóxer*. Luego vuelvo a llevar las manos a su cintura y la empujo hacia el agua a la vez que la beso de nuevo.

—¿No te da miedo meterte en el mar por la noche? —inquire y parece nerviosa.

—Para nada —le aseguro y la hago retroceder un paso más, con lo que sus pies ya se meten en el agua.

—Está helada —se queja.

—No exageres —le pido pero en realidad no es que el agua esté precisamente a la temperatura ideal—. Ven —me inclino para cogerla en brazos y continúo introduciéndome en el mar.

Llego hasta donde cubre lo suficiente como para quedar dentro del agua hasta el pecho y Déborah deja escapar un quejido de frío. Yo la cojo del pelo y tiro de él para que se deje caer hacia atrás y se moje también la cabeza. En

cuanto se lo permito se incorpora de nuevo ofreciéndome una imagen que resulta muy sensual desde mi ángulo bañada por la tenue luz de la luna. Le hago apoyar la frente en mi clavícula, la sujeto por las caderas y puedo apostar a que no le va a costar nada derretirse en mis brazos.

No sé cuánto tiempo después, estamos tirados en las toallas y yo me he quedado prácticamente dormido.

—Sergio, estoy muerta de frío —escucho a Déborah, pero su voz suena lejana y distorsionada—. Sergio, creo que va a empezar a llover, acaba de caerme una gota en el hombro —añade y es justo cuando yo siento lo mismo en el brazo y en la mejilla y... ¡Joder, está lloviendo!—. ¡Vámonos de aquí! —me zarandea Déborah.

En solo unos segundos está cayendo el diluvio universal, así que enseguida recuperamos nuestra ropa, agarramos las toallas y echamos a correr hacia el coche.

—¡Me he calado entera! —exclama Déborah cuando ya estamos a cubierto.

—Joder, qué manera de llover —intento secarme un poco con una toalla.

Arranco el coche para volver a casa y, una vez en nuestro destino, nos encontramos con todos los demás, que también acaban de llegar. Los dos salimos del coche y corremos hasta el apartamento de los chicos. Parece que también hoy Déborah va a dormir conmigo.

—¿Qué me dices de una ducha calentita? —inquire ella.

—Sí, por supuesto —acepto y ella se da media vuelta para dirigirse al baño.

—¿Dónde estabais vosotros? —me pregunta John cuando aparece.

—Dando una vuelta por la playa.

—*Ah* —pero su mirada dice “no me lo creo”—. Se os ve cada vez más... unidos —añade y yo vacilo un poco antes de atreverme a contestar.

—¿Por qué lo dices? ¿Sigues colado por ella?

—Aunque así fuera, incluso preferiría que te la quedaras tú si eso sirviera para que sientes la cabeza de una vez.

—John, si te digo la verdad... es que... me gusta, me siento bien con ella.

—Pero no es Nora.

—No, pero es diferente. Tiene cosas que me encantan, es divertida, mimosa y...

—Y aun así no sé por qué me da en la nariz que falta más bien poco para que la cambies por otra —me suelta a bocajarro dejándome de una pieza, me parece que se fía demasiado de su intuición o de lo que quiere creer.

—No, John, estamos bien; es lo que intento decirte.

—Me encantaría equivocarme, Sergio; es más, te reto a que me demuestres que me equivoco —me mira fijamente con esa expresión suya como queriendo recordarme que desde que le conozco no se ha equivocado ni una vez. ¿Qué coño estará pensando?—. Me voy a la cama —se despide marchándose por el pasillo.

* * *

A la mañana siguiente cuando me despierto Déborah no está en la cama. Me levanto y me encuentro a Asier y a David desayunando en el salón, así

que me preparo un café y me uno a ellos. Charlamos un rato hasta que aparecen por la puerta John, Déborah y Danger, que han estado dando un paseo. Déborah pasa por la cocina y vuelve con el bebedero del perro, que deja en el suelo.

—Toma, Danger, agua —le avisa y el *rottweiler* acude a beber como si estuviera deshidratado. Luego Déborah viene a sentarse en la silla libre frente a mí—. Qué calor más horrible, vengo sudando —se abanica con la mano. Me quedo observando su melena despeinada, su frente perlada de pequeñas gotitas de sudor, sus mofletes sonrosados, su sujetador que se transparenta bajo una camiseta demasiado fina...— ¿Por qué me miras así?

—Porque estás muy guapa.

—Hoy ni siquiera me he arreglado.

—Por eso, precisamente.

—*Aaamm*.... me encanta que me digas cosas así, pero... no dejes que se me olvide que para ti no soy más que un juguetito. —¿Qué? No, Déborah.

—Nena, a lo mejor deberías... —Justo en ese momento empieza a sonar mi móvil encima de la mesa y veo que es un número que yo no conozco ni tengo guardado en la agenda—. Espera —le digo a Déborah y respondo al teléfono—. ¿Sí?

—Sergio... —me quedo inmóvil al oír su voz. Joder, es ella; ella está al otro lado del teléfono. Me levanto y enseguida me he metido en la habitación y cerrado la puerta.

—¿Nora?

—Sí, soy yo —confirma y una amplia sonrisa aparece en mi boca.

—*Oh*, nena, sabía que volverías a llamarme. —le confieso—. ¿Qué es lo que quieres?

—Quiero verte —dice haciéndome cerrar los ojos de puro placer—. Estás en Málaga, ¿verdad?

—Sí —respondo.

—Te vi en la inauguración —añade y se queda callada un momento—.
¿Por qué viniste?

—Creo que lo sabes y que precisamente por eso no te quedaste sola ni un segundo. De hecho, apenas te separaste de Dieguito.

—Olvidale, Sergio, te quiero a ti. —Lo sabía, lo sabía, lo sabía...

—Claro que sí, todo debería volver a ser como antes.

—En cuanto a eso... sabes que no te he olvidado, que quiero... necesito volver contigo, pero esta vez pondría unas... condiciones —¿Condiciones?
¿Es que acaso no me conoce?

—Nena, sabes que aquí las condiciones las pongo yo —le recuerdo.

—Sí, bueno... entonces... creo que voy a colgarte. De todas formas ha sido una estupidez haberte llamado.

—No, no vas a colgarme. Nora...

Mierda, acaba de colgar. Pero me da igual, ya ha mordido el anzuelo, y sé perfectamente dónde encontrarla; y en el peor de los casos... ahora tengo también su número de teléfono.

CAPÍTULO X

(Nora)

Basura rosa

Fading in, fading out;
on the edge of paradise.
Every inch of your skin
is a holy grail I've got to find.
Only you can set my heart on fire.

Love me like you do, Ellie Goulding

Esta noche, en el local en que se celebra la fiesta a la que nos ha invitado la amiga de una amiga, me lo acaban de presentar y cuando me ha dado dos besos por poco me da un infarto. Sus ojos marrones, su pelo revuelto, su cuerpo, su colonia, su despreocupada forma de vestir, su seguridad en sí mismo... La perfección tiene un nombre y se llama Sergio. Mientras intento bailar lo mejor posible con mis dos mejores amigas la vista se me desvía constantemente hacia él, que bebe una copa y charla desinteresadamente con otros chicos.

—Te ha gustado, ¿verdad? —Marta me da un ligero codazo en las costillas—. Te dije que tenías que conocerle, creo que eres su tipo.

Después de haberle sorprendido escaneándome de la cabeza a los pies cuatro veces y de que él me pille a mí otras tantas, después de algunas sonrisillas y miraditas y cuando Marta y Carlota están distraídas innovando con nuevos pasos de baile de lo más extravagante... de repente le he perdido. *Oh*, no, solo me he despistado un segundo. ¿Dónde está? ¿Dónde ha ido? Estiro el cuello buscándole desesperadamente entre la gente.

Entonces, desde detrás de mí, alguien me agarra el brazo. Me giro y, efectivamente, es él; esa mirada intensa me corta la respiración. Mientras yo me pregunto si mis amigas se habrán dado cuenta de esto siquiera, Sergio me guía fuera de la multitud que baila y salimos por la puerta principal a la calle. Se me queda mirando y yo no sé muy bien qué hacer mientras sigue retumbando dentro del local la canción *Princesas* de Pereza.

—Norita, ¿qué voy a hacer contigo? —inquire por encima del ruido.

—¿Por qué? —pregunto levantando la cabeza hacia él confundida.

—Porque eres absolutamente todo lo que me gusta en una chica —admite sin dudar un segundo.

—¿Te... gusto? —me tiembla la voz.

—Más que eso —sonríe. *Oh*, esa sonrisa—. Que me encantas es decir poco, nena.

¿Nena? Dios mío, mis piernas acaban de convertirse en gelatina. Un chico de dieciocho años, que supera con creces a Mario Casas, me acaba de llamar “nena”. Recuerdo por un momento lo que me dijo mi abuela sobre los chicos que utilizan este tipo de apelativos pero, ¿a quién le importa eso ahora?

Sergio da un paso hacia delante y se queda tan cerca de mí que noto su calor. Despacio, me coloca un mechón de mi cabello castaño rojizo detrás de

la oreja, y con una mano bajo mi barbilla me alza la cabeza obligándome a mirarle a los ojos.

—Dime algo —me pide.

—No sé qué decir —admito e intento quitarle hierro al asunto soltando una risita que resulta sonar bastante patética.

—No, no seas tímida conmigo.

—No he estado con muchos chicos, ¿sabes? —prefiero no concretar que solo he estado con uno o... uno y medio, como mucho.

—Otro punto a tu favor —dice pero no estoy lo suficientemente lúcida para interpretar sus palabras.

Entonces me obligo a hacerle la pregunta que me ronda la cabeza, lo que sé que me está poniendo tan nerviosa.

—¿Vas a besarme? —y reúno también valor para volver a mirarle a la cara. Ha abierto los ojos de par en par.

—¿Quieres que lo haga?

Me cuesta unos segundos pero acabo asintiendo con la cabeza. Se inclina hacia mí y extiende la mano detrás de mi cabeza acercándose a sus labios. Mientras me besa enredando sus dedos en mi pelo, mi frecuencia cardiaca sube a mil por hora. Entonces su lengua se cuelga entre mis dientes y su mano baja hasta mi cuello. En un rápido movimiento me apoya contra una pared y separa su boca de mí unos centímetros.

—No sabes lo que te haría ahora mismo —murmura y se me hielan las venas.

—Sergio, no. No... Yo no...

—Vale. Vale, Nora, tranquila. No lo he dicho con ninguna intención, en serio.

Le miro y parece sincero. Es verdad, solo ha sido... un comentario, aunque de lo más caliente. Despacio, se mueve de nuevo hasta mis labios y

vuelve a besarme.

Apenas un mes y medio después, el día de mi cumpleaños de los dieciséis, es cuando con él hago el amor por primera vez. Sergio es un encanto, está conmigo en lo bueno y en lo malo y me apoya en todo lo que me propongo. También empiezo a acostumbrarme a las miradas de envidia de algunas chicas; Sergio no quiere a ninguna rubia despampanante, me quiere a mí. Sin embargo, hay otra parte de él: el Sergio tremendamente posesivo, controlador y celoso, que me obligó a vomitar después de comerme una chocolatina, que me gritó, que me pegó y me encerró en mi propia casa, que intentó forzarme. Al final tengo que hacerlo, le dejo, en un parque público a plena luz del día, y consigo marcharme sin mirar atrás. Justo entonces, siento una mano en el hombro que me hace sobresaltarme.

—Nora. Nora, despierta. —Abro los ojos de golpe y veo a Diego mientras mi respiración sigue acelerada—. ¿Un mal sueño? —inquieta y yo asiento con la cabeza—. Tranquila —me apoya en su pecho y acaricia mi pelo.

Oh, hacía mucho tiempo que no tenía sueños como éste. Sé que es el hecho de haberle vuelto a ver lo que ha atraído de nuevo mis pesadillas pero prefiero no recrearme en ello o será aún peor.

Después de desayunar decido salir a comprar el pan, necesito dar un paseo. Entro en la panadería y no tardo en elegir un par de barras de las más apetecibles a la vista. Sin demorarme demasiado, se la pago a la dependienta y salgo de la tienda.

De camino a casa de nuevo paso junto a un quiosco, y ver una foto en la que salen Diego y esa petarda de Hannah Smith me hace detenerme. Atónita, me acerco al quiosco y me inclino para tomar la revista *Loca*. Parecen estar sentados a una mesa de la terraza de algún bar, pero no sé cuál es ese lugar ni

cuándo Diego ha quedado con ella. Hannah sale en la foto de espaldas, con su frondoso pelo rubio suelto cayendo sobre sus hombros, pero Diego sale de frente, se le ve perfectamente la cara... y se están besando. Sí, se están besando, y bajo la foto destaca la frase: “la realidad supera la ficción”. *Oh*, ¿qué es esto? Rápidamente consulto el sumario y voy a la página en la que se encuentra el artículo.

Al instante me asaltan un montón de fotos de los dos. Diego con esa sonrisa que yo conozco tan bien, Hannah con cara de encontrarse más que a gusto con mi novio, Diego pasándose la mano por el pelo, Hannah haciendo el idiota... Sin ni siquiera proponérmelo, empiezo a leer:

Si las altas temperaturas del verano te revolucionan las hormonas, has de saber que no eres la única, ¡a nuestras celebrities también les pasa! El cantante y recientemente actor Diego Arias se dejó ver hace unos días con la actriz Hannah Smith, su compañera de reparto en su primera película, Wake up, en un local del puerto deportivo de Málaga. Durante la grabación del largometraje los dos protagonistas demostraron una química insuperable y nos regalaron una de las más bonitas y originales historias de amor que hayamos visto jamás pero, a juzgar por lo acaramelados que se les veía en uno de los lugares más agradables de nuestra costa del sol, parece que la realidad hubiera superado la ficción. Loca te mantendrá informada del rumbo que tome esta relación pero, mientras tanto, juzga por ti misma. ¿No son adorables?

Termino de leer y me he quedado en el sitio. Cielo santo, ahora todas las quinceañeras *fans* de la película creerán que ellos están saliendo juntos también en la vida real, como ocurrió con los protagonistas de *Crepúsculo* y en muchos otros casos. ¿Y yo? ¿Nadie va a tenerme en cuenta a mí? Diego va

a tener que darme un par de explicaciones.

—Niña, ¿vas a comprar la revista? —me llama la atención el quiosquero. Vacilo un instante pero supongo que tengo que comprarla.

—Sí, claro. ¿Cuánto es?

En cuanto pago la revista retomo mi camino hacia casa a un paso tan ligero como malhumorado. Se va a enterar. Me va a oír.

—Diego, ¿qué coño es esto? —exijo saber en cuanto entro al salón y arrojo la revista, abierta por la página en que se habla de él y de Hannah, sobre la mesa para que la vea.

Me cruzo de brazos y espero pacientemente. Diego, sentado en el sofá, se inclina para coger la revista. Veo cómo pasa la vista rápidamente por la página hasta que levanta la cabeza hacia mí.

—Basura rosa —vuelve a tirar la revista encima de la mesa y me deja perpleja.

—¿Qué? —solo me sale un hilo de voz.

—Se dedican a eso, Nora, a inventar rumores sobre los famosos —dice como si fuera lo más obvio del mundo.

—¿Estás diciendo que todo esto es mentira? Entonces... ¿qué hay de esta fotografía? ¿Vas a decirme que no la estabas besando?

—¡Claro que no la estaba besando! —alega inmediatamente en su defensa—. ¿No te das cuenta que eso es solo lo que parece por el ángulo desde el que se ha hecho la foto? Es un truco muy viejo.

Vuelvo a observar la foto considerando lo que dice Diego. No, sigue sin convencerme.

—¿Cuándo quedaste con ella, dónde y por qué? —le bombardeo—. Y lo más importante: ¿por qué yo no sabía nada? —Él no contesta, solo me mira como si no me conociera.

—Nora, ¿qué estás insinuando? ¿Ésa es la confianza que tienes en mí?

—No lo sé, Diego, yo...

—¿No lo sabes? ¿No sabes que te quiero? —cambio el peso de un pie a otro sin encontrar nada que decir—. A mí eso me suena a excusa y quiero que me digas qué demonios te pasa.

—El problema es que no me habías contado nada y no entiendo la razón —o quizá es que son tantas las veces que queda con ella que el hecho de avisarme a mí ya se ha quedado obsoleto.

—Nora, ya no soy así; sabes que no soy así, precisamente, desde que te conocí a ti.

—Sí, pero desde el primer día que la viste no parabas de hablar de ella, has estado meses fuera rodando esa película y con la promoción, vuelves y sales todos los días con ella, en la *première* estuviste más pendiente de ella que de mí, y ahora me encuentro esto. Es normal que me moleste, a ti también te molestaría si yo me viera con... —me detengo; no sé por qué su nombre ha acudido a mi cabeza pero me niego a pronunciarlo—. Da igual.

—No, dilo. ¿Con Sergio? Sí, claro que me molesta que no seas capaz de dejar de pensar en él.

—Diego, no vayas por ese camino, ya me has hecho sentir bastante mal.

—*Ah*, ¿sí? —Diego se pone en pie. No hago ni un gesto, me quedo mirándole fijamente—. Si soy tan malo puedes irte a tomar por culo de aquí cuando quieras —me dice y me da la espada para ir hacia la puerta. *Oh*, Diego... jamás me había hablado con ese desprecio.

—¡A lo mejor lo hago! —consigo gritar antes de que salga del salón y cierre la puerta de un portazo.

Enseguida me derrumbo sobre el sofá y las lágrimas que brotan de mis ojos son de pura rabia. ¿Por qué una estupidez como ésta nos ha hecho llegar a estos extremos? La verdad es que me cuesta creer que me haya sido infiel,

pero esa rubia tonta y el modo en que llega a ignorarme Diego por su culpa... me saca de mis casillas.

Al rato supero esa fase para pasar a la de “necesito hablar con alguien”. Saco mi móvil y empiezo a revisar la agenda. ¿Desirée? No es la persona idónea. ¿Mario? No llegaría a desahogarme del todo con él. ¿Mamá? Quizá... no, ella no conseguirá comprenderme. ¿Nico? No puedo llamar a Nico para decirle que Diego y yo tenemos problemas. ¿Vanesa? A ella esto no le va a importar una mierda. Es entonces cuando me topo con su nombre. Me quedo muy quieta mientras algo me recorre la columna vertebral. No, Nora, no lo hagas. Sabes que no debes, te hace daño. No puedes recaer. No lo hagas; suelta el teléfono ahora mismo, vete a otra habitación y olvídalo. ¿Por qué demonios no borré su número para evitar esto? Sin embargo, cuando aún me estoy repitiendo lo poco que me conviene, pulso el botón de llamada.

* * *

Consulto mi reloj: las once de la noche pasadas. Vanesa me propuso acompañarla de compras esta tarde, así que hemos ido al centro comercial, pasado por todas las tiendas y cenado algo. Al menos me he distraído un rato y, lo más importante, he conseguido no tener ninguna bronca con Diego hoy, porque apenas le he visto. Llego frente a la puerta de casa y busco en mi bolso hasta encontrar las llaves.

—Nora —escucho su voz detrás de mí. Su voz. Me quedo petrificada con las llaves en la mano. No es verdad—. Esta mañana me has dejado con la

palabra en la boca —reacciono y consigo girarme despacio hacia él. Está aquí, demasiado cerca, tan guapo como siempre o más, con su pelo castaño revuelto, vaqueros anchos y camiseta negra bajo la que puedo imaginar esa tableta de chocolate que quita el sentido. *Oh*, no puedo creérmelo. En un gesto muy característico de él, eleva la ceja izquierda—. ¿Te parece si hablamos un rato?

Está aquí, a un par de centímetros de mí. Está aquí. De pronto, agarra mi muñeca y tira de mí hacia... un coche. No sé ni cómo asimilar todo esto.

—Sube —me ordena y ni siquiera soy capaz de dudar.

Ocupo el asiento del copiloto y él me cierra la puerta para después entrar por el lado del conductor. Cuando pone en marcha el coche asumo que es él, que estoy con él, porque no hay otro que haga correr tanta adrenalina por mis venas. Solo sentirle a mi lado, sus movimientos al conducir... es de las cosas más agradables y lo he anhelado tanto...

Aparta un instante la vista de la carretera para mirarme a los ojos y solo entonces soy capaz de hacer salir mi voz.

—Sergio, ¿qué quieres? —imploro todavía insegura. Estoy prácticamente temblando y esta especie de miedo también se refleja en mi voz.

—Lo mismo que tú.

—Te dije que necesitaría poner unas condiciones —le recuerdo.

—He pensado que puedo lidiar con eso... de momento —enarca la ceja izquierda de nuevo y acompaña el gesto con una sonrisa traviesa. No sé qué pero tiene algo planeado—. ¿Y una de esas condiciones es poder teñirte el pelo? ¿Por qué ahora eres rubia? —inquire y como acto reflejo mi mano atrapa un mechón de mi melena. No sé qué decirle, Sergio siempre ha preferido mi verdadero color.

—Solo lo he hecho por... cambiar.

Todavía me acuerdo de cuando me prohibió darme mechas rubias, lo primero que hice después de dejarle fue ir a la peluquería. En este momento se refleja en su cara lo poco que le gusta que me tiña; sin embargo, rápidamente la sonrisa vuelve a su boca y me encuentro con una extraña sensación de alivio.

—No tienes que hacer nada de eso, ya eres perfecta tal y como eres — fija su mirada en la mía por un segundo una vez más—, y cuanto más largo, mejor —añade y entonces mi cerebro me ofrece un fugaz pero explícito *flashback* de él tirándome del pelo para abalanzarse sobre mi cuello. No, joder, no. Nora, ni siquiera deberías estar aquí con él—. De todas formas, estás muy guapa.

—Y tú has... crecido —es lo único que consigo decir porque realmente no encuentro otra forma de describir lo que veo de nuevo en él.

—Pero no he cambiado —me asegura y... ¿me alegro?—, y sé que estás deseando volver conmigo —¿Qué? *Oh*, no, no, esto no me puede estar pasando.

—Me acuerdo de ciertas cosas que no me gustaban demasiado —espeto y él echa un vistazo al retrovisor.

—Me da igual —niega con la cabeza y todavía sonrío—. Sabes que eres mía y que como pille a ese niño te juro que le arranco la cabeza —cuando se refiere a Diego yo me sobresalto.

—Sergio, él no... Déjale en paz.

—Algo ha tenido que hacerte para que me hayas llamado.

—No, solo que... es difícil ser la novia de un famoso y últimamente no estamos en nuestro mejor momento.

—No ha habido ninguno más aparte de él, ¿verdad? —ante su pregunta, le miro a los ojos. No, claro que no he sido capaz de salir con ningún otro; solo Diego, con mucho empeño, consiguió hacerme sentir cómoda.

—No —termino por decir y él asiente con la cabeza a la vez que detecto la sombra de una sonrisa en su boca.

—Eso esperaba, nena, que solo hubiera sido un desliz. Podemos simplemente olvidarlo —dice y realmente habla como si no le cupiera la menor duda de que vamos a volver. Hace una pausa y después me sorprende cambiando de tema al aspecto profesional—. Así que, al final... veterinaria.

—Sí —digo sin poder esconder mi orgullo. Veo cómo esboza una sonrisa distinta esta vez, de felicidad, se alegra por mí. Sí, lo sabe, lo sabe todo, estoy segura de que no ha dejado de controlarme desde que me encontró en París.

—Te dije que podías hacerlo, te dije que lo conseguirías —cierto, recuerdo que, si algo no puedo reprocharle, es que no me apoyara—. ¿Qué tal las notas? —quiere saber.

—Me ha quedado una asignatura, tengo que recuperarla en septiembre —confieso pero no quiero hablar de mi desafortunado cuatro y medio—. ¿Y tú? Si no me equivoco, acabas de graduarte en INEF, ¿verdad? ¿Has hecho ya las prácticas?

—Sí —parece contento—. Este año he estado haciendo prácticas en un colegio. —Trato de imaginármelo y me encanta esa imagen: Sergio intentando dar clase a unos críos—. No sabía si me iba a gustar encargarme de niños de primaria pero la verdad es que es... divertido.

—¡Vaya! —exclamo—. Me gustaría ver cómo te manejas con ellos.

—Se me da bien —se jacta—. De hecho, como el colegio es privado y se ha jubilado un profesor, me han llamado a mí para cubrir su puesto este año.

—¿En serio? ¿Ya tienes trabajo? ¡Qué suerte!

—Lo sé, yo tampoco puedo creérmelo —reconoce—. Además, también he estado trabajando como monitor en un gimnasio y este año quiero seguir

ahí.

—Y supongo que todo eso será en Madrid.

—Sí, estoy viviendo en un piso de Moncloa con un amigo.

—Y, ¿cómo es que has venido aquí?

—Ya sabes, el viaje de fin de carrera. Hemos alquilado unos apartamentos —contesta y asiento con la cabeza comprendiendo.

Vacilo antes de hacer la siguiente pregunta, la que de verdad me interesa, pero al final esas dos palabras salen solas de mi boca.

—¿Tienes... novia? —sí, he sonado casi desesperada.

—¿Y eso qué importa, si ahora has vuelto tú? —*Oh*, ¿en serio acaba de decir eso? Sí, y su mirada lo corrobora—. Joder, nena, no me mires así, tengo tantas ganas de ti que me cuesta controlarme. —*Oh*, me siento como un flan, me estoy derritiendo en mi asiento.

Es en ese momento cuando Sergio detiene el coche para luego aparcarlo con soltura. Bloquea el freno de mano, quita la llave del contacto y sale del vehículo, así que yo me apresuro a hacer lo mismo. Una vez fuera me fijo en que estamos en una zona de casitas adosadas; supongo que estos son los apartamentos de los que acaba de hablarme. Sergio enseguida está a mi lado y da aún un paso más hasta mí obligándome a apoyarme contra el coche. Se inclina hacia mí, hacia mis labios, me sujeta las manos detrás de la espalda y me besa como solo él sabe hacerlo, despacito, luego con más avidez, su lengua acaba invadiendo mi boca... Joder, esto es lo que me vuelve loca de él.

—Nena, para —tiene que decirme en cierto momento y me doy cuenta de que estoy ansiosa—. Ven, estamos solos.

Agarra mi muñeca y tira de mí hasta que llegamos frente a la puerta de uno de los apartamentos. Él se apresura a sacar las llaves y abrir, porque ambos estamos muy acelerados. Cuando entramos, cierra la puerta y me

dedica esa mirada suya que yo aún no he olvidado ni creo poder llegar a olvidar nunca, que me demuestra cuánto le he echado de menos. Vuelve a cogerme de la mano para guiarme hacia el fondo del pasillo.

Al fin estamos en su habitación. Sergio viene hasta mí y rodea mi cuerpo con sus manos para besarme otra vez. Tal y como recuerdo que solía hacer, empieza a empujarme suavemente hacia su cama. Me levanta la camiseta y yo alzo los brazos permitiendo que me la quite. Después caigo sobre el colchón y él encima de mí. Me desabrocha el pantalón y me lo quita antes de que yo me dé cuenta siquiera y se deshace también de su camiseta. Desliza sus dedos a lo largo de mi columna vertebral enviando un cosquilleo por toda mi espalda hasta mis braguitas, que en poco tiempo también han ido a parar al suelo. Es entonces cuando de repente, al acordarme de Diego, me siento culpable por lo que estoy haciendo y me enderezo apoyándome sobre los codos.

—Sergio, no, no puedo, esto está mal.

—No, esto no está mal, cielo. Quédate quieta —empuja mi pecho para que me vuelva a tumbar—. Vamos, no pasa nada, estás conmigo.

—Pero...

—Tú eres mía, nena —me besa en el hombro y en el cuello—. No va a volver a tocarte.

Cierro los ojos mientras recorre todo mi cuerpo con sus dedos y su boca. Con su mano separa mis muslos hasta que tiene hueco suficiente para colocarse entre ellos. Me quita el sujetador y siento sus manos en mi pecho y sus besos en mi cuello. *Oh*, no quiero nada más que esto. Con él perdí la virginidad, él puede volverme loca con solo tocarme, conoce mejor que yo hasta el último lunar de mi cuerpo. Agarra mi pelo en un puño y tira suavemente de él haciéndome levantar la cabeza.

—Cuánto te he echado de menos; tú, tu cuerpo... —me confiesa

inclinándose hasta mi oído. Yo solo soy capaz de jadear en respuesta. Sergio captura mis muñecas con fuerza contra la almohada—. Me has hecho esperar demasiado.

Vuelve a besarme en el escote, entreabro la boca mientras mis respiraciones empiezan a ser más entrecortadas, luego dejo escapar leves jadeos que evolucionan en gemidos más y más fuertes, incluso llego a gritar, y es demasiado intenso, es mi perdición.

—Joder, nena.

Sergio me envuelve con sus brazos y me incorpora consigo, quedando atrás mis brazos y mi cabeza, la cual enseguida él presiona contra su hombro. *Ay*, no, no estaba usando preservativo. No puede, no debería haber... ni siquiera sé por qué me da igual.

—No volveré a dejar que te vayas, nunca más —me asegura.

A la mañana siguiente abro los ojos despacio ante la luz que entra por la ventana. Estoy abrazada a Sergio. Por un momento no puedo evitar pensar que sigo soñando, el mismo sueño de siempre, pero no, esta vez es real, estoy con él de verdad. Me muevo enseguida para quedarme mirando al techo. *Oh*, pero, ¿qué he hecho? No debería estar aquí, desnuda y con él.

Al acordarme de Diego me inclino hasta mi bolso, del que saco el móvil. *Oh*, cinco llamadas perdidas de él. Me va a matar, seguro que está muy enfadado, pero me da igual porque yo estaba enfadada antes. *Oh*, esto es tan... agotador. Se me revuelve el estómago, se me hace un nudo en la garganta y enseguida me incorporo, bajo los pies al suelo y me levanto de la cama. Me quedo mirando a Sergio y mi corazón me repite cuánto me gusta y lo muy enganchada que estoy a él pero mi conciencia me dice que ésta es la última oportunidad que voy a tener de salir corriendo de aquí. Bajo la cabeza hacia mi ropa esparcida por el suelo y, antes de darme cuenta siquiera, me la

estoy poniendo. Cuando me he vestido, algo me obliga a agarrar también mi bolso y marcharme de esta casa.

CAPÍTULO XI

(Sergio)

Tú eres mía

Dime que es verdad que te quedas a mi lado,
dime una vez más que te gusto hasta enfadado.
Dime, dímelo ya, que me miras y te mueres,
dime, dímelo más, que sin mí tú ya no eres.

Mira la vida, Dani Martín

Aún medio dormido, lo primero en lo que pienso en el día es en Nora. Todavía no puedo creer que ahora mismo esté a mi lado, durmiendo conmigo, después de tres años sin verla. Me giro y alargo el brazo para abrazarla, es lo único que quiero hacer... pero resulta que no hay nadie más en la cama. Abro los ojos de golpe y corroboro que no está.

Salto de la cama y salgo de la habitación. La llamo y la busco en el baño, en la cocina y por todo el apartamento, pero parece que se ha ido. No,

joder, otra vez no, no puede hacerme esto ahora que la había recuperado. Tengo que encontrarla como sea. Vuelvo a la habitación, me visto en cuestión de segundos, cojo mi móvil y las llaves del coche y me dispongo a salir de casa pero, al abrir la puerta de la calle, me topo con John.

—Has estado con Nora, ¿verdad? —me dice en tono acusatorio.

—¿Por qué me preguntas eso?

—No soy idiota, Sergio, sé perfectamente lo que hiciste anoche, y parece que Déborah también. —Al escuchar su nombre me quedo inmóvil. ¿Ella lo sabe?

—John, yo...

—Tú eres un capullo empedernido, ha vuelto ella y ya no te importa lo mucho que puedas hacer sufrir a Déborah.

—¿Qué? ¿Qué daño le he hecho?

—Abre los putos ojos, Sergio, la has dejado tirada. Está en la playa, llorando, por tu culpa —me mira con verdadero fuego en los ojos mientras aprieta la mandíbula. Joder, nunca le había visto tan cabreado, y lo peor es que no puedo quitarle la razón, he vuelto a cagarla. No sé qué decir—. Vas a ir a hablar con ella ahora mismo y ya puedes consolarla y pedirle perdón hasta la saciedad o te juro que te castro, ¿me oyes? —Sí, claro que tengo que hablar con ella, pero las palabras no me salen—. ¡Ve! —vuelve a gritarme.

Cuando llego a la playa me quito las deportivas y me detengo a buscarla entre la gente. La encuentro sentada en la arena abrazada a sus rodillas de cara al mar y me dirijo hacia allí. Danger, como siempre que su dueña se pone triste, está a su lado. Llego junto a ella y me dejo caer también sobre la arena.

—Déborah... —la miro y veo que tiene los ojos rojos y lágrimas en las mejillas.

—La he visto irse —me dice sin mirarme—. Estaba contigo, en tu cama, ¿verdad? —hace una pausa pero es una pregunta retórica. No le habrá sido muy difícil deducir lo que ha ocurrido aquí, y en parte es mejor para mí, porque así puedo ahorrarme las explicaciones—. Anoche desapareciste de repente, me dijeron que no venías con nosotros porque habías quedado con una amiga. Sabía que era ella, porque fue ella quien te llamo ayer, ¿me equivoco?

—No —es lo único que acierto a decir.

—Muy bien, me parece muy bien lo que hayas hecho, incluso reconozco que no tengo derecho a llorar por ti, ni a enfadarme, y hasta te pido perdón por ello, porque tú y yo teníamos un trato... pero solo dime una cosa —me mira a los ojos—: ¿qué estabas a punto de decirme cuando llamó?

—Déborah, no...

—Sí, quiero oír textualmente las palabras que ibas a pronunciar.

Suspiro y me dispongo a decirlas.

—Iba a decirte que a lo mejor deberías empezar a creer que siento algo por ti

—ella se queda callada y yo no soy capaz de mirarla a la cara.

—¿Te das cuenta de que no han pasado ni veinticuatro horas?

—Sí, me doy cuenta; nada de eso ha cambiado.

—¿No ha cambiado?

—No. Hiciste que me planteara rendirme y quedarme contigo, estuve a punto de hacerlo. Has sido la única chica que ha valido la pena después de Nora.

—Pero yo no puedo competir con ella.

—No, porque... está hecha para mí. Nada encaja conmigo mejor que ella —trato de explicarle y Déborah asiente con la cabeza resignada.

—Pero se ha ido. Ella te quiere, quiere estar contigo, pero se ha ido. Está

saliendo con Diego y... todo lo que le hiciste...

—No le gusta la forma en que necesito controlarla, pero es adicta a mí, solo tengo que ir a buscarla y conseguiré que vuelva.

—¿Vas a ir a por ella? —me mira. Asiento con la cabeza. Claro que voy a ir, y todo va a volver a la normalidad de una vez—. Entonces no tengo nada que hacer —noto de nuevo ese nudo en su garganta, incluso Danger lloriquea y, cuando una lágrima se desliza por su mejilla, cierra los ojos y agacha la cabeza. Al verla así no puedo más que atraerla contra mi pecho y es cuando empieza a sollozar—. Yo te quiero, ¿sabes? —No. No, por favor, no me digas eso. Te lo advertí, te dije que eras muy niña, que no ibas a poder con esto.

—Cielo, no llores, por favor —permanezco abrazándola.

Al rato parece haberse calmado un poco y sé que tengo que hablarle.

—Déborah, a lo mejor no soy yo, pero sé que en alguna parte está el chico adecuado para ti, el que te va a hacer muy feliz. Solo es cuestión de tiempo que te enamores y ese chico va a tener muchísima suerte, te lo aseguro. Pero yo... la chica con la que yo necesito estar... es Nora —intento explicarle. Déborah traga saliva antes de contestarme.

—Ya lo sé, sé que tienes razón —de su garganta salen un par de sollozos más antes de que pueda continuar—. Tienes que ir con ella; ve a buscarla, Sergio —me insta pero no sé si es una de esas veces en que una mujer dice lo contrario a lo que piensa.

—Déborah, necesito que entiendas...

—Claro que lo entiendo, cualquiera puede ver que sin ella te falta algo —yo no lo habría descrito mejor, no sabía que se me notara tanto.

—¿Vas a estar bien? —quiero asegurarme.

—Sí, estaré bien, de verdad; ve a por ella.

Me quedo observándola, no estoy convencido de que deba irme. Busco

algo más que decirle pero supongo que lo último que le apetecerá será seguir hablando conmigo, y también me planteo llevarla a casa pero creo que querrá estar sola un rato, así que acabo levantándome y yéndome sin más.

Llego hasta mi coche, me meto en él y no pierdo un segundo antes de arrancar. Sin dudar ni una sola vez sobre la dirección que debo tomar y cómo ir hacia mi destino, conduzco rápido por las carreteras de Málaga. En escasos veinte minutos aparco frente a la casa de Diego Arias.

Salgo del coche y voy hasta la amplia puerta blanca exterior. Me lo pienso antes de apretar el botón del portero automático porque quizá conteste él... En realidad, tampoco me importaría tener una charla con Dieguito; de hecho, creo que debería tenerla. Pulso y espero.

—¿Quién es? —responde la voz de una mujer que no es Nora. *Ah*, claro, la asistenta. ¿Cómo no iba la estrellita a tener asistenta? Debí haberlo imaginado.

—Hola, soy un amigo de Nora, ¿podría abrirme, por favor? —tan simple como eso. Ella duda pero acaba cediendo.

—Sí, pasa.

Al instante suena un zumbido y empujo la puerta. Entro a un espacioso jardín. Vaya, Dieguito no vive nada mal, a Nora no le habrá faltado de nada. A mi derecha me encuentro una piscina cubierta y a mi izquierda nada menos que una pista de tenis. No me lo puedo creer, yo también me acostumbraría a esto. Llego frente a la puerta principal y, cuando me dispongo a llamar al timbre, escucho la voz de Nora proveniente del interior de la casa.

—Sergio, vete de aquí. Ayer solo... no tuve un buen día, fui débil. Todo fue un error desde el momento en que te llamé.

—No, Nora, llevas tres años echándome de menos y ayer por fin te dejaste llevar por lo que sientes.

—No —solo le sale un hilo de voz.

—Ninguno de los dos es feliz si no estamos juntos. Tú me necesitas, nena; anoche tenías verdaderas ansias de mí y comprobaste una vez más que soy todo lo que quieres.

—También eres lo que no quiero —la escucho decir.

—Nora, sabes que sin mí cualquier cosa te sabe a poco, que tienes que estar conmigo. No seas tonta, abre la puerta. No puedes negarme que lo de ayer fue lo mejor que te ha pasado desde que te fuiste, tu cuerpo te pide a gritos venir conmigo. —La oigo sollozar detrás de la puerta—. Venga, nena, soy yo, estoy aquí y lo único que nos separa es esta puerta. Nora, abre, quieres hacerlo.

Entonces me doy cuenta de que, aunque no ha abierto la puerta, sí ha girado el pomo, así que solo me hará falta un poco de fuerza. Sin previo aviso doy un empujón seco a la puerta, que se abre. Nora se tambalea hacia atrás pero me apresuro a agarrarla y abrazarla.

—¿Estás bien? —ella solo lloriquea contra mi pecho—. Lo siento, ¿vale? Lo siento. Tenía que hacerlo. Tranquila, cielo, estás conmigo.

Le acaricio la espalda y el pelo sorprendiéndome de nuevo con lo mucho que me encanta esta sensación, hasta que se calma un poco. Le seco con mis dedos las lágrimas de las mejillas y después llevo mi mano bajo su barbilla para alzarle la cabeza y besarla, y lo hago hasta que sus labios dejan de ser fríos y se rinden a los míos.

—¿Por qué no me enseñas tu habitación? —le digo mirándola a los ojos y colocándole un mechón de pelo rubio detrás de la oreja. Ella baja la vista y niega casi imperceptiblemente con la cabeza. Por un momento me pregunto si Diego estará por aquí, pero es lo que tienen las casas tan insultantemente grandes: puede entrar un extraño y ni te enteras. Echo un vistazo general a mi alrededor y veo unas escaleras que van a un piso superior. Devuelvo la atención a Nora y le alzo de nuevo la cabeza para que me mire—. ¿Está

arriba? —ella se cuida de no hacer ni un gesto, pero sí, tiene que estar arriba—. ¿Sí? Ven, vamos.

La agarro del antebrazo y la llevo hasta las escaleras, por las que subimos. Me encuentro con cuatro puertas pero creo que reconoceré cuál será la habitación de Nora... y de ese idiota. Efectivamente, cuando llego al cuarto del fondo a la derecha me encuentro con ese muñeco sobre la cama, ese perro de peluche que le regalé yo. Me vuelvo hacia Nora un momento y la hago entrar en la habitación. Cuando estamos los dos dentro cierro la puerta a mi espalda. Me acerco a la cama para coger el peluche y lo alzo hablándole a Nora.

—Fíjate en lo poco que me ha costado encontrar una prueba de que piensas en mí todos los días —enarco una ceja—. ¿Todavía vas a decirme que no estás deseando volver conmigo?

—No, Sergio, no puedo dejar que vuelvas a controlarme continuamente y a tratarme como a una propiedad...

—Muy bien, entonces mírame a los ojos y dime que estás mejor con Diego porque él no lo hace —me callo y le cedo la palabra. Ella parece querer decirme algo pero no consigue hacerlo—. Mira, Nora, fui a por ti una vez, pero te he esperado hasta que tú has vuelto por tu propio pie. Ahora estoy yo aquí. Me prefieres a mí, nena, eso lo sé yo, lo sabes tú... y lo sabe este perro que te regalé —ella levanta la vista hacia el peluche; se lo doy y ella lo abraza contra su pecho—. ¿Sabes lo que vamos a hacer? Vamos a recoger todas tus cosas y a largarnos de aquí.

—No, yo...

—A mí no se me dice que no, Nora, vas a venir conmigo, porque es lo que los dos queremos y porque así es como tiene que ser —le acaricio la mejilla—. Tú eres mía. Vamos a volver a estar juntos y a recuperar el tiempo perdido, ¿entiendes? —noto en la expresión de su cara cómo estoy

consiguiendo ablandarla, solo tengo que seguir un poco más—. ¿Dónde hay una maleta, cielo? Te ayudo a guardar tu ropa.

Duda todavía pero apuesto a que no es más que una cuestión de orgullo y no va a tardar mucho en rendirse. Mira al suelo, frunce el ceño y traga saliva pero acaba suspirando y se agacha un momento para sacar de debajo de la cama una maleta que creo que será suficientemente grande. Al fin me mira a los ojos y yo a ella también sonriendo. Avanzo el paso que me separa de ella y le doy un casto beso en la mejilla.

—Buena chica —le susurro.

La cojo por la muñeca para llevarla hasta el armario y ella misma se pone a vaciar sus cajones.

Cuando volvemos a casa ya es la hora de comer. Entre los dos sacamos todas las bolsas del maletero para llevarlas dentro del apartamento y lo primero que hago es presentarles a Nora a mis amigos, o al menos a los que no la conocen ya.

—Escuchad, chicos: ésta es Nora, se va a quedar con nosotros estos días, ¿de acuerdo?

—*Ah*, así que tú eres Nora. Sergio nos habla mucho de ti, ¿sabes?—dice David acercándose a darle dos besos—. Yo soy David.

—Encantada —coincide ella.

—Vaya, Nora, cuánto tiempo sin verte; desde que salíais juntos en primero de carrera —añade Asier sin ni siquiera moverse apoyado contra el marco de la puerta de la cocina.

—*Oh*, hola, Asier.

—¿Te ha convencido para que le des otra oportunidad? Está como loco por que vuelvas con él.

—Ignórale, habla más de la cuenta —digo enarcando la ceja izquierda

mirando a mi amigo y Nora levanta la cabeza hacia mí con esa mirada suya —. Y él es John, mi compañero de piso en Madrid —le señalo prefiriendo cambiar de tema mientras él se dedica a poner la mesa para comer.

—Hola —hace un gesto con la mano pero creo que sigue enfadado conmigo.

—Hola —responde Nora.

—Ven, vamos a llevar todo esto a la habitación —le digo cogiendo la maleta grande y el portátil del suelo.

Ayudo a Nora a instalarse medianamente, colocar aquí y allá algunas cosas y luego volvemos a salir al salón.

—Nora, ven a probar mis macarrones, son mi especialidad —dice Asier dejando dos platos de macarrones *bolognesa* sobre la mesa.

—No sabe hacer otra cosa —aclara John cuando él y David traen el resto de los platos—. Siempre que le toca cocinar comemos pasta.

Una vez nos hemos sentado todos a la mesa, Nora, tras coronar sus macarrones con algo de queso rallado, los prueba.

—Muy buenos, Asier —felicitamos al cocinero aunque supongo que, como a mí, a ella también le parecerán unos macarrones de lo más normal.

—Gracias —coincide él con una mirada a mi chica que no me gusta nada—. Estoy deseando probar algo tuyo.

—Seguro, sobre todo ahora que, por lo visto, me quedo aquí —añade ella y me mira a mí de reojo.

—¿Vas a atreverte a ser la única chica en una casa con cuatro hombres? —Como no se calle le voy a partir la cara.

—Por si te lo preguntas, aunque tenéis el apartamento bastante sucio, no tengo intención de ser una especie de... Blancanieves.

—Qué va, tú estás mucho más buena —se atreve a añadir él.

—¡Cierra la puta boca, Asier! —acabo advirtiéndole.

—Pero, ¿estáis aquí solo vosotros? —pregunta Nora quitándole hierro al asunto— ¿No han venido chicas? —supongo que lo dice porque recuerda haberlas visto en el *Jungle*.

—Sí, están en el apartamento de al lado —contesta David.

—Déborah entre ellas —interviene John. Ya empezamos.

—¿Quién? —implora Nora.

—¿Sergio no te ha hablado de Débora? Era su novia hasta hace... — consulta su reloj— unas dos horas.

—Hasta que ha vuelto Nora, concretamente. Y nunca ha sido mi novia —le corrijo.

—Tú también tenías novio, ¿verdad, Nora? —todavía le quedan a John ganas de seguir—. ¿Qué hay de Diego?

—Hemos... tenido algunas discusiones —se limita a decir ella.

—Pero eres su bailarina principal. ¿Qué va a pasar con eso ahora?

Nora me mira a mí pero resulta que yo en ningún momento me he preocupado por eso. En cualquier caso, la solución es obvia: cortar los problemas de raíz, es lo que yo suelo hacer.

—Lo va a dejar —contesto yo por ella y Nora casi se sobresalta al oírme.

—No, Sergio, es mi trabajo, no puedo dejarlo.

—No voy a negociar eso, Nora, no vas a volver a ver a ese gilipollas — incluso a mí me sorprende lo tajante que he sonado.

—¿Difícil de domar, Sergio? —me pregunta Asier con una media sonrisa burlona.

—No especialmente, es manejable pero hay que atarla en corto —enarco la ceja izquierda.

—Sergio, deja... —se queja Nora pero no la dejo acabar.

—Es que no quiero ni oír hablar de él, ¿entiendes?

Ella va a decir algo pero en el último momento prefiere quedarse callada; por supuesto, no sin dedicarme una mirada que dice “claro que vamos a hablarlo, esto no queda así”.

Cuando terminamos de comer, mientras los demás recogen la mesa, me arreglo para quedarme un momento a solas con John. Quiero hablar con él sobre Déborah e intentar que comprenda que no puede enfadarse conmigo por esto.

—John, ¿cómo está Déborah? —le pregunto consiguiendo que se pare a mirarme a la cara.

—¿Que cómo está? Yo diría que... entre destrozada y hecha polvo.

—Joder —suspiro—. He hablado con ella y me ha dicho que entiende lo que hay entre Nora y yo, que fuera a buscarla.

—Eso no cambia cuánto le duele —me explica y la verdad es yo no había pensado lo suficiente en ello, pero tiene toda la razón.

—Yo... lo siento pero no puedo hacer más, a quien quiero es a Nora —soy totalmente sincero—. Puedes encargarte tú de que se olvide de mí; al fin y al cabo, ése era tu plan desde el principio.

—Exacto, y es lo que voy a hacer —corroboró.

John se queda entonces mirando por encima de mi hombro y yo me giro para encontrarme a Nora. Me acerco a ella para abrazarla y besarla en la frente.

—Me encanta que estés aquí —le confieso.

Mis labios van a los suyos como por inercia y la beso.

—Estás preocupado por ella —dice Nora de repente y creo que no es una pregunta.

—¿Por quién? —inquiero para ganar tiempo de encontrar una respuesta.

—Por Déborah.

—Es que... no se esperaba esto y...

—No me mientas. Teníais algo, algo serio, por lo que veo, y yo he llegado y lo he estropeado todo. No debería haber... ¿Cómo voy a mirarla a la cara?

—No, Nora, no te confundas.

—¿No? ¿No la quieres? —me lanza la pregunta y yo me quedo mirándola sin saber cómo contestar. “A ti te quiero más”, sería la verdad, pero no voy a decirle eso. Miente, Sergio, miente lo mejor que sepas.

—No —consigo pronunciar—. No la quiero y ella lo comprende, ¿vale? Yo te quiero a ti.

La miro a los ojos. Ella no habla más pero pondría la mano en el fuego a que no me ha creído.

Me despierto de la siesta en el sofá, me he quedado inconsciente viendo esa película de la *antena3*. Me doy cuenta de que huele a tabaco y frunzo el ceño. Abro los ojos lentamente para ver a Asier en el otro sillón, efectivamente, fumando. Miro a Nora; yo estoy tumbado de costado y ella bocabajo entre mis brazos. Cómo echaba de menos esto. Entonces es cuando me acuerdo de que hay una cosa suya que tengo guardada y que es lo único que me falta por devolverle para que todo vuelva a ser definitivamente como hace tres años.

—Nora —murmuro acariciándole el pelo—. Despierta, nena —me inclino sobre su espalda, introduzco las manos debajo de ella y lentamente asciendo hasta su pecho. Luego envuelvo su barbilla con mi mano y alzo su cabeza para besarla en la mejilla. Cuando juzgo que está lo suficientemente despierta me levanto del sofá para ir hacia la habitación.

—Y así Blancanieves despertó de su profundo sueño —escucho a Asier a mi espalda y no puedo evitar reírme de sus tonterías.

Sé exactamente dónde la tengo, la llevo siempre encima, así que no me

cuesta mucho buscarla y encontrarla. Me quedo un momento contemplándola y deleitándome con los recuerdos que vienen a mi cabeza pero no puedo esperar más.

—Nora, ven, tengo una cosa para ti —la llamo.

—Si es una manzana roja, no le des ni un mordisco —oigo que le advierte Asier.

Cuando Nora aparece en la habitación segundos después me llevo las manos detrás de la espalda.

—¿Qué pasa, Sergio? —implora.

—Cierra los ojos —le pido dando el último paso hasta ella.

Hace lo que le digo. Cojo su antebrazo y rodeo su muñeca con la pulsera. Por la expresión de su cara creo que ya sospecha que es la pulsera que le regalé y que me devolvió el día que me dejó.

—Ya está —le digo y ella abre los ojos.

—*Oh*, Sergio —toca y observa la pulsera plateada reconociéndola perfectamente. Está de nuevo en su sitio cubriendo esa cicatriz de su muñeca. Levanta la cabeza hacia mí—. Gracias... otra vez.

—Es tuya —me encojo de hombros.

—¿La has guardado tres años?

—Claro que sí, tienes que llevarla tú —porque yo realmente sabía que ella iba a volver.

Pestañea sorprendida, nostálgica, contenta por esto y se alza de puntillas a besar mis labios.

En ese preciso momento su móvil empieza a sonar en la mesilla de noche que se encuentra junto a nuestra cama. Yo me acerco hasta allí para cogerlo.

—Debe de ser Diego —dice Nora y yo lo corroboro al echar un vistazo a la pantalla—. Lleva llamándome todo el día, tengo que contestar.

—No, tú no vas a volver a hablar con él, si quieres lo hago yo —le dejo elegir. Ella se lo piensa pero al final niega levemente con la cabeza y la llamada de Diego acaba cortándose.

—Sergio, no puedo dejar de verle, es un buen chico y ha sido un gran apoyo cuando lo he necesitado...

—Ahora que estás conmigo lo que vamos a hacer es evitar tentaciones.

—Pero... es mi trabajo y...

—Ya he aguantado durante un año entero verte bailando encima de un escenario delante de todas esas personas, y en vídeos, incluso en la televisión, que cualquiera pudiera mirarte y con esa ropa —me contengo antes de cabrearme definitivamente—. Si es por el dinero, no te preocupes, nena, te vienes conmigo a Madrid, alquilaremos un piso, ya te dije que yo tengo trabajo allí, tú encontrarás algo también, tendremos suficiente —pero en su cara veo que no termino de convencerla.

—¿Y qué pasa con mi carrera?

—La Facultad de Veterinaria de la Complutense es muy buena. Conozco a gente de allí, son majos y sus sangriadas son legendarias.

—Me gusta mi facultad —espeta.

—Sí, pero ahora las cosas han cambiado.

Puedo apreciar en su rostro cómo acepta que uno de los dos tiene que ceder y que no voy a ser yo, sobre todo teniendo en cuenta que no puedo desaprovechar la suerte que he tenido de haber encontrado trabajo en los tiempos que corren.

—Tenemos que ir a hablar con mis padres —dice al fin.

—Por supuesto, cuando quieras —coincido. Ella asiente con la cabeza. No voy a agobiarla con eso, iremos cuando se sienta preparada.

—Vale, solo dame unos días —me pide—. Vamos... a merendar algo —zanja el asunto.

—No, creo que tenemos algo muy importante que hacer.

—¿Qué cosa?

—Apuesto a que dejaste de tomar la píldora, ¿verdad? —le recuerdo y a ella le cambia la cara.

—Sí —termina admitiendo con un hilo de voz y yo enarco una ceja.

—Nos vamos a la farmacia —afirmo sin dejar lugar a que se niegue. La veo ponerse nerviosa y dudar un momento antes de contestarme.

—Vale, voy a vestirme, entonces.

—Muy bien —le acaricio la cara y le doy un beso en los labios.

Cuando volvemos de la farmacia las chicas pasan por nuestro apartamento y no tengo otra opción que presentarles a Nora. Lorena y ella ya se conocen y ambas parecen muy contentas de volverse a ver.

—¡Sigues tan tímida como siempre! —ríe Lorena al darse cuenta de que no ha cambiado nada—. Oye, pero has adelgazado un montón, tía, estás genial. ¿Y qué te has hecho en el pelo?

—*Oh*, me lo he teñido de rubio —cuenta Nora atrapando un mechón de su melena—. Ya sabes, renovarse o morir.

Sin embargo, Paula la mira con desprecio y Blanca con una mezcla entre curiosidad y admiración. En cuanto a Déborah, resulta bastante incómodo y no son capaces de intercambiar más que unas pocas palabras a pesar de que Nora se muestra amable con ella e intenta entablar conversación preguntándole por el perro.

Blanca nos cuenta que ha hablado con un grupo de chicos a los que conocimos el otro día en la playa que también están de viaje de fin de carrera y que le han propuesto hacer una barbacoa todos juntos esta noche. Como a todos nos parece buena idea, John llama a uno de estos chavales y acordamos lo que tenemos que llevar cada uno y que nos veremos en el parque de

enfrente de su urbanización a las diez.

Por la noche las chicas no parecen muy dispuestas a integrar a Nora en su grupo, supongo que se han puesto de parte de Déborah, así que se queda conmigo y la obligo a comer algo porque sigo viéndola demasiado delgada. Es entonces cuando John se acerca a romper la calma con esa expresión en su cara que no deja dudas de que viene a pedirme algo.

—Sergio, tío, déjame las llaves del coche —me quedo mirándole incluso con una sonrisa de soslayo, sobre todo por el hecho de que ha llamado *el* coche a *mi* coche.

—Estarás de broma, ¿no?

—Es para poner música —me explica—. Venga, me estoy aburriendo soberanamente.

Enarco una ceja pensándomelo. Al final me saco las llaves del bolsillo y se las tiendo pero antes de que las coja las retengo un momento más.

—Cuidadito con lo que haces, te estoy viendo —le advierto.

—Sí, sí —dice y me quita las llaves en uno de sus rápidos movimientos.

Le observo ir hasta mi coche, abrir y conectar su móvil mediante el cable USB. Le veo hablar con Déborah justo antes de que empiece a sonar la primera canción, que resulta ser *Thriller* de Michael Jackson; cómo no, viniendo de John. De alguna manera consigue hacerla reír e incluso que acabe bailando y eso resulta un gran alivio para mí.

En cierto momento, el móvil de Nora vuelve a sonar. Ella echa un vistazo a la pantalla aunque sepa ya quién llama, igual que lo sé yo.

—¿Es él otra vez? —inquiero como pregunta retórica.

—Sí —contesta ella en un suspiro arrugando la frente.

—Dame el teléfono —le digo, voy a acabar con esto de una vez.

—No —se niega—. No, Sergio...

—Nora, dame el móvil —levanto la voz solo lo suficiente y la miro muy serio.

Justo entonces la llamada se corta. Nos quedamos un momento en silencio hasta que ella acaba rompiéndolo.

—Se merece una explicación y tengo que ser yo quien se la dé. Déjame hablar con él solo....

El sonido esta vez de mi propio móvil la interrumpe. Lo saco de mi bolsillo y respondo sin pararme ni siquiera a mirar quién llama.

—¿Sí? —no consigo esconder que ahora no me apetece hablar con nadie.

—Está contigo, ¿verdad? —reconozco su voz. Qué sorpresa, pero si es Dieguito. Parece que aún conserva mi número de cuando le llamé aquella vez. Esto va a ser divertido.

—¡Bingo! ¿Cómo lo has sabido? —inquiero irónico—. Me sorprendes, Dieguito —pronuncio su nombre aposta para ver cómo reacciona Nora. Ella tiene los ojos abiertos de par en par.

—Mira, Sergio, te advierto que... que ni se te pase por la cabeza...

—¿El qué? ¿Tirármela en la calle, de pie, contra la pared? —Entérate ya, es mía y haré con ella lo que quiera—. Es lo que acabo de hacer, por eso no podía cogerte el móvil. Aún se está poniendo las bragas —apenas levanto la vista hacia Nora una décima de segundo.

—Vuelve a hablar así de ella y te parto la cara, imbécil. Eres un puto cáncer, eres... joder, eres lo peor de lo peor. —Vaya, eso ha dolido.

—Eh, no te pongas así —le detengo y no puedo evitar reírme—. Tienes muy mal perder, ¿no te parece?

—Eso es lo que quiero que entiendas, gilipollas: aquí no perdemos ni tú ni yo, solo pierde ella.

—Sí, bueno, quizá tengas razón —digo con sincera indiferencia—.

Tendrías que hacer algo, ¿no? ¿Qué haces ahí parado? —le tiento imaginando ya que le rompo la nariz de un puñetazo.

—Estás mal de la cabeza —me dice con desprecio.

—No estés tan seguro —le advierto; los dos sabemos que sé muy bien lo que hago.

—Sí, lo dicen en todos los estudios sobre la violencia de género, que los maltratadores tenéis problemas mentales. —¿Qué acaba de llamarme? ¿Maltratador? Joder, qué nivel de estupidez.

—No jodas, Dieguito, no vayas a llamar al 016, podemos ser amigos. Yo sé perfectamente dónde estás tú, si quieres me acerco, nos vemos y... nos tomamos unas cañas —me encanta acojonarle de esta manera; de hecho, no sabe ni qué contestarme.

—Por mí puedes tirarte por un puente —me contesta frustrado y me cuelga como el cobarde que es.

Aún con una sonrisa divertida vuelvo a guardar mi móvil en el bolsillo.

—¿Por qué has tenido que inventarte todo eso? —me regaña Nora y sé que se refiere sobre todo al principio de la conversación.

—No le entra en la cabeza que estás conmigo y tiene que dejarte en paz —le explico.

—No me gusta que digas esas cosas de mí, no soy... un premio ni nada parecido.

—Nena, claro que lo eres, el mejor premio de todos —me inclino para darle un beso en la frente—. No te enfades, ¿vale? —le pongo un mechón de pelo detrás de la oreja.

Me mira aún con el ceño fruncido pero también me gusta cuando está enfadada. De hecho, por alguna razón me estoy imaginando que lo hago de verdad, que la agarro por la cintura, la alzo y la apoyo contra la pared mientras la sujeto con mis manos en su trasero y ella me rodea con sus

piernas. Eso es, lo único que quiero es que no quede en mi chica ni el menor rastro de ese gilipollas. Joder, me estoy empalmando...

—Nora —consigo que me mire—, yo no miento —le recuerdo. Le cuesta un momento captarlo y después agacha la cabeza a la vez que se rodea el cuerpo con los brazos. Joder, sigo sin saber cómo puede ser tan perfecta. Me inclino hacia ella para susurrarle al oído—. Ven conmigo —la cojo de la mano haciéndola levantarse conmigo. No sé muy bien dónde llevarla pero por aquí tiene que haber algún lugar un poco más apartado y oscuro.

A la mañana siguiente cuando vuelvo a la habitación después de desayunar me encuentro a Nora tirada en la cama con el móvil, seguramente chateando con alguien por *Whatsapp*.

—¿Con quién hablas? —me dejo caer a su lado en la cama y le quito el móvil de las manos.

—Con Desirée. —Eso espero, haberle dejado claro que no puede ponerse en contacto con Dieguito.

Leo por encima toda la conversación. Nora le explica a su amiga lo que ha ocurrido, cómo discutió con Diego y por qué ahora está conmigo. Por alguna razón Desirée empieza a meterse conmigo y Nora tiene que defenderme ante ella.

—¿Qué coño tiene esta niña en mi contra? —imploro mientras sigo leyendo—. ¿Qué sabe ella de mí?

—Ha sido Diego —me contesta y levanto la cabeza del teléfono un momento—. Él lo sabe todo sobre lo que tuvimos, tanto lo bueno como lo malo, y con lo malo ha puesto a Desirée en contra tuya.

—¿Lo malo? —va a explicarme a qué se refiere.

—Sí, lo malo. ¿Quieres que concrete? —se atreve a ser intransigente y la miro entornando los ojos.

—Mira, Nora, solo porque se haya atrevido a tocarte, solo por el hecho de que ya no soy el único con el que has estado... ya tengo verdaderas ganas de matarle —sin ni siquiera darme cuenta estoy apretando el puño y la mandíbula—. Pero es que además se hace odiar, y mucho.

—No, Diego es una buena persona, es divertido...

—¡No quiero saber nada de él, no quiero enterarme de que hayas estado hablando con él, quiero que le olvides, como si nunca le hubieras conocido! ¡Tú eres mía! ¡Solo mía! ¿Entendido? —ella se queda mirándome pero no me responde—. ¡Contéstame!

—Sí, entendido —dice al fin con un hilo de voz.

Y sin media palabra más desaparezo de la habitación consiguiendo no dar un portazo demasiado fuerte.

CAPÍTULO XII

(Déborah)

Otra clase de cuento

Que sigo siendo la misma loca
que entre tus sábanas se perdía,
y a fin de cuentas no soy distinta
de aquella idiota
que te quería.

Que cada día espera verte sonreír,
que todavía espera verse junto a ti.

Que te quería, La quinta estación

“Sí, estaré bien, de verdad, ve a por ella”. Creo que no he dicho una mentira más gorda en mi vida y lo peor es que él se la ha creído. No, no quería que se fuera, y no estoy bien. Es el mejor chico que he conocido en mi vida y acaba de confesarme que me quiere justo antes de marcharse con otra. Ni siquiera recuerdo si alguna vez antes me he sentido tan mal, y aun así he cogido mi *MP3* y me he puesto a escuchar esas canciones de *La quinta*

estación que consigan destrozarme todavía más por dentro.

*“Pido por tu ausencia,
que me hace extrañarte,
que me hace soñarte
cuando más me haces falta.
Pido por la mañana
que a mi lado despiertes,
enredado en la cama.
Ay, cómo me haces falta”.*

En ese momento, alguien se sienta a mi lado sobre la arena y Danger le saluda con gimoteos. John acaricia al perro y luego me quita un auricular para llevárselo a su propia oreja y quedarse en silencio escuchando la canción conmigo. Intento secarme las lágrimas con el dorso de la mano disimuladamente, no quiero que me vea llorando.

*“Que soy yo quien te espera,
que soy yo quien te llora,
que soy yo quien te anhela
los minutos y horas”.*

*“Me muero por besarte,
dormirme en tu boca,
me muero por decirte
que el mundo se equivoca”.*

—¿Martirizándote un rato, Déborah? —inquire quitándose el casco. Yo

también me libro del mío y, aunque sé que en cuanto hable se me quebrará la voz, contesto.

—Es lo único que me apetece —le aseguro—. Me ha dicho que soy la única chica que le ha hecho sentir algo después de Nora, pero ahora ella ha vuelto y ya no tengo nada que hacer.

—Tal como yo lo veo, él se lo pierde, aunque esté ya muy trillado decirte algo así.

—Sí, claro... —me encojo de hombros. Por un lado sé que tiene razón, que soy una persona con muchas cosas buenas, pero por otro lado sigo pensando que soy yo la que ha perdido.

—Venga ya, Déborah, con lo que tú vales, no puedes estar triste por Sergio; hay muchos más y mejores tíos. De hecho, no puedes pretender encontrar al chico indicado tan fácilmente, eso lleva su tiempo y, sobre todo para alguien tan admirable como tú, es complicado dar con uno que esté a tu altura, pero aparecerá, te lo aseguro, tarde o temprano.

—Ya, supongo... —aunque creo que solo me lo está diciendo para consolarme y no llega a convencerme del todo—. Eso espero.

—Además, ahora te has dado cuenta de que no quieres ese tipo de relación, sino algo más serio, alguien que se involucre; así que borra todo lo que ha pasado, olvídate de él, solo es uno más, y busca lo que quieres tú. Déborah, date cuenta de que ha elegido mal, ha elegido a otra, pero él sabrá lo que hace.

—Desde que le vi no he tenido ojos para nadie más —reconozco entre sollozos sintiéndome la persona más desafortunada del mundo.

—Eso se acabó; eres divertida, guapa y lista, y te mereces a un chico que sepa valorar eso por encima de cualquier otra que aparezca y pueda parecerle mejor.

—No creo que se pueda decir que yo sea muy lista después de haberme

dejado utilizar de esa manera —le recuerdo.

—Bueno... vas a entrar en la universidad y has escrito un libro que te van a publicar, ¿no? Como vuelvas a infravalorarte, Danger y yo vamos a tener que enfadarnos mucho —bajo la cabeza; no creo que haber escrito *Escoria* sea para tanto, y en cuanto a la publicación... es todo mérito suyo—. Déborah, quiero que me digas que nunca más vas a llorar por ningún chico, sea quien sea. Prométemelo ahora mismo —me exige pero yo no sé si sería capaz de cumplirlo—. ¡Prométemelo! —repite.

—De acuerdo, vale, te lo prometo —acabo cediendo.

—Muy bien, recuérdalo —asiente con la cabeza—. Y ahora vámonos de aquí, está empezando a pegar fuerte el sol y los bombones se derriten.

—John, no me digas esas cosas —suspiro y él me mira.

—¿Quién ha dicho nada de ti? —añade. Cuando se me escapa una risita, no me puedo creer que haya conseguido hacerme sonreír en un momento como éste.

Una vez en casa me encuentro un poco mejor pero más de una hora después sigo tirada en el sofá, ausente, todavía pensando en Sergio, en lo que pasará a partir de ahora, preguntándome si seré capaz de mirar a Nora sin mala cara.

—Chicas, ¿sabéis con quién acabo de hablar por teléfono? —Blanca entra en el salón saltando de euforia pero yo ni siquiera soy capaz de reaccionar—. ¿Os acordáis de los chicos que conocimos el otro día en la playa?

—¿Esos que también estaban de viaje de fin de carrera? —inquire Sara.

—Sí —coincide Blanca—. El rubio me ha llamado y me ha dicho que podríamos juntarnos esta noche a hacer una barbacoa. Sería divertido, tenemos que decírselo a los chicos.

—Tú lo que quieres es poder ligar con ese pijo del *iPhone*, que te conocemos —bromea Lorena.

—Puede ser —se ríe—, pero en cualquier caso lo pasaremos bien. ¿Tú qué dices, Déborah? —me saca de mi ensimismamiento al pronunciar mi nombre.

—¿Sobre qué? —inquiero y Blanca me mira frunciendo los labios. Luego viene a sentarse conmigo en el sofá.

—Déborah, ¿qué te pasa? Llevas toda la mañana como en las nubes.

—No, qué va —intento excusarme.

—Sí, y vas a contarme qué ha ocurrido —está tan convencida que sé que no se rendirá hasta que se lo cuente y, de todas formas, qué demonios, ¿por qué no iba a contárselo? Me apoyará y quizá incluso me de algún consejo.

—Es por Sergio —acabo diciendo y automáticamente Paula, Sara y Lorena se giran hacia mí—. La amiga con la que quedó ayer... era Nora —mis palabras dan paso a un momento de tenso silencio.

—Entonces haces bien en preocuparte —interviene Paula—. No sé muy bien por qué rompieron pero, con lo idealizada que la tiene Sergio, con solo pasar un rato juntos no me extrañaría nada que...

—¿Que volvieran? —la interrumpo y ella asiente con la cabeza—. Ella ha pasado la noche en su cama, así que supongo que estás en lo cierto —se me quiebra la voz al final de la frase.

—No, Déborah —dice Blanca inclinándose hacia mí—. No te vayas a derrumbar ahora, ya sabías la única clase de relación que podías tener con él.

—He acabado pillándome más de lo que pretendía —reconozco.

—Olvidalo, esta noche nos vamos a poner guapas, a bailar y a pasarlo muy bien —me asegura sacándome una sonrisa.

—Sí —asiento con la cabeza—. Claro.

—Ésa es la actitud —me guiña un ojo.

Por la tarde vamos al apartamento de los chicos. Lo primero con lo que me topo al entrar es con Nora junto a Sergio al fondo de la habitación. Sí, ha ido a por ella y no va a volver a dejarla irse, así que más me vale empezar a acostumbrarme a esto; de hecho, incluso me pregunto si Nora se vendrá a Madrid cuando acabe el verano.

Lorena ya la conoce de cuando estuvo saliendo con Sergio saliendo hace tres años, pero él nos la presenta a las demás y hasta me veo obligada a darle dos besos. Creo que alguien ya le ha contado lo que he tenido con Sergio, porque cuando se entera de que yo soy Déborah me mira de una forma muy extraña. Sin embargo, rápidamente pasa a preguntarme por el perro: que si es mío, que cómo se llama, que es muy bonito... Yo no puedo hacer otra cosa que contestarle pero no quiero saber nada más de ella; al contrario que Danger, que parece estar encantado con ella, sus caricias y sus halagos... hasta que se entere de que está estudiando para ser veterinaria.

Después de las presentaciones Blanca comenta el plan de esta noche, a ellos parece gustarles y John llama para hablar con uno de los chicos y concretar detalles.

Por la noche me quedo con las chicas y no lo estoy pasando especialmente mal hasta que Blanca definitivamente desaparece detrás de ese niño de papá con el que está tonteando y Paula se las arregla para dejarme fuera de la conversación comenzando a hablar sobre algo que yo no sé.

—Te veo desanimada —John aparece a mi lado—. Pero no te puedo culpar, esto está muy muerto —dice mirando a su alrededor—. Aunque a lo mejor podemos solucionarlo —entorna los ojos mirando a alguna parte, hacia donde están Sergio y Nora, concretamente, y luego se vuelve de nuevo hacia mí—. Espérame aquí.

Me pregunto qué estará tramando pero confío en que sabe que no me apetece volver a tener nada que ver con la parejita. Le veo ir hacia Sergio, habla con él unos instantes y vuelve mostrándome unas llaves.

—Vamos a poner música desde el coche —me explica al fin y yo me río ante sus ideas levantándome para acompañarle.

—Vale, pero no la pongas muy alta —le advierto consciente de que hay vecinos cerca quizá intentando dormir—. Y a las doce la quitamos, no quiero acabar fichada por la policía.

—Si es por eso, no te preocupes; solo te toman los datos y te hacen un par de fotos —dice dejándome helada, sobre todo porque además su actitud es de total indiferencia mientras caminamos hacia el coche.

—¿Estás... fichado por la policía? —inquiero y debo haber sonado muy graciosa, porque se ríe con ganas de mí.

—La edad del pavo, ya sabes, *graffitis*, robos de chocolate...

—¿Qué? ¿Lo dices en serio? —en realidad nunca sé cuándo habla en serio. Me mira con una sonrisa burlona mientras abre la puerta del coche de Sergio.

—No lo sé, dímelo tú —pero sigo sin saber qué pensar mientras se deja caer sobre el asiento del conductor, introduce la llave en su sitio para encender la batería y conecta su móvil a un cable—. Vamos a hacer un trato: la primera canción que suene la tienes que bailar conmigo —baja las ventanillas del coche para que la música se oiga fuera.

—No, John, de verdad, hoy no estoy para...

—Tonterías, Déborah —no me deja seguir.

Entonces del vehículo empieza a salir una conocida música y reconozco el característico sonido de ataúdes abriéndose del inicio de la canción *Thriller* de Michael Jackson; bueno... yo y el resto de la gente, por lo visto, porque todo el mundo se revoluciona.

—¡Vamos! —se levanta del asiento del conductor y viene hacia mí—. Sabes cómo se baila esto, ¿no?

Agarra mis muñecas y empieza a moverme los brazos al ritmo de la coreografía que, por otra parte, ya mucha gente está bailando. La situación me hace reír tímidamente; hace un momento no me sentía con ningunas ganas de bailar esta noche, sobre todo sabiendo que Sergio está con Nora ahí enfrente, pero ahora es como si viera las cosas de otra manera, y John también parece contento de haber conseguido levantarme un poco el ánimo.

—¡Tú sola, Déborah! —me dice cuando llega el estribillo.

Mi cuerpo se mueve sin apenas esfuerzo. ¿Quién no se sabe esta coreografía? Doy una palmada encima de mi cabeza y luego me deslizo hacia la derecha moviendo los hombros como un *zombie* antes de dar otra palmada arriba. Me doy cuenta de que me estoy divirtiendo, aunque me resulte extraño, y me gusta ver a John bailar de esa forma tan envidiable.

Durante los días siguientes no me siento precisamente muy feliz: nuestras vacaciones se están acabando y ya ni siquiera tengo a Sergio para disfrutar lo que me queda. De hecho, no es solo que le haya perdido, es que tengo que verle con otra, y lo peor es que es innegable que están verdaderamente enamorados. Nora es prácticamente perfecta: rubia, más guapa que yo, con un cuerpo mejor que el mío, más femenina que yo, más equilibrada y responsable... y por las mañanas estudia para un examen de recuperación que tiene que hacer, según he oído, el día cuatro de septiembre. Sí, en alguna que otra ocasión me han vuelto las ganas de echarme a llorar y varias de esas veces he acabado en la habitación empapando mi almohada de lágrimas.

Al menos tengo gente que me apoya, como John y Blanca, a los que creo que ya puedo considerar definitivamente amigos. Danger tampoco se

separa de mi lado y mi madre, al notar por teléfono que me ocurría algo, me obligó a confesárselo todo consiguiendo que después me sintiera extrañamente mejor.

Esta noche, cuando decido ir ya a acostarme, salgo a buscar a Danger a la terraza compartida donde supongo que estará y corroboro que no me equivoco.

—¡Danger! —le llamo—. Vamos, a dormir —digo pero él no mueve ni un músculo y me doy cuenta de que tiene compañía—. *Ah*, hola, John —añado y él, sentado en una de esas sillas de plástico blancas, alza la mano a modo de saludo.

—Me parece que no tiene sueño —señala al perro con la barbilla.

—Eso parece, sí —coincido, porque sigue sin intención de levantarse. Luego miro a John, aunque no puedo apreciarle bien en la oscuridad—. ¿Y tú qué haces? —imploro yendo hacia allí.

—Nada en especial, mirar las estrellas —me siento en la silla que hay junto a él y al levantar la vista hacia el cielo realmente me sorprende.

—¡Vaya, es impresionante! Esto es lo que nos perdemos todas las noches en Madrid por culpa de la contaminación lumínica —él asiente con la cabeza mientras yo busco la Osa Mayor.

—Mira, ésa es la constelación de Orión. ¿La ves? —une las estrellas con el dedo índice—. Tiene una historia muy bonita en la mitología griega —me mira y creo que mis ojos le dicen que me gustaría escucharla—. Cuentan que Artemisa se enamoró de Orión. Pero ella tenía un hermano gemelo, Apolo, dios del Sol, al que esto no le gustó nada, porque él era el encargado de cuidar la castidad de Artemisa. Un día Apolo desafió a su hermana a asestarle una flecha a un animal que se movía a lo lejos. Ella lanzó su flecha y, con su buena puntería de siempre, dio en el blanco. Sin embargo, cuando Artemisa se acercó para ver a su víctima, se dio cuenta de que no había matado a

ningún animal, sino al propio Orión. Lloró tanto que Zeus decidió poner a Orión en el cielo para que Artemisa pudiera consolarse —me mira a los ojos de nuevo y yo no puedo ocultar lo fascinada que me ha dejado.

—Interesante —me limito a decir—. ¿Te sabes muchas historias de las constelaciones?

—Algunas, pero preferiría contarte otra clase de cuento.

—¿Qué cuento? —pregunto extrañada y no sé por qué él se ríe.

—El de una niña a la que estoy seguro de que cuando era pequeña su madre le advirtió que el chico más mono siempre resulta ser el peor, pero acabó pillándose precisamente por un tipo de esa clase y, tal y como suele pasar, acabó llorando.

—Eso me suena de algo —reconozco.

—El problema era que ella no se daba cuenta de que a lo mejor tenía muy cerca a otro chico que sí le convenía y que podría ayudarla a olvidar la mala pasada que le jugó ese capullo —añade sin contemplaciones y me tengo que pensar cómo reaccionar.

—Sí, a lo mejor le tenía muy cerca —coincido y él hace una mueca.

Nos quedamos en silencio y me doy cuenta de lo que tengo ganas de hacer, pero no me atrevo. Aunque en realidad sé que debería atreverme.

—John —pronuncio su nombre y él vuelve la cabeza hacia mí.

Me doy ánimo a mí misma y lo hago: estiro el cuello hacia él y le doy un coqueto beso en los labios. Él se queda observándome hasta que habla.

—Creo que esto significa que has pillado la indirecta —dice y yo agacho la cabeza, porque me estoy sonrojando, y me encojo de hombros—. Aunque te haya costado.

Vuelve a inclinarse sobre mí y me devuelve el beso, un poco más largo e intenso esta vez.

A la mañana siguiente, el día antes de volvernos a Madrid, veo a Nora y Sergio marcharse en el coche de él. No puedo evitar acercarme a preguntarle a John si sabe qué se traen entre manos.

—John, ¿dónde va la parejita? —inquiero y él vacila un instante.

—Van a ver a los padres de Nora.

—¿Qué? ¿Por qué? —frunzo el ceño y a él parece costarle hablar claro.

—Porque... Nora se viene a Madrid —automáticamente siento un puñetazo en el estómago al escuchar esa frase definitivamente.

—*Oh...* —solo me sale un suspiro.

CAPÍTULO XIII

(Nora)

Te quiero

Cause your love got the best of me
and baby you're making a fool of me.
You got me sprung and I don't care who sees
cause baby you got me so crazy.

Crazy in love, Beyoncé

Me acuerdo perfectamente de aquel fin de semana, la gota que colmó el vaso. Cuando Sergio me llevó a la cama en contra de mi voluntad, tuve que forcejear, agitarme y patalear hasta que él desistió y me dejó sola en la habitación.

Justo entonces llegaron mis padres. Mi madre me encontró llorando en la cama prácticamente desnuda bajo el edredón. Recuerdo escuchar la puerta principal cerrarse cuando Sergio se fue. Mi padre, tras despedirse de él, vino a mi habitación, vio la situación y solo tardó dos segundos en comprender. Se dio la vuelta para salir de casa con la intención de alcanzar a Sergio. Nunca

he sabido lo que ocurrió exactamente pero imagino a mi padre fuera de sí, gritando e insultando a Sergio como si no hubiera mañana. Una semana después nos fuimos de Madrid.

—Ya estamos aquí —la voz de Sergio me saca de mis recuerdos y levanto la vista hacia él. Sí, él hizo aquello, pero me sigue gustando igual.

Sergio aparca y nos dirigimos hacia mi casa caminando. A medida que nos acercamos comienzo a sentir incluso ganas de vomitar.

—¿No te intimida volver a vértelas con mi padre? —le pregunto a mi novio.

—Puede que un poco, pero solo porque todo lo que digo delante de él suena a “sí, me estoy tirando a tu hija”.

—Es normal, es mi padre —añado y luego vuelvo la cabeza para mirarle a la cara—. Y lo que hiciste aquel día no ayudó precisamente a que te cogiera mucho cariño —me atrevo a recordarle.

—Fueron muy oportunos, ¿verdad?

—Por suerte —frunzo el ceño. *Oh*, me hizo pasarlo tan mal... Sin embargo, él suelta una risita.

—Qué va, Nora, supiste defenderte sola dándome patadas y rodillazos.

—Ni siquiera deberías haberlo intentado.

—Nena, lo volvería a hacer y no se quedaría solo en un intento. —*Oh*, no me cuesta lo más mínimo creerle.

Una vez estamos frente a la puerta, es Sergio quien llama al timbre sin ningún reparo, no como yo, que tengo los nervios a flor de piel. No hemos esperado demasiado cuando la puerta se abre despacio.

—¡Sergio! —mi hermano pequeño enseguida salta fuera de casa y se lanza a los brazos de Sergio, que le levanta envolviéndole en un abrazo. No es exactamente este recibimiento el que yo me esperaba.

—¿Qué pasa, chaval? —ríe Sergio—. Cuánto has crecido.

—Es que ya tengo once años.

—*Ah*, claro.

—¿Qué haces aquí? ¿Habéis vuelto? —inquire Pablo—. Habéis vuelto, ¿verdad?

—Pablo, ¿están papá y mamá en casa? —le pregunto esquivando la pregunta.

—Sí —contesta sin darle ninguna importancia—, pero ahora que habéis vuelto tengo que contarle a Sergio un montón de cosas.

—*Oh*, ya veo cuánto echas de menos a tu hermana —le reprocho yo.

—Son cosas de chicos, Nora —dice el niño y vuelve a dirigirse a Sergio aún entusiasmado—. ¿Sabes qué? Ahora juego en el equipo de fútbol del colegio. Como tú cuando tenías mi edad, ¿verdad? —Sergio asiente con la cabeza pero no le da tiempo a contestar—. Soy uno de los mejores, metí dos goles seguidos en un partido, y este curso somos los campeones de los colegios de toda Málaga.

—¡*Uauu!* —exclama Sergio divertido—. Eres un *miniyo*.

—Tengo una medalla, ¿quieres verla?

—¡Sí, enséñamela!

—Ven, pasa —indica mi hermano ya dándonos la espalda—. ¡Corre!

En vez de seguirle, Sergio me sonrío.

—No sé si tú conseguirás que los niños de tu equipo sean los campeones allí en Madrid —bromeo.

—No puedo prometerte nada —admite.

—Eso dice mucho del entrenador, ¿sabes? —añado y él me mira entornando los ojos.

—No sé qué estás insinuando.

Agarra mi antebrazo con fuerza y tira hacia sí. Cuando estoy tan cerca de él como me quiere, empieza a besarme en los labios y me suelta para

llevar su mano a mi culo. ¿Cómo he vivido sin esto tres años? ¿Cómo podría seguir viviendo si lo volviera a perder?

—Pablo, hijo, ¿quién...? —me separo automáticamente de Sergio al escuchar la voz de mi madre, que se ha quedado plantada en la puerta.

—Hola, mamá —consigo decir a pesar de lo avergonzada que me siento.

—Sergio... —murmura el nombre de mi novio y es como si no supiera qué actitud adoptar ante el hecho de volver a toparse con él ahora.

—Hola —dice Sergio.

—Mamá, tengo que contaros algo —me apresuro a añadir intentando mantener la calma.

—Pero, ¿qué dices? —escucho a mi padre hablarle a Pablo dentro de casa—. ¿Qué hace aquí ese imbécil? —*Oh*, no, ahí viene. Cuando se asoma a la puerta y ve a Sergio, reconozco perfectamente esa expresión de verdadero desdén—. Te dije que no volvieras a acercarte a mi hija —se limita a recordarle por el momento.

—Puedes estar tranquilo, no voy a hacerle ningún daño a tu hija —contesta Sergio poniendo un tono sarcástico en las últimas dos palabras.

—Ya se lo hiciste —replica mi padre—. Aléjate de ella y de mi casa ahora mismo.

—Papá... —intervengo intentando parar esto antes de que vaya a más—. Papá, por favor, escúchame. Yo he querido volver con él, yo le llamé, ha sido mi decisión.

—Creí que tomabas mejores decisiones.

—¿Qué? —es lo único que consigo articular. Le miro con el ceño fruncido mientras Sergio pliega su brazo alrededor de mi cintura.

—Nora... —me giro hacia mi madre.

—¿Tú también vas a decirme que no sé lo que hago?

—Yo... no soy quién para juzgar. Pero, ¿qué pasa con Diego? —quiere

saber mi madre.

—Discutimos y decidimos dejarlo, nada más.

—De acuerdo... —mi madre suspira—. Lo único que quiero es que tú estés bien.

—¡Cómo va a estar bien con este impresentable! —levanta la voz mi padre y la mano de Sergio presiona en mi cadera; le está costando contenerse.

—Eso me da igual —le responde mi madre sorprendiéndome—. Lo único que sé es que tu hija no es la misma desde que rompieron, no es ella. Ni siquiera Diego ha conseguido que vuelva a ser feliz del todo. Y eso no me lo puedes negar, estoy segura de que tú también lo ves —mi madre parece haberse quedado satisfecha después de dejar salir todo eso, yo tengo que darle la razón y mi padre no puede más que quedarse callado. Mamá me habla a mí de nuevo—. ¿Es eso lo que tenías que contarnos? ¿Que habéis vuelto?

—Sí, y que... a Sergio le ha salido trabajo en Madrid y... —me obligo a decirlo; cuanto antes, mejor— me voy con él. Buscaremos algún piso de alquiler y terminaré la carrera en la Complutense.

Genial, definitivamente acabo de dejar a mis padres en estado de *shock*.

—Espera —mi padre es el primero en empezar a echarme en cara lo estúpida que soy—. ¿Me estás diciendo que, después de habernos venido aquí por ti, para que pudieras olvidarle, vas a volverte a Madrid con él? —implora pero, gracias al cielo, mi hermano me libra de contestar cuando vuelve a salir de casa con su medalla en la mano.

—Mira qué chula, Sergio, es de oro.

—Pablo, cariño, haz el favor de entrar en casa; estamos hablando —le pide mi madre.

—Pero, mamá...

—¡No te lo voy a repetir! —le advierte.

Mi hermano no se atreve a replicar, frunce el ceño mirando a mi madre mientras aprieta con fuerza la medalla en un puño y luego se resigna a dar media vuelta y desaparecer de nuevo dentro de casa con aire malhumorado. Mamá trata de retomar la conversación pero mi padre se le adelanta.

—Y además querrás que te pagemos la matrícula de la universidad —me dice con un desprecio que considero excesivo.

—¡Antonio, ya basta! —le regaña mi madre—. Eso está fuera de lugar; es mi hija, es buena estudiante y por supuesto que le voy a pagar la matrícula —luego vuelve a dirigirse a mí poniendo todo su empeño en conservar la mente fría—. ¿Cuándo os vais? ¿Qué pasa con el examen que tienes que hacer ahora en septiembre? —se acuerda de preguntarme.

—Lo hará y después nos iremos a Madrid —Sergio responde por mí.

—Nora, espero que esto solo sea una estupidez pasajera —vuelve a atacarme mi padre.

—No, no es pasajero, no va a volver a separarse de mí —Sergio habla por mí de nuevo.

—Tú a mí ni me dirijas la palabra.

—¿Por qué? ¿Porque sigues pensando que la trato mal? —se encara Sergio—. Plantéate que por algo será que me elije a mí.

—Sí, porque está enganchada a ti, la anulas y la ciegas, y te aprovechas de ello para llevártela a Madrid.

—¿Ése es el problema? ¿Que se viene conmigo a Madrid? —replica Sergio—. Nos vamos porque tengo trabajo allí.

—Sigues sin convencerme —responde mi padre.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que rechace el trabajo y nos quedemos aquí?

—A lo mejor si hicieras eso empatizarías con una milésima parte de lo que le hiciste.

—Venga ya —Sergio niega con la cabeza—. Dime que no, dime que no es ésa la gilipollez que tengo que hacer para que dejes de pensar mal de mí de una vez.

—No, ya sé perfectamente que tú no harías eso por mi hija, ni eso ni nada.

Sergio se queda callado y le miro. Tiene el rostro muy serio y los párpados casi imperceptiblemente entornados, todo en él dice que mi padre no debería haberle subestimado retándole como acaba de hacerlo. Se lleva la mano al bolsillo del pantalón para sacar su móvil. *Oh*, no.

—Sergio, no —intento detenerle pero él encuentra el contacto en la agenda del teléfono y pulsa el botón verde—. No lo hagas, no merece la pena —pero él no me hace caso y se lleva el teléfono a la oreja.

—Claro que sí, lo voy a hacer por ti —dice sin dejar de mirar a mi padre, que trata de mantenerse firme aun sin poder negar que Sergio acaba de bajarle los humos de un plumazo. Sé que debería arrebatarse el móvil ya e impedir esa llamada pero por alguna razón no soy capaz de hacerlo—. Julio, hola —saluda Sergio al hombre del otro lado de la línea, al que alcanzo a escuchar corresponderle—. Verás, lo siento pero tengo que darte una mala noticia. Resulta que... me va a ser imposible trabajar con vosotros este curso. Sí, un problema familiar. Lo sé —asiente con la cabeza, todavía con la vista fija en mi padre—. Perdona, de verdad, sé que te he dejado tirado en el peor momento, es que... Claro, pero me siento fatal. Bueno... De acuerdo, hablamos, entonces. Adiós, Julio, y muchas gracias de todas formas. Adiós.

Mi novio cuelga el teléfono sin poder ocultar que no le gustaría haber tenido que hacer esa llamada pero permitiéndose una expresión arrogante hacia mi padre.

—Sergio, ¿qué has hecho? —murmuro con la voz quebrada.

—A mí no vas a engañarme haciéndote el héroe —consigue al fin hablar

mi padre, que sigue empeñado en quedar por encima, y se gira para irse.

—Nora, ¿sabes que tu padre es un gilipollas? —dice Sergio incapaz de contener la rabia.

—Claro, el bueno eres tú —mi padre solo suelta una risita irónica antes de desaparecer de nuestra vista.

—Vámonos de aquí, nena —*Oh*, sí, tiene razón, lo mejor será que nos vayamos; mi padre ya me ha demostrado que tiene la mente tan cerrada que me da vergüenza ajena. Miro a mi madre sin saber muy bien qué hacer.

—Mamá...

—Tranquila, cariño, que ahora me va a oír —me asegura—. Sergio —mi madre le habla a mi novio—, para mí significa mucho ese gesto —le agradece haber hecho algo así por mí, a diferencia de mi padre—. ¿Os quedáis en Málaga, entonces?

—Sí —corroborra Sergio con firmeza.

—¿Dónde estáis viviendo ahora? —se preocupa ella—. ¿Dónde os vais a quedar hasta que encontréis algo?

—En unos apartamentos al lado de la playa de las Chapas con unos amigos míos. Estamos aquí de viaje de fin de carrera —contesta Sergio—. Llamaré a la casera para preguntarle si podemos quedarnos un poco más mientras buscamos algún piso.

—Está bien; de todas maneras, sabéis que estamos aquí para lo que necesitéis —mamá parece quedarse más tranquila—. Así que has terminado INEF —inquieta mi madre, que parece recordar perfectamente a qué se dedica Sergio.

—Sí —él asiente con la cabeza.

—Enhorabuena —le sonrío.

—Gracias.

Durante un instante se produce un silencio incómodo que mi madre se

encarga de romper.

—Sergio, sé que en el fondo eres un buen chico, que mi hija lo ha visto y por eso te quiere. Te voy a dar otra oportunidad pero no me hagas arrepentirme de ello. —*Oh*, mamá...

—No, sé que hice las cosas mal y no voy a volver a caer en los mismos errores —admite Sergio dejándome, para qué negarlo, algo anonadada.

—*Oh*, dame un beso —mi madre abre los brazos rindiéndose y dejando definitivamente a un lado su coraza.

Cuando se funden en un abrazo tengo que parpadear varias veces para asegurarme de que no es un sueño o algo parecido. Se separan y es mi turno: mi madre me abraza a la vez que me da su característico beso en la frente.

—No te preocupes, cariño, ya sabes cómo es tu padre. Ahora hablaré con él, ¿vale? —vuelve a besarme, esta vez en la mejilla—. Te quiero.

—Y yo —le aseguro.

—Estudia mucho para el examen, hija, y pasa a vernos más a menudo.

—Sí —prometo—. Adiós, mamá.

—Hasta luego, chicos.

—Adiós —se despide Sergio también antes de marcharnos.

Caminamos en silencio hasta doblar la primera esquina y es cuando mi cuerpo dice “basta”, no aguanto más. Me detengo y me apoyo en la pared.

—Sergio, necesito... asimilar todo esto —consigo articular intentando calmarme.

—Tranquila, cielo —él se acerca a mí, me acaricia el pelo y yo aprovecho para abrazarle y hundir el rostro en su cuello.

—Lo que has hecho... —*Oh*, no sé ni cómo explicarlo—. Yo... estoy cansada de fingir y resistirme, Sergio, yo te quiero.

Mi novio tarda un momento en reaccionar pero luego con su mano me alza la barbilla y le miro a la cara mientras una lágrima resbala por mi

mejilla.

—Repítame eso, nena —me pide.

—Te quiero —no dudo. En sus ojos veo aparecer un brillo de regocijo.

Sergio no dice nada más, solo se inclina hasta mi boca para besarme.

Durante el trayecto de vuelta a casa ambos intentamos asimilar este repentino giro: no vamos a llevar a cabo esos planes que teníamos, sino todo lo contrario. Cuando llegamos a casa estamos solos, todo el mundo debe de haberse ido la playa.

—Lo que no me gusta es saber que Dieguito anda suelto cerca de aquí —está diciendo Sergio cuando entramos por la puerta. *Oh*, me pregunto si nunca dejará de hablar de él solo como algo que se interpone entre nosotros.

—Sergio... no quiero pensar en él ahora, ¿vale? —dejo mi bolso sobre el mueble más próximo.

—Más te vale no hacerlo, créeme —dice con firmeza situándose justo detrás de mí.

No sé qué quiere decir y estoy a punto de volverme cuando él extiende su mano sobre mi vientre y muerde delicadamente el lóbulo de mi oreja. Tira de mi pelo hasta que mi cabeza queda apoyada sobre su clavícula y rodea mi cuello para tener también libre acceso a mi mandíbula. Cuando siento sus dedos en mi pecho ya se me han cerrado los ojos y respiro con dificultad.

De repente, mi móvil empieza a sonar dentro del bolso y abro los ojos de golpe. Hago un amago de alcanzarlo pero Sergio me sujeta las muñecas y sigue acariciando todo mi cuerpo.

—Tengo que cogerlo —consigo decir—. Sergio, por favor.

Él me permite girarme, ir hasta el mueble y sacar el móvil de mi bolso, pero sin llegar a soltarme en ningún momento.

—¿Sí? —contesto.

—Nora, soy yo —escucho la voz agitada de mi hermano justo en el momento en que Sergio me empuja y mi espalda choca contra la pared.

—¿Qué pasa, Pablo?

—Papá y mamá están discutiendo.

La mano de Sergio se desliza por la curva de mi cintura.

—¿Discutiendo? —finjo sorprenderme pero la verdad es que no me extraña nada—. ¿Por qué? ¿Entiendes lo que dicen?

—Papá está hablando muy mal de vosotros dos, dice que te has quedado embarazada y que no vas a terminar la carrera. —¿Qué? ¿Que estoy embarazada? ¿Que voy a dejar la carrera? *Oh*, así es como mi padre cree que soy, a veces llego a pensar que ni siquiera me conoce. Cierro los ojos cuando Sergio empieza a besarme en el cuello—. Nora, ¿estás embarazada?

—¿Qué? ¡No!

—¿Seguro?

—¡Sí, seguro! No hagas caso a papá.

—*Ah*, qué susto —Pablo suspira de alivio—. ¿Y por qué no le cae bien Sergio? —Me cuesta responder, porque la boca de mi novio está recorriendo ahora mi escote.

—Ya sabes que papá se enfada cada vez que las cosas no son como él quiere, y Sergio... no sé por qué nunca le ha gustado.

—No lo entiendo —refunfuña mi hermano.

—Cuelga —susurra Sergio en mi oído.

—Ya lo sé, Pablo, pero... —Sergio introduce los dedos en la cinturilla de mi pantalón—. Mira, ¿sabes lo que tienes que hacer? Coge tu *MP3* y ponte los cascos con la música muy alta, ¿de acuerdo? Así no les oirás.

—Vale, eso haré.

Mi novio me tira del pelo para alzarme la cabeza.

—Sí —jadeo. *Oh*, no puedo seguir hablando—. Oye, tengo que dejarte.

Sergio me quita el teléfono de mis dedos temblorosos, cuelga y lo deja de nuevo sobre la cómoda. Con su mano detrás de mi cabeza, me besa en la boca, con ganas, y yo a él. Sin embargo, por alguna razón, la mente se me va a otra parte. Joder, mis padres están discutiendo, ahora mismo, por mi culpa, por mi carrera, porque he vuelto con un chico que creen que no es bueno para mí. Están preocupados por mí, son mis padres. Un sollozo escapa de mi garganta y, sin que pueda detenerlo, otro más.

—*Eh*, nena, ¿qué pasa? —Sergio deja sus dedos bajo mi barbilla y es cuando una lágrima desborda de la comisura de mi ojo—. No, no...

Bajo la cabeza y encuentro la manera de zafarme de él para ir hasta la cama, sobre la que me dejo caer.

—Mis padres están teniendo una bronca monumental, porque mi padre no te acepta y porque cree que estoy embarazada y que acabaré dejando la carrera.

—¿Por qué iba a creer eso? —Sergio se sienta a mi lado.

—Yo qué sé, siempre tiene que pensar mal de todo —aprieto los puños de la pura frustración que me hace sentir eso—. Es que tiene razón, estoy... tan perdida.

—No, Nora, eso es lo que se ha inventado tu padre. No estás perdida y yo no voy a dejar que te pierdas porque estás conmigo, porque hace un rato me has dicho que me quieres y también sabes muy bien cuánto y cómo te quiero yo a ti —*Oh*, no puedo ocultar lo que agradezco oírle decir algo así—. Nos vamos a quedar aquí y vamos a vivir estupendamente juntos. Yo voy a encontrar un trabajo, tú vas a terminar la carrera y tendremos un bebé cuando sea el momento. —Ante eso último, levanto la cabeza hacia él.

—¿Acabas de hablarme de... un bebé? —quiero asegurarme y la sonrisa que esboza él realmente es la más dulce que le he visto nunca.

—¿Por qué te sorprende? ¿Crees que aguantaría los quebraderos de

cabeza que me das si solo fueras una más? Joder, hay montones de chicas, pero tú... no sé qué me haces, cómo lo consigues... No he dejado de pensar en ti ni un solo día en los últimos tres años. —Cuando dice eso me doy cuenta de que es exactamente lo mismo que siento yo—. Necesito tenerte en absolutamente todos los sentidos —y realmente veo en sus ojos una pura necesidad de mí—. Tú vales mucho, Nora, ¿sabes? No puedo verte sufrir por nada —se inclina hacia mí para atraerme contra su pecho en un abrazo tan fuerte que casi me recuerda a los de Diego—. Eres un cielo.

Por la tarde les contamos a los demás nuestro cambio de planes. John parece bastante sorprendido y Déborah... bueno, creo que directamente quiere matarme, así que opto por hablar solo lo estrictamente necesario y evitar el contacto visual con ella.

Después Sergio llama por teléfono a la casera del apartamento y cuál es mi sorpresa ante la noticia que me da cuando, terminada la conversación, viene a mi lado.

—¿Y esta casa qué te parece? —inquire y aún no sé dónde quiere llegar—. Dos habitaciones, un salón amplio, terraza, cerca de la playa...

—Sí, estaría bien encontrar algo así, si no es muy caro —comento y Sergio se ríe—. ¿Qué?

—No, no es muy caro. —Espera, creo que ya sé por dónde va.

—¿Cómo? *Oh*, no puede ser...

—La casera me ha propuesto... en realidad me ha pedido, que nos quedemos aquí.

—¡Eso es genial! —exclamo—. No sé por qué ni siquiera nos lo habíamos planteado. ¿Y el precio...?

—No te preocupes por eso —me rodea con su brazo y me acerca a él para darme un fugaz beso.

Oh, creo que en este preciso instante estoy sintiendo lo más cercano a la plena felicidad que he sentido nunca; de hecho, me están dando ganas de llorar de emoción. Nuestra casa, Sergio y yo viviendo juntos... tal y como imaginábamos nuestro futuro cuando solo éramos unos críos.

A la mañana siguiente todos emprenden el viaje de vuelta a Madrid. Suerte que en cuestión de espacio en los coches vinieron holgados, ya que han traído tres, y ahora no hay problema en que el de Sergio se quede aquí. Me despido de John y de Asier y también de las chicas, incluida Déborah, con la que intento ser lo más amable posible, pero sigo sin conseguir caerle bien. Por último, también le digo adiós a Danger, ya que se niega a subir al coche hasta que le he hecho unas cuantas caricias y le he dedicado algún que otro piropo.

Nosotros hemos quedado en que yo me dedicaré a estudiar para mi examen mientras Sergio se recorre gimnasios e institutos intentando encontrar un trabajo, y solo una vez solucionados esos dos problemas iremos a Madrid a recoger el resto de cosas de Sergio y a pasarnos también a ver a sus padres. Así que, cuando él sale de casa, yo me siento a la mesa del salón y me enfrento a la anatomía patológica.

CAPÍTULO XIV
(Déborah)
No lo sé, dímelo tú

Ahora toca aprender
cómo dejar de querer,
saber borrarlo bien,
que igual que vino fue,
que hoy es cero.

Cero, Dani Martín

Me despido de John en el rellano y abro la puerta de casa. Danger entra sin esperar nada y yo agarro la maleta para tirar de ella y pasar también.

—¿Erick? Ya estoy de vuelta —compruebo si hay alguien en casa. Nadie me contesta, así que supongo que estoy sola.

Dedico el resto de la tarde a recoger todo mi equipaje, a poner una lavadora y a limpiar un poco, porque se nota demasiado que en el último mes aquí solo ha estado un hombre, y particularmente vago. Cuando ya estoy haciendo la cena es cuando Erick aparece por la puerta.

—Hombre, hola —digo.

—Hola, ociosa. ¿Qué tal las vacaciones? —implora.

—Bien, exactamente lo que necesitaba después de Selectividad.

Él se acerca y hace el amago de darme un abrazo pero, en cuanto me roza, Danger gruñe y empieza a ladrarle como un loco.

—¡Joder! —se sobresalta apartándose de mí—. Ese perro está poseído por el demonio. —Sí, con la cara que pone cuando se enfada parece cualquier cosa menos un perro.

—¡Danger, por favor! —le regaño—. No le hagas caso —le digo a Erick.

—Ya, como si fuera tan fácil —ironiza él—. Oye, voy a cambiarme, ahora hablamos.

Mientras cenamos le cuento a Erick cómo lo hemos pasado. Yo tengo las defensas bajas con el tema de Sergio y Nora, así que me dejo llevar, me desahogo y no concluyo hasta que noto que si continuo me echaré a llorar.

—Creía que no había nada peor que tener que aguantar a esa rubia de bote odiosa, todo el día pegada a él, pero sí lo hay: se quedan en Málaga felices y contentos y en el mismo apartamento en que hemos estado porque además han tenido suerte —necesito hacer una pausa por la rabia y la tristeza—. Sergio vendrá a recoger sus cosas pero después ni siquiera sé si volveré a verle.

—No sufras, Déborah, son cosas de la vida, ya sabes, “siempre me voy a enamorar de quien de mí no se enamora” —intenta restarle importancia—. Además, creo que ese tío no te convenía, no me gusta.

—John me dice lo mismo. Él me está ayudando mucho a no derrumbarme —le explico.

—¿John? —parece sorprendido.

—Sí —señalo hacia la puerta principal, indicando que me refiero al

vecino, y no soy capaz de interpretar la extraña expresión en la cara de Erick.

Nos quedamos en silencio un momento hasta que él se levanta arrastrando su silla.

—Déborah, ven a mi habitación, tengo que enseñarte algo.

—¿El qué? —este chico a veces es muy raro.

—Ven —me repite.

Me pongo en pie y le sigo hasta su cuarto. Cuando entramos Erick se sienta en la silla de su escritorio y yo me coloco junto a él. Supongo que a lo mejor quiere enseñarme algo en su ordenador pero en cambio se inclina a abrir el segundo de los cajones de su mesa y saca un sobre que me tiende.

—Esto es para ti.

—¿Para mí? —pregunto extrañada—. ¿Qué es esto, Erick?

Abro el sobre y encuentro en su interior un cheque bancario. Lo saco y al mirarlo casi me espanto. ¡Madre mía! ¡Nunca había visto tantos ceros juntos!

—Pero, ¿qué...? —No entiendo nada.

Antes de que yo diga nada más Erick abre su portátil y de repente en su pantalla aparece yo: una de aquellas fotos que me hizo, concretamente.

—No me he podido resistir, he metido tus fotos en la página *web*. Eso es solo lo que hemos sacado hasta ahora —señala el sobre, que ahora mismo me da asco.

—¿Qué? —es lo único que consigo articular de lo indignada que me siento y arrojo el sobre encima de la mesa.

—Quería que vieras el dinero que puedes llegar a ganar para que dejara de parecerme tan mala idea.

—¿Qué coño me estás contando?! —le grito notando cómo una oleada de cabreo y rabia difícil de controlar empieza a ascender por mi cuerpo—. Te dije que no quiero mis fotos en *Internet*, me niego, ¿entiendes? —ni siquiera

sé si alguna vez alguien me ha hecho enfadar tanto—. Mierda, cualquiera puede haberlas visto, incluso conocidos, incluso mis padres y... joder, una panda de repugnantes cuarentones pajilleros —¿Cuándo he hablado yo así? Estoy empezando a perder los estribos. Me detengo y suspiro, creo que me va a dar algo—. Te lo voy a decir solo una vez: quita mis fotos de ahí. ¡Todas! O te juro que te demando.

—Danger aparece en la puerta de la habitación, entra como fuera de sí, ladrando y dispuesto a abalanzarse sobre Erick, pero le detengo antes de que le mate.

—¡Danger, no! Vámonos de aquí.

—Espera, Deborah —me detiene y me vuelvo hacia él—. Coge el dinero, úsalo para comprarte esa moto que quieres, ya que no te la compra tu padre.

Permanezco quieta un momento fulminándole con la mirada. Luego me acerco despacio a él.

—Cometí el error de dejar que me hicieras esas fotos pero no voy a hacer ninguna idiotez más como aceptar ese dinero. Te estaría dando mi consentimiento y te aseguro que es lo último que voy a hacer.

Dicho esto y dedicándole una mirada de “borra ya esas fotos o mañana mismo me planto en la comisaría” me doy media vuelta para marcharme y Danger me sigue.

Al día siguiente me encuentro tirada en la cama mientras hablo con Nerea por teléfono y nos ponemos al día sobre nuestro mes de agosto, dado que no hemos hablado mucho. Le cuento todo lo que me ha pasado con Sergio pero ahora ya estoy lo suficientemente serena como para que parezca que no me duele tanto.

Cuando cuelgo no puedo evitar afrontar lo que me tiene algo angustiada esta mañana: no puedo estar segura de que Erick haya borrado mis fotos de la página. Me planteo comprobarlo desde mi ordenador pero, claro, tendría que pagar, y con tarjeta. De hecho, solo hay un ordenador desde el que puedo ver lo que hay en esa página de forma gratuita: el de Erick. Vacilo un instante y después me levanto de la cama.

Entreabro la puerta de mi habitación intentando enterarme de lo que ocurre en la de enfrente. Justo en ese momento Erick pasa por delante de mi cuarto en dirección al baño y me aparto de la puerta como un resorte. Mierda, casi me pilla cotilleando. Cuando me recupero del susto me doy cuenta de que estoy escuchando el agua de la ducha. Sí, se va a duchar, me da tiempo a entrar, comprobar la página y salir sin que se entere, pero rápido.

Para cuando me planteo que no debería hacerlo, que me puede descubrir con las manos en la masa, ya estoy dentro de su habitación. Una luz azul me dice que, aunque el portátil está cerrado, está encendido. ¡Bingo! Menos mal, sobre todo porque sé que el ordenador de Erick tiene contraseña. Cuando lo abro me topo directamente con la página de inicio de la *web*. Vaya, toda una oferta de chicas estupendas, aunque las fotos de presentación no sean en las que salen tan ligeras de ropa. Es al ver que entre ellas estoy yo cuando me da un vuelco el corazón. Casi temblando hago *click* sobre mi cara. Automáticamente me invaden esas horribles fotos que como una idiota dejé que me tomara.

Pero no solo eso; hay una foto mía en la cama, durmiendo, con el pijama de verano que de hecho estoy usando estos últimos días. Esto no puede ser, esto ya es muy serio. Pero aún hay más y peor, porque también encuentro nada más y nada menos que un vídeo. A punto de echarme a llorar, le doy a *play*. Soy yo en el cuarto de baño; concretamente, esta misma mañana cuando salía de la ducha. Me envuelvo en la toalla, me peino, me echo crema

hidratante...

Se acabó, hasta aquí he llegado; ahora mismo saco pruebas de esto y salgo corriendo hacia la comisaría. Me fijo en que la impresora está conectada al ordenador. No tengo tiempo que perder. Enciendo el aparato a la vez que hago una captura de pantalla y le doy rápidamente a *Imprimir*. Vamos, vamos, vamos...

—¿Qué haces, Déborah? —un escalofrío me recorre la espalda al escuchar la voz de Erick detrás de mí.

Aprieto un instante los párpados e inspiro profundamente intentando recomponerme antes de girarme hacia él. Justo en ese momento la hoja termina de salir de la impresora, pero Erick se abalanza sobre ella y la coge antes que yo. Mierda. La mira y ve lo que es.

—¿Acaso estás pensando en denunciarme? —inquire.

—Te lo avisé ayer —le recuerdo.

—No, Déborah, a mí no me la lías —se inclina a coger un mechero que hay sobre la mesa, lo enciende y en cuestión de segundos el papel ha quedado reducido a cenizas.

—¡Eres un puto enfermo! Me has hecho un vídeo con una cámara que me has puesto en el baño. ¡Joder, has entrado en mi habitación y me has hecho una foto dormida!

Sin dejarle siquiera hablar, porque no tiene defensa, me dirijo hacia el cuarto de baño de mi habitación. Una vez allí me paro a visualizar desde qué ángulo estaba grabado ese vídeo. Me giro despacio hacia la estantería y la analizo con mis ojos minuciosamente hasta que la encuentro, fijada a una esquina, totalmente camuflada, una cámara sorprendentemente minúscula. Se me tensa la mandíbula por la rabia que siento y me acerco allí. La extraigo de su lugar y la observo un momento en mi mano, pero no puedo contenerme más y la estampo contra el suelo para después pisarla repetidas veces hasta

desahogarme.

—¿Qué estás haciendo? —Erick aparece en el baño—. ¡Estate quieta, imbécil! ¿Sabes cuánto cuesta eso? —me aparta de un empujón para que pare pero la cámara ya ha quedado hecha pedazos.

—¿Qué? —no me lo puedo creer—. ¡Me importa una mierda lo que valga! Esa cámara me ha grabado desnuda y no la has quitado porque pretendías volver a hacerlo.

—¡No tienen ni idea de lo que acabas de hacer, estúpida!

Da el paso que le separa de mí con actitud agresiva y llega a darme verdadero miedo. Lo único que oigo es el gruñido de advertencia de Danger, que se ha quedado parado en el umbral de la puerta. Erick se gira hacia él y luego vuelve a mirarme a mí como perdonándome la vida.

—¿Sabes qué? Tú lo has querido, voy a borrar esas fotos.

Me da la espalda y tiene el valor que yo no habría tenido en su lugar de pasar junto al perro para salir de aquí. Se dirige a su habitación y yo le sigo a tiempo de ver cómo se coloca frente al ordenador. Para mi asombro, delante de mí empieza a borrar todas las fotografías una a una y también ese dichoso vídeo. Entonces me mira

—¿Contenta? —inquire y yo frunzo el ceño.

—Estaré atenta para que no las vuelvas a subir —aseguro, consciente de que he podido conseguir que las borre pero ya no puedo hacer nada para quitarlas de su poder. Con paso firme me largo de su habitación y me cruzo con mi perro—. Danger, nos vamos.

Apenas paso por mi cuarto para coger las llaves y el móvil, agarro al *rottweiler* por su collar y salimos de casa dando un portazo. Enseguida me derrumbo y voy hasta la puerta de John para empezar a llamar al timbre desesperadamente. Él no tarda en abrirnos.

—*Eh*, hola, Déborah —me saluda.

Un momento, no puedo contarle todo esto. Cuando Sergio supo lo que había hecho me echó la bronca, seguro que pensó que se me había ido la cabeza y que soy un putón verbenero, y no puedo dejar que lo piense John también. Él hace una mueca como esperando a que yo reaccione.

—Hola —consigo hablar al fin—. *Eeemm...* ¿Te vienes a pasear con Danger? Ya no aguanta más en casa.

—¿Estás bien? —inquire.

—Sí, es que... este perro se pone insoportable —me invento pero puedo ver perfectamente en su cara que no se lo ha creído.

—Pasa y me esperas, me cambio en un momento.

Entro y aguardo en el salón hasta que él se ha vestido y entonces bajamos a la calle. Damos un paseo y empiezo a sentirme mejor. John ha notado que me ocurre algo aunque no se lo cuente, pero supongo que prefiere no preguntarme y esperar a que sea yo quien decida confiar en él y le pida consejo sobre mi problema.

Pasamos el resto del día juntos hasta que se nos hace tarde, pero para entonces no tengo que esforzarme en inventarme nada para aplazar el momento de irme a casa, porque John ya se ha dado perfecta cuenta de que no quiero volver allí, así que pone una película para que así yo tenga la excusa de que me he dormido y pueda quedarme aquí.

A la mañana siguiente me despierto por arte de magia en la cama de Sergio. Me estremezco al reconocer todas sus cosas e incluso de alguna manera su olor, su presencia; no es ésta precisamente la cama en la que prefiero dormir, pero sí estoy mejor que en mi casa en compañía de un psicópata.

Me levanto y mientras desayuno sola en la cocina suena mi móvil. Es mi padre.

—Hola, papá.

—Hola, bicho —nunca dejará de llamarme así—. ¿Qué tal la vuelta a Madrid?

—Bien —o eso sería si nadie hubiera publicado fotos mías en ropa interior—. Aunque... un poco nerviosa por... ya sabes, ya va quedando poco para que empiece el curso y la universidad me intimida —digo y mi padre se carcajea.

—Tranquila, en unos días ya tendrás amigos y te moverás por la facultad como pez en el agua.

—Sí, eso dice todo el mundo —papá vuelve a reírse.

—Escucha, Cloe me ha dicho que podríamos pasar a verte a casa esta tarde, ¿te viene bien? —No, ahora mismo no me viene nada bien.

—*Eeemm...* sí, claro. Ahí... aquí estaré.

—Muy bien, te vemos luego, entonces —confirma mi padre—. Te llevaremos una sorpresa que te hemos comprado en Mallorca.

—*Oh*, gracias —un recuerdo de sus vacaciones.

—Y así conocemos también a tu compañero de piso —dice y me sobresalto.

—¿A Erick? Él no... no sé si ya tiene planes para esta tarde.

—*Ah...* en otro momento entonces —le quita importancia.

—Sí —coincido.

—Bueno, te tengo que dejar. Hasta luego, bicho.

—*Ciao*, papá.

—Adiós.

Cuando cuelgo hay una cosa que tengo clara: debo pasar por casa a avisar a Erick de que esta tarde vienen mi padre y la rubia estúpida para asegurarme de que se va y no nos molestará. Supongo que lo mejor será hacerlo antes de que se levante John, así que cojo las llaves y al perro para

que me acompañe y me armo de valor.

Danger y yo entramos en casa y me topo enseguida con Erick pero no me achanto. Le pongo mi peor cara de pocos amigos pero él la ignora.

—¡Vaya! Cuánto tiempo, desaparecida —me dice como si nada hubiera ocurrido—. ¿Dónde has estado?

—En un sitio donde no se me acosa —le recuerdo para que no se haga el tonto.

—Venga, Déborah, no te pongas así, solo...

—¡Ni se te ocurra intentar quitarle importancia a lo que has hecho! —le interrumpo con un grito de rabia—. No quiero volver a saber nada más de ti, incluso me gustaría no tener que volver a verte nunca —le aseguro y luego hago una pausa recordando a lo que he venido en realidad aquí—. Esta tarde vienen mi padre y su novia, preferiría que no estuvieras en casa.

—No te preocupes por mí, he quedado.

—Bien.

Me he mantenido firme y parece que él ha captado que no le pienso perdonar pero esto empieza a superarme. Por un momento me planteo ponerme a recoger mis cosas, pero creo que lo que haré será irme a casa de John y no volver aquí hasta esta tarde, cuando Erick se haya ido. Acto seguido, sin decir nada más, simplemente me doy la vuelta y me marcho.

—Hola, cariño —en cuanto abro la puerta principal de casa esa tarde, Cloe se lanza a darme dos besos súper emocionada. Tiene que agacharse, claro, porque una vez más lleva esos horribles zapatos rosas con taconazo de aguja.

—Hola, Cloe —correspondo.

—¿Qué tal, cielo? —mi padre también me da dos besos y entra en casa. Hoy lleva unos pantalones color caqui, una camisa blanca arremangada y el

pelo peinado hacia atrás.

—Vaya, Déborah, esta casa es estupenda —dice Cloe con su irritante voz chillona mientras se recoloca su ajustada minifalda.

—Hola —saluda John acercándose seguido por Danger. He sido yo quien le ha pedido que se quede para ayudarme a soportar esto.

—Papá, Cloe, él es John. Es el vecino de al lado, nos hemos hecho buenos amigos.

—Encantada —saluda Cloe con su radiante sonrisa dándole dos besos y mi padre también le estrecha la mano. Luego la rubia se queda mirando con pavor a Danger—. Por Dios, este... perro me sigue dando respeto.

—¿Queréis merendar? Hemos traído un bizcocho —dice mi padre tratando de esquivar el tema.

Mientras tomamos café les cuento que estoy muy contenta independizada y que cada vez me defiendo mejor en el terreno de las tareas domésticas. Cloe, como siempre, aprovecha la mínima oportunidad para hablar de su hijo, que también se ha ido a vivir solo; cuenta maravillas de él, así que tendré que conocerle. También le preguntan a John a qué se dedica y, cuando él les habla de sus intereses, a mi padre parece gustarle mi amigo, y también saber que he estado acompañada por él estas vacaciones. Es entonces cuando Cloe se acuerda de darme el regalo que me han traído de Mallorca, donde han veraneado: una camiseta rosa *fucsia* con el nombre de la isla en originales letras mayúsculas y un lagarto multicolor. Me la pruebo y resulta quedarme un poco grande pero creo que hará un bonito conjunto con unos *leggings*.

Cuando al rato por fin me he despedido de ellos y la visita ha llegado a su fin, cierro la puerta de casa y suspiro.

—Bueno, no ha sido para tanto —le digo a John.

—No, tu padre es majo —contesta él—. Y Cloe... te juro que creo que

me suena de algo su cara, no me preguntes por qué.

—De alguna película porno, seguro —suelto.

—¡Déborah, no seas mala! —me llama la atención.

No digo nada más pero me cruzo de brazos y enarco una ceja: sigo pensando que es el prototipo inconfundible de actriz porno, si no de algo peor.

Mi perro se me acerca y se queda mirándome con cara de carnero degollado: tiene hambre.

—Está bien, Danger —suspiro y me dirijo hacia la cocina.

Agarro esa bolsa de comida horriblemente grande y consigo rellenar el cuenco de Danger. Él, tan ansioso como siempre, antes de dejarme terminar se acerca y mete el morro en el comedero. Sin embargo, ocurre algo muy extraño: el *rottweiler* olfatea el pienso con actitud insegura y, sin probarlo siquiera, empuja el bol con la pata y se aparta de él.

—¿Qué pasa? —le pregunto y él me mira como queriendo decirme algo, luego señala el cuenco con el hocico y de nuevo me mira a mí. Vaya, esto es muy raro.

Busco en la bolsa del pienso la fecha de caducidad, pero resulta ser el año que viene, así que descarto esa opción. Me inclino y recojo el comedero del suelo. La comida parece perfectamente normal, no se encuentra en mal estado, no sé cuál es el problema.

—¿Qué haces? —John aparece en la cocina.

—Danger no quiere comer —le digo.

Mi perro ladra y se mueve inquieto como incitando a John a descubrir el misterio. Él inmediatamente se pone serio y permanece mirando al perro mientras piensa en lo que sea que se le esté pasando por la cabeza. Luego viene hasta mí.

—Déjame —me quita el bol de las manos. Acerca la nariz a la comida,

pero no, no huele a nada. Coge un par de bolitas de pienso para inspeccionarlas entre sus dedos—. Esto está húmedo —dice mirándome a los ojos y se muerde el labio inferior. Estoy empezando a tener miedo.

Acto seguido arroja el tazón sobre la encimera y sale de la cocina. Le sigo y veo que se mete en la habitación de Erick. No sé muy bien qué pretende pero está buscando algo con mucho ahínco. Mira debajo de la cama, detrás de la mesa, incluso en los cajones... hasta que busca dentro del armario.

—¡Joder! —dice quedándose inmóvil—. ¡Su puta madre!

John se inclina y saca del armario nada más y nada menos que una garrafa medio llena de un líquido de un débil color verdoso. Danger gruñe enfadado detrás de mí.

—¿Qué es eso? —consigo preguntar con la voz temblorosa.

—Anticongelante de coche —afirma en tono cabreado y deja la garrafa en el suelo. Enseguida saca su móvil y creo que busca algo en *Internet*—. Etilenglicol: tóxico, no huele, sabor dulce, perfecto para envenenar a un perro.

—¡¿Qué?! —solo me sale un hilo de voz. John hace una mueca y guarda su teléfono—. ¿Tú crees que...? —John se vuelve hacia mí.

—Déborah, dime qué ha pasado aquí.

—No, nada, solo...

—¡Que me lo cuentes! —exige más impasible de lo que le he visto nunca. Le miro, suspiro, y al final tengo que hablar.

—Ya sabes que Erick es fotógrafo —John asiente con la cabeza—. Entre otras cosas, fotografía a chicas... ligeras de ropa. Incluso tiene una página *web* de pago —John abre la boca para interrumpirme pero prefiero no dejarle hablar y soltarlo todo de una vez—. Me propuso hacerme unas fotos, me dijo que no las colgaría en *Internet* ni las vería nadie si yo no quería, pero

aun así me negué en rotundo —hago una pausa, ahora es cuando tengo que confesar mi error—. Hasta que conocí a Sergio; quería llamar su atención y dejé que Erick me hiciera esas fotos, solo para él, el trato era que no iba a subirlas a la página, pero cuando volvimos de vacaciones lo había hecho.

—Déborah...

—Sí, lo sé, fui una idiota, la culpa de todo esto es mía. Ya me echó la bronca Sergio. —John suspira, consciente de que ya he comprendido todo lo que pueda decirme a estas alturas.

—Vale, olvídale; hay que sacar pruebas de eso e ir a la policía —hace un amago de levantarse.

—Eso es lo siguiente que iba a decirte: lo intenté y me pilló pero conseguí que borrara todas las fotos —le explico.

—No está mal, aunque por lo fácil que ha sido estoy seguro de que se trae algo entre manos, hay que tener cuidado.

—Exacto, y no puedo vivir en la misma casa que alguien así.

—Por supuesto que no, ahora mismo te vienes a mi casa —dice sin vacilar ni un segundo y le miro—. Ahora tengo una habitación libre, ¿recuerdas?

—¿Lo dices en serio?

—Claro que sí.

—¡Oh, John! —ni siquiera sé qué decir—. Muchísimas gracias.

—De nada —se encoje de hombros.

Me paso una mano por el pelo pensando cómo agradecerle esa propuesta y que ni siquiera haya dudado. Creo que será lo mejor irme de esta casa porque, tal y como se teme John, tengo el presentimiento de que esto no va a quedar así, quizá Erick tenga en mente hacerme algo aún peor.

—Oye —John me acaricia el brazo haciendo que le mire—. Vámonos de aquí —permanezco un segundo con los ojos fijos en los suyos.

—Sí —acabo por decir, no quiero estar en esta casa cuando vuelva Erick.

Bajamos a la calle para que Danger haga pis y a comprar una nueva bolsa no intoxicada de su comida y luego volvemos a casa de John a cenar algo.

—Venga, Déborah —John se sienta a mi lado en el sofá—, no lo pienses más.

—Estoy teniendo un verano completito —suspiro—. Empiezo a pensar que alguna gitana me ha echado un mal de ojo o alguien me está haciendo *vudú*.

—No seas boba, yo estoy contigo —me abraza haciéndome apoyar la cabeza en su pecho y me acaricia el pelo—. Déborah...

—¿Qué?

—Todavía no sé qué significa que me besaras la otra noche. —Me aparto de él para mirarle a la cara.

—Significa que... lo estoy pasando bastante mal y, como acabas de decir, tú estás conmigo. —Sí, pero no solo eso—. Y que Sergio es un chico que entra por los ojos, pero tú... eres todo lo que una chica puede pedir, porque no solo me atraes físicamente, sino que además al conocerte mejor he visto que eres una gran persona. —Me quedo callada, sé que me he pasado de melodramática—. Vaya, ha sonado como en una comedia romántica cutre —reconozco sacudiendo la cabeza avergonzada y John se ríe.

—No, qué va —dice—. Bueno, sí —vuelve a carcajearse.

—¡Cállate! —protesto—. Tú también me besaste a mí —le recuerdo y se pone serio de repente. Yo tampoco sé qué soy para él.

—Sí —tarda un momento en encontrar las palabras para seguir—, porque me gustas y... conmigo estás mejor que con Sergio.

—Empiezo a darme cuenta —le miro a los ojos.

—Has tardado un poco —bromea—, pero no le daré importancia.

—Y, la verdad —continúo—, aunque ahora voy a venirme aquí, no quiero dormir en su cama. —John frunce el ceño ante mi confesión.

—Eso puede arreglarse.

Me hace reír y me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja acercándose con ese gesto más a él. Me rindo a la tentación y me lanzo a su boca y él enseguida me corresponde prolongando el beso mientras me abraza. Para estar más cómoda me coloco a horcajadas sobre sus piernas pero al hacerlo me pregunto si esto es correcto. A lo mejor me estoy precipitando, a lo mejor es ir muy deprisa; John puede pensar que soy demasiado fácil o demasiado depravada, porque no hace ni dos semanas que lo dejé con su amigo, si es que Sergio y yo llegamos a tener algo. Sin embargo, no parece estar juzgándome lo más mínimo cuando su mano va a mi cintura y no puedo negar que esto es lo que quiero. Además, pensar que ahora mismo Sergio estará con Nora sin la mínima culpabilidad es lo que definitivamente termina de convencerme. John vuelve a besarme y se me olvidan todas esas razones por las que no debería permitir que esto pase. Se echa hacia atrás para verme la cara y me acaricia la mejilla intentando descifrar si quiero que siga.

—Sigue —le digo sin dejar lugar a dudas.

John se muerde el labio inferior y señala con su cabeza hacia su derecha. Vuelvo la mirada hacia allí para ver a Danger tirado en el suelo. El *rottweiler*, al darse por aludido, sale de su aletargamiento y levanta las cejas y los ojos hacia nosotros.

—Solo es un perro, John —le recuerdo.

—*Ah*, ahora solo es un perro —replica.

Yo suspiro y me pongo en pie.

—Danger, nos vamos a dormir —le digo pero ni se inmuta.

Cojo a John de la mano para que él se levante también y nos vamos a su habitación. Él pasa después de mí y cierra la puerta.

—¿Mejor? —inquiero.

—Sí —se sienta en su cama.

Por alguna razón le estoy mirando de arriba a abajo y me están dando unas ganas incontrolables de seguir por donde íbamos. Me acerco a él, vuelvo a sentarme como me encontraba hace un momento y le beso una vez más. Luego empujo suavemente su pecho y él se deja caer hacia atrás quedando tumbado sobre la cama. Al hacerlo se le levanta ligeramente la camiseta y me percató de ese tatuaje de su cintura a la derecha de su ombligo que le vi en la playa y aún me tiene intrigada. Aparto la camiseta para verlo mejor: es redondo y se compone de líneas y formas entrelazadas e indescifrables.

—¿Qué es esto? —imploro pasando las yemas de los dedos sobre él, debe tener algún significado para él.

—Es... mi pasaporte al mundo de los vampiros.

—Pero, ¿qué dices? —me río, tiene muchos pájaros en la cabeza.

—¿Qué? Va en serio.

—Sí, claro —prefiero quitarle importancia, creo que si intentara entender sus bromas me volvería loca.

Aún con una sonrisa, me inclino una vez más hasta sus labios.

Cuando me despierto por la mañana John no está a mi lado. Me levanto, paso por el cuarto de baño y, cuando estoy yendo al salón junto a un adormilado Danger, John entra por la puerta de casa.

—Ey —saludo—, ¿de dónde vienes?

—De dejarle un par de cosas claras a nuestro amiguito —dice con una sonrisa pícaro y sé que se refiere a Erick.

—¿Qué? —Madre mía, ¿qué habrá hecho?— John...

—*Sshh* —se acerca a mí manipulando su teléfono—. Solo escucha.

Él pone a reproducir en su teléfono una grabación y lo primero que se oye es el timbre de una puerta.

—Hola —habla John— ¿Tienes sal?

—¿Quién cojones se queda sin sal? —esta vez reconozco la voz de Erick.

—Ya, bueno... ¿Entonces tienes un poco de... no sé... de anticongelante?

—¿Qué...? —en ese momento unos golpes interrumpen a Erick.

—¡Has intentado envenenar al perro, puto descerebrado! —le grita John.

—¿Solo lo he intentado? ¿No la ha palmado?

—Me das asco. Pero Danger ya no es tu único problema, Déborah me lo ha contado todo.

—¿Qué es todo?

—No lo sé, dímelo tú.

—¿Te refieres a lo de las fotos?

—A la página *web*, concretamente. Te dijo que no las colgaras. Te dijo que no lo hicieras, ¿verdad? ¿Sabes que lo que hiciste es ilegal? Se llama violación de los derechos de imagen.

—Sí, pero esas fotos eran oro para la página; creía que la convencería si se lo demostraba.

—Pero no ha sido así.

—No, y por eso las he borrado, así que no sé qué intentas echarme en cara.

—Que cometiste un delito.

—Eso no lo puedes demostrar.

—A lo mejor sí, si hubiera... no sé... si hubiera grabado esta conversación —y entonces se hace el silencio.

—Ahí es cuando le he enseñado el móvil —me explica John a mi lado.

—¡Serás hijo de la gran puta! —se escucha a Erick en la grabación.

—No, qué va, podría, pero no voy a serlo. Me renta mucho más solo amenazarte con esto para que no se te vuelva a ocurrir acercarte a Déborah. Y tampoco al perro ni a mí. Quiero decir... a la mínima, date por jodido. ¿Nos entendemos?

—Es mi compañera de piso, ¿cómo no me voy a acercar a ella?

—*Ah*, no te preocupes por eso, se viene conmigo. Luego nos pasaremos a por sus cosas.

Justo entonces se corta la grabación. Miro a John aún sin poderme creer nada de esto.

—Pero, ¿qué clase de mente enrevesada es la tuya? —inquiero alucinada. Él hace una mueca y chasquea la lengua.

—Hay que cubrirse las espaldas en esta vida —alega y tiene toda la razón—. Y ahora voy a hacer una copia de esta grabación y a guardarla a muy buen recaudo.

Cinco días después he revocado el contrato de alquiler y he devuelto las llaves; aunque, no sé muy bien por qué, John me obligó a quedarme con una copia. Al principio le dije que no podía hacer eso, pero volvió a repetirme aquello de “hay que cubrirse las espaldas en esta vida” y me ha prometido que no las usará a menos que sea estrictamente necesario. Danger y yo nos hemos instalado en casa con John y ahora estamos los tres la mar de bien, sobre todo porque ya apenas veo a Erick. Sin embargo, todavía no puedo firmar el contrato con mi nueva casera porque Sergio aún no ha puesto fin al suyo. De hecho, lo mejor será que cuando venga a Madrid vayamos juntos y matemos dos pájaros de un tiro; se lo diré.

Aparte de todo eso, yo tengo los nervios desquiciados, porque la semana

que viene tengo la presentación para los alumnos de primero en la universidad y empiezo el curso. Trato de convencerme de que no tengo por qué preocuparme: encontraré amigos, me adaptaré y podré con todo lo que se me ponga por delante.

Así están las cosas cuando John me cuenta que le ha llamado Sergio: ya ha encontrado trabajo en un gimnasio de Marbella como entrenador personal y Nora tiene su examen mañana, así que van a venir aquí unos días solo para cerrar ciertos asuntos antes de mudarse definitivamente.

CAPÍTULO XV

(Nora)

Esto es una recaída

Qué será de mí,
que sin tu boca yo me estoy volviendo loca y sé
que por ti cambiaría mi forma de ser.
Ven, provócame, hazme tuya otra vez.

Ven, provócame, Kiko & Shara

Cuando la profesora me entrega el examen respiro hondo, escribo mi nombre y apellidos y procedo a leer las preguntas. Nomenclatura de los tumores, aspecto macroscópico de la gota articular en aves, vías de embolización... *Oh*, no puedo odiar más esta asignatura. Pero creo que sabré defenderme y sacar un cinco. Sin más, me lanzo a contestar con lo que sepa o con lo que pueda inventarme.

Cuando he terminado, he repasado mis respuestas y mis compañeros ya han empezado a entregar sus exámenes, finalmente me decido a levantarme y voy hacia la mesa de la profesora un tanto insegura. Ya está, la suerte está

echada. *Oh*, más me vale haber aprobado, con lo que cuestan las segundas matrículas. Cuando le entrego el examen a la profesora, paradójicamente, ella me dedica una sonrisa que no sé muy bien cómo tomarme. En cualquier caso, me doy media vuelta para marcharme, solo quiero salir de esta clase y esperar a que publiquen las notas.

Recorro el pasillo y salgo a la calle, necesito aire fresco después de ese examen. Esperaré por aquí a Sergio.

—Nora, ven aquí —Diego (sí, Diego Arias) me asusta apareciendo de repente por mi espalda; me coge del brazo y empieza a tirar de mí. Pero, ¿qué hace él aquí? Esto es un lugar público, enseguida aparecerán los *paparazzi*, me reconocerán a mí también y mañana apareceremos en las portadas de las revistas de cotilleo.

—¿Qué haces, Diego? Suéltame.

—No, vas a venir conmigo.

—¿Qué dices? ¿A dónde? —forcejeo inútilmente.

—A casa, donde deberías estar —dice sin dejar lugar a discusión. Nunca he llegado a verle así, tan... tan parecido a Sergio.

—¡Ya basta, Diego! Sergio aparecerá en cualquier momento y no quiero que me vea contigo.

—Me encargaré de que no te vuelva a ver, ni conmigo ni con nadie.

—Diego, suéltame, me estás haciendo daño.

Y, efectivamente, me suelta, para sacar la llave y abrir el *Mercedes*.

—Sube.

—No —niego con la cabeza. Él suspira y trata de explicarse.

—Nora, date cuenta de lo que está pasando aquí: esto es una recaída. No estás enfadada conmigo, no crees que te haya puesto los cuernos con Hannah, me sigues queriendo, pero te has creado toda esa historia inconscientemente tú sola en tu cabeza porque estás horriblemente enganchada a él, querías

volver con él, no comprendo cómo consigue que solo quieras estar con él — para un instante a coger aire—. Pero eso no te va a traer nada bueno, está loco de atar y no sé qué será capaz de hacerte.

—Diego... tú no puedes entender...

—No, no entiendo que estés tan ciega. ¡Sube al coche! —me agarra por la muñeca y yo vuelvo a negar con la cabeza.

—Las manos fuera, Dieguito. No se toca lo que es mío.

La cara de Diego palidece y noto que se le corta la respiración. Huelga decir que yo misma también me tensó al instante. Él mira por encima de mi hombro pero a mí no me hace falta, reconocería su voz en cualquier parte. *Oh*, no, esto aquí no. “*Lo mata*”, son las únicas dos palabras que vienen a mi cabeza, y hasta me tiemblan las piernas. Puedo sentir cómo Sergio viene hacia mí con esa forma suya de caminar y Diego me suelta. Sé exactamente con qué mirada le está fulminando mi novio en este mismo momento, esa capacidad suya de concentrar toda su fuerza en sus ojos sin expresión facial alguna. Efectivamente, Diego acaba por dar un paso atrás. Un par de segundos después noto los dedos de Sergio a ambos lados de mi cintura, que se desplazan hasta acabar entrelazándose sobre mi ombligo.

—¿No te parece que con quien tienes que hablar es conmigo? —dice Sergio pero Diego no consigue dejar salir su voz.

—No creo que te interese, solo estaban hablando de cómo Nora podría ser feliz —Desirée aparece como de la nada. *Oh*, pero, ¿qué hace aquí ella también? Esto no puede acabar bien.

—¿Qué problema tienes conmigo, niña? —inquire Sergio y ante la pregunta Desirée adopta una expresión de prepotencia.

—Mi problema eres todo tú, empezando por el día que la pegaste, pasando por el trastorno alimenticio que le creaste y terminando por la noche en que te presentaste en el camerino de Diego. —Desirée tiene mucho valor,

se ha situado muy cerca de nosotros y mira a Sergio con los ojos llenos de ira —. Nora, ¿qué más puedo añadir ahora a la lista?

—¿Qué? Nada, Desirée... —trato de contestar.

—Di la verdad. ¿Qué te ha hecho?

—¿Sabes? No soporto a las personas entrometidas —dice Sergio.

—Ni yo a los tíos engreídos y manipuladores —espeta ella. Desirée vuelve a dirigirse a mí—. Nora, haz el favor de ponerle a este capullo una denuncia y una orden de alejamiento y vuelve con Diego. —¿Ponerle una orden de alejamiento a Sergio? Solo pensarlo me da ganas de vomitar. *Oh*, no me ha sentado nada bien el desayuno—. Diego te quiere, sabes que estás bien con él, que puede ayudarte.

—No hables sin saber —le advierte Sergio en voz baja.

—No estaba hablando contigo —contesta ella inmediatamente. Echo un vistazo general a mi alrededor. *Oh*, aquí hay demasiada gente, ahí está mi profesora de microbiología.

—No habla sin saber —interviene al fin Diego—, Nora me contó el daño que le haces. —*Oh*, no, se refiere a mí. Sergio me abraza con más fuerza, le está costando controlarse—. Estoy aquí precisamente porque ella misma me pidió que no la dejara hacer ninguna estupidez si tú volvías —me quedo de una pieza ante eso último, porque es cierto, y me encuentro preguntándome qué cosas han cambiado desde que lo dije.

—Mira, Dieguito, voy a armarme de paciencia y te lo explicaré una última vez —Sergio me agarra por el codo y de un fuerte tirón me atrae más contra su cuerpo si cabe y me sujeta ahí con la mano extendida sobre mi pecho—. Yo decido todo lo que tenga que ver con ella. Yo decido cómo se comporta y cómo se viste, cuándo se acuesta y cuándo se levanta, yo decido si le regalo flores y bombones, si la ato a la cama o si hago lo que me dé la gana con ella en cualquier sitio y en cualquier momento. ¿Clarito? —*Oh*, ya

lo está haciendo otra vez; no sé por qué siempre tiene que ser siempre tan territorial delante de Diego.

—¿Qué? Pero, ¿qué te has creído? —Desirée levanta la voz indignada—. Nora no va a hacer todo lo que tú digas. ¡Suéltala! Ni siquiera la has dejado hablar.

Sergio me acaricia el brazo desde el hombro hasta el codo.

—A ver si te entra en la cabeza, es sencillo: yo puedo hablar por ella, tú no, ¿entiendes? Va a venir conmigo, te guste o no. Me quiere a mí.

—Puedes ir olvidándote de todo eso, nadie va a volver a tratarla así —Diego entorna los ojos—. ¡A ti ella no te importa una mierda!

Sergio me aparta a un lado. Se está enervando y, sinceramente, me da miedo. No creo que aguante mucho más y no quiero que se repita lo de la última vez aquí delante, la gente nos está empezando a mirar.

—Puedes echarme en cara muchas cosas, pero eso... eso no, te lo aseguro.

Tengo que mirar a Sergio a los ojos al oírle decir algo así y lo que veo es lo mismo que vi el otro día en casa de mis padres. Le da rabia dar esa imagen, que Diego le haya dicho eso, porque yo sé que él, a su manera, me quiere mucho.

—No me demuestras otra cosa —añade Diego—. A ella no le demuestras otra cosa a pesar de que se lo merece todo.

—¿Crees que no lo sé? Soy mucho más consciente que tú de lo que vale.

—Lo dudo mucho —niega Diego—. Sigues siendo el mismo capullo que la pegó, la dejó encerrada en su propia casa y al día siguiente estuvo a punto de forzarla —y cuando dice eso me pilla con la guardia baja. *Oh*, Diego, ¿por qué has abierto ese cajón de mierda?

—¿Estamos discutiendo sobre quién la quiere más? —interviene Sergio.

—No, creo que eso ya está claro —dice Diego dando por supuesto que

es él.

—Exacto, por eso me prefiere a mí. —contesta Sergio dando por supuesto que es él.

—Porque eres una puta droga para ella. Eso es juego sucio.

—Dieguito, esto es una pérdida de tiempo, ella ya ha elegido.

—¡Déjala abrir la boca si tienes huevos! —dice Desirée—. Lo mismo te sorprende.

—Muy bien, pregúntale lo que quieras —Sergio me señala y los tres me miran a mí.

—Nora... por favor —Desirée me mira con expresión de urgencia—. ¿Tanto te costaría dejarle ahora? ¿Aun estando Diego?

Se hace un silencio sepulcral. Se me forma un nudo en la garganta mientras pienso de qué manera responder. Siento la atención de los tres sobre mí, en especial la de Diego. Asiento con la cabeza y me esfuerzo por sacar mi voz hacia fuera.

—Sí —admito y a regañadientes consigo mirar a Desirée a los ojos.

—¿Contenta? —Sergio mira a Desirée y ella niega levemente con la cabeza.

—Para nada —responde Diego en su lugar y yo intento contener las lágrimas.

—Mira, si el problema es que te parece que no sé lo que tengo o que la voy a tratar mal, puedes estar tranquilo, porque te aseguro que no es así —añade Sergio y con eso me deja otra vez de piedra.

—Sabes mentir muy bien pero a mí no me engañas —dice Diego y Sergio suspira—. Vamos, Nora, hazte valer un poco y sube al coche —apenas roza mi brazo con las yemas de sus dedos y Sergio me aparta de su alcance de un tirón.

—¡Que no la toques, ni la mires, ni la nombres!

—¿Te molesta? Te recuerdo que he estado un año saliendo con ella. —
Joder, Diego, cierra la boca.

—Vale, ya está —a mi novio se le acaba la paciencia.

Antes de que Sergio se abalance sobre Diego, me abrazo fuerte a su cuello. Dejo caer mi frente sobre su pecho preguntándome qué más puedo hacer para disuadirle de su impulso. Él intenta apartarme a un lado pero no pienso moverme de mi posición.

—Sergio, vámonos —le digo y me tiembla la voz—. Vámonos a casa.

—Nora, suéltame —exige y solo por el tono de voz que utiliza estoy a punto de hacerlo, pero no me rindo.

—¡No! —me sorprendo a mí misma gritando—. Sergio, por favor... desahógate conmigo si quieres, conmigo, pero no le hagas daño, por favor. — Por un momento, nadie dice nada y sé que están intercambiando sendas miradas asesinas. Sergio me aprieta el brazo cada vez más fuerte hasta hacerme daño.

—Adivina lo que me apetece ahora —reta Sergio a Diego pronunciando mis propios miedos en voz alta.

Sergio me rodea la cintura con su brazo y me hace girarme para rápidamente terminar de llegar hasta el coche. Para mi alivio, tanto Diego como Desirée han sido sensatos y se han quedado donde están. Mi novio me abraza más contra su cuerpo y se inclina para darme un beso en la sien antes de meterme en el vehículo.

—Nora, no estoy dispuesto a perderte, nunca, por nada.

Él sube también al coche y enseguida estamos fuera del aparcamiento de la facultad. No sé cómo actuar mientras Sergio conduce, no sé si debería decirle algo, así que prefiero mantenerme callada.

—¿Qué tal el examen, cielo? —me pregunta entonces Sergio más calmado de lo que creía que pudiera encontrarse después de esa bronca y me

siento aliviada.

—Aceptable... supongo —respondo no muy convencida y él echa un vistazo por el espejo retrovisor antes de mirarme un momento a mí.

—Verás como apruebas —me reconforta—. Yo tengo una sorpresa para ti hoy.

—¿Una sorpresa?

—Sí, voy a llevarte a un sitio —esboza una sonrisa misteriosa—. No preguntes.

Un rato después Sergio detiene el coche. Ambos salimos del vehículo. ¿Dónde me ha traído? Me basta con echar un vistazo alrededor para adivinarlo: un salón de tatuajes.

—¿Un tatuaje? —inquiero algo intimidada y Sergio asiente con la cabeza con una leve sonrisa—. Pero... ¿Para ti? ¿Para mí? ¿Para los dos?

—Para ti —enarca su ceja izquierda—. Pero será para los dos. —No sé si llego a entenderlo del todo—. Ven —me coge de la mano y me lleva hasta la entrada del local.

—Buen día —saluda una amable chica desde detrás del mostrador en cuanto entramos. Es morena, con un exceso de sombra de ojos negra y un *piercing* en la lengua. A pesar de su apariencia despreocupada veo que no es inmune a ese... algo que tiene Sergio.

—Hola —dice Sergio, que suelta mi mano y se apoya en el mostrador—. Ella va a hacerse un tatuaje.

—Por supuesto —la chica toma inmediatamente la iniciativa—. Acércate —me hace un gesto con la mano—. ¿Has pensado en algo?

—Sí —interviene Sergio y la chica le mira a los ojos—. ¿Puedes hacerle este dibujo? —le tiende una hoja de papel. *Oh*, lo tiene ahí—. No mires —me dice Sergio en tono pícaro, disuadiéndome.

—Déjame ver —la dependienta toma el papel repentinamente más seria

—. Claro —concede la chica y luego cruza una mirada conmigo—. ¿Dónde lo quieres? —Ante la pregunta miro un instante a Sergio pero supongo que tengo que responder.

—No lo sé. ¿Dónde me aconsejas? —es lo único que consigo decir.

—Si vas a querer tener hijos debemos descartar la tripa y la parte baja de la espalda, ya sabes... —*Oh*, no, ella también hablándome de bebés—. Pero hay muchos sitios donde te lo puedes hacer: la muñeca, el pecho, el muslo... Aunque creo que éste quedará bien en... en el omoplato —se queda mirándome esperando mi opinión. Yo echo un vistazo a la expresión de Sergio: creo que no le parece mal.

Minutos después me he quitado la camiseta y el sujetador y estoy tumbada bocabajo en una camilla blanca pero sigo sin saber cómo he llegado aquí ni cómo es que de repente estoy a punto de hacerme un tatuaje. Mientras un chico con un número incontable de tatuajes que no me ha inspirado demasiada confianza seguramente está poniendo a punto un aparato que prefiero no ver, Sergio se acerca a mi lado y me aparta el pelo hacia la izquierda.

—Sergio, ¿de dónde ha salido ese dibujo? Sea lo que sea —tengo que preguntar.

—Tranquila, lo ha hecho John, te gustará —dice. Supongo que puedo fiarme de John, parece un chico sensato.

—Vale, vamos a empezar —escucho al tatuador cuando se gira hacia mí—. No te preocupes, apenas te va a doler—. *Oh*, genial, así que ni siquiera él puede negar que duele.

Efectivamente, es doloroso, pero es un dolor soportable en mi omoplato derecho. Al fin y al cabo soy mujer y... bueno, la máquina de depilar también me hacía mucho daño cuando no estaba acostumbrada a ella. Y antes de lo que esperaba, termina.

Una vez estoy frente al espejo me siento insegura en cuanto a girarme para ver el dibujo, pero esto es una tontería: Sergio sabe mis gustos y yo los suyos, este tatuaje me va a encantar. Sin pensarlo más me vuelvo y acabo con esta agonía. Aparto un poco el tirante de mi sujetador para verlo mejor. *Oh*, sí, es muy bonito: una *S* y una *N* entrelazadas, como enredadas la una sobre la otra, de Sergio y Nora. Nuestras iniciales, sí, algo así es muy propio de Sergio, debería haberlo imaginado.

—¿Te gusta? —me pregunta Sergio.

—Sí —asiento con la cabeza sin poder apartar la vista del tatuaje en el espejo—. Nunca había pensado en hacerme un tatuaje pero éste... creo que ha quedado muy bien. ¿Tú qué piensas? —pido su opinión y le miro a la cara.

—A mí me gusta lo que representa y me gusta que un tatuaje es para siempre —me da un beso en el cuello.

Por último, Sergio paga a la chica del mostrador mientras el tatuador me explica los pasos que debo seguir y todos los cuidados que necesita el tatuaje al principio. *Oh*, una cosa más de la que preocuparme.

Al salir, Sergio me abraza y me besa en la frente.

—Oye, mañana nos vamos a Madrid, ¿vale? —*Oh*, estaba esperando a que me lo dijera, sabía que teníamos que ir—. Nos quedaremos hasta el domingo.

* * *

Me encuentro un poco nerviosa mientras subimos en el ascensor del

bloque de pisos de Moncloa porque Sergio me ha contado que resulta que su vecina no es ni más ni menos que Déborah y que además no es que pase precisamente poco tiempo en casa con él y con John. Genial, siempre es un placer tener cerca a alguien que me quiere tanto.

Cuando salimos del ascensor escuchamos ladrar a Danger, seguro que ha detectado nuestro olor desde que entramos en el portal o antes. Sergio saca las llaves y abre la puerta.

—¡Danger, ya está bien, cállate! —está regañándole Déborah mientras le sujeta por el collar cuando pasamos.

—Hola —la saluda Sergio.

—Hola —coincide ella.

Justo entonces Danger parece zafarse del amarre de Déborah y no hace otra cosa que correr y levantarse sobre dos patas para dejarse caer sobre mí con las delanteras. Sé que está eufórico y que solo quiere saludarme pero pesa más que yo y me tira hacia atrás. Si no me caigo de culo es porque Sergio tiene los reflejos suficientes para sujetarme.

—Ay, perdónale, Nora, no es consciente de lo grande que es —se excusa Déborah—. ¡Danger, te tengo dicho que eso no se hace, bruto!

—Tranquila, no pasa nada —digo yo recomponiéndome.

—Bueno, bienvenida —me da dos besos sin apenas rozarme las mejillas.

—Déborah, ¿no te conformarías con un *chihuahua*? No pasarían estas cosas —interviene Sergio.

—Me gusta Danger, tendréis que aceptarle.

—Ven aquí —Sergio la abraza fuerte y luego le da también un beso en la mejilla. *Oh*, no puedo evitar pensar en lo que habrá habido entre ellos.

—¿Qué pasa, tío? —me vuelvo para ver a John aparecer por el pasillo. Los dos chicos también se abrazan y luego John me mira a mí—. ¿Qué tal,

Nora? —se acerca a darme dos besos.

—Bien —de milagro.

—¿Cómo te salió el examen?

—Prefiero no elucubrar y esperar a las notas.

—Haces bien, no lo vayas a gafar —dice.

—Déborah, estás colonizando el piso a una velocidad de vértigo —
interviene Sergio mirando a su alrededor.

—*Eeemmm...* sí; de hecho, ya están aquí todas mis cosas —responde
ella.

—¿Qué? —implora Sergio.

—De eso tengo que hablar contigo: me mudo aquí. —*Oh, ¿en serio?*—.
Así que cuando quedes con la casera... vamos juntos, ¿te parece?

Mi novio arruga la frente un momento.

—Muy bien —enarca la ceja izquierda—. Entonces, ¿te ha pasado algo
malo con Erick o algo bueno con John? —esboza una sonrisa pícaro y
Déborah se sonroja.

—¿A ti qué te parece? —interviene John.

—Más bien... las dos cosas —responde Déborah.

—¿Te ha hecho algo Erick? —Sergio se pone tenso al instante.

—Las fotos —explica—, las había subido a la página cuando volví de
vacaciones.

—¿Qué? —No sé de qué hablan pero Sergio empieza a alterarse—. ¡Lo
sabía, joder, Déborah, te lo dije!

—Pero las ha borrado, se acabó, y ya ni siquiera tengo que verle.

—Mira, no solo le voy a inflar a hostias en cuanto le vea, es que como
pille el ordenador y la puta camarita se puede despedir de ellos.

En ese momento Danger ladra dos veces con toda su furia.

—*Ah*, y a Danger intentó envenenarle con anticongelante de coche —

añade John dejándonos de una pieza y Sergio mira al perro aún sin decir nada.

—Vale, hasta aquí ha llegado mi paciencia.

—No, Sergio, ya me he encargado yo de todo —dice John—. Grabé una conversación en la que confesaba para que no se le ocurra volver a hacer de las suyas, así que tú ya no te metas o será peor.

—Por supuesto que me voy a meter, ese gilipollas no se va a ir de rositas, se va a enterar.

—Joder, Sergio, así no se hacen las cosas.

—¡Yo sí arreglo así las cosas con esa clase de escoria! —le advierte Sergio—. Y lo voy a hacer, puedes estar seguro.

—¿Qué es lo que está pasando aquí? —me atrevo a interrumpir la discusión sabiendo que no quiero volver a ver a Sergio cuando se pone violento.

Mi novio me resume cuál es el problema y yo no sé qué decir. Estoy segura de que Déborah solo lo hizo para llamar la atención de Sergio y, ¿cómo no iba a conseguirlo con algo así? Vaya, debe de gustarle mucho para atreverse a hacerse esas fotos, lo que me lleva también a comprender que tengo una dura contrincante en cuanto a él.

* * *

Al día siguiente por la tarde Sergio y yo vamos a visitar a sus padres. Ellos no tienen ni idea de que hemos vuelto y menos de que su hijo se muda,

así que me pone un poco nerviosa pensar en cómo reaccionarán, a pesar de que siempre he conseguido caerles bien y me han aceptado como parte de la familia.

—Hola, hijo —su madre nos abre la puerta.

—Hola, mamá —saluda Sergio pero Rosa se ha quedado mirándome a mí.

—¡Nora! Cariño, ¿cómo estás? ¡Qué alegría volver a verte!

La madre de Sergio se inclina a darme dos besos y después también a su hijo.

—Bien —respondo—. Lo mismo digo, Rosa.

—¿Qué haces por aquí? ¿Sergio te ha secuestrado?

—Algo así —contesta mi novio guiñándome un ojo.

—Vaya, creo que puedo hacerme una idea de lo que está pasando aquí —dice su madre con una sonrisa burlona—. Pasad y explicadme esto —nos hace un gesto para que entremos y cuando lo hacemos Sergio cierra la puerta a su espalda—. ¿Queréis algo? ¿Un café, un refresco, una cerveza...?

—Cerveza —coincide Sergio mientras seguimos a su madre hacia el salón.

—¿Nora? —me pregunta a mí.

—*Coca-cola* para mí, por favor —contesto.

—Está bien, sentaos —nos dice y nosotros nos acoplamos en el sofá mientras ella va a la cocina a por las bebidas.

—¿No ha llegado papá del trabajo? —pregunta Sergio levantando la voz para que pueda oírle su madre.

—No, pero no tardará mucho —contesta Rosa entrando con las bebidas, que nos pone delante sobre la mesita de centro para luego sentarse uniéndose a nosotros—. Cuéntame, Nora, ¿qué es de tu vida? —me pide con actitud de periodista del corazón—. ¿Te mudaste a Málaga? Te he visto en la televisión,

¿de verdad has tenido una relación con Diego Arias? —*Oh*, menudo interrogatorio...

—Sí, he estado viviendo en Málaga y por una casualidad conocí a Diego. Empecé a trabajar como su bailarina principal y estuvimos saliendo pero... no funcionó.

—Nos hemos reencontrado este verano en Marbella y... —se adelanta a explicar Sergio— lo demás es historia contada —me mira.

—Por supuesto —dice Rosa—, yo sabía que algún día tendríais que volver a juntaros. Os queréis y hacéis tan buena pareja... —Sergio se ríe al ver a su madre emocionada—. Por cierto, Nora, ¿conseguiste entrar en Veterinaria?

—Sí, aunque me costó bastante.

—¡Enhorabuena! Es lo que siempre has querido hacer.

—Gracias —prefiero limitarme a sonreír hasta que Sergio le cuente a qué nos lleva todo esto.

—¿En qué curso estás ya? —me pregunta Rosa.

—Voy a pasar a tercero —contesto.

—Cómo pasa el tiempo. ¿Estás aprobando todo?

—Sí, bueno... de momento sí, con un poco de ayuda de la convocatoria de septiembre.

Justo en ese momento escuchamos una llave entrando en la cerradura de la puerta principal y ésta se abre. Me vuelvo para ver al padre de Sergio entrando en casa. Lleva un traje con una camisa azul y corbata a juego y en realidad no ha cambiado mucho desde la última vez que le vi. Cierra la puerta y al girarse me observa con expresión de incredulidad.

—¿Nora?!

—Hola —es lo único que soy capaz de decir.

Él se acerca, yo también me levanto y entonces me envuelve en un

fuerte abrazo.

—¿Cómo es que estás aquí? —me pregunta echándose hacia atrás para mirarme a la cara.

—¿Sorprendido, papá? —inquieta Sergio con una sonrisa traviesa.

—Anda, ven aquí, heredero —le hace señas para que se acerque y también a él le da un abrazo, pero con un toque algo más masculino. Acto seguido no se le pasa inclinarse a darle un ligero beso en los labios a su mujer —. Aclaradme qué significa esto.

—Nos encontramos en Málaga —cuenta Sergio.

—¿Y habéis vuelto?

—Sí, papá —responde Sergio.

—Ni siquiera deberíais haberlo dejado —ríe su padre.

—Probablemente —Sergio me lanza una mirada divertida—. Pero le estábamos intentando contar a mamá que Nora está estudiando Veterinaria en Málaga y, para que pueda terminar su carrera en esa universidad, nos vamos a quedar los dos allí.

—¿Qué?! —se alarma su padre. *Oh*, la mala noticia tan pronto y sin rodeos, muy propio de Sergio. Esto no me gusta, es culpa mía... o de mi padre.

—En el mismo apartamento en el que hemos estado de vacaciones, hemos acordado un buen precio de alquiler —añade Sergio.

—¿Y la oposición? ¿Y tu trabajo en el gimnasio? —quiere saber su madre.

—Haré la oposición en otro momento. Ya he encontrado trabajo allí en un gimnasio, empiezo el lunes, y tengo algo de dinero ahorrado, así que...

—Y yo ya no voy a trabajar con Diego pero buscaré otra cosa —me apresuro a intervenir.

—Nora, hija, tú no te preocupes; céntrate en terminar la carrera, es tu

vocación —me dice Rosa.

—Bueno, si vosotros estáis seguros... no vamos a reteneros, está claro que hay que dejaros hacer vuestras vidas —asume el papá de Sergio.

—Ay, mis polluelos vuelan del nido —Rosa se lleva una mano a la cara de nuevo emocionada.

—Pero quiero que vengáis a vernos todos los puentes y todas las vacaciones, ¿entendido? —nos advierte el padre de mi novio.

—Sí, papá —se ríe Sergio.

—No sé si tú eres lo suficientemente maduro para irte a vivir con tu novia —le dice.

—Papá, ya no soy un niño —se queja Sergio.

—Eso tendrás que demostrármelo —le reta su padre—. Venga, os invitamos a cenar —propone de repente y mira a Rosa buscando su aceptación; ella asiente con una ligera sonrisa—. Me cambio y nos vamos, ¿de acuerdo?

—No hace falta, papá... —empieza a decir Sergio.

—Os vais a ir a seiscientos kilómetros de distancia pero antes de eso saldremos a cenar todos juntos —su padre ignora sus quejas.

Vamos a un restaurante y la cena resulta amena y bastante entrañable. Todavía no sé en qué momento he asumido que ellos también son mi familia pero no puedo negar que es así, quiero mucho a estas tres personas que me rodean. A la hora de la despedida todos nos ponemos tristes y me da pena tenernos que ir tan lejos de aquí.

—Sed responsables, ¿me oís? —interviene Rosa.

—Desde luego —intento transmitirle seguridad.

—Y tú, Sergio, cuídala, tienes una chica estupenda —le dice a mi novio para después mirarme a mí y me enternezco.

—Lo sé, mamá —de nuevo Sergio y yo cruzamos una mirada.

La melodramática despedida nos cuesta aún unos minutos más. El padre de Sergio nos asegura que nos mandará dinero tanto si queremos como si no, a Rosa acaban por saltársele las lágrimas y, por lo demás, muchos besos, abrazos y promesas de vernos pronto.

Llegamos a casa y esperamos un momento el ascensor. Cuando éste llega y se abren las puertas metálicas vemos que hay alguien dentro. Se trata de un chico aproximadamente de la edad de Sergio, musculoso, de pelo azabache alborotado y ojos negros. Enseguida Sergio se apoya en la puerta cortándole el paso antes de que el chico pueda salir.

—Hombre, Erick, ¿qué tal? —Así que éste es el tal Erick; ahora entiendo por qué Sergio ha utilizado ese tono de voz que me ha intimidado incluso a mí.

—Bien, ¿y vosotros? ¿Cómo lo habéis pasado por el sur? —sonríe pero también ha notado que aquí ocurre algo.

—Muy bien, y parece que tú has aprovechado que nos hemos ido.

—¿Perdona? —intenta fingir que no le comprende y a la vez convencerse de que no ha podido enterarse.

Sergio vuelve la cabeza hacia la izquierda apartándole la mirada y se muerde el labio inferior mientras coge aire. Luego agarra a Erick por la camiseta para sacarle del ascensor y estamparle contra la pared más cercana y le sujeta ahí con la mano en su cuello.

—¡Sergio! —exclamo asustada como acto reflejo pero nadie me hace caso.

—Déborah me lo ha contado todo, imbécil —le dice Sergio con toda su ira—. Te dijo que no lo hicieras —mi novio espera un instante pero Erick no abre la boca—. ¿Verdad que te dijo que no lo hicieras? —le repite golpeándole contra la pared.

—Sí, sí... —reconoce Erick.

—¿Y creías que ella se iba a callar y que yo no iba a venir a darte de hostias? —Sergio empieza a levantar la voz—. ¡Eres un mierda! —mi novio le da un rodillazo entre las piernas y Erick se estremece—. La policía necesitará pruebas pero yo no. Yo, si me entero de algo así, simplemente te doy una paliza —le propina un fuerte puñetazo en la cara y ante eso yo casi comienzo a temblar—. ¡No te vuelvas a acercar a ella, no vuelvas ni siquiera a dirigirle la mirada! —le empuja haciéndole caer al suelo—. Te aseguro que a la próxima como poco acabas en el hospital —ni siquiera vacila antes de darle una patada en el costado con toda su rabia—. ¡Vuelve a hacer el capullo si tienes huevos!

Sergio se gira para entrar en el ascensor pero yo no doy crédito viendo a Erick aún en el suelo incorporándose a duras penas y no consigo moverme.

—Vamos —me envuelve con su brazo y me hace meterme en el ascensor.

El sábado por la mañana me despierto escuchando los primeros cantos matinales de los pájaros. Abro los ojos despacio, miro por la ventana y veo que ya ha amanecido pero, claro, en verano amanece tan pronto... Sergio está girado hacia mí y su brazo descansa sobre mi tripa. Durmiendo parece tan... otro.

A esta hora con la ventana abierta de par en par hace frío, pero estamos tapados con una manta que ha debido aparecer por arte de magia, porque no estaba anoche, y en esta cama se está tan bien, así, que no me levantaría nunca. Tiro de la manta acurrucándome más junto a Sergio. De pronto, intento evitarlo, pero estornudo. Mierda, creo que he cogido frío. Miro a Sergio, que se ha despertado y abre unos ojos somnolientos.

—Hola, nena —dice con voz ronca y bostezo.

—Perdona, te he despertado y no son más que las siete y media —digo

echando un vistazo al despertador.

—Da igual, estaba soñando contigo —me atrae más contra su cuerpo y me besa en la frente.

Cierro los ojos y la mano de Sergio se cuela bajo mi camiseta... aunque en realidad es su camiseta. Su dedo corazón da vueltas alrededor de mi ombligo, despacito, después su mano sube hasta mi pecho y vuelve a descender enviando un cosquilleo a mi estómago. Las yemas de sus dedos entran en mis braguitas y para entonces a mí ya me cuesta respirar.

—Nena, estás ardiendo.

La mano de Sergio vuelve a recorrer mi vientre, luego sube a explorar mi pecho y, *oh*, no puedo más.

—Sergio...

—¿Qué quieres, cielo?

—Sabes lo que quiero —suspiro.

Él se ríe, tira ligeramente de mi pelo, empieza a besarme en el cuello repetidas veces mientras sus dedos se deslizan por la cara interna de mi muslo.

Una hora después yo sigo tumbada bocarriba mirando al techo y Sergio, a mi lado, se ha vuelto a quedar dormido. Yo también he intentado relajarme con la intención de dormir otro rato pero ha llegado un momento en que he asumido que no va a ser posible. Miro un instante a Sergio y luego me escabullo de la cama muy sigilosamente para no despertarle otra vez.

Me doy una ducha rápida, me lavo los dientes y luego me pongo ropa interior limpia y mi propio pijama de verano. Pero entonces, al mirarme al espejo... necesito apartarme el pelo para verlo mejor. Sí, en efecto. Me paso los dedos sobre esa zona ligeramente enrojecida en mi cuello. *Oh*, Sergio... Me inspecciono también el escote y los hombros, pero no, no hay más

marcas. Bueno, supongo que no es para tanto, en unos días habrá desaparecido.

En el salón no hay nadie. Claro, es muy temprano. Yo estoy... tengo mucha hambre. Necesito desayunar algo. Se me ocurre que puedo hacer tortitas; no suelen apetecerme, pero hoy sí, con sirope de chocolate. En cuanto entro en la cocina me detengo en seco. ¿Es esto un antojo de embarazada? No... no, es imposible. No puedo dejar que me afecten las paranoias de mi padre. Me rodeo la tripa con los brazos intentando quitarme esa idea de la cabeza y voy hasta el frigorífico.

Mientras me encuentro batiendo huevos en un *bowl* oigo abrirse la puerta de algún dormitorio. Déborah aparece en el salón despeinada y frotándose los ojos.

—Hola —le digo sin desistir en mi intento de llegar a caerle bien. Ella mira hacia aquí y parpadea un par de veces.

—Hola —me contesta acercándose—. ¿Qué haces? —pregunta mirando los huevos y la harina con curiosidad.

—Tortitas —le dedico mi mejor sonrisa—. ¿Quieres?

—¡Demonios, sí! ¿Cómo voy a negarme a eso?

Unos minutos después ambas disfrutamos de nuestro delicioso desayuno. Ahora mismo Déborah no parece tan infalible, así que creo que éste puede ser el momento adecuado para hablar con ella. Sin querer pensarlo más dejo escapar lo que necesito decirle desde hace ya algún tiempo.

—Déborah, no quiero que me guardes rencor —consigo que me mire—. Por favor.

—Lo intento —suspira y procede a explicarse—. Sé que estas cosas pasan y que tú no me has hecho nada, y no es que me caigas mal, pero supongo que tú serás la primera en comprenderme si digo que... me gusta tanto... Es difícil resignarse a perderle.

—Yo... lo siento —no sé qué más decirle—. Pero ahora tienes a John, ¿no? Seguro que él te cuida muy bien.

—Sí —asiente con la mirada perdida en alguna parte pero bastante convencida.

—Y Sergio... créeme, todavía se preocupa mucho por ti —aunque prefiero callarme que ayer le dio una paliza a Erick.

—Sí, eso es lo que me consuela, que al menos hemos quedado como amigos.

—Claro —coincido—. Además, te prometo que vendremos a menudo y... bueno... si quieres... puedes contar conmigo para lo que necesites —le prometo y en la boca de Déborah puedo detectar una ligera sonrisa.

—Gracias —se limita a contestarme pero su mirada expresa mucho más—. Entonces... a ver si puedes... enseñarme a bailar como tú antes de irte —me pide al fin y me hace reír.

—¡Eso está hecho!

—¡Genial! —responde—. Por cierto, los chicos han estado hablando de haceros una cena de despedida esta noche. ¿Te gustaría?

Oh, claro, hoy es nuestra última noche aquí, mañana a primera hora de la tarde saldremos de vuelta a Málaga para llegar sobre las doce de la noche.

—¡Sí, por supuesto! Es una idea estupenda, a Sergio le encantará.

Justo entonces aparecen en el salón un John sin camiseta y un adormilado Danger.

—Buenos días —saluda John viniendo hacia nosotras—. ¿Qué es lo que huele tan bien?

—Tortitas —respondo—. ¿Quieres?

—¿Con chocolate? —implora y yo asiento con la cabeza—. Entonces no necesito responder —me guiña un ojo.

Me levanto de la silla con una sonrisa ante un personaje tan pintoresco

como John y es cuando Danger emite un fuerte ladrido.

—*Oh*, Danger, también hay para ti —le aseguro—. Aunque será mejor que no tomes chocolate, ya sabes, teobromina... —puntualizo y el perro agacha la cabeza resignado.

Cuando John termina de desayunar no mucho después, Déborah y él se van a pasear con Danger. Yo decido dedicarme a pasar la mopa por el salón y el pasillo, no le vendrá mal a este suelo.

Aún no he acabado cuando Sergio sale de la habitación. Está irresistible hoy también, despeinado, sin camiseta y muy cerca de mí. Antes de que yo pueda decir nada, él ha acaparado mis labios con uno de esos besos suyos que me vuelven loca.

—¿Lo de antes ha sido real o lo he soñado? —murmura contra mis labios.

—Ha sido muy real... e intenso —consigo responder en un jadeo y él vuelve a besarme.

—¿Estamos solos?

—Se han ido al parque con Danger.

—¿Por qué te has cambiado? —inquire y sé que se refiere a que he sustituido su camiseta por mi propio pijama.

—No puedo ir por aquí solo con una camiseta tuya —debe comprender.

—John me envidiaría demasiado, ¿verdad?

Sus dedos se entrelazan en mi espalda y se lanza a mis labios de nuevo. *Oh*, este chico es un verdadero terremoto. De pronto, con su pie entre los míos, da un golpe seco en la cara interna de mi zapatilla separándome las piernas. Sus manos se deslizan por mi trasero hasta la parte de atrás de mis muslos y hunde los dedos en mi piel. En un segundo todo gira y Sergio me sujeta contra la pared. *Oh*, no, esto aquí no; John, Déborah y el perro pueden volver en cualquier momento.

—Sergio, escucha —empujo suavemente su pecho y consigo que se separe de mí lo suficiente como para poder abrir los ojos y hablarle—. He hecho tortitas, tengo la masa en la cocina, ¿te apetecen? —veo aparecer una leve sonrisa en su boca y un goloso brillo en sus ojos.

—¿Tortitas? —repite—. Tenía pensado desayunar algo muy distinto — se inclina para morderme suavemente el cuello—, pero me has convencido.

Vamos a la cocina y, mientras yo me dedico a hacer sus tortitas, él se prepara un café con leche. Me pienso si debería hablarle de mi conversación con Déborah y al final decido que sí.

—He estado hablando con Déborah, ¿sabes? Creo que ya me no me odia tanto.

—Me alegro —Sergio suelta una risita irónica.

—Te quiere mucho —no puedo evitar añadir y él se vuelve para mirarme.

—Ya lo sé —viene y se coloca detrás de mí dejando sus manos en mis caderas—. Y yo a ella, pero tengo a alguien aquí que supera todas mis expectativas —me besa en el cuello haciéndome cerrar los ojos de nuevo.

Sergio extiende su mano sobre mi vientre enviando ese extraño pero conocido cosquilleo por mi columna vertebral. Por un momento tengo un fugaz *déjà vu* no muy agradable que consigo alejar de mi cabeza bastante rápido. Sigue recorriendo mi cuerpo con sus manos, acariciándome, besándome, haciéndome cosquillas, hasta que sus tortitas están listas.

—Sergio, ve a desayunar —le ofrezco su plato. Él me da un último beso en el hombro, coge su plato y su taza de café y se dispone a salir de la cocina—. Espera, toma esto —se gira hacia mí y le tiendo el sirope de chocolate. Y de nuevo esa sonrisa juguetona en su boca—. ¿Qué? —frunzo el ceño cuando toma el bote de mi mano.

—Que a lo mejor debería echártelo por encima y comerte a ti —contesta

y yo me quedo inmóvil como un ratoncillo asustado. Pienso solo un segundo en eso... *oh*, sobre mí el chocolate herviría—. Me lo pensaré —de repente se ha puesto serio. Bajo su intensa mirada agacho la cabeza y doy un paso atrás para apoyarme contra la encimera. Sergio entonces da media vuelta y desaparece de mi vista, pero sé que realmente se lo está planteando. *Oh*, ¿cómo voy a darle ahora el *spray* de la nata montada? Lo considerará un desafío en toda regla.

Después de fregar la sartén y el resto de cacharros, salgo al salón y encuentro a Sergio comiendo las tortitas distraídamente mientras echa un vistazo a su móvil. *Oh*, me gusta tanto, tanto... Entonces levanta la vista hacia mí y me sonrío.

—Por cierto, ¿sabes que ya tenemos plan para esta noche? —le cuento yendo hasta él.

—¿Qué plan?

—Quieren hacerte una fiesta de despedida, ya sabes...

—No podían dejarlo pasar —ríe Sergio.

—Será divertido —comento.

—Sí —coincide él—. Ven aquí —Sergio tira de mi brazo para ponerme sobre sus piernas. Una vez estoy sentada encima de él, parte un trozo de tortita y me lo ofrece—. Come, estás muy delgada. ¿Es que Diego no te daba de comer? —frunzo el ceño ante el tenedor y ante lo que acaba de decir.

—Sergio, sabes que tuve... un problema con la comida —al pestañear dejo los ojos cerrados más tiempo de lo normal. Sergio se ha quedado callado, no sé qué le pasará por la cabeza.

—Pero eso ya pasó, ahora tienes que comer —extiende su mano sobre mi tripa, me mete el tenedor en la boca y me como el trozo de tortita—. Me gustabas con quince años, rellenita y con el pelo castaño, me gustas con diecinueve, más delgada y rubia —su mano asciende por mi espalda—, y me

gustarás siempre.

Dejo caer mi cabeza sobre el hombro de Sergio y él acaricia mi pelo. Sí, a Sergio puedo reprocharle muchas cosas, pero por nada del mundo estaría dispuesta a perder esto.

Sin embargo, no puedo disfrutar mucho tiempo más de mi novio, porque a las doce y media Sergio y Déborah han quedado con la casera para modificar el contrato de alquiler. Ella estaba preocupada porque a la señora no pareció hacerle mucha gracia que quisiera meter un perro en su casa, y menos tan grande, pero cuando vuelvan nos contarán cómo ha terminado ese tema.

Así que nos hemos quedado solos John y yo y supongo que tengo que sacarle conversación. La cuestión es que creo que hay algo que debo decirle pero, ¿qué era? *Ah*, sí.

—*Oh*, John, por cierto... muchas gracias por el dibujo para el tatuaje.

—¿Ya os lo habéis hecho? —implora sonriente. ¿Qué? ¿Habéis? ¿En plural?

—*Ehh...* sí, me lo hice el día antes de venir, en el omóplato —digo y John se queda un segundo confundido, pero solo un segundo.

—¿Sí? Déjame verlo —me pide acercándose. Le doy la espalda y él me aparta un poco la camiseta para verlo—. Vaya, ha quedado muy bien.

—Me encanta —coincido. Después me vuelvo y le sonrío.

—¿Sergio no se lo ha hecho? —me pregunta John dejándome algo extrañada, aunque creo que ya sé por dónde va.

—No, ¿por qué?

—Me dijo que era para los dos —confiesa—, que os lo ibais a hacer los dos; por eso lo dibujé. Si yo hubiera sabido... —¿Qué?

—*Oh* —no me cuesta creerme esto de Sergio—, tranquilo, no importa. Me gusta mucho el tatuaje —le digo pero creo que él se sigue sintiendo un

poco culpable, seguro que en cuanto vea a Sergio se lo echará en cara.

En cualquier caso, no quiero discutir con mi novio por esto, estoy cansada de broncas. Solo tras un largo silencio John vuelve a hablarme.

—No te merece, Nora —me hace suspirar. Quizá, pero el problema es que él es verdaderamente como heroína para mí—. Deberías... no sé... vuelve con Diego. —Claro, volver con Diego ahora, supongo que es demasiado fácil decirlo.

—John, es que... no puedo —me llevo una mano a la frente—. No quiero —miro a John mientras pienso cómo explicárselo mejor—. Debo ser una maldita estúpida porque nada me convence para separarme de él. Sé perfectamente que me trató y sigue tratándome como si fuera total y únicamente suya y a veces eso me anula como persona... pero le quiero —empiezo a notar ese conocido nudo en mi garganta—. Tenía quince años cuando le conocí. Le dejé, ¿sabes? Lo hice, pero no ha habido ni un solo día en estos últimos tres años que no haya pensado en él. No soy feliz sin él.

Me acuerdo de lo que me dijo Diego: “esto es una recaída”. John parece estar de acuerdo con esas palabras pero sé que me comprende.

—Yo no puedo meterme en eso así que solo te diré... A lo mejor no te hace falta oírlo, pero... eres una chica muy fuerte, Nora —me mira y yo le sonrío—. Anda, ven aquí —se inclina hasta mí, rodea mi cuerpo con sus brazos y me abraza fuerte—. Estoy aquí para lo que quieras, ¿vale?

A las ocho de la tarde decido empezar a prepararme para esa cena con los amigos de Sergio. Suerte que preví que algo así podía ocurrir y me he traído algo de ropa para arreglarme.

Me tomo mi tiempo para ponerme guapísima hasta que finalmente me giro hacia el espejo. Una trenza sin tensión descansa sobre mi clavícula quedando unos mechones rubios sueltos cayendo a ambos lados de mi cara.

Me he puesto sombra de ojos negra, pintalabios rojo, y mis aros plateados cuelgan de mis orejas. Mi vestido negro adorna mi pecho con lentejuelas dándole una bonita forma y la falda cae ondulada hasta un corte asimétrico encima de mis rodillas. Mis piernas recién depiladas y embadurnadas de crema hidratante se continúan hasta unas bonitas sandalias negras de tacón.

Por supuesto, llevo la pulsera de Sergio alrededor de mi muñeca, pero aún juzgo que me falta algo y sé exactamente lo que es. Tardo un poco en recordar dónde he podido haberlo metido pero enseguida lo encuentro en mi neceser y me pongo mi colgante de la serpiente, mi preferido.

Justo en ese momento se abre la puerta de la habitación y Sergio entra. Cuando levanta la vista hacia mí se queda muy quieto con la boca entreabierta. Su mirada hace un recorrido por todo mi cuerpo antes de volver a mis ojos.

—No deja mucho a la imaginación —murmura. *Oh*, mierda...

—Puedo... cambiarme.

—No —niega con la cabeza—. No, ya no me conformaría con menos.

Libera el aire contenido y en dos pasos está justo delante de mí. Sin esperar a nada empieza a besarme con su furia característica. Sus manos van a la parte inferior de mi trasero y sé que está comprobando que no llevo medias. Continúo con los ojos cerrados hasta que un momento después se separa un poco de mí. A pesar de ello sus labios rozan los míos al hablar.

—¿Cuánto crees que tardarías en volver a arreglarte?

Gimo y me remuevo entre sus brazos.

—Sergio, vamos a llegar tarde —me limito a decir.

Él consulta su reloj sin soltarme aún y frunce el ceño. A regañadientes me recoloca la falda y da un paso atrás. Luego se pasa el dedo pulgar por el labio inferior quitándose los restos de mi pintalabios rojo.

—Lo bueno se hace esperar —me mira con una leve sonrisa, aunque sé

que no le hace gracia.

Se inclina hacia la cama y toma mi bolso negro, que me cuelga del hombro. Al cogerme de la mano, por un breve momento se fija en que llevo puesta su pulsera, pero luego tira de mí hacia fuera de la habitación.

—Vaya, qué guapa, Nora —me halaga Déborah cuando me ve.

—Gracias —digo. Ella lleva una preciosa camiseta morada de tirantes con unos pantalones largos negros ajustados—. Y tú.

—Vámonos ya —nos insta John.

Cuando todos salimos por la puerta, Danger cree que tiene que hacer lo mismo.

—No, Danger, tú te quedas —le explica su dueña y el *rottweiler* se sienta desilusionado antes de agachar la cabeza—. No puedes venir.

Después de un no muy largo trayecto en coche que aprovecho para retocarme el pintalabios, llegamos a nuestro destino. Todos nos esperan frente a la puerta del *Foster Hollywood* que han elegido para cenar y cuando salimos del vehículo sus miradas se dirigen hacia nosotros. Sergio enseguida está a mi lado y me habla en voz baja mientras caminamos hacia el grupo.

—Me parece que esta noche voy a tener que alejar a unos cuantos babosos desesperados de tu alrededor —su brazo rodea mi cintura—. Pero, creeme, disfruto haciéndolo. Voy a ser yo quien te quite este vestidito.

Las primeras en saludarme son Lorena y Blanca y luego también los chicos pero, en cuanto a Sara y Paula, tengo yo que tomar la iniciativa. Paula parece una chica simpática, se porta de manera amable conmigo, pero tiene algo que no me gusta. ¡Qué demonios! Es una hipócrita de cuidado. Se ha puesto un vestido palabra de honor, ajustado y cortísimo, y además le ha faltado tiempo para lanzarse al cuello de mi novio. No es que me sorprenda porque, aunque hoy su comportamiento es más exagerado que de costumbre, en Málaga también tenía pequeños gestos similares.

A la hora de colocarnos a la mesa, Sergio y yo nos sentamos juntos, Lorena, Blanca y Déborah cogen sitio delante de mí y junto a Sergio se ponen el resto de los chicos, pero Paula se apresura a sentarse justo enfrente de mi novio arrastrando con ella a Sara. Genial. Intentaré ignorarla —de hecho, es lo que hace Sergio—, pero creo que me va a costar.

—¿Qué vas a pedir? —me pregunta Sergio cuando yo sigo examinando la carta.

—No lo sé. Creo que... una ensalada de éstas.

—Eso no es nada, Nora. Come algo con consistencia.

Más tarde el camarero me pone delante mi plato: una hamburguesa con queso fundido, *bacon*, tomate, lechuga, cebolla caramelizada, mayonesa y patatas fritas. Vaya, y eso que era la más ligera de todas. Se me quita el apetito solo de ver tantísima grasa y calorías. Sin embargo, respiro hondo dispuesta a enfrentarme a la hamburguesa y me lanzo a cogerla con las dos manos para llevármela a la boca viéndome obligada a cerrar los ojos antes de morderla.

Durante la cena intento estar atenta y participar en la conversación de las chicas pero la verdad es que no me resulta fácil. No solo me estoy peleando con esta hamburguesa del demonio que puede conmigo, además tengo que soportar a Paula, que continúa con su juego. No deja de intentar llamar la atención y de reírse como una tonta ante cada cosa que dice Sergio. Y esos ridículos pestañeos... *Oh*, nunca he sentido más ganas de abofetear a alguien. Tampoco me pasa desapercibida su indirecta insinuante de que se acostó con mi novio y aprieto la mandíbula convencida de que esto ya sí que es el colmo pero, antes de que sea yo quien le calle la boca, lo hace Sergio con un simple “ya está bien, ¿no, Paula?”. Desde entonces parece algo más relajada, pero no del todo, ni mucho menos.

Para cuando al fin he conseguido que en mi plato solo queden algunas

patatas fritas, todo el mundo está ya intentando decidirse entre los postres. *Oh*, no, postre... Me niego, a eso sí que me niego. Por suerte, no soy la única; a Lorena tampoco le apetece.

—No, gracias —le digo al camarero que ha venido a tomarnos nota. Se encoge de hombros y, con el trabajo hecho, da media vuelta para marcharse.

De pronto, la mano de Sergio entra bajo mi falda y rodea mi pierna izquierda tirando hacia él para separarla de la derecha. Se desliza hacia mi tripa acelerando todos los órganos de mi cuerpo y estoy segura de que él puede notarlo. Trago saliva intentando mantener la calma delante de toda esta gente. Su dedo pulgar desciende presionando por mi ingle, justo sobre el contorno de mis bragas, y automáticamente ese cosquilleo hace que mi boca se abra empezando a hiperventilar. Se me escapa de la garganta un leve jadeo que intento disimular con un sutil carraspeo y me inclino hacia delante apoyando los codos sobre la mesa. Sergio sigue haciéndome cosquillas en la cara interna de mi muslo y siento en mi tripa un hormigueo cada vez más insoportable.

Por suerte el camarero no tarda en volver con una bandeja llena de postres y empieza a repartirlos a quienes los han pedido. Tiramisú, *brownie*, trufas, helado, batido, tarta de queso, de chocolate... *Oh*, creo que me estoy poniendo mala. Me llevo una mano a la tripa pero enseguida considero mejor opción desplazarla hasta mi boca. Noto cómo esta angustia sube por mi garganta y se queda anclada ahí, debajo de mi lengua. Joder, voy a vomitar.

—Voy un momento al servicio —me excuso y antes de terminar la frase ya me he levantado de la silla.

Cuando me he alejado la suficiente de la mesa, echo a correr disimuladamente. Entro en el baño de las chicas cubriéndome aún los labios. Necesito vomitar ahora mismo. Justo entonces Sergio entra en el baño detrás de mí.

—¿Qué haces? —inquire y me alcanza por la cintura haciéndome girar hacia él.

—Me encuentro mal —es lo único que digo sintiendo incluso una breve arcada. Sergio apenas se detiene a suspirar, me lleva hasta el lavabo y abre el grifo.

—Bebe agua —me hace inclinarme hacia el chorro mientras me sujeta el pelo.

Es cierto que al beber las náuseas se atenúan un poco. Doy aún otro trago y Sergio cierra el grifo. Enseguida me coge de la cintura y me eleva para sentarme sobre el mármol frío entre dos lavabos.

—No vas a vomitar.

—Se me está pasando —digo con la mano en mi cuello.

—No vas a vomitar ni ahora ni nunca más. Nora, no quiero enterarme de que vuelves a hacerlo, ¿me oyes? —asiento con la cabeza respirando hondo.

—No, no lo haré. Es que he visto todo eso y... —por un instante vuelvo a notar náuseas al recordar los postres pero me libero de ellas dejando a un lado la imagen.

La expresión del rostro de Sergio se relaja, se acerca aún más a mí y lleva sus manos a mis rodillas para deslizarlas por mis muslos hasta mi trasero. Cuando se inclina para besarme en la clavícula me doy cuenta de la situación. ¿Qué pasa si entra alguien y nos ve así, tal y como estamos? Sergio no debería estar aquí, en el baño de las chicas. Justo en ese momento creo que él ha pensado lo mismo, porque se aparta y me mira a los ojos.

—Si no salimos de aquí ya, llegaremos a un punto de no retorno, lo sabes —sonríe y me hace reír a mí. *Oh*, la verdad es que quiero llegar a ese punto ahora mismo—. ¿Estás mejor? —quiere asegurarse y yo asiento con la cabeza.

Sergio me coge entre sus brazos para bajarme al suelo. Me toma de la

mano y los dos salimos del baño. No me pasa desapercibida la chica que se cruza con nosotros y que unos segundos antes nos habría pillado en una situación un tanto íntima. De vuelta en la mesa me encuentro mejor, tanto que incluso llego a probar el postre de Sergio.

Después de la cena vamos a una discoteca que se está cerca de aquí. Bailamos, reímos y empiezo a tomar más confianza y a sentirme a gusto. Sin embargo, una vez he terminado la segunda copa empiezo a notar mi vejiga llena y Paula, tan encantadora por naturaleza, insiste en acompañarme al baño. *Oh*, por favor, ¿es que hay alguna ley que prohíba a las mujeres ir solas al servicio?

Cuando yo ya me estoy lavando las manos, Paula tira de la cisterna y sale de uno de los compartimentos; me sonrío a través del espejo y viene al lavabo contigo. El secador de manos eléctrico está consiguiendo exasperarme, estos trastos no valen para nada. Venga, Nora, dile algo, es ahora o nunca.

—Así que tuviste una historia con mi novio —consigo hablar mientras me seco las manos en la falda de mi vestido. Ella cierra el grifo y me dedica otra falsa sonrisa de las tuyas.

—Sí, Sergio es un buen amigo y un buen... En realidad, es muy bueno en todo —sonrío falsamente yo también. ¿Qué estás queriendo decir, asquerosa pentastómida?—. Juntos somos algo así como... un huracán —me hace un guiño y yo aprieto los dientes en un intento por controlarme al notar que se ha preocupado especialmente de hablar en presente.

Entonces Paula se vuelve y se dirige hacia la puerta. No, no puede irse, tengo que decirle cuatro cosas.

—Te gusta mucho, ¿verdad? —acabo por preguntar y consigo que se detenga. Se gira hacia mí.

—¿A quién no le gustaría? Está aún más delicioso que esas chocolatinas *Milka* con trocitos de *Oreo*. —Pienso sobre ello: tiene toda la razón, yo no lo habría descrito mejor; pero, Nora, defiende lo que es tuyo.

—Sí, lo sé, tengo mucha suerte —digo y su sonrisa se transforma en otra que me gusta aún menos.

—Y yo. No todas pueden decir que han pasado la noche con alguien como él. —*Oh*, vale, se acabó el numerito. Ya me ha enfadado.

—Confórmate con eso, no vas a volverte a acercarte a mi novio.

—Nora, yo... no me gustaría tener ningún problema contigo pero, ya sabes, la tentación es fuerte, la carne es débil, la noche es larga...

—Paula, yo me olvidaría de él. No tienes ni idea de la manera en que Sergio me quiere a mí —le aseguro.

—Cariño, sí que lo sé, os vi follando contra la pared aquella noche de la barbacoa en Marbella. —¿Sí? ¿Y qué coño está insinuando?—. Para eso es para lo que te quiere, porque eres tan estúpida que le consientes cualquier cosa en cualquier parte.

—Estás tan equivocada como resentida, Paula.

—Por favor, abre los ojos de una vez; estás empezando a darme pena.

—Ya... —Nora, no pierdas los estribos—. ¿Y esto lo haces solo por envidia o hay más? —no puedo evitar provocarla.

—No me das envidia, niña de papá, no tienes ni media hostia —dice haciéndome arrugar el entrecejo.

—Estoy con él, eso es lo que te jode —me permito ensañarme.

—Mira, has conseguido que acepte marcharse a Málaga, maldita zorra, pero yo sé exactamente lo que tengo que hacer para que su última noche aquí esté a la altura literal y figuradamente, e incluso para que se replantee lo de irse contigo.

—El ridículo, vas a hacer el ridículo —o al menos es lo único que ha

hecho hasta ahora.

—Ya lo veremos.

Me dedica una última sonrisa y me da la espalda. Durante unos segundos me limito a respirar hondo hasta que me juzgo lo suficientemente tranquila para salir del baño.

Lo que me encuentro cuando salgo es a Paula hablando con Sergio. Por supuesto, no alcanzo a oír lo que dicen, pero ella está totalmente colorada de rabia, de envidia y de odio. Es entonces cuando, al percatarse de mi presencia, Sergio me mira un segundo y luego me da la espalda para que no pueda leerle los labios. Le dice algo al oído a Paula que le hace llorar, literalmente. Él se vuelve hacia mí y me hace un gesto con la cabeza indicándome que le siga.

Yo me apresuro a ir con él para explicarle todo lo que ha ocurrido, pero en ese momento empieza a sonar la canción *Lady Marmalade* de Christina Aguilera y, en cuanto me ve, Blanca llega corriendo a mi lado, me agarra de la muñeca y tira de mí hacia la pista de baile.

—Ven, vamos a bailar; me encanta esta canción.

Intercambio entonces con Sergio una mirada de complicidad y él me hace entender que no debo preocuparme. Nos unimos a Déborah y Lorena, bailamos y descargamos un poco de adrenalina. Ellas imitan mis pasos, yo los suyos, improvisamos y nos divertimos. Todo va bien hasta que un chico que en principio no tenía pinta del típico baboso, se nos acerca.

—*Eh*, chicas, sí que sabéis moveros.

Ninguna de nosotras le dice nada, preferimos ignorarle y seguir bailando a nuestro aire. Sin embargo, empieza a resultar molesto cuando decide dedicarse a lanzarme miraditas y se arrima cada vez más a mí. Además de no ser nada atractivo, es que es demasiado mayor como para tener nada que hacer con ninguna de nosotras, porque está claro que no tiene menos de

treinta. Evito el contacto visual, quizá así capte que no quiero que siga por ese camino. Además, Sergio no anda muy lejos, lo estará presenciando todo, estará... *oh*, está justo ahí, detrás de él.

—¿Te importa dejar de comerte con los ojos a mi chica? —escucho a Sergio por encima de la música. Mi pretendiente al darse por aludido se vuelve hacia él.

—¿Es tu novia?

—Sí —contesta mirándole de esa forma—. Que corra el aire.

—Oye, no te pongas borde, que a un niño como tú le viene muy grande un bombón como ella. —¿Qué? *Oh*, pero qué sobrada.

—A quien le vendría grande es a un patético cuarentón acabado —reacciona Sergio.

—Sí, pero yo no veo ninguno por aquí —dice y Sergio alza la ceja izquierda como pensando “deberías mirarte en un espejo”—. Venga, bonita, olvídate de este crío y sal con un hombre de verdad, con experiencia y que te va a tratar como te mereces.

Sin responder me aparto de él llegando hasta Sergio para agarrarle por el brazo y llevármelo de aquí. No quiero más broncas esta noche, ya he tenido suficiente con Paula, y agradezco que ese salido desesperado no nos siga para continuar insistiendo.

Luego Sergio se gira hacia mí y mirándole a los ojos compruebo que no está enfadado, por suerte para mí, así que doy un paso hasta él.

—¿Es mi culpa por provocarle? —inquiero y él se ríe.

—Por supuesto que sí —lleva su mano a mi cintura.

—*Oh*, fallo mío —arrugo la frente—. Esto no pasaría si tú bailaras conmigo.

—Yo no bailo —me asegura. Lo sé, creo que es lo único que tengo claro sobre él.

Apoyo la cabeza en su pecho; estoy todo lo cerca que puedo estar de él pero aún no le siento a salvo de esa lagarta.

—Sergio, estoy celosa —le confieso.

—¿Celosa? ¿Por qué?

—¿Estuviste con Paula? —hago al fin la pregunta y él suspira.

—No fue nada serio, apenas duró y aun así fue una pérdida de tiempo.

—Le gustas.

—¿Y qué?

—Que en cuanto pueda va a intentar algo.

—No digas tonterías.

—No son tonterías, hazme caso —le advierto.

—Que intente lo que quiera, me limitaré a quitármela del medio.

—No vas a... dejar que vuelva a pasar nada, ¿verdad?

—Claro que no —me dice deslizando sus manos hasta mi trasero.

Se da cuenta de que sigo preocupada a pesar de lo que me ha asegurado y se inclina a morder mi labio inferior para alzarme un poco la cabeza. Me besa como solo él sabe hacerlo pero cometo el error de abrir los ojos.

—¿Qué pasa, nena?

—Está ahí, te acaba de mirar el culo —le informo y él solo suelta un risita.

—Mírala a los ojos, verás la cara de boba que se le queda —¿Qué? ¿Mientras él me besa?

—No. No, no voy a...

—Hazlo, te va a encantar.

Sin más, acapara de nuevo mis labios en uno de sus morreos de película. Hazlo, Nora, hazlo. Me decido a abrir los ojos y la miro fijamente. *Oh*, sí que sienta bien; mira cómo aparta la vista fingiendo que nos ignora pero cómo se le nota que por dentro le está repateando. Es incluso gracioso. Nos sigue

observando de reojo y, sin darme apenas cuenta, mis dedos se enredan en el pelo de Sergio y entorno los ojos justo en el instante en que nuestras miradas se topan de nuevo. Entonces los labios de Sergio se separan de los míos apenas unos milímetros. Los dos cogemos una abundante bocanada de aire, que ya empezaba a faltarnos.

En resumen, para cuando acaba la noche, he estado yo más cerca de escabullirme con Sergio al coche un momento —de hecho, ha estado a punto de convencerme— que Paula de rozarle con un solo dedo.

Capítulo XVI

(Sergio)

Intento de kamikaze

Ganaré la guerra para conquistarte,
no quiero admitir que te vas, que te vas.
Yo perdí batallas por nunca aceptar
que no eras fácil de olvidar.

Besos en guerra, Morat y Juanes

Me encuentro con Nora en el cuarto de baño. Nos han dejado solos y acabamos de darnos una bastante dilatada y muy placentera ducha. Lo único mejor que una buena ducha fría para el calor sofocante del verano es añadir a Nora en ello. La agarro del brazo para girarla hacia mí y darle un último beso mientras le acaricio la mejilla antes de apartarme de ella para coger mi toalla blanca y colocármela alrededor de la cintura. Luego salgo del baño dejando a Nora ahí, ella todavía tiene que arreglarse el pelo, echarse crema y esas cosas que hacen todas las mujeres menos Déborah después de ducharse. Camino hasta el salón, donde me he dejado el móvil, y allí me encuentro a Déborah y

Danger sentados en el sofá. Sí, el perro se ha subido al sofá. Suerte para él que ésta ya no es mi casa.

—Déborah, no te había oído entrar —me inclino hacia la mesita para recoger mi teléfono.

—Me lo imagino, estabais... ocupados —ella frunce el ceño.

—Sí, un poco —no puedo evitar esbozar una sonrisa de soslayo.

—Te estaba esperando para enseñarte una cosa.

—¿Más fotos eróticas, Déborah? —enarco la ceja izquierda.

—¡No! —dice y me alegro de que ya haya aprendido esa lección—. Está abajo, en la calle.

—¿Y qué es? —se me ocurren un par de cosas pero... no sé.

—No te lo cuento, tienes que verlo. Es sorpresa.

—Vale, espera a que me vista y bajamos.

Vuelvo a la habitación para ponerme algo de ropa. ¿Qué querrá enseñarme ahora Déborah? No deja de sorprenderme. Por un momento, en mi cara aparece una sonrisa pícaro al recordar lo mucho que nos hemos divertido juntos este verano, pero enseguida pasa a una expresión de nostalgia al pensar que eso ya no va a volver y, sobre todo, en el daño que le he hecho. En cualquier caso, salgo de la habitación dispuesto a ver qué tiene que mostrarme.

—Muy bien, Déborah, ya estoy —la aviso.

—Vale —ella se levanta del sofá—. Ven, ya verás.

Bajamos rápidamente por las escaleras hasta la calle. Déborah sale primero y la sigo por la acera sin decir nada hasta que de repente se detiene.

—Aquí está —sonríe de oreja a oreja—. ¿No es una preciosidad?

Miro hacia donde ella señala orgullosa con la barbilla y aquí, frente a nosotros, se encuentra aparcada una bonita y reluciente *Vespa* de color azul marino.

—¿Es tuya? —imploro algo confundido.

—Sí —responde con aire orgulloso.

—Está muy bien pero, ¿no me dijiste que tu padre no quería comprarte una moto?

—Ésa es la mejor parte —me mira todavía eufórica—. He ido hoy a su casa y resulta que me ha sorprendido con esto —salta ágilmente de alegría—. Me ha dicho que ha cambiado de opinión y que, ya que estoy dispuesta a sacarme el carné de conducir, una moto pequeña me puede venir muy bien para ir y venir de la facultad y no tener que coger siempre el autobús o el metro.

—Es cierto, tampoco entiendo muy bien por qué le parecía tan mala idea —aunque, claro, yo no soy padre, no puedo comprenderlo.

—Le da un poco de miedo pensar en mí conduciendo una moto. —Sí, en realidad a mí también, sobre todo por quien se pueda cruzar con ella—. Pero al final ha entendido que es algo que tiene que aceptar, que no debe sobreprotegerme.

—Prométeme que vas a ir con mucho cuidado —le insto.

—Te lo prometo.

—De todas formas, avísame cuando la vayas a coger para quedarme en casa —bromeo.

—¡*Oh*, cállate! —arruga la frente hacia mí y me río de su cara de enfado—. Ven, hazme una foto encima de la moto para ponerla en el perfil de mis redes sociales —me pasa su móvil—. Sácame guapa.

—Descuida —le aseguro.

Ella se sube a la moto, agarra el manillar y mira hacia mí con una amplia sonrisa mientras yo le hago tres o cuatro fotos cuidándome de enfocar bien. Después me acerco hasta ella para ayudarla a bajar.

—Ven aquí —la agarro para levantarla y luego devolverla a la acera.

Cuando Déborah pone de nuevo los pies en el suelo se encuentra abrazada a mí y nuestros labios están peligrosamente cerca. Claro que me encantaría besarla ahora mismo, claro que la sigo queriendo y aún la tengo mucho cariño, pero ya nada es igual; la miro a los ojos y veo que ella también es consciente de eso. La suelto y doy un paso atrás. Ella mira al suelo incómoda pero tras un instante me habla.

—¿Qué planes tienes para hoy? —inquire.

—¿Por qué lo dices?

—Porque podríamos aprovechar la mañana para dar una clase de conducir.

—¿Qué?

—Es que cuando vaya en septiembre a la autoescuela no quiero empezar de cero, sin haber practicado un poco antes, y para eso necesito un coche.

—Me pides que te deje yo el mío, ¿no es eso?

—Veo que lo has captado —confirma lo que me temía. Inclino la cabeza hacia un lado y me quedo mirándola entornando los párpados—. Bueno, ¿qué me dices? ¿Me enseñas a conducir? —me dedica una de sus sonrisas pícaras y yo alzo las cejas aún muy poco seguro de esto.

Sin embargo, en solo una hora ha conseguido convencerme. Hemos ido a un lugar apartado sin apenas tránsito y la he dejado sentarse en el asiento del conductor de mi querido coche. Yo me pongo a su lado sintiendo algo parecido al miedo.

—Ahora arranco y...

—Espera —la detengo—. Coloca los espejos —le recuerdo y ella me mira con cara de “tienes razón, se me había pasado”. Espero pacientemente hasta que los tres retrovisores están ajustados a su medida y luego veo que se dispone de nuevo a arrancar—. Ponte el cinturón —añado haciéndolo también yo mismo y ella me obedece.

—¿Puedo arrancar ya? —inquire.

—Primero pisa embrague y freno, quita el freno de mano y mete primera —le digo y Déborah sigue mis indicaciones antes de por fin girar la llave en el contacto.

—¿Y ahora qué?

—¿Sabes lo que es el punto del embrague? —le pregunto y su mirada me responde que no, así que procedo a intentar explicárselo—. Ve levantando embrague muy despacito a la vez que empiezas a pisar suavemente el acelerador.

—Vale —frunce el ceño decidida a conseguirlo.

—Tienes solo tres intentos para arrancar el coche sin calarlo o se acabó la clase —digo solo para motivarla.

Ella me mira descontenta, y es normal, no lo ha hecho nunca. Luego coge aire y agarra el volante con fuerza, como convenciéndose a sí misma de que puede. Sin embargo, al intentarlo, el coche se le cala enseguida. Nos miramos pero Déborah, sin decir ni una sola palabra, se limita a volver a arrancar para ir a por la segunda oportunidad. Prueba de nuevo y... se le cala otra vez.

—Vale, vale, espera, a la tercera va la vencida, creo que ya lo he pillado, solo tengo que pisar un poco más el acelerador —se excusa.

Yo esbozo una sonrisa de soslayo. Déborah no se rinde, arranca una vez más y vuelve a intentarlo. En esta ocasión de repente el motor empieza a rugir de una manera que no me gusta nada y salimos disparados y a trompicones.

—¡Sí, lo he hecho! —grita orgullosa.

—¡Eso es, cárgate el coche, cárgatelo! —le suelto y sueno un poco borde porque no me gusta que traten así a mi único medio de transporte.

—*Jope*, lo siento. No te pongas así, al menos lo he arrancado.

—Ya —suspiro—. Mete segunda, que llevas un avión en vez de un coche —le digo y cuando lo hace aprieto los dientes ante el nuevo tirón del vehículo—. Mira para delante —tengo que recordarle y ella inmediatamente centra sus ojos de nuevo en la carretera.

—¿Giro a la derecha?

—No, eso está prohibidísimo, ¿no ves la señal? Gira a la izquierda. Y suelta embrague, que me lo vas a quemar —defiendo a mi coche—. ¡Para, intento de kamikaze, hay un *ceda!*

—¡Vale, vale! —frena ella de golpe.

—Vuelve a meter primera y sal sin que se te cale.

Desde entonces empieza a hacerlo un poco mejor y en realidad sí me alegro de que sea conmigo la primera vez que está circulando sola. Sin embargo, en un momento dado, cuando nos aproximamos a un paso de peatones, me fijo en el señor que se dispone a cruzar junto a su perro, pero creo que Déborah no lo ha visto, porque no parece ni que se le pase por la cabeza lo de frenar.

—Déborah, ahí hay un paso de peatones —dejo caer pero es como si ella ni siquiera me hubiera oído—. Déborah, peatón con animal con intenciones de cruzar la carretera —esta vez levanto un poco más la voz y Déborah asiente con la cabeza muy segura de sí misma pero yo diría que no va a frenar—. ¡Déborah, frena ya! —le grito y ella al fin para clavando el coche demasiado cerca de ese pobre hombre, que se aleja mirándonos mal. Déborah vuelve la cabeza hacia mí con cara de carnero degollado.

—Lo siento —dice—. Si lo había visto, pero...

—Déborah, punto uno: se pisa embrague antes de frenar o calas el coche, y punto dos: ¿cómo lo vas a ver, si no has mirado? ¡Que no miras!

* * *

Por la tarde, Nora y Déborah se han ido de compras juntas. Sí, a mí también me encanta la idea de que ahora por fin sean amigas. Seguro que se aconsejan la una a la otra y vuelven a casa con una pintoresca variedad de ropa y complementos.

John y yo, por nuestra parte, hemos invitado a Asier a casa a beber cerveza y echarnos unas partidas a la *play station* hoy que nadie nos va a molestar. Mi amigo llega y le abro la puerta antes de volver donde estaba. Asier ya se siente aquí como en su propia casa, así que él mismo entra en la cocina para hacerse con un botellín de *mahou* y viene al salón a sentarse en el sofá con nosotros. Charlamos un rato sobre mi decisión de quedarme en Málaga con Nora y sobre el gilipollas de Erick y la novedad de que Déborah se haya venido a vivir aquí; aunque, claro, Asier solo es capaz de pensar en una cosa: en las ventajas y posibilidades que tiene John ahora que comparte piso con ella. Nunca cambiará, madurará ni sentará la cabeza.

Mi amigo con mentalidad de adolescente salido, que además siempre tiene que cotillearlo todo, se levanta para coger una fotografía de Déborah que se encuentra con un marco blanco en la estantería. Sale ella con su padre y esa madrastra suya que le cae tan mal en la playa el verano pasado.

—Yo conozco a esta tía —dice Asier. John y yo nos miramos. ¿Está tonto o qué le pasa?

—Claro, Asier, es Déborah —enarco la ceja izquierda.

—Ella no, gilipollas, la rubia —aclara refiriéndose a Cloe. ¿La conoce? Asier entonces chasquea los dedos—. ¡Ya sé quién es! Es *Kitty Kelly*, la

actriz porno.

—¿Cómo dices? —John pone cara de incredulidad, no le convence lo que dice Asier; en cambio a mí me parece que a esa mujer le pega bastante hacer películas eróticas.

—Sí, mira, pásame el móvil.

En solo un momento estamos viendo videos porno en *Internet*. Efectivamente, es ella, y hay que admitir que se le da muy bien lo que hace además de que, por qué no decirlo, está bastante buena, aunque en estas imágenes tiene unos años menos que ahora.

—No me lo puedo creer —dice John.

—¿Qué acabas de ver? —le replica Asier.

—Creo que Déborah ni siquiera sabe esto, puede que ni siquiera su padre lo sepa.

—¿Qué piensas hacer? —le pregunto a John; sé que, mientras Asier se encuentra absorto en el vídeo, a John lo que le preocupa es eso.

—No lo sé —frunce el ceño—. ¿Debería decírselo?

—Yo pienso que Déborah ya le tiene suficiente asco a esa mujer y que tampoco ganas nada con contárselo, esto fue hace tiempo —le doy mi opinión y mi consejo.

—Supongo que tienes razón

John se encoje de hombros pero sé que cuando se pone así es que todavía no lo tiene claro, porque él siempre tiene que pensar mucho las cosas para tomar la mejor decisión. En cualquier caso, eso es problema suyo, ya le he dicho lo que yo haría, así que para distraerle intento que todo esto vuelva a la normalidad.

—Asier, deja de ver esas cosas —le amonesto—. Hazlo en tu casa cuando estés solo.

—No me cortes el rollo, tío.

—Sí, no quiero que lleguen las chicas y nos pillen con eso —por un momento me lo imagino, sería un desastre—. Venga, vamos a jugar una partida.

Capítulo XVII
(Déborah)
Ganas de probarte

Sé que me vas a odiar,
juro no fue personal,
deseaba probar de tu cuerpo.
Caíste en mi trampa,
antojo sexual.

Perjurio, Romeo Santos

El domingo por la mañana vuelvo a casa de hacer un par de recados. No he traído conmigo a Danger, aunque él quería venirse —además creo que hoy más desesperadamente de lo normal—, pero he tenido que dejarle en casa. He salido pronto y aún no se había levantado nadie, pero Sergio y Nora se van hoy, así que supongo que cuando suba me los encontraré haciendo las maletas. En cualquier caso, quiero pasar algo de tiempo con ellos antes de que se despidan.

—Déborah —escucho una voz que reconozco detrás de mí cuando casi he llegado al portal: la de Erick. No pienso girarme—. Déborah —vuelve a

llamarme y esta vez está más cerca. Me agarra del brazo haciéndome detenerme.

—¿Qué quieres? —tengo que decirle, exasperada.

—Pedirte perdón —su mirada parece sincera.

—Eso no va a arreglar que me hayan visto semidesnuda no sé cuántos tíos.

—Lo sé, pero... me arrepiento y no volveré a hacer nada de eso. — Enarco una ceja y me cruzo de brazos retándole a que intente convencerme con un argumento mejor—. Y puedo compensarte —añade entonces.

—¿Sí? ¿Cómo?

—Tengo un amigo que trabaja en la industria del cine. Le pedí que le diera una oportunidad a tu libro, se lo ha leído y me ha dicho que le ha convencido bastante, que podría sacar una buena película de esa historia — me deja anonadada, esto no puede ser verdad.

—¿Estás de coña? —es lo único que consigo decir.

—No, es en serio —me asegura—. Ya sabes, él me debía algún favor y... ¡Qué coño! ¡Tu libro es bueno!

—Muy bien —digo—. Déjame hablar con él por teléfono.

—No, él quiere que vayamos a verle personalmente a su oficina.

—¿No puedo llamarle? —insisto.

—Está siempre muy liado. Si le llamas, te contestará una secretaria, te dirá que está en una reunión y no conseguirás que te lo pase —me explica pero yo intento mantenerme firme—. ¿De verdad vas a perder esta oportunidad?

Todo esto me sigue resultando muy raro pero, ¿y si es cierto? Ya sé que las probabilidades de que a mí me ocurra algo así son pocas, pero sí es posible. Imagínate, *Escoria* en el cine. Toda España vería la película de mi novela, firmaría muchísimos libros, me haría famosa, autora *best seller* y,

sobre todo, haría todo lo posible por que fuera Hugo Silva quien interpretara al protagonista. *Oh*, Hugo Silva...

—Está bien, de acuerdo —acabo accediendo antes de darme cuenta siquiera.

—Vamos en mi moto; ahora mismo, si quieres.

—¿Ahora? —inquiero.

—Sí —asiente—. Cuanto antes, mejor. ¿No tienes ganas?

—Pero...

—Ven, vamos —camina hasta la *Harley*—. No tardaremos mucho, estaremos de vuelta enseguida.

Yo dudo todavía sin moverme. Igual no debería subirme en una moto con el chico que me hizo aquella putada. Sin embargo, al final me encuentro yendo hacia allí.

—Iré, pero no creas que voy a perdonarte ni aunque la película sea un éxito de taquilla, que lo será —le advierto—. Tendrás que currártelo muchísimo más, lo que hiciste fue muy grave.

—Lo sé, lo sé, pero por algo se empieza.

Erick me ofrece un casco, que yo tomo entre mis manos. Luego se pone el suyo y se sube a la moto para enseguida arrancarla.

—Sube —me dice. Vacilo aún unos segundos más pero me pongo el casco y acabo sentándome detrás de él.

—Agárrate fuerte —me recuerda y cuando hago lo que me dice y me aferro a su cuerpo pone la moto en marcha.

Es curioso, porque cuando me llevó en la *Harley* el día que nos conocimos esto tenía cierto atractivo, me gustó sujetarme a su cintura y sentir la velocidad, pero ahora que sé de lo que es capaz, ahora que he sufrido un acoso por su parte, lo cierto es que no me siento ni mucho menos cómoda aquí. Me recuerdo a mí misma por qué he subido a esta moto: porque uno de

mis sueños siempre ha sido ver una historia mía llevada al cine, porque se me ha presentado la oportunidad cuando ni siquiera en un momento de excesivo optimismo creí que pudiera llegar a ocurrir. Por lo tanto, y porque tampoco tengo otra opción, permanezco callada y quieta mientras circulamos por la autopista.

Pasan los minutos y no llegamos a ninguna parte, estoy empezando a ponerme nerviosa y me inclino hacia Erick.

—¿Falta mucho?

—No, ya llegamos.

Me convence por un rato más pero después vuelvo a preguntarle dudando de nuevo de nuestro rumbo.

—Erick, ¿dónde me llevas?

—Dentro de un momento lo verás.

—Pero, ¿por qué está tan lejos? —inquiero alterada pero él no me contesta—. ¡Erick! —le golpeo la espalda pero sigue sin hacerme caso.

No, esto no me gusta nada, no sé dónde estamos yendo. ¿Y si me he dejado engañar como una idiota? Un verdadero miedo, no como el que pasas cuando ves una película de terror, empieza a invadir mi cuerpo. Quizá quiera hacerme daño, me puedo esperar cualquier cosa de él. Jamás debería haber subido a la *Harley*. Joder...

—¡Para la moto ahora mismo! —le grito—. ¡Erick, para!

—¡Estate quieta! —me advierte con un tono que yo nunca he llegado a escucharle y comienzo a sentir una angustia que hace que las lágrimas se acumulen en mis ojos.

—¡No! ¡Me quiero bajar, Erick, quiero bajar! ¡Frena! —mi cuerpo empieza a temblar de lo asustada que me encuentro—. Por favor, para — vuelvo a pedir esta vez sollozando.

Justo entonces Erick toma la salida a la derecha de la autopista. Espero

que esto signifique que hemos llegado a dondequiera que vayamos, aunque quizá debería preferir que no llegáramos nunca.

Efectivamente, no me equivocaba, y pronto llegamos frente a una edificación de tres plantas con numerosas ventanas en su fachada y en cuya parte superior rige un cartel que reza “hotel”. Sin embargo, sobre la puerta lateral frente a la que Erick detiene la moto, se puede leer en letras de neón ahora pagadas “*Club Lince*”. El corazón me da un vuelco justo cuando Erick apaga el motor.

—Baja —me ordena.

—¿Dónde me has traído? —solo me sale un hilo de voz.

—Te he dicho que bajas —me repite de mala manera quitándose el casco.

Yo también me deshago de mi casco pero estoy temblando y no soy capaz de reaccionar hasta que mi cuerpo lo hace por instinto: tiro el casco al suelo, salto ágilmente de la moto y echo a correr todo lo deprisa que puedo. Sé que no conseguiré nada pero algo en mí me obliga a intentar escapar. En cuestión de segundos Erick me alcanza y me agarra del brazo haciendo que me detenga. Él tiene más fuerza que yo pero forcejeo, me agito, me revuelvo, pataleo, intento pegarle y grito.

—¡Suéltame! —no puedo evitar llorar—. ¡Quiero irme a casa! —

—No, eso no va a poder ser —consigue sujetarme lo suficientemente fuerte para hacerme caminar delante de él y me quita el bolso bandolera que hasta ahora llevaba colgado.

—¡Devuélveme mi bolso!

—Deja de gritar, guapa.

—¿Qué coño es este sitio? —comienzo a sentir rabia.

—Esto... bueno... es un lugar en el que vas a obedecer a todo lo que se te diga sin rechistar.

—¡Y una mierda! —grito y me sacudo con movimientos bruscos sin querer rendirme hasta que Erick me pega una fuerte bofetada en la cara.

—¿Sabes? Vas a tener que aprender a quedarte quietecita por las buenas o por las malas —y me empuja obligándome a continuar andando.

—Me has engañado —le reprocho sollozando de nuevo.

—Sí, he tenido que hacerlo. Todo habría sido distinto si no te hubieras negado de esa manera a dejar tus fotos en la página, hasta te ofrecí dinero, pero... parece que es trayéndote aquí la única manera de sacar provecho de ti.

Joder, ni siquiera puedo pensar qué es lo que querrá hacer conmigo y tampoco tengo ya fuerzas para seguir forcejeando.

Entramos en el hotel. Estoy demasiado horrorizada como para fijarme en detalle en lo que me rodea, solo sé que ésta es una habitación oscura, sucia y desordenada y que hay algunas personas, tanto hombres como mujeres, que nos miran pero que ni se inmutan. Ni siquiera debería tener que pedir auxilio para que me ayudaran, así que no lo hago porque tampoco creo que valga la pena; de hecho, algo me dice que incluso están acostumbrados a ver esto. A medida que nos adentramos más en la estancia, el profundo miedo que siento se acentúa aún más y vuelvo a dar fuertes tirones tratando de escapar.

—No —niego, resistiéndome—. No, te has equivocado de chica.

—Yo creo que he elegido a la perfecta —contesta con sorna.

Intento arañarle e incluso morderle como una histérica para que me suelte pero con eso solo me gana un puñetazo en el costado que me deja casi sin respiración. Intento inclinarme hacia delante sin poder evitar llorar pero Erick me mantiene erguida e inmovilizada.

—¡Ya está bien! —me grita—. Sube.

Consigo abrir los ojos y veo que delante de mí hay una escalera. Erick me empuja para que suba el primer peldaño y luego todos los demás.

Llegamos a un largo pasillo y Erick me conduce hacia el fondo de él

hasta que se detiene frente a una puerta, concretamente, la que tiene el número 114. Algo en mí se rompe al fijarme en ese número y me dice que no va a ocurrir nada bueno ahí dentro. Erick me hace entrar y solo entonces me suelta. Me quedo observándole cerrar la puerta con llave hasta que reacciono y me abalanzo sobre él para impedir que me encierre, pero ya es tarde, y me empuja haciéndome caer al suelo. Cuando me recupero del golpe simplemente me deslizo hacia atrás para hacerme un ovillo contra la pared y seguir llorando. Erick se acerca y se agacha delante de mí. Alarga la mano hasta mi barbilla haciendo que levante la cabeza y le mire.

—Voy a explicarte cómo va esto: desde ahora eres una prostituta, esta noche traerás a esta habitación a los clientes para que empieces a aprender lo que tienes que hacer. —Ni siquiera consigo negar con la cabeza, solo llorar por lo estúpida que he sido—. Mañana sacaré dos billetes de avión y viajaremos al país en el que vas a quedarte ejerciendo. Solo tienes que recordar tres sencillas reglas. La primera: a mí y a mis compañeros nos obedeces sin rechistar, la segunda: no te intentas escapar, y la tercera: para los clientes tú estás haciendo esto por tu propia voluntad y no te niegas a nada que se te pida o que se quiera hacer contigo —hace una pausa como para dejarme asimilar lo que acaba de decirme, pero esto no me puede estar pasando a mí, es una horrible pesadilla y no quiero ni puedo resignarme a ello—. Si incumples alguna de esas reglas, te quito las ganas de volverlo a hacer a golpes. Si tengo que seguir, lo hago por tu padre y por tu madre, sabes que sé exactamente dónde viven y te reto a comprobar qué soy capaz de hacer. Y también puedo continuar por el resto de tu familia, tus amigas, Sergio, John... ¿Me he explicado? —no es una pregunta retórica pero mi cuerpo tiembla por el miedo y el llanto y me he quedado sin voz—. ¿Me he explicado? —me vuelve a preguntar impasible y yo intento responder antes de llevarme otra bofetada.

—Sí —consigo pronunciar en un sollozo.

Mi secuestrador se pone entonces de pie de forma calmada.

—Levántate —me ordena. Yo le miro desde el suelo con ojos suplicantes, no sé qué querrá de mí—. ¿Tengo que repetírtelo? —me amenaza y yo me levanto pesadamente—. Buena chica —lleva las manos a mis hombros sujetándome contra la pared—. ¿Por qué no vemos qué tal se te da esto? —sugiere y yo tardo un momento en entender lo que ha querido decir.

—No —le suplico—. No, por favor —otra lágrima resbala por mi mejilla—. Déjame irme.

—No, tengo muchas ganas de probarte, desde el primer día que te vi.

Acaricia mi cintura y yo pongo una mano en su pecho para mantener la distancia, pero él me la retira y me sujeta ambas muñecas con muchísima fuerza detrás de mi espalda. Trato de liberarme pero solo consigo que me mire enfadado.

—A ver, esto va así —suspira armándose de paciencia—: si tú te portas mal, yo me porto mal. La diferencia es que yo tengo más fuerza y puedo ser muy bruto, te lo aseguro; así que me da igual si te resistes porque la única que sale perjudicada eres tú, ¿entiendes? —me ignora cuando le fulmino con la mirada.

Erick enreda los dedos en mi pelo para apartármelo y empezar a besar mi cuello repetidas veces demasiado intensamente. Sigue por mi clavícula, mi hombro y yo no puedo dejar de llorar. Luego alza la mano y acaricia el perfil de mi pecho.

—¡No me toques! —le doy un fuerte empujón pero no consigo apartarle de mí ni un centímetro.

—Venga, solo tienes que estarte quieta y dejarme a mí.

Agarra mi camiseta por la parte baja con la intención de quitármela. Yo

me revuelvo y me encojo para impedírselo y enseguida me llevo un puñetazo en el brazo que me hace gritar. Antes de que pueda volver a reaccionar ya estoy sin camiseta.

—¡Quítame las manos de encima! —grito y él me tira del pelo alzándome la cabeza e inmovilizándome y me mira a los ojos.

—Puedes gritar todo lo que quieras, aunque te oigan aquí no va a venir nadie —dice y yo solo le aparto la mirada y agacho la cabeza, porque sé que es verdad. Sé lo que va a hacerme y, por muy horrible que sea, no encuentro la forma de evitarlo. Tengo que admitir que estoy empezando a verlo todo perdido, a punto de rendirme.

Su boca y su nariz van a mi escote y sus dedos se cuelan en mi sujetador. Su tacto me da verdadero asco y ahora mismo solo querría poder salir de aquí. Desabrocha con movimientos ágiles los botones de mis *shorts* vaqueros, que enseguida caen al suelo. Luego su mano está en mi trasero y hunde sus dedos en mi piel. Sus respiraciones en mi oído se hacen cada vez más aceleradas y es vomitivo. Entonces empieza a jugar con el elástico de mis braguitas.

—Vamos a quitarte esto, ¿vale?

—No, no, por favor —le pido llorando pero ya no sé cómo resistirme y aunque pudiera solo serviría para que volviera a pegarme.

Erick desliza mis bragas hacia abajo por mis piernas con una horrible lentitud. Sé que está disfrutando de hacerme esto, de verme sufrir.

—Vas a ser buena, ¿verdad? —murmura en mi oído a la vez que se desabrocha la bragueta del pantalón.

Acto seguido se inclina y, con las manos detrás de mis rodillas, me levanta y me sujeta las piernas a ambos lados de su cintura sosteniéndome contra la pared.

—No, déjame —solo me sale un hilo de voz; estoy rendida, no puedo

hacer más.

—Si no te calmas te voy a hacer daño, cariño.

Todo lo que viene después se puede resumir en una sola palabra: dolor. Dolor físico y mental, quejidos y lágrimas. No sé cuándo me ha trasladado a la cama pero por fin se sacia, me suelta y se deja caer a mi lado. Yo me giro sobre el costado dándole la espalda, me encojo en postura fetal y me acaricio las muñecas doloridas mientras sigo llorando. Pienso en Danger: debería haberlo llevado conmigo, me habría protegido, siempre lo hace. También pienso en mis padres, en John, en Sergio...

No sé cuánto tiempo pasa hasta que noto de nuevo la mano de Erick en mi cintura y se inclina sobre mí.

—Deja de llorar —su tono de voz es de lo más frío—, no vayas a hacerlo esta noche con los clientes. Piensa que eres la novedad y vas a estar muy solicitada. —No, ni siquiera quiero escucharle, no quiero.

Tira de mi brazo colocándome bocarriba. Ni siquiera soy capaz de quejarme cuando acaricia mi pecho desnudo, se me pone encima otra vez y vuelve a hacerlo.

Estoy prácticamente inconsciente cuando después lleva una mano a mi mejilla haciéndome abrir los ojos y mirarle.

—Escúchame —se asegura de que le pongo atención—. Ve al baño y dúchate; tienes gel, champú y todo lo que puedas necesitar. Luego ponte algo de ropa de lo que hay en el armario. Cuando te hayas tranquilizado, vengo y bajamos a comer algo, así conocerás a mis compañeros y al resto de las chicas, ellas te enseñarán este sitio, algunas hablan español. Y esta noche vas a bailar y a ser encantadora con los clientes. Ya sabes, los traes aquí, la puerta estará abierta, y cuando terminéis vuelves a bajar.

Me incorporo en la cama, traigo las rodillas a mi pecho y apoyo en ellas los codos para esconder la cabeza entre mis brazos. Erick me acaricia el pelo.

—Venga, ánimo, esto no está tan mal. Sé buena mañana en el aeropuerto y todo irá bien —me dice pero no levanto la cabeza hasta que escucho que se va y cierra la puerta con llave.

Capítulo XVIII

(John)

Cómplice

Antes que no,
prefiero pensar que sí se puede
tocar el sol,
llegar al cielo antes que cierre.
Prefiero pensar que sí se puede.

Antes que no, David Bisbal

Cuando me despierto, Deborah no está conmigo en la cama. Sí, me dijo que tenía que ir a no sé qué sitio. Me levanto y al pasar por el salón me encuentro a Danger sentado frente a la puerta. Me mira pero sin moverse de ahí.

—¿Qué pasa, Danger? —inquiero y el perro lloriquea acariciando la puerta con la pata—. ¿Déborah no te ha sacado? Ahora bajamos a dar un paseo.

El *rottweiler* continúa en el mismo sitio mientras me preparo un café y

me lo tomo. Sí que tiene ganas de salir, parece incluso un poco desesperado, qué extraño.

Sergio me saca de mis pensamientos cuando aparece en la cocina.

—¿Qué tal, tío? —me da una palmada en la espalda.

—¿Has visto al perro? Está raro —le digo. Sergio echa un vistazo a Danger y se encoje de hombros.

—Paranoias perrunas —no le da más importancia.

Yo doy el último trago a mi café y dejo la taza en el fregadero.

—Voy a sacarle un rato y luego me iré al gimnasio —le cuento mis planes.

—No, no te preocupes, ya le bajamos nosotros —dice Sergio y me vuelvo hacia él.

—¿De verdad?

—Sí, a Nora... le gusta ese animal.

—Vale —asiento—. Pero que sea antes de que se tenga que hacer pis en casa, que nos conocemos.

Vuelvo del gimnasio a mediodía y cuando abro la puerta Danger sigue donde le he dejado.

—¿Qué pasa, colega? —cierro la puerta a mi espalda y le acaricio. Luego me dirijo a Nora y Sergio—. ¿Es que no le habéis bajado?

—Sí hemos salido —se queja Sergio—. Ha empezado a dar tirones intentando escaparse y me ha ladrado y gruñido cuando he tenido que coger yo la correa para traerle de vuelta porque Nora no podía con él. ¡Casi rompe el maldito collar! ¿Siempre se porta así?

—No, nunca —aseguro mirando al perro con el ceño fruncido—. De hecho, Déborah siempre le saca sin correa —a lo mejor ése es precisamente el problema, pero algo, quizá los ojos con que me mira Danger, me dice que

hay más—. ¿Deborah no ha vuelto? —pregunto y ellos dos se miran.

—No —dice Nora—, se habrá entretenido.

Me muerdo el labio inferior pensativo. Aquí está pasando algo y voy averiguar qué. Dejo la bolsa de deporte en el suelo, saco el móvil y llamo a Déborah, pero su teléfono está apagado o fuera de cobertura. Qué raro, pero si Déborah no apaga el móvil ni cuando se va a dormir.

—No me contesta al teléfono —les informo antes de desaparecer en mi habitación.

Quiero pensar que volverá de un momento a otro pero eso no ocurre. Cuando yo he terminado de darme una ducha, decidimos sentarnos a comer, porque Sergio y Nora se tienen que volver a Málaga, y al terminar aún no tenemos noticias de Déborah. La vuelvo a llamar pero su móvil sigue sin estar disponible.

Estoy empezando a alterarme y no me voy a quedar de brazos cruzados. Sé exactamente por dónde continuar. Salgo de casa para ir hasta la puerta de enfrente y llamo al timbre enérgicamente esperando que Erick me abra ahora mismo, pero no lo hace. Puede que no esté en casa o puede que no quiera abrirme teniendo en cuenta lo que le hice la última vez que le visité. Busco su número en la agenda de mi móvil y pulso el botón de “llamar”. Da señal pero dentro de casa no se oye nada. Tengo que esperar un poco pero acaba contestándome.

—¿Sí?

—Erick, soy John.

—Ya...

—¿No sabrás por casualidad algo de Déborah?

—No, no sé nada —su tono es seco y con desprecio—. Como alguien me amenazó con denunciarme, hace tiempo que ni siquiera la veo.

—Lleva toda la mañana sin aparecer y tampoco coge el móvil.

—¿Y qué quieres que te diga, John?

—¿Tú dónde estás? —quiero saber.

—¿A ti qué cojones te importa?

—Me importa porque comprenderás que eres el primero en el que pienso si Déborah desaparece así —le suelto a bocajarro y él suspira.

—Estoy trabajando, haciendo las fotos en un bautizo —me cuenta.

—¿Ah, sí?

—Sí.

—¿Cuánto dura ese puto bautizo, Erick? Porque cuando he salido de casa esta mañana pronto tu moto ya no estaba. —Se queda callado unos dos segundos, lo que me confirma que ha sido él, que le ha hecho algo a Déborah. A mí no me engaña y no voy a parar hasta que lo descubra absolutamente todo.

—Joder, John, no te voy a dar más explicaciones sobre mi vida —espeta—. Yo no sé dónde estará Déborah, habrá tenido algún imprevisto. Déjame en paz.

—Me estás mintiendo —murmuro y él suspira de nuevo.

—Está bien, sí que sé una cosa. —Bien, ya empezamos a entendernos.

—¿Qué?

—Cuando quité sus fotos de la página me llamó un cliente, me dijo que nos pagaría a los dos solo por chatear con ella. Se lo dije a Déborah y, por si esto también lo estás grabando, aunque creas que tu amiguita es una santa, ella aceptó. Déborah estuvo una tarde en mi casa hablando con él desde mi ordenador por el *chat* de la página, él le ofreció aún más dinero a cambio de quedar un día y ella también a eso dijo que sí. Puede que sea hoy cuando habían decidido verse.

—Para un segundo, que me abrumas. ¿Me estás queriendo decir que Déborah ha ido a acostarse con un tío por dinero?

—Mi teoría es que lo ha hecho para poder comprarse esa moto. Le hacía mucha ilusión pero su padre le dejó bien claro que no se la iba a comprar. No sé si me cuadra que al final consiguiera convencerle, ¿no te parece? —dice y me hace pensar sobre ello.

Me quedo callado analizando todo lo que acaba de decirme. Sigo sin creerme nada por tres razones:

La primera: ¿Por qué no me lo ha dicho entonces desde el principio? Incluso ha llegado a afirmar al inicio de la conversación “hace tiempo que ni siquiera la veo” y “yo no sé dónde estará Déborah”, y de pronto empieza a contarme esto. ¿Ha intentado guardarle el secreto a Déborah para que yo no me enterara de lo que se supone que ha hecho? No, no me convence; en tal caso, me habría sido mucho más difícil acabar sonsacándole la información.

La segunda: Déborah no habría aceptado ese dinero de la misma forma que no quiso el dinero que le ofreció Erick por las fotos, yo sé que no es ese tipo de chica. En cuanto a su teoría sobre la moto, no tiene ni pies ni cabeza: en el hipotético caso de que Déborah hubiera realmente aceptado hacer algo tan denigrante, Erick no tendría que imaginarse que lo ha hecho por la moto, porque ella se habría encargado de dejarle bien claro que la razón era única y exclusivamente ésa. Por no hablar de que esos “favores” jamás se pagan por adelantado.

La tercera: ¿cuándo coño ha estado Déborah en su casa toda una tarde? Yo no me he enterado.

—¿Cuándo estuvo en tu casa? —le pregunto a Erick.

—El jueves por la tarde. —Me esfuerzo en recordar qué hice yo el jueves... Joder, tiene razón, estuve con los de la universidad hasta por la noche; pero, claro, Erick se habrá preocupado de enterarse de cuándo he salido para que su coartada sea creíble—. Si no me crees, cuando vuelva a casa puedo enseñarte toda la conversación en mi ordenador.

—¿De verdad? Pues, ¿sabes? Eso sí que me convencería.

—Muy bien —se ríe Erick con ironía—. Nos vemos luego, entonces.

—Lo estoy deseando —añado y cuelgo.

De hecho, ni siquiera voy a esperar a que vuelva, porque resulta que tengo las llaves de su casa. Déborah me reprochó que se me había ido la cabeza cuando quise hacer la copia, pero tenía el presentimiento de que tarde o temprano iba a necesitar entrar en ese piso, y así ha sido.

Voy enseguida a mi habitación y busco el juego de llaves en el cajón donde lo guardé. Cuando lo tengo, cruzo el salón hacia la puerta con las ideas muy claras.

—John, ¿qué estás haciendo? —me interrumpe Sergio.

—Voy a entrar, a enterarme de lo que ha hecho con Déborah y a encontrar pruebas de que ha sido él.

—¿Tienes las llaves de su casa? —inquire Sergio en tono incrédulo, pero es una pregunta retórica: ya me conoce. Él suspira—. John, estate quieto, no puedes colarte en el piso de otra persona.

—¡Una mierda que no! —me vuelvo y salgo de casa más que decidido aunque teniendo cuidado de que el perro no se escape.

—John, espérate —Sergio deja a Nora en casa y me sigue al rellano todavía intentando detenerme mientras abro la puerta de enfrente—. No hagas tonterías, Déborah estará al llegar.

—No, Sergio, créeme que no. —Sí, es otro de mis presentimientos, y no suelen fallar.

Entro en la casa y Sergio, a regañadientes, también. Voy directamente a la habitación de Erick y enciendo el portátil.

—John, este ordenador tiene contraseña, me lo dijo Déborah —añade Sergio y yo también lo sé, pero apenas esperamos un poco más y aparecen en la pantalla las distintas aplicaciones sin habernos pedido ninguna clave.

—Bueno, esto nos confirma que lo que encontremos aquí es absolutamente todo un montaje preparado —alzo las cejas mirando a Sergio pero él permanece callado.

Me inclino sobre el ordenador y rápidamente estoy dentro de esa asquerosa página pornográfica. Joder, es insultante para estas chicas y para las mujeres en general. En cualquier caso, no me entretengo mucho y abro el *chat* de la página, en concreto la ventana de la conversación entre Déborah y ese supuesto degenerado. La leo del principio al final: al principio todo parece bastante frío pero luego llegan a decirse cosas tan lascivas que incluso me da vergüenza ajena leer, parece que incluso ella llegó a conectar la cámara *web* y se dedicó a provocarle, y por último el acuerdo de quedar hoy a cambio de una estúpida suma de dinero. Sí, puede parecer real, pero yo sé que no lo es.

—A mí todo esto me parece muy auténtico —dice Sergio y yo me incorporo y le miro.

—No, Sergio, esto es una puta mentira, ¿no te das cuenta? —estoy empezando a exasperarme—. ¿Cuándo ha hablado Déborah así? ¿Cuándo ha hecho Déborah algo como esto? Joder, no sé cómo, pero se ha enterado de que tenemos las llaves de su casa y ha quitado la contraseña del ordenador para que leamos esto.

—John, deja de jugar a los detectives, ¿quieres?

—No —digo con firmeza—. Si esto fuera cierto, Déborah habría puesto alguna excusa para no aparecer por aquí, pero me dijo que volvería pronto. Todo son incongruencias que no me cuadran, por eso sé que Erick tiene a Déborah.

—Tío, ya está bien — Sergio sigue intentando disuadirme sin ningún éxito.

—Pero, ¿sabes qué? Que ha cometido un grave error, porque no hay

nada más personal que un ordenador.

Vuelvo otra vez a concentrarme en el portátil y empiezo a investigar absolutamente todo lo que hay en él. Sergio se está empezando a poner nervioso pero yo no pienso parar hasta encontrar alguna prueba de que ha sido él y algo que pueda decirme dónde está Déborah. Al final, llego a la carpeta de los escaneos y me topo con su DNI. Hago *click* sobre la imagen y ésta aparece en grande en la pantalla. Observo su foto con verdadera rabia y luego leo su nombre: Erick González Siegel. Siegel, un apellido americano; vaya, igual que Cloe. Permanezco un momento recapacitando sobre ello porque resulta que da la casualidad de que, si no recuerdo mal, cuando Cloe habló de su hijo creo que precisamente dijo que se llamaba Erick.

—Sergio, ¿no sabrás por casualidad cómo se apellida la madrastra de Déborah? —inquiero.

—¿Cloe? ¿La actriz porno? —dice—. ¿Para qué quieres saber eso?

—Si lo sabes, dímelo.

—No lo sé, pero busca en *google* “*Kitty Kelly*”, es su nombre artístico.

Hago rápidamente lo que me dice y enseguida encuentro en una página *web* su nombre verdadero completo: Cloe L. Siegel.

—Ya te tengo —murmuro para mí.

—¿Qué pasa, John? —pregunta Sergio.

—Son madre e hijo.

—¿Qué?

—No sé cómo no me había dado cuenta antes, pero Cloe dijo que su hijo se llamaba Erick, y además comparten el mismo apellido americano.

—¿Estás seguro de que no se te ha ido la olla?

—Estoy más que seguro.

—Pero eso no te vale para averiguar dónde está Déborah.

—No, todavía no, pero ya tenemos por dónde empezar.

—Muy bien. ¿Y ahora qué?

—¿Ahora? —me muerdo el labio inferior, yo tampoco sé cuál debería ser el siguiente paso... o sí. Con mi nueva idea vuelvo a inclinarme sobre el ordenador.

—¿Qué haces?

—La gente precavida siempre guarda en su ordenador una copia de seguridad de los números de la agenda de su teléfono, por lo que pueda pasar —aclaro y es justo cuando encuentro el documento—. ¡Bingo!

Desciendo por la lista de números ordenada alfabéticamente hasta que encuentro el que está apuntado con el nombre “mamá”.

—Para que veas toda la información que puedes sacar de una persona solo con su ordenador —le digo a Sergio.

—¿Vas a llamar? —inquire él y yo apenas vacilo.

—Faltaría más —saco mi móvil del bolsillo. Sí, pongo la mano en el fuego y no me quemó a que éste es el número de Cloe.

—Vale, pon el manos-libres —me pide.

Marco, llamo y Sergio y yo esperamos expectantes los segundos previos a que conteste una voz femenina.

—¿Diga? —Efectivamente, es ella.

—¿Cloe? —quiero asegurarme.

—Sí, dime —contesta y yo miro a Sergio haciendo una mueca.

—Hola, soy John.

—¿John?

—El amigo de Déborah, me conociste el otro día —le recuerdo.

—Ah, hola, John —saluda—. ¿Es que... ha ocurrido algo?

—Sí —asiento—. Se trata de Déborah: me dijo que volvería pronto a casa pero lleva desde esta mañana sin aparecer y tampoco coge el móvil.

—¿Cómo? —parece asustada, pero solo lo parece—. Dios mío, avisaré

ahora mismo a su padre y...

—¿Vas a fingir que no sabes nada? —digo con rotundidad, porque no tengo tiempo para contemplaciones, y ella se queda callada.

—¿Perdona?

—Una madre siempre sabe lo que hace su hijo, ¿no? Y tú eres la madre de Erick —una vez más permanece un momento dudando antes de hablar.

—No sé de qué me estás hablando. ¿Tú cómo sabes...? ¿Qué tiene que ver mi hijo en todo esto?

—Mira, hay cuatro cosas que tengo claras: que nadie sabía que el compañero de piso de Déborah era tu hijo, que el hecho de haberlo ocultado me confirma que los dos estáis metidos en algo muy raro, que Erick tiene a Déborah y que tú sabes dónde.

—No, John, yo no sé...

—No te hagas la tonta, conmigo no te va a funcionar —intento calmarme un poco pero estoy invadido por la ira—. Estamos hablando de que no sabemos qué le estará haciendo ahora mismo el gilipollas de tu hijo a una amiga mía; te aseguro que voy a llegar hasta el fondo de esto y te conviene ayudarme porque estás implicada. Pero si no lo haces por eso, al menos hazlo por Déborah, porque no se merece que le hagan daño.

Permanecemos en un prolongado silencio sepulcral. Supongo que estará recapacitando sobre su parte de responsabilidad y se sentirá culpable, así que no la insto a hablar para no agobiarla, solo espero.

—Voy para allá —es lo único que dice con un hilo de voz y cuelga el teléfono.

Yo hago lo mismo volviendo a guardarme el móvil en el bolsillo y Sergio y yo nos miramos sin saber qué pensar.

Apago el ordenador y volvemos a casa. Nora nos pregunta enseguida qué es lo que ha ocurrido y Danger también se acerca inquieto. Sergio va

hasta su novia, la abraza mientras le cuenta toda esta historia y ella se muestra preocupada a la vez que consternada. Parece que, al menos de momento, no van a salir para Málaga. Yo cada vez veo más claro que al final van a tener que viajar durante la noche y Sergio se presentará en el nuevo trabajo sin haber dormido.

No mucho después, suena el telefonillo del portero automático. Contesto yo y es Cloe, así que le abro y no tenemos que esperar mucho a que suba.

—Hola —saluda con algo de reparo.

—Debe de ser muy grave la situación si tienes tantos remordimientos de conciencia que has decidido venir hasta aquí —suelto a bocajarro mientras cierro la puerta detrás de ella.

—John, no...

—Dinos lo que sabes —la obligo a ir al grano inmediatamente y ella comprende que no tiene otra opción.

—Se trata de mi expareja, David, el padre de Erick... tiene un *club* —instantáneamente me da un vuelco el corazón; espero que eso no signifique lo que estoy pensando, pero la dejo hablar—. No le he contado esto nunca a nadie antes y quizá no debería estar contándooslo a vosotros porque, tal y como tú has dicho, estoy implicada —suspira, resignada—. Yo... era actriz de películas eróticas. Pero, ya sabéis, en ese mundo cuando cumplés los treinta empiezan a dejar de ofrecerte papeles. Así que empecé a trabajar en el *club* y desde entonces... soy cómplice, David se ha encargado de dejármelo muy claro.

—¿Cómplice de qué? Explícate mejor —le exijo porque estoy empezando a tener mucho miedo de lo que le pueden estar haciendo a Déborah y también siento que se nos acaba el tiempo, pero a Cloe parece costarle bastante hablar de esto.

—Cuando estuve trabajando ahí me enteré de que esas chicas... no lo

hacían por su propia voluntad, si no que están amenazadas —y definitivamente esas palabras son como un puñetazo en el estómago para todos nosotros—. Me enfrenté a David, le grité, le insulté, intenté que entrara en razón y nada de eso sirvió. Quise denunciarlo desde el principio, quise cortar con él y no volver a verle pero no tenía a dónde irme, ni de qué vivir ni dónde caerme muerta. Hasta que al final encontré trabajo en una cafetería y un piso. Era un zulo cochambroso pero podía pagar el alquiler y, sobre todo, me permitiría marcharme de ese horrible lugar —Cloe hace una pausa mirando al suelo y yo ya estoy empezando a entender el meollo del asunto—. Intenté rehacer mi vida y olvidarme de todo aquello, hasta de mi propio hijo, Erick, ya que él también apostaba por ese asqueroso negocio, si se le puede llamar así. Entonces un día en la cafetería conocí al padre de Déborah, un buen hombre; nos enamoramos y todo volvió a ir bien. Pero David me tiene controlada, siempre se entera de todo lo que hago y... le gustó la hija de mi nueva pareja —puedo percibir el nudo en su garganta al pronunciar esas últimas palabras—. Me ha tenido al tanto de todo, me llama para contarme lo que va a hacer sin que yo pueda impedirlo, solo para hacerme daño. Me dijo que él y Erick iban a publicar esas fotos de Déborah y la otra noche me contó que ella se había negado a dejar esas imágenes en *Internet* y que entonces iban a... dar el siguiente paso.

—Vale, ya está bien —la interrumpe Sergio cuando se le acaba la paciencia—. Si todo lo que dices es verdad, solo estamos perdiendo el tiempo; no debe faltar mucho para que el *club* abra al público y Déborah sea la novedad para toda una panda de degenerados. Tendríamos que llamar a la policía ahora mismo.

Mi amigo tiene toda la razón, deberíamos hacerlo antes de que sea tarde. Sin embargo, precisamente por eso, sabiendo lo que quieren hacer en ese sitio con Déborah, no voy a perder el tiempo en protocolos. Como cualquiera sabe,

la policía no es precisamente la forma más rápida de arreglar las cosas, y nosotros necesitamos solucionar esto a la de ya. Me encargaré de que la policía se presente esta noche en ese *club* pero voy a sacar a Déborah de ahí cuanto antes.

—¿Cómo se llama ese sitio y dónde está? —inquiero hacia Cloe.

—*Club Lince* —contesta ella—. Lo puedes encontrar nada más tomar la salida 12 de la autopista.

Bajo la vista hacia la mesa, ahí están las llaves del coche de Sergio. Perfecto, no puedo consentir que este plan me falle. En un rápido movimiento me inclino a coger las llaves y salgo corriendo hacia la puerta.

—¿Qué haces, John? —Sergio intenta detenerme pero me libero de él con un movimiento del brazo.

Me apresuro a salir de casa y trotar escaleras abajo. Sergio me sigue pidiéndome que le devuelva las llaves de su coche y que pare un segundo al menos a explicarle qué pretendo, pero no tengo un segundo. Parece mentira, ¿acaso no ve que no hay más que hablar? ¿Que lo único que importa ahora es sacar a Déborah de ese antro cuanto antes? Desafortunadamente, cuando llego hasta el coche y me dispongo a abrir, Sergio me alcanza y me hace volverme hacia él. ¡Mierda!

—Espera un momento, ¿quieres? Déjala terminar de explicarse.

—¡No! —le grito—. ¿Es que no te das cuenta? No quiero escucharla más. Ella está implicada, se va a oponer a que hagamos lo correcto, a que llamemos a la policía, y no sé tú, pero yo no voy a perder el tiempo con esa discusión, voy a ir a por Déborah —le aseguro; él vacila un instante pero después suspira dándome la razón.

—De acuerdo, déjame al menos subir a decirle algo y vamos los dos a ese sitio, yo conduzco.

—No, Sergio, lo siento —en un segundo estoy dentro del coche y cierro

la puerta.

—¡John! —sigue intentando detenerme mi amigo pero arranco el vehículo y sin escucharle salgo acelerando por la calzada. Aguantaré la bronca que me quiera echar en otro momento.

Antes de nada me las arreglo para sacar mi móvil mientras continúo conduciendo y llamar a la policía. Pongo el altavoz y les explico rápidamente cuál es el problema antes de rogarles encarecidamente que se presenten en ese lugar lo antes posible. Por suerte, no ponen pegas ni hacen demasiadas preguntas y me aseguran que mandarán una de sus unidades a realizar una inspección. Esperando que sea verdad, corto la llamada.

Llego a la carretera principal y puedo acelerar más. El cuentakilómetros marca la velocidad: 90, 100 kilómetros por hora... Y cuanto más rápido voy, por alguna razón, más a gusto me siento. Suelo ser bastante impulsivo y con carácter fuerte a veces pero esto es mejor que golpear un muñeco de peluche, mejor que dar patadas a las cosas. 110 km/h. Echo un vistazo por el espejo retrovisor, estoy dejando atrás a todo el resto de vehículos. 120, 130 km/h. Continúo esquivando a los coches. Algunos me pitan haciendo gestos de desdén pero es lo que menos me importa en este momento. Me cambio otra vez de carril para adelantar y luego volver al de la izquierda. ¡Qué estorbo! 140 km/h. No me queda mucho para llegar; cuando lo haga tengo que ser rápido, debo llegar hasta Déborah sin que Erick ni nadie me detenga. Voy a sacarla de allí; no será fácil, pero lo conseguiré, solo tengo que ser prudente y actuar antes de que sea demasiado tarde. 150 km/h. Miro por el retrovisor una vez más antes de fijarme en la salida de la autopista que enseguida dejo atrás. Ya casi he llegado, estoy prácticamente en mi destino, solo debo tomar la siguiente desviación. Veo a lo lejos la salida pero no freno, no tengo tiempo que perder. Tomo la curva a la derecha y resulta ser más cerrada de lo que parecía, lo que asusta y me obliga a frenar bruscamente y dar un volantazo,

pero después vuelvo a tomar el control del coche.

No tardo en toparme con lo que parece un hotel y me fijo en que encima de una puerta lateral lucen unas letras de neón de colores que dicen “*Club Lince*”. Llego hasta allí y detengo el coche en una de las plazas del aparcamiento. Muy bien, empieza el juego. “De acuerdo, ¿cuál es el plan, John?”, me pregunto a mí mismo mientras me quito el cinturón de seguridad pero aún no lo sé. Salto del coche y echo un vistazo alrededor. Vamos a ver, ¿qué es lo que yo quiero? Entrar ahí. ¿Cuál es el problema? Que no puedo pasar tan campante por la puerta principal porque no puedo arriesgarme a que Erick esté merodeando por ahí y me vea. Una vez esté dentro habrá demasiada gente y oscuridad como para que nadie se fije en mí, pero tengo que encontrar alguna manera discreta de entrar, quizá por alguna ventana o... no lo sé, lo mejor será improvisar, es lo que siempre suele funcionar.

Rodeo el *club* yendo hacia la parte trasera. Nada, ni una sola puerta, y todas las putas ventanas tienen rejas, incluso las de la tercera y última planta. Esto va a ser complicado, porque se han preocupado especialmente de que ninguna chica pueda salir y, por tanto, yo tampoco puedo entrar. Vamos, John, piensa, piensa algo. Sigo caminando mientras busco alguna solución y de repente me detengo en seco: ahí está, lo que necesitaba. Solo es un pequeño tragaluz abierto en oscilobatiente pero me servirá.

Está a poco más de medio metro del suelo, como el resto de ventanas de la planta baja, por lo que ya me he hecho a la idea de que se trata de una especie de sótano. Me acerco y me asomo pero no veo nada, todo está oscuro, lo único que sé es que parece que no hay nadie ahí. Me saco el móvil del bolsillo para alumbrar dentro: resulta ser un cuarto de baño. Vuelvo a guardarme el teléfono decidido a entrar por aquí, ya que no he encontrado otra forma. Con firmeza, le doy una fuerte patada al anclaje derecho que sostiene la ventana y con ese golpe seco consigo romperlo. Luego sujeto el

cristal antes de hacer lo mismo con el otro para que no caiga al suelo, no puedo permitirme hacer demasiado ruido. Cuando me quedo con la ventana en las manos solo tengo que hacer un poco de fuerza para desencajarla, la quito de su lugar y la dejo en el suelo. Perfecto.

Sin perder más el tiempo meto por el pequeño hueco una pierna, luego la otra y me dejo descender despacio hasta que mis pies se apoyan en la taza del váter, y de ahí salto al suelo. Bien, estoy dentro, y aquí la música retumba. Voy hasta la puerta y la abro apenas lo justo para asomarme y ver qué hay al otro lado. Me encuentro en un rincón apartado del bar del *club*. Déborah, ya casi estoy.

Salgo del baño con la máxima discreción y me incorporo a la multitud de hombres que beben, charlan e incluso bailan y niñas que... bueno... se pasean por aquí como si estuvieran en un escaparate. ¡Qué asco! También me preocupo de escudriñar disimuladamente entre la gente en busca de Erick, que no parece andar por aquí y, lo más importante, tampoco hay rastro de Déborah. Improvisa, John, tienes que dar con ella. Cuando quiero darme cuenta, mis pasos inconscientes me han llevado hasta la barra y la morena de órdago que se encuentra detrás me está mirando con una sonrisa.

—¿Quieres beber algo, cielo?

Por alguna razón me cuesta procesar que me habla a mí y reaccionar, pero al final lo hago. Doy el último paso hacia delante y me apoyo en la barra.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Sí, claro —asiente.

—Me han dicho que hoy ha venido una chica nueva. ¿Sabes si... está disponible? —consigo preguntar.

—Ahora mismo no, se ha ido hace un rato con un cliente, pero enseguida bajará —me contesta muy amable. Se me acaban de helar las venas

y me he quedado pálido. Intento que no me note muy descompuesto.

—Vale —es lo único que puedo decir—. Muy bien, esperaré —ella vuelve a sonreírme pero luego su atención se desvía hacia otro hombre que le pide unas copas.

¡Mierda, mierda, mierda! Esto es precisamente lo que quería evitar. Me paso las manos por el pelo intentando todavía ser discreto, aunque con ganas de gritar e incluso de llorar y comenzando a notar un sudor frío. Vale, tranquilo, John, que no cunda el pánico, algo se podrá hacer. Pero lo único que se me ocurre ahora mismo es encontrar la habitación en la que esté Déborah para detenerlo todo y no sé si eso será viable. En cualquier caso, no me queda más remedio que intentarlo.

Echo un vistazo panorámico al lugar asegurándome una vez más de que Erick no está por aquí y a la vez buscando una escalera que conduzca al piso de arriba donde estarán las habitaciones de las chicas, la cual no me cuesta mucho encontrar. No dudo en ir hacia allí y, sin querer pensarlo siquiera, empiezo a subir los peldaños como si fuera lo más normal del mundo. Cuando hago algo como esto siempre intento parecer muy seguro de mí mismo, así nadie pensará que estoy tramando algo malo ni nadie me llamará la atención.

Una vez arriba me siento más seguro, porque estoy solo en un pasillo entre todas estas puertas, pero ahora sí que no sé qué hacer, no tengo ni idea de qué habitación será la correcta. Sin querer perder la esperanza aún recorro el pasillo hasta el fondo en busca de algo que pueda darme una pista pero, claro, de donde no hay, no se puede sacar.

Justo en ese momento se abre una de las puertas y sale un hombre de unos cuarenta y cinco o cincuenta años que bien podría ser un padre de familia, va hasta las escaleras y desaparece sin haberse fijado siquiera en mí. Pestañeo un par de veces mientras me replanteo mi opinión sobre alguien

como él: en un primer momento he sentido repulsión hacia ese hombre pero debo tener en cuenta que no sabe que estas chicas están aquí bajo coacción y que a lo mejor tampoco tiene ninguna novia o mujer a la que esté engañando. En conclusión, a regañadientes tengo que reconocer que no tiene por qué estar haciendo nada malo, al menos conscientemente.

Voy hasta la puerta por la que ha salido el señor, la 109, y la abro despacio. Me asomo y me encuentro con una veinteañera morena y con un buen cuerpo cubierto apenas por un conjunto de lencería. Se vuelve a mirarme y luego camina hacia mí.

—Hola, ¿puedo hacerte algún favor?

—¿Sabes en qué habitación está Déborah? —esta vez no me ando con rodeos antes de que se haga una idea equivocada y ella se queda mirándome anonadada.

—¿La chica nueva?

—Sí —me apresuro a responder y la chica vacila un instante.

—La 114, pero está... ocupada.

—Gracias —le digo ya marchándome.

Corro y enseguida estoy frente a la puerta indicada. Todavía un poco inseguro por lo que pueda encontrarme, me decido a abrir. Echo un vistazo dentro y no parece haber nadie, así que acabo entrando, no sin cierto reparo, y cierro de nuevo la puerta a mi espalda. Me fijo en la cama apenas cubierta por una sábana bajera morada arrugada, pero aquí no hay ninguna chica. Es entonces cuando me percato del ruido del agua cayendo en la ducha y los sollozos de una chica. Me giro hacia la puerta del servicio que hay en la habitación y voy hasta allí. Irrumpo en el cuarto de baño y, efectivamente, me encuentro a Déborah desnuda tirada en el plato de la ducha, abrazada a sus rodillas y llorando bajo el agua que cae de la alcachofa. Corro hasta la ducha, abro la mampara, cierro el grifo y me agacho junto a Déborah.

—Déborah —le aparto el pelo mojado de la cara y le alzo la cabeza para que me mire—. Déborah, soy yo, estoy aquí. Tranquila, ya ha pasado todo.

—¡John! —se lanza a mi cuello para abrazarme y sigue llorando todavía con mayor intensidad.

—Tranquila, ya está, se acabó —le repito. Ella vuelve a balbucear mi nombre entre sollozos y agarra mi sudadera en un puño—. Oye, hay que salir de aquí.

Consigo que se calme lo suficiente para levantarse y le paso una toalla blanca que queda a mi alcance para que se seque. Ni siquiera voy a preguntarle por lo que ha ocurrido aquí, ella decidirá si necesita hablar de eso después, solo quiero llevármela de este sitio. La saco del baño y rápidamente voy hasta el armario, imagino que ahí tiene que haber algo de ropa normal, y cuando miro en los cajones veo que no me equivoco.

—Toma, ponte esto —le doy ropa interior, una camiseta y un pantalón largo y ella se viste sin ni siquiera decir nada todavía. Pero me acuerdo de que hay que cruzar el bar para llegar hasta el baño por el que podremos salir, así que me quito mi sudadera y se la pongo a ella dejándole el pelo por dentro—. Mejor —así en la oscuridad la gente no se fijará en que es una chica y no llamaremos la atención—. Tú solo mira al suelo y sígueme —digo—. Vámonos.

La cojo de la mano y la llevo hasta la puerta de la habitación, que entreabro primero para asomarme y comprobar que está todo despejado, y luego salimos al pasillo. Prácticamente corremos hasta las escaleras, que bajamos con el máximo disimulo. Pegados a la pared del bar y mientras yo intento tapar a Déborah con mi propio cuerpo, vamos hacia el servicio con discreción pero lo suficientemente rápido para no dar tiempo a nadie a que se le ocurra acercarse a pedirnos ninguna explicación ni a fijarse en nosotros.

Una vez en el baño cierro la puerta y respiro aliviado. Le digo a Déborah

por dónde tiene que salir y ella asiente con la cabeza. Es lo único que quiere: marcharse. Ella se sube a la taza del váter, se encarama al ventanuco y yo la ayudo a terminar de colarse por el hueco empujándole el trasero. Cuando ella por fin ha salido yo hago lo mismo sin que me cueste demasiado. Mis pies vuelven a tocar el suelo y ya es oficial que hemos salido. Me doy cuenta de que ya estamos los dos a salvo, de que todo ha terminado bien y de que lo que me apetece ahora es abrazar a Déborah, y es lo que hago.

—Gracias —dice ella aún con la frente cobijada en el hueco de mi clavícula.

—¿Qué creías? ¿Qué no iba a venir a buscarte? —le acaricio la espalda.

—¿Cómo me has encontrado? —pregunta y yo, no sé muy bien por qué, me río.

—Es una historia muy larga, mejor te la cuento cuando estemos de vuelta en casa mientras tomamos un chocolate caliente —la beso en la frente.

—Hay que llamar a la policía —Déborah me mira, sus ojos reflejan miedo y aún le tiembla un poco la voz. Me doy cuenta de que lo que le acaba de ocurrir no se puede olvidar así, de un día para otro como una simple mala experiencia cualquiera, sino que le va a costar superarlo, y lo entiendo.

—Ya lo he hecho —le explico para tranquilizarla—. No tardarán en llegar o ya estarán aquí —quiero pensar yo—. Ven, tengo allí el coche —señalo hacia la parte delantera del hotel.

—Mira a quién tenemos aquí: mi amigo John. —Ambos nos giramos al escuchar la voz de Erick y, efectivamente, ahí está él. Mierda—. Sabía que no iba a ser fácil librarme de ti.

—No iba quedarme de brazos cruzados.

—No, claro, tenías que venir a dar por culo, como siempre —dice él y yo me muerdo el labio inferior en lugar de contestarle—. Dime una cosa: ¿cómo coño has conseguido descubrirlo todo?

—Porque tú tienes un cerebro de mosquito disecado y yo... bueno... soy listo —me encojo de hombros—. Ya ves, ésta es la segunda vez que te destrozó los planes y no aprendes.

—No te cuelgues medallas antes de tiempo.

—¿Antes de tiempo? —seguiré regodeándome en mi victoria un poco más, es una sensación fantástica—. Ah, a lo mejor lo que no sabes es que la policía está viniendo hacia aquí. Ya no tienes nada que hacer, capullo —puedo ver su rostro palidecer y luego cómo se pone furioso.

—Yo creo que todavía puedo hacer algo —murmura.

Acto seguido me propina un fuerte puñetazo en la cara. ¡Ay, joder! No me dejo amedrentar y le respondo con una patada en el estómago, pero creo que no he conseguido gran cosa porque, aunque esboza una mueca de dolor, enseguida se dispone a abalanzarse sobre mí de nuevo. Y es justo entonces cuando escuchamos un escalofriante gruñido.

—¡Danger! —exclama Déborah

El perro ladra y yo miro hacia allí. Está muy cabreado, mucho, con el pelo del lomo erizado, la cabeza baja, las orejas hacia atrás y enseñando los dientes; lo que viene siendo la pinta de un verdadero *rottweiler* asesino. Antes de que nos lo esperemos Danger viene corriendo hasta aquí y embiste contra Erick, que enseguida está en el suelo.

Todo pasa muy rápido. Primero me siento eufórico porque definitivamente lo hemos conseguido y expectante al ver cómo Erick recibe su merecido y grita intentando quitarse al perro de encima, pero luego... joder, le ha mordido, está sangrando, esto se le está yendo de las patas.

—¡Déborah, párale, le va a matar! —me alarmo.

—Que lo mate —murmura ella con la mandíbula tensa y los ojos entornados, y esa actitud me lleva a plantearme qué clase de barbaridad le habrá hecho.

—¡Alto, policía!

Solo ese grito consigue que Danger se aparte de Erick y, como todos, se vuelve para ver a tres agentes de policía, pistola en mano, llegando hasta aquí guiados por Sergio y Nora.

—Es él —se limita a decir mi amigo señalando con la barbilla a Erick aún con expresión de desprecio.

Danger aún se encuentra frente a su víctima mirándole con actitud amenazante y la respiración acelerada mientras él, en el suelo y con la camiseta hecha jirones, solo lloriquea como una nenaza ante el horrible mordisco que le ha pegado el perro en el brazo del que no para de salir sangre, y sobre todo por el hecho de haber sido innegablemente derrotado. El *rottweiler* se aparta cuando los agentes se acercan, hacen a Erick levantarse y le leen los derechos mientras le esposan.

Mientras se lo llevan hacia el coche patrulla envuelvo a Déborah con mi brazo abrazándola, y también Danger se acerca para comprobar que su dueña está bien.

—Te he echado de menos —le dice Déborah con ternura mientras le acaricia la cabeza.

—¿Todo bien? —nos pregunta Sergio.

—Suficientemente bien —contesto yo, teniendo en cuenta que lo que ha pasado Déborah será una marca para siempre—. Ya veo que habéis venido todos juntos.

—Nora se ha negado a obedecer y ha subido al coche —dedica una mirada a su novia enarcando la ceja izquierda— y el perro... bueno... había que traerlo para que nos echara una pata.

—¿Dónde está Cloe?

—Con el resto de policías —dice Sergio—. Vamos para allá.

—¿Cloe? —inquire Déborah—. ¿Mi madrastra?

Mientras caminamos le cuento a Déborah lo que está ocurriendo lo más resumidamente posible, ya entraré en detalles después. Ella no da crédito a mis palabras, jamás se lo hubiera imaginado.

De nuevo en el *club*, los policías están evacuando el local de clientes, precintando el recinto y deteniendo a los implicados, David entre ellos; de hecho, Cloe se está ocupando de que quede claro que él es el “cabecilla” de todo esto.

—Te aseguro que cuando me tomen declaración en comisaría lo primero que voy a decir va a ser tu nombre, pedazo de zorra —le grita él, impotente.

—No, qué va, ni siquiera vas a poder hacer eso, ya he confesado que sabía lo que tenías aquí montado, como ves sí que tengo el valor suficiente para hacerlo y no vas a chantajearme más. Al menos yo ya puedo tener la conciencia tranquila, no como tú. Nos veremos en comisaría.

David le lanza una última mirada envenenada justo antes de que los agentes se lo lleven de aquí, pero Cloe le ignora y lo que hace es coger a Déborah del brazo y dirigirse a los policías para comunicarles que es ella, la última víctima de todo esto, la gota que ha colmado el vaso.

En cuanto a las otras chicas, se trata de niñas desaparecidas de unos años a esta parte en diferentes países e incluso chicas huérfanas o vagabundas. Los policías nos aseguran que esta misma noche empezarán a intentar contactar con los familiares de la mayoría de ellas y que, aunque a otras será más difícil reintegrarlas en la sociedad, también lo conseguirán. Pero mientras se encargan de todo eso y a la espera de tomarles declaración a cada una de ellas, les han habilitado un albergue en el que podrán alojarse por el momento.

Cuando empiezan a llegar furgonetas de distintos canales de televisión y esto empieza a salirse de madre comprendemos que ya no tenemos nada más que hacer aquí y que lo mejor será irnos a casa, porque a ninguno de nosotros

nos apetece que nos graben ni que nos hagan preguntas para el telediario de mañana. Antes de marcharnos, los policías le piden el número de teléfono a Déborah y les dicen a ella y a Cloe que mañana las llamarán para que se presenten en comisaría y llevar a cabo el protocolo correspondiente.

Yendo hacia el coche, rodeo con mi brazo la cintura de Déborah, contento de haberla encontrado y de que esté bien porque, aunque esto nunca se le va a olvidar, entre los dos conseguiremos superarlo.

Capítulo XIX

(Nora)

Nunca me podré olvidar de ti

Tanto tiempo sin querer dejarte ver,
tanto miedo de no gustar a los que ven.
Busca dentro donde tienes tu poder.
Ay, pequeño, qué grande puedes llegar a ser.

Pequeño, Dani Martín

A Sergio le habría gustado quedarse con Déborah al menos un día más, hablar con ella, comprobar que está bien, pero no se puede faltar el primer día de un nuevo trabajo, así que sí o sí antes de las nueve de la mañana tenemos que estar en Málaga. Tras sendos abrazos de complicidad a Déborah, la promesa de llamarla en cuanto podamos y despedirnos también de John y Danger, no nos queda otra que viajar durante la noche. Yo intento no dormirme, por aquello de empatizar con el conductor, pero llega un momento en que me resulta imposible.

En cuanto llegamos a casa Sergio se da una ducha rápida, se toma apenas un café, prepara su bolsa de deporte y se va al gimnasio. *Oh, pobre,*

como si lo que ha pasado con Déborah, un viaje tan largo y no haber podido dormir no hubieran sido suficiente. Tendrá que soportar la mañana como buenamente pueda y volverá a casa cayéndose de cansancio. Yo me dedico a deshacer el equipaje pero en cuanto termino y me siento en el sofá me quedo automáticamente dormida.

Mi novio me despierta cuando regresa y comemos algo. Está de bastante buen humor para lo que cabría esperar teniendo en cuenta lo agotado que debe sentirse. Supongo que le ha gustado su nuevo trabajo o el hecho de que por fin haya llegado el día en que estamos viviendo juntos en una estupenda casa solo para nosotros, o quizá es porque ha llamado a Déborah y ella le ha contado que ya se encuentra mejor. No sabría decirlo.

A las seis y media de la tarde, mi móvil empieza a sonar en el salón despertando a mi novio de su siesta. Frunzo el ceño inclinándome hacia la mesita de centro dispuesta a contestar y salir de la habitación cuanto antes para no molestar más, pero lo peor viene cuando veo quién llama. Entonces levanto la vista hacia Sergio.

—Es Diego —le digo y no se me pasa por alto su cara de mala hostia.

—No se lo cojas.

—Tengo que cogerlo —protesto.

—Yo lo hago —extiende la mano con la palma hacia arriba para que le dé el teléfono.

Me quedo mirándole, dudando, sintiéndome entre la espada y la pared, pero al final me llevo el móvil a la oreja aun sabiendo perfectamente que no debería desafiar a Sergio.

—Hola, Diego —bajo la vista al suelo para no mirar a mi novio.

—¿Nora? Vaya, por fin Sergio te ha dejado contestar.

—Sí, soy yo, no él.

—¿Seguro que todavía no te ha hecho ningún daño?

—Sí, Diego, estoy bien.

—Escucha, tengo que darte una cosa.

—¿Qué cosa?

—Tu *iPod*, te lo dejaste en casa.

—Mira, Diego, no puedo... Da igual, es mejor que lo olvides.

—No, necesito verte, ¿vale? Para hablar las cosas y comprobar que estás bien. Además, tú no puedes vivir sin tu *iPod* —añade y yo vacilo unos segundos antes de rendirme y suspirar.

—Está bien, solo para que te quedes tranquilo. ¿Dónde podemos vernos? —evito a toda costa comprobar la expresión de Sergio ante estas palabras.

—Podéis venir a casa. Al fin y al cabo, Sergio sabe perfectamente dónde vivo.

—De acuerdo, danos... veinte minutos.

—Quiero que hagas una cosa: sé que es mucho pedir que te deje venir sola, pero dile que quiero hablar contigo, no con él.

—Está bien, lo haré.

—Mejor. Hasta ahora, entonces.

—Hasta ahora —y finalmente cuelgo.

—¿Qué dice? —inquire enseguida Sergio notablemente al borde de su paciencia. Yo tardo un momento en contestarle pero al final hablo.

—Que tiene que devolverme mi *iPod*, lo olvidé. Dice que nos pasemos por su casa —solo me sale un hilo de voz porque mi novio parece querer darle una patada a algo—. Y también me ha dicho que... quiere hablar conmigo, no contigo.

Veinte minutos después estamos frente a la puerta de la que hace poco fue también mi casa. Cuando veo a Diego salir y venir hacia aquí no soy capaz de negar el cariño que aún sigo sintiendo hacia él y, por qué no

admitirlo, a pesar de todo sigue siendo ese chico que tanto me gusta y todavía le quiero igual. Sin embargo, él examina todo mi cuerpo con una mirada de desconfianza.

—Nora, estás... cambiada —dice cuando llega junto a mí y yo suspiro; lo sé, he cogido algunos kilos.

—Sí, claro, ahora está conmigo —responde Sergio antes que yo—. Qué impotencia, ¿verdad? No poder hacer nada... —añade y Diego le mira con desaprobación.

—¿Qué parte no has entendido de que con quien quiero hablar es con ella?

—¿Envidia, Dieguito?

—¿De qué?

—De que soy yo quien tiene lo que tú quieres.

—Yo no diría que...

—Diego —le interrumpo al verle dispuesto a encararse con mi novio, hoy sí que me niego a tener otra bronca—. Querías verme, ver que estoy bien, y aquí me tienes.

—¿Eso es todo? ¿Después de lo que hemos tenido, ésta va a ser la última vez que nos veamos y además va a ser un simple... formalismo?

—¡No! —le corrijo enseguida—. Escucha, yo... no quiero ni puedo perder el contacto contigo, te debo demasiado y... No vas a dejar de saber de mí, te lo prometo. Yo quiero seguir hablando contigo y espero conocer a tu nueva novia cuando la tengas y saber que los dos somos felices aunque sea por separado y...

No encuentro nada más que decir porque me sigue asaltando la duda de si Sergio será capaz de soportar que continuemos siendo amigos, pero es algo que tendrá que aprender a sobrellevar. Sin más, Diego se acerca a mí y me envuelve con sus brazos en un fuerte abrazo de los suyos. A Sergio le estará

costando presenciar esto, pero supongo que entiende que no es el momento de impedirlo, ahora no, y solo desvía la vista al suelo para poder aguantar.

—Lo siento, Diego. Lo siento —me veo en la necesidad de decir, por alguna razón.

—Solo quiero que me digas que estás bien.

—Estoy bien. De verdad, no tienes que preocuparte. —Diego me aparta el pelo de la cara y soy consciente de cómo mi novio se muerde el labio inferior—. ¿Tienes ahí mi *iPod*? —le recuerdo a Diego.

Solo entonces él se aparta de mí para sacar de su bolsillo el estuchito rojo en el que yo guardo mi reproductor de música y me lo tiende.

—Gracias —le digo tomándolo de sus manos.

—Tiene una canción nueva —me explica y los dos nos miramos—. Es del nuevo disco que va a salir, ya me dirás qué te parece.

—Claro —le aseguro.

—Y la guitarra que suena soy yo tocando —se apresura a contarme—. En los conciertos tocaré en directo.

—¡Eso es maravilloso! —le sonrío con cierta melancolía asintiendo con la cabeza—. Tendré que ir a algún concierto tuyo entonces.

—Por supuesto —coincide con ese brillo característico en sus ojos.

Entonces me vuelvo hacia Sergio, que parece bastante incómodo. Me quedaría con Diego un rato más pero no me parece lo más correcto hacerle esto a Sergio, así que disimulo mirando mi reloj de pulsera

—Tenemos que irnos —le digo a Diego—, pero nos veremos pronto, te lo prometo.

—Eso espero —responde él.

Diego se inclina para darme un beso en la frente y puedo percibir el preciso instante en que el autocontrol de Sergio entra en reserva. Doy un paso hacia atrás quedándome de nuevo a su lado.

—Adiós, Diego —se despide Sergio también y casi me sorprende percatarme de que no hay ni pizca de insolencia en su voz.

—Adiós —responde Diego aún inseguro.

Minutos después, en el coche de vuelta a casa, encuentro la nueva canción que Diego ha metido en mi *iPod*. Se llama *Nunca me podré olvidar de ti*. Desde que veo ese título me asalta una gran curiosidad por escucharla que no puedo ignorar y termino por ponerme mis auriculares y darle al *play*.

*Iba en busca del amor pero sin prisa,
ni yo mismo lo sabía,
hasta que apareció
una mujer fresca como la brisa
del mar donde me enamoró
con sus besos hasta hoy.*

*Pintó mi vida de color
juntos en esa habitación.
En París,
Londres, Madrid,
de un hotel a un escenario.*

*Nunca olvidaré el día en que te vi
por primera vez en ese italiano,
tu mirada brillaba
y ahora tus labios me reclaman.
Nunca olvidaré el día en que te vi
por primera vez en ese italiano,*

*aquel embrujo de tus ojos.
Nunca me podré olvidar de ti.*

*Unidos todo ha sido tan fácil,
la magia que hay entre los dos
nunca morirá.*

*Pero decidiste ir y eres libre,
no te voy a ir a buscar
aunque yo te quería más.*

*Pintó mi vida de color
juntos en esa habitación.
En París,
Londres, Madrid,
de un hotel a un escenario.*

*Nunca olvidaré el día en que te vi
por primera vez en ese italiano,
tu mirada brillaba
y ahora tus labios me reclaman.
Nunca olvidaré el día en que te vi
por primera vez en ese italiano,
aquel embrujo de tus ojos.
Nunca me podré olvidar de ti.*

Cuando acaba la canción mis ojos están llenos de lágrimas. *Oh, Diego...* me ha dedicado una canción solo para mí, y dice cosas tan bonitas. En esencia hab de cuando nos conocimos y de todo lo que hemos vivido en el

año que hemos pasado juntos, lo que siente hacia mí, su forma de ver nuestra relación, sus recuerdos de todos aquellos momentos... y su dolor por perder todo eso. Sí, para mí también fue algo mágico mientras duró, y con eso es con lo que me pienso quedar, pero hay que aceptar que hay cosas en la vida que no son más que una felicidad pasajera. Siempre hay que ser fiel a uno mismo, aunque las consecuencias de ello te den pena o hasta rabia o puedan desfavorecer a otras personas, porque si dejas de ser lo que eres ya no te quedará nada; y solo así acabarás encontrando lo que de verdad quieres acorde a tus principios, tus valores y, sobre todo, tu corazón.

EPÍLOGO

(Sergio)

El *test* de Cooper. Todos lo hemos tenido que hacer en clase de educación física y todos lo hemos odiado. Aguantar corriendo durante doce minutos. Otro tópico de este *test* es que, cuando el profesor se distrae, puedes bajar el ritmo y andar; el problema es que yo ahora no tengo nada más que hacer, me limito a observar a los chavales de primero de Bachillerato y controlar que corren, y aun así esas dos chicas están parando de correr cada dos por tres. Tenían que ser las que vienen perfectamente maquilladas a clase de educación física. Las he fulminado con la mirada, he soltado alguna que otra indirecta y ya me estoy empezando a cabrear. Lo sé porque, cuando me quiero dar cuenta, estoy de brazos cruzados y con la mandíbula tensa. Justo cuando empiezo también a morderme el labio inferior, lo vuelven a hacer. Vale, hasta aquí.

—¡Andrea! ¡Nuria! —En ese momento se sobresaltan y echan a correr de nuevo—. Venid aquí —les digo haciéndoles un gesto con la mano.

Vienen hacia mí corriendo como si no quisieran parar para no falsear los resultados del *test*, ya que se trata de resistencia. *Oh*, venga ya, a mí no me vacilan unas niñas de dieciséis años.

—Sentaos, tenéis un cero en esta prueba —les informo señalando hacia las gradas detrás de mí.

—¿¡Qué?! —se alarma Andrea—. No, profe, pero, ¿por qué? Nosotras no...

—Vosotras no estabais haciendo nada y sabéis perfectamente que lo he visto.

—Pero, Sergio... —Nuria quiere protestar pero acaba por reconocer que no tiene excusas—. Un cero no, por favor.

—Haberlo pensado antes.

—Lo podemos repetir. Déjanos repetirlo otro día.

La veo agobiada, la verdad es que sus notas en mi asignatura rondan muy de cerca el cinco por arriba y por abajo. Tiene que ser triste suspender educación física en Bachillerato por hacer demasiado el idiota. ¿Qué hago? ¿Me apiado o no? Al final, cedo.

—Venga, no me hagáis perder el tiempo; si vais a hacerlo, hacedlo ya. Desde el principio y corriendo.

—¿Ahora? —inquire Andrea—. Pero acabamos de correr seis minutos, ya estamos cansadas, vamos a tener menos nota. —A mí me deja perplejo y veo que a Nuria también.

—Es lo menos que os merecéis, ¿no? —me encojo de hombros.

—Cállate —le aconseja su amiga agarrándola del brazo—. Venga, a correr.

Cuando las chicas vuelven a incorporarse a la pista controlo cómo van mis cuatro mejores alumnos: los cuatro chicos de esta clase que tengo en mi grupo de fútbol de actividades extraescolares. Lo que veo ahora es que dos de ellos han adelantado a los otros dos. Lo sabía, sabía que iba a pasar esto.

—Os han dejado atrás —les digo a los rezagados cuando pasan frente a mí.

—Ya, se creen *guays* —me contesta Carlos.

—¿Os habéis planteado dejar de fumar? A lo mejor tiene algo que ver

—insinúo. Siempre se lo digo, realmente me da pena pensar que a su edad ya están enganchados a un vicio de por vida.

—Qué va, es que hace mucho frío —me dice jadeante. Y no puedo quitarle la razón, estamos en pleno mes de diciembre; en concreto, catorce de diciembre de dos mil dieciocho, el día en que Nora cumple veinticuatro años.

—Por eso no te preocupes, vas a repetir esta prueba en marzo y también en junio —le aseguro y él resopla.

—*Eh*, Sergio, ya veo que a lo malo no te apuntas —me reprocha Alex al pasar a mi lado. Se refiere a que a los partidos de fútbol del recreo sí me animo de vez en cuando.

—Yo esto ya lo he hecho tantas veces que he perdido la cuenta, ahora te toca a ti.

Poco después, cuando mi reloj me dice que ya han pasado doce minutos, toco el silbato para avisarles a todos; excepto a Andrea y Nuria, que continúan corriendo, claro está. Automáticamente los alumnos se paran de golpe, incluso algún exagerado ya se me ha tirado al suelo. Joder, pero, ¿cuántas veces hay que explicarles que no se debe detener bruscamente el ejercicio? La presión arterial sigue muy aumentada.

—¡No, no os paréis! Damos una vuelta más andando.

Después les dejo marcharse, es la última hora del viernes y ya tienen ganas de fin de semana. Y yo... bueno... me ha sabido a poco la escasa hora y media que he podido pasar esta mañana con la cumpleañera, así que también estoy deseando volver a casa para seguir por donde íbamos. Además, hoy tenemos unos cuantos invitados a comer.

Dejo a un lado mis pensamientos y consulto de nuevo el reloj. Permito a Nuria y Andrea dejar de correr. Pobrecillas, ya están agotadas. Vienen hacia mí jadeantes, empezando a ponerse coloradas y a sudar. Obviamente, van a tener un cinco raspado, pero al menos les he dado la oportunidad de no

suspender.

—Hasta luego, Sergio.

—Buen fin de semana.

Yo también me retiro de las pistas de atletismo para volver al gimnasio, donde he dejado todas mis cosas. Solo quiero recoger y marcharme ya a casa con Nora y con... ese bebé llorón y regordete que se hace querer más de lo que yo creía posible —ni siquiera sé cómo puede ser que solo con acordarme de él se me ponga una sonrisa en la cara— y que se hace llamar Dieguito. Es cierto, no estoy al cien por cien de acuerdo con el nombre, pero Nora quería llamarle así, insistió en llamarle así, empezó a llamarle así cuando le veíamos en las ecografías... y llegó un punto de inflexión.

Al llegar al gimnasio me encuentro con algo que no entraba en mis planes: una alumna.

—Sandra, ¿qué haces aquí?

—Sergio, ¿puedo hablar contigo de una cosa? —inquire y me acerco a ella.

—Sí, claro —asiento—. A ver, ¿qué pasa? —Me siento en uno de los bancos de madera de ejercicio y ella hace lo mismo.

—Es que tú eres el profe con quien más confianza tengo y no se me ocurre otra persona a la que pueda contárselo, porque prefiero no hablar de esto por el momento con mi madre ni con mis amigas y también he pensado en escribir a alguna revista, a esa sección en la que te dan consejos, pero no...

—Dime —la interrumpo con la intención de ahorrarnos tiempo a los dos. Ella me mira, vacilando aún antes de empezar a hablar.

—Es mi novio —baja la vista al suelo—. Me ha dicho que... que si no lo hacemos, me va a dejar —dice al fin y la miro enarcando la ceja izquierda.

—¿Y por qué no quieres hacerlo? —pregunto pero Sandra frunce el ceño con expresión confusa.

—Yo... bueno... a mí lo que me preocupa es si debo dejar que me ponga esas... condiciones —aclara. *Ah*, ya, eso...

—A ver, Sandra... ¿Cuánto tiempo lleváis juntos?

—Más de tres meses.

—Mira... El sexo es una parte muy importante de una relación; él no te está obligando a nada, te ha esperado todo este tiempo, pero tienes que entender que juzgue que, si no le das eso, no le merece la pena seguir contigo, por mucho que le gustes o te quiera.

La miro y puedo ver perfectamente que no se esperaba que le dijera esto. Ya lo sé, creía que iba a decirle “corta con ese gilipollas, no te conviene”, “solo quiere aprovecharse de ti”, “no consientas que ningún chico decida sobre tu cuerpo” y ese tipo de tonterías. Pero no, porque yo no lo veo así. Además, conozco a su novio, le doy clase, y es un buen tío.

—Supongo que... lo entiendo —acaba aceptando.

—Entonces aquí es donde yo quería llegar: estás en la edad, estás preparada, ¿por qué no quieres hacerlo?

—Pues... porque... me da vergüenza y miedo. Me da vértigo, angustia...

—¡Espera, espera, para! ¿Sigues hablándome de sexo, o de tirarte en paracaídas desde un avión? —imploro y le saco una ligera risita—. Sandra, solo es... un juego. Si te dejas llevar, te va a encantar; a todo el mundo le gusta. —Ella se queda callada un momento.

—Alguna vez tiene que ser la primera, ¿no? —me mira encogiéndose de hombros y yo asiento con la cabeza.

—Sí, pero no te me vayas a volver ninfómana.

—¡Sergio! —me amonesta y yo suelto una carcajada.

Ella se inclina para agarrar su mochila y colgársela al hombro a la vez que se pone en pie.

—Venga, vete para casa. Y queda este *finde* con él —yo también me levanto y le doy una palmada en el hombro.

—Sí, hasta el lunes, Sergio. Y... gracias.

—No me las des todavía —enarco la ceja izquierda con expresión pícaro y ella también suelta una risita.

Se da media vuelta y camina hacia la salida. Estoy contento con la conversación que hemos tenido pero, aun así, creo que tengo que recordarle algo muy importante, en calidad de profesor y eso.

—¡Sandra! —la llamo y ella se vuelve hacia mí—. Con preservativo. —La chica esboza una leve sonrisa de medio lado sonrojándose y después sigue caminando para marcharse.

Yo termino de recoger mis cosas y paso por el vestuario. Si algo no me gusta de mi trabajo es tener que ir siempre en chándal, solo me lo pongo porque soy de los pocos profesores de educación física que sí hacemos ejercicio en clase, así que, como siempre antes de irme, me cambio para vestirme con mi ropa normal de calle.

Unos minutos después me despido de tres o cuatro personas de camino a la salida del instituto y llego hasta el coche. Entro, arranco y pongo la radio.

Mientras conduzco hacia casa solo puedo pensar en Nora. Cuando llegó el mes de marzo y a ella ya le quedaba muy poco para terminar la carrera, yo no pude esperar más, ni siquiera a junio, y sin más acabé diciéndoselo directamente: “Nora, quiero dejarte embarazada”. No nos costó demasiado; Nora se hizo unos cuantos *test* de embarazo de esos que resulta que cuestan una pasta, pero en cuestión de semanas llegué a casa y me la encontré algo insegura, nerviosa y como si no supiera muy bien cómo hablarme.

—Sergio, tengo que contarte una cosa —dijo y yo empecé a sospechar de qué se trataba.

—Dime —hablé yo también con un ligero temblor en la voz.

—Me he hecho otro de esos *test*. Bueno... en realidad han sido dos —tragó saliva, parecía como si continuar le costara muchísimo—. Estoy embarazada.

—¿De verdad? —es lo único que conseguí decir.

—Sí, de verdad —aseguró aún como en estado de *shock*.

—*Eh*, nena, ¿qué pasa? Eso es fantástico —me lancé a abrazarla y no la solté en un buen rato.

A partir de ese momento vinieron un montón de “enhorabuenas” y todas aquellas prohibiciones del médico. También la incertidumbre por el sexo del bebé, porque yo quería una niña y Nora un niño. Pero parece ser que cada persona tiene una estrategia perfecta para averiguar el género y mi novia se convirtió en el conejillo de indias de un sinfín de pruebas rocamboleras e incluso llegaron a hacerse apuestas; hasta el día en que, mediante una de todas aquellas ecografías, lo cual viene siendo la forma fiable, nos dijeron que era un chico. Aquel día Nora pasó de llamar al bebé “renacuajo” a llamarlo Dieguito. Luego nos tocó pintar y preparar su habitación y comprar el carrito, la cuna de viaje y mil cosas más, además de recibir muchísimos regalos y ropa heredada que yo calculo que Dieguito podrá aprovechar hasta los cuatro o cinco años. Nora empezó a vomitar de vez en cuando, iba muchas veces al baño, dormía mucho, se cansaba enseguida, tenía miedo de cómo sería eso del parto, sus hormonas estaban revolucionadas y tenía cambios de humor, antojos y una desesperación muy grande por no poder comer jamón. Recuerdo todas aquellas visitas al ginecólogo, la ecografía 4D y el DVD que nos dieron como recuerdo, las fotos que se hacía Nora según pasaban los meses, el *book* de fotos del embarazo que nos hicimos juntos, el día que sus amigas le pintaron la tripa... Y todas las veces que he acariciado la barriga de Nora para sentir a mi hijo y le he dicho lo mucho que me gustaba también con una tripa así de grande.

Nunca olvidaré el día del parto. Nora ya empezaba a sentirse muy agobiada, solo quería que viniera ya su niño, y una noche Dieguito nos despertó diciendo que ya quería nacer. Aguantamos un poco más en casa pero finalmente cogimos la bolsa que ya teníamos preparada desde hacía tiempo y salimos hacia el hospital. Entré con Nora al paritorio y ella lloraba, gritaba, sudaba y me apretaba la mano hasta cortarme la circulación y hacerme daño. Tanto fue así que estuvieron a punto de hacerle una cesárea, pero al final no fue necesario. Dieguito apareció llorando, muy rojo y muy sucio, pero me dio igual, porque era mi hijo y seguía siendo lo más precioso del mundo. La enfermera lo envolvió en una toalla, le puso su gorrito y lo dejó sobre el pecho de Nora. Ella le miró, le sonrió, le saludó, le acarició, le abrazó... y se quedó dormida.

Cuando llego a mi calle, aún con la imagen de aquella cosa tan pequeña que era Dieguito, aparco el coche y salgo de él. Ya escucho llorar desconsolado a un bebé como si estuviera sufriendo una horrible tortura. Dieguito, hijo mío, cállate. Cállate solo un ratito, por lo que más quieras. Resoplo mientras saco las llaves y abro la puerta.

En cuanto entro sorprendentemente deja de llorar de golpe. Me vuelvo hacia él: está sentado en su parqucito de los juguetes y me mira con los ojos muy abiertos. Vaya, ni siquiera tiene lágrimas en las mejillas, no lo estaría pasando tan mal. Nora y yo hemos acordado no hacerle caso cuando llora sin ninguna razón —a largo plazo es lo mejor porque se cansará al ver que no consigue nada—, pero como se ha callado, voy hasta allí y me acuclillo frente a él para acariciarle la cabecita.

—*Eh*, Dieguito, ¿qué pasa, chiquitín? —él hace uno de esos sonidos de bebé como si quisiera decir algo—. ¿Por qué no juegas con tu coche?

Cojo su coche rojo de juguete y lo hago andar por el suelo mientras

simulo el sonido del motor de un coche. Luego es Dieguito quien pone la mano sobre el juguete y lo mueve de delante a atrás intentando imitar el ruido.

—¿Qué le has dado para que deje de llorar?

Vuelvo la cabeza hacia Nora, que se encuentra bajo el marco de la puerta del salón. Lleva unos pantalones de chándal y una camiseta roja con el hombro descubierto. Ahora está más gordita y lleva su verdadero color de pelo, sin mechas; es decir, exactamente como a mí más me encanta. Le sonrío y vuelvo a ponerme de pie.

—Nada, se ha callado cuando he llegado —le digo yendo hacia ella.

—Ya...

—Y, ¿cómo va el día de la cumpleañera?

—He estado al teléfono con toda la gente que ha llamado para felicitarme, preparando un montón de cosas para la comida y... el niño tampoco me ha dejado aburrirme —añade y yo suelto una risita, no hace falta que lo jure—. Y, ¿tú por qué llegas más tarde hoy?

—Me he quedado hablando con una alumna... de sexo —le digo y ella arruga la frente.

—*Oh*, así que es cierto que todos los profesores de educación física sois todos unos pederastas.

—Qué tópico más gratuito.

—Ya me lo dirás cuando te vayas a ese viaje de esquí que les has preparado.

Me río de su broma y doy el paso que me separa de ella para envolverla con mis brazos.

—No, vamos a dejar a Dieguito con sus abuelos y tú te vas a venir a esquiar.

—Sergio, ya te he dicho que es nuestro hijo y nadie más tiene por qué

encargarse de él.

—Eso ya lo veremos.

Acaparo sus labios antes de que me responda mientras mi mano asciende hasta su pecho. Por alguna razón me acuerdo de verla dándole de mamar al bebé, era la imagen más tierna del mundo. Es toda mía, ella y su perfección. Acaricio su espalda hacia abajo atrayéndola más a mí. Alcanzo su trasero y hundo los dedos en él mientras vuelvo a besarla en el cuello.

—Sergio, tengo que terminar de organizarlo todo —me recuerda y yo miro mi reloj: joder, es más tarde de lo que creía.

—Está bien —me resigno a soltarla—. Voy a darme una ducha y a cambiarme.

Mientras me ducho pienso que la comida de hoy va a ser divertida, ha sido muy buena idea reunir a amigos y familiares para celebrar el cumpleaños de Nora; además, todos quieren ver a Dieguito. Van a venir los padres de Nora, su hermano, sus abuelos y creo que incluso algún tío, amigos de la facultad, Diego, Mario y, por mi parte, mis padres y la gente de Madrid también se han animado a coger el coche y venir, pasarán aquí el fin de semana. Sí, somos muchísimos —y aun así tendremos que volverlo a celebrar en algún momento con el resto de amigos de aquí—, y de todos ellos solo hay dos personas que siguen pensando mal de mí: el padre de Nora y Diego. En fin, ha llegado un punto en que me da completamente igual, porque creo que ya es más que evidente que no se me ocurriría hacerle ningún daño a Nora, y no es mi problema si no quieren darse cuenta. Mario no tardó en calarme con esa psicología suya, comprendió cómo soy como persona y que mi manera de querer a Nora es un tanto peculiar, pero que la quiero, y ahora nos llevamos bien, incluso quedamos para jugar al tenis algún que otro fin de semana. Desirée se resistió un poco más a aceptarme pero Mario, Nora y los hechos objetivos consiguieron que se rindiera.

Cuando he acabado de ducharme y me he vestido, salgo al salón, donde Nora ya ha puesto todos los platos de los entrantes sobre las dos mesas alargadas que ha colocado juntas. Me pongo detrás de ella y le acaricio la cintura.

—La gente va a empezar a llegar en cualquier momento, ¿por qué no le das el puré al niño? Yo aún tengo que arreglarme.

—Vale.

Ella se da media vuelta encaminándose hacia la habitación pero entonces se detiene y se gira a mirarme.

—Y cuando llegue Diego vas a ser con él el chico más encantador del mundo.

—¡Venga ya, Nora!

—Hablo en serio. Te vas a portar muy bien con él o... o te juro que ahora mismo cojo a Dieguito y lo peino con la raya al lado.

—No, no serías capaz.

—*Oh*, sí, soy capaz de eso... e incluso de ponerle un jersey de rombos y unos mocasines en cuanto crezca un poco.

—¡Ni se te ocurra!

—No me subestimes.

Sí, supongo que Diego y yo tendremos que conseguir llevarnos bien. Él ahora tiene una novia nueva que también va a venir hoy, se llama Diana. Hace unos meses el *manager* de Diego decidió que la página de *Facebook* de la estrellita estaba muy abandonada, el correo de las *fans* sin responder, y que no podía seguir sin tener una asistente personal; así que Diana empezó a trabajar para él y por tanto a vivir en su casa, y parece que se han llevado muy bien. Nora ya la conoce y yo estoy deseando conocerla.

Doy media vuelta yendo hasta el parquecito de los juguetes y me agacho para coger a mi hijo con coche de juguete incluido, si no, no come.

—Ya lo has oído, Dieguito, no querrás unos mocasines.

Una vez en la cocina me alegra ver que el puré de hoy es el que le gusta, de cereales y galleta; no hay tiempo ahora de pelearse con él para que se coma uno de verdura. Meto el bote en el microondas y siento al niño sobre la encimera para ponerle el babero.

Cuando empiezo a darle el puré parece que hoy tiene un buen día, come bien, sin rechistar y deprisa. Podría acostumbrarme a esto. Cuando Dieguito ya casi ha terminado llaman al timbre de la puerta. “¡Abro!”, escucho a Nora.

—¿Quiénes crees que llegan los primeros? —le digo al crío—. Venga, termina —y le meto otra cucharada en la boca.

En cuanto Nora abre salimos de dudas: son Mario y Desirée. Cuando Dieguito ha acabado de comer le limpio la boca, le quito el babero y le bajo al suelo. Ya es capaz de andar si le sujeto los brazos y para que practique le hago ir caminando hacia el salón.

—No, Nora, te lo tengo dicho, no me gustan nada esas ojeras que tienes —le está diciendo Desirée a mi chica cuando Dieguito y yo entramos—. Y tú también —se dirige a mí al verme.

—¿Yo también qué? —me inclino y cojo al niño en brazos.

—Tú tampoco duermes —aclara y me hace gracia.

—Ni yo, ni nadie en la urbanización —le aseguro—. ¿Cómo vamos a dormir si se pasa la noche llorando?

Desirée se queda mirándome. Qué graciosa, se le nota a la legua que está coladita por mí. Entonces se da cuenta de que se ha quedado embobada e intenta reaccionar.

—Déjamelos —extiende los brazos para que le pase al niño, lo cual hago despacio y con la precaución que exige un bebé de once meses—. Hola, renacuajo, qué guapo estás —le dice con esa voz que siempre se pone al hablar a un niño pequeño o a un perro.

—*Eh*, Sergio —Mario aparece detrás de mí y me da una palmada en la espalda—. ¿Qué tal?

—¿Qué pasa, tío? —le estrecho la mano.

Desde entonces no para de llegar gente. Primero son mis padres, Asier, Lorena y Blanca. Cuando llegan John y Débora, les saludo con un fuerte abrazo, siempre estoy encantado de verlos y sobre todo de comprobar que ambos están muy felices juntos. Después llegan Nico, Óscar y Vanesa, luego los abuelos de Nora y dos de sus tíos y enseguida también sus padres y su hermano. Saludo a la madre de Nora pero su padre y yo nos ignoramos completamente como siempre. Pablo ya es mayor, tiene catorce años, está en tercero de la ESO y lo mejor es que los chicos de mi equipo de fútbol van a jugar contra el equipo de su instituto mañana, así que me veo en la obligación de hacerle un poco de rabiar.

—¿Qué tal, Pablo? ¿Preparado para la paliza que os vamos a dar mañana?

—No estés tan seguro.

—Claro que lo estoy, mi equipo tiene al mejor entrenador.

—Pero son unas nenazas —me contesta.

—La mejor defensa es un buen ataque.

—Lo veremos —dice con tanta competitividad que me hace reír.

Es entonces cuando el timbre de la puerta suena por última vez.

—Deben de ser Diego y Diana, ya solo faltan ellos —dice Nora.

—Yo abro —me apresuro yendo hacia la puerta.

Ya les oigo riéndose ahí fuera y cuando abro la puerta, efectivamente, no sé qué será tan gracioso. Me fijo en Diana: es de la misma altura que Diego prácticamente, pelo largo, castaño y ondulado y ojos color miel con los que me observa sin haber perdido la sonrisa. Ni siquiera se le desvía la mirada hacia abajo de mis ojos, tal y como les suele pasar a las mujeres

conmigo.

—¡Hola! —me saluda—. Vaya, Sergio, por fin te conozco.

—Lo mismo digo —coincido y me inclino para darle dos besos.

Luego me toca enfrentarme a Diego. Él está serio pero no tanto como de costumbre, le ha venido bien encontrar una nueva novia.

—¿Qué hay, Diego? —le tiendo la mano.

—Hola —me mira a los ojos estrechándome la mano pero me aparta la vista enseguida.

—Pasad —les digo.

—¿Dónde está la cocina? —interviene Diana—. Traemos la tarta, la he hecho yo —alza un paquete en el que yo no me había fijado antes—. Hay que meterla en el frigorífico.

—Ah, perfecto, muchas gracias —le digo—. La cocina... por ahí, a la izquierda —señalo.

—Vale —y entra en casa con todo desparpajo. No puedo evitar mirarle el culo. Joder, Dieguito no tiene mal gusto, ni mucho menos.

Una vez sentados a la mesa ante el asado de cordero, los estudiantes de veterinaria siempre tienen algo que decir sobre la anatomía de la comida. Luego empiezan a hablar con Diego de Garfield, su gato, que ha desarrollado una diabetes. Nora le recomienda intentar que el gato haga ejercicio y un pienso especial bajo en grasa, muy sano y muy caro. Desirée, por su parte, secunda ese consejo aunque ella ahora se está especializando en caballos, lo que más le gustaba desde el principio.

Al pobre Pablo también le llega su momento de protagonismo. Su familia le pregunta si ya ha decidido lo que quiere ser de mayor, si va a estudiar Veterinaria como su hermana. “No, yo quiero ser profe de educación física, como Sergio”, contesta él inmediatamente. Le sonrío; lo que yo digo,

es un *miniyo*. De alguna manera la conversación evoluciona hasta que acaban preguntándole también si le gusta alguna niña. Él admite que sí pero que, por supuesto, no piensa soltar prenda sobre ese tema; quizá me lo cuente luego. Cada vez se parece más a mí y, aunque a su padre le revienta, a mí me gusta este niño; me encargaré de darle ejemplo.

Mi hijo pasa por los brazos de todos y cada uno de los invitados. Están como locos con él y comentan lo gracioso que es cada vez que se ríe. Al final se lo queda Desirée, que empieza a jugar con él haciéndole botar sobre sus piernas como si estuviera montando a caballo.

—*Oh*, Desirée, no le revoluciones, necesito que duerma la siesta hoy — le pide Nora.

—Mira lo que dice mamá, Dieguito —le habla Desirée al bebé—. Dile que hoy no quieres echarte la siesta, que ya dormirás luego.

También hablo con John y Déborah, que parecen una pareja cada vez más sólida. Él está trabajando en un observatorio de astrología y ella ya está en el último curso de su carrera de Literatura, que le sigue encantando como el primer día. Me cuenta que está muy contenta, que aprueba todo y que en febrero empezará las prácticas en su propia editorial, con la que, por cierto, ya va por su tercer libro publicado. Por supuesto, no deja de hablarme de Danger, a quien también le va muy bien y se ha quedado en Madrid con unos amigos. Así que, en general, lo que veo en ella es que ya tiene bastante superado todo el daño que le hice y aquella horrible experiencia por la que tuvo que pasar y empiezo a sentirme menos culpable.

A todo esto, Diana habla con todo el mundo, se ríe desenvuelta, de vez en cuando apoya la cabeza en el hombro de Diego... Como si su mundo fuera de color rosa, como si jamás hubiera roto un plato, como si no tuviera nada en contra de nada. Asier la mira como si quisiera corromperla; mi amigo no tiene remedio, todavía estoy esperando a que siente la cabeza. Aún recuerdo

cuando le conté que Nora estaba embarazada y me dijo aquello de: “¡Se te va la pinza! Tío, tú no estás preparado para ser padre, Papá Noel, los tres Reyes Magos y el ratoncito Pérez, todo en uno”. En cualquier caso, Diana es una chica muy divertida, me ha caído bien. Incluso en un momento dado le hace prometer a Nora que volverá a ser bailarina de Diego. Yo llevo ya un tiempo pensando en ello; sí, me pongo muy celoso cuando baila en público pero, teniendo en cuenta que a Nora le encanta bailar, que no puedo negar que a mí también me gusta verla porque lo hace estupendamente y que al ser la madre de mi hijo no creo que quede ninguna duda de a quién pertenece, podría empezar a ser un poco más permisivo.

Después llega la hora del postre. Diego y Diana se van a la cocina y vuelven al poco tiempo, él con platos y cucharillas y ella con la succulenta tarta de chocolate y nata en la que han colocado dos velas que forman el número veinticuatro y en la que pone con letras de sirope: “Felicidades, Nora”. La cumpleañera se muestra muy contenta con la sorpresa, da las gracias y abraza tanto a Diana como a Diego. No se libra de que todos le cantemos a coro el cumpleaños feliz y finalmente tiene que soplar las velas y pedir un deseo. Mientras nos comemos la tarta Diana está encantada de que todos le digamos lo riquísima que está pero, cuando Desirée le pregunta cómo la ha hecho, alega que un mago nunca desvela sus trucos.

La reunión se alarga hasta que sobre las seis y media de la tarde se nos hace de noche. Nos despedimos de los familiares y de los compañeros de la facultad de Nora y a los que han venido de Madrid les prometemos volver a quedar mañana, ya que han hecho un viaje tan largo y se quedarán hasta el domingo. Los últimos en marcharse son Diego, Diana, Mario y Desirée, que se quedan un rato más tomando otra copa, pero cuando el bebé empieza a quedarse dormido deciden retirarse.

En cuanto Nora cierra la puerta tras despedirlos estoy detrás de ella

rodeando su cinturita con mis brazos. Inspiro profundamente y puedo percibir el olor a hierbabuena de su *champú*. Le aparto el pelo para besar su cuello mientras mis dedos se cuelan bajo el elástico de sus braguitas.

—Tienes una cuenta pendiente, nena.

Puedo notar cómo se derrite por completo en mis brazos, lo que me hace morderme el labio inferior de puro placer. Giro su cuerpo y la apoyo contra la pared más cercana. La miro a los ojos y luego alzo su mentón para besarla tan intensamente como es posible, y aun así se me queda corto, querría... devorarla. Siempre me pasa con ella, siempre quiero más, y ni siquiera sé cuánto, porque es tanto que no se puede medir ni describir con palabras. Entonces me inclino hasta su oído para susurrarle algo:

—Qué grande eres, pequeña.

PUNTO Y FINAL

(Déborah)

Pongo punto y final al terminar la frase y exhalo el aire de mis pulmones dejándome caer sobre el respaldo de la silla. Le pongo la tapa a mi boli *Bic* azul y me quedo mirando mi cuaderno. Sí, así acaba mi segundo libro. Trata sobre Sergio porque le dije que algún día escribiría sobre él y no quería incumplir mi promesa. “Entonces será el mejor libro que hayas escrito nunca”, me respondió él esa noche apoyado en la barra de aquel bar de copas.

Firmo al final de mi escrito orgullosa de una novela que definitivamente he decidido llamar *Qué grande eres, pequeña*, tal y como le decía Sergio a Nora. Me encantaría llegar a verlo publicado algún día pero soy consciente de que aún le queda mucho trabajo por delante, partiendo de que está escrito a mano, porque en este sitio ni siquiera tengo acceso a un ordenador.

Sin embargo, creo que a quien lo lea le gustará, porque termina bien y a la gente le gustan los finales felices, ¿no? El problema es que, como esto es la vida real, no podía acabar así. No sé en qué momento mi libro se bifurcó de la realidad. Quizá John no ató todos esos cabos, quizá él y Sergio no investigaron lo suficiente en el ordenador de Erick, quizá Cloe no confesó nada... No sé qué pudo pasar, solo sé que han pasado meses y yo sigo aquí encerrada, que nadie vino en mi auxilio. Al día siguiente me metieron en un avión bajo amenaza de muerte si gritaba y me trajeron a este país tan frío y

hostil como mi propia vida en estos momentos, otra cultura... Quizá me estén buscando en España, pero estoy aquí, encerrada en este antro, sin vivir, solo sobreviviendo.

En cuanto al epílogo, es solo el final que yo imagino para la historia de Sergio y Nora. Seguramente esté en lo cierto cuando digo que pasarán el resto de sus vidas juntos, no creo que quieran ni puedan volver a separarse, pero no sé si tendrán un hijo, ni cuándo, ni si será un niño, ni si le llamarán Diego... ni nada. Y el día que Nora cumpla veinticuatro, claro que me gustaría estar ahí, claro que me gustaría estar saliendo con John y en el último curso de la carrera para entonces, claro que me gustaría que todo fuera como lo he escrito... pero no sé si podrá ser.

Echo tanto de menos a mi familia, a mis amigos, a John, a Sergio... Solo espero que todo esto tenga un fin y poder volver a verles. Por supuesto, la esperanza es lo último que se pierde, pero incluso eso se va apagando día tras día en este horrible lugar.

La puerta de mi habitación se abre y Drake irrumpe sin avisar. Es el Erick de este sitio, un hombre guapo pero con un alma podrida. Me asusto y me levanto de mi silla como un resorte.

—Déborah, vístete, ya deberías estar abajo.

—Sí —es lo único que digo en voz baja y me dirijo al armario.

—¿Otra vez estabas escribiendo? —se fija en mi cuaderno. Ya lo curioseó una vez, quería ver si era una especie de “diario de Ana Frank”, pero pudo comprobar que no.

—Sí —contesto mientras elijo uno cualquiera de estos horribles vestidos.

—Te quiero abajo en un minuto —me lanza una mirada amenazante y enseguida se marcha sin más.

Me quedo ahí plantada mirando hacia la puerta, tengo miedo, a día de

hoy continuo desconcertada, creo que nunca podré llegar a asumir que esto me esté ocurriendo a mí.

AGRADECIMIENTOS

Nunca antes me había topado con una historia y unos personajes que me llegaran tan dentro, cada uno de ellos es especial y de alguna manera real en mi propio mundo. Sí, Sergio también aunque os pueda caer mal. Tenía que escribir este segundo libro para saber qué ocurría finalmente con Nora y con Diego, si Sergio volvería a por su chica después de aquel encuentro en el camerino o no. No puedo estar del todo segura, pero ellos y yo hemos empatizado de tal manera que quizá algún día, dentro de algunos años, nos volvamos a encontrar.

En cualquier caso, habría sido una pena que esta historia se quedara en mi ordenador si no hubiera sido por quienes habéis creído en mí, lo sois todo: familia, amigos, editoriales, gente que me ayuda con la promoción en las redes sociales compartiendo mis publicaciones, personas que me han dado oportunidades y me han acompañado incondicionalmente, a los que sin ni siquiera saberlo me inspiráis, a quienes al decirme que habéis disfrutado el libro me animáis a seguir escribiendo, a seguir dándole vueltas a la cabeza en busca de ideas, a hacer un Sergio más capullo aún para haceros de rabiar. Y gracias especialmente también a Tania Gialluca por sus magníficas portadas, contraportadas y dorsos, sus *GIFs* e imágenes de perfil, por su paciencia y el buen trato.

Sí, escribir un libro, corregirlo, maquetarlo y pulir todos los detalles

hasta que queda perfecto (aunque en realidad nunca te parecerá que ha terminado de quedar perfecto del todo) es un curro, pero merece muchísimo la pena. Aunque no se trata de vender libros, no se trata de obligar a nadie a leerlo, se trata de ir más allá de esta vida, de imaginar y crear tu propio mundo, como cuando los niños pasan las tardes jugando con sus muñecos y en realidad están muy lejos de aquí. No me encontraba bien anímicamente cuando hace ocho años empecé a escribir aquella saga de vampiros y lo mejor que pude hacer fue enfrascarme en algo así, la escritura, que se ha convertido en una terapia y una adicción que ya no puedo ni quiero dejar (para lo que me decís que nunca pare de escribir, de verdad, no lo haré), porque luego vinieron Luna y Fox para ayudarme a plasmar sobre el papel un pedacito de mi vida dando lugar a un proyecto muy bonito, y después Nora, Diego, Sergio y todos los demás han terminado de convencerme de lo estupendo que es, como digo, poder evadirse de la realidad a un lugar mejor, tanto si en ese momento lo necesitas especialmente como si no.

No tengo nada más que añadir, solo siento tanto orgullo y agradecimiento que no me caben en el pecho y espero que hayáis disfrutado tanto como yo de esta novela.

Un besazo enorme para todos,

Marta